Una visita inesperada

Irenea Morales

VERSÁTIL narrativa

Índice de contenido

- 1 - Érase una vez dos hermanas
-2- Cambio de planes
-3- Caminos cruzados
-4- Regreso a Des Bienheureux
-5- Tan jóvenes y bellos
-6- El futuro en sus manos
-7- Joyas esquivas y arena blanca
-8- Mañanas de sal y veladas de augurios
-9- Santuario
-10- El óculo
-11- Con las ganas
-12- En clave de Shakespeare
-13- La búsqueda del tesoro
-14- Tras el conejo blanco
-15- La mejor medicina
-16- Escapadas a medianoche
-17- Mensajes desde el otro lado del velo
-18- Llegó con la tormenta estival
-19- Un invitado inesperado
-20- La isla en ninguna parte
-21- Hallazgos y cerraduras
-22- Un lugar solo para nosotros
-23- Siguiendo al hada verde
-24- Reunión familiar
-25- El poder de tres
-26- Bienaventuradas las de corazón puro
Epílogo
Agradecimientos

Título: *Una visita inesperada*
© 2021 Irenea Morales.

_____

Diseño de cubierta y fotomontaje: Eva Olaya

_____

1.ª edición: noviembre 2021
Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:
© 2021: Ediciones Versátil S.L.
Av. Diagonal, 601 planta 8
08028 Barcelona
www.ed-versatil.com

_____

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita de la editorial.

Para Jaime, porque encontrarnos fue cosa de magia.
Te prometí que, si había un siguiente, sería para ti.
Gracias por sostener mi mano cada día.

«Oirá mi llamada en la lejanía. Silbará mi canción favorita. Sabrá montar un poni hacia atrás. Sabrá dar la vuelta a las tortitas en el aire. Será maravillosamente cariñoso. Y su forma favorita será la estrella. Y tendrá un ojo verde y otro azul».

«Amas veritas». Prácticamente magia

Parte I

- 1 -
Érase una vez dos hermanas

Londres, 1913

Florence Morland nunca había llorado en público. Al menos no desde que podía recordar.

No lo hizo cuando perdió a su adorada hermana Felicity, siendo ambas todavía niñas; tampoco tras la muerte de su madre ni cuando falleció su padre, dejándola huérfana. Ni tan siquiera cuando enterró a su marido hacía ya cinco años.

Sin embargo, no mucho tiempo atrás descubrió que le resultaba harto saludable llorar durante algunos minutos en la soledad de su habitación. Era por eso por lo que, desnuda frente al espejo ovalado de nogal que reflejaba su cuerpo por completo, se permitió su dosis diaria de lágrimas. Solo un minuto. Con ese tiempo le bastaba para poner el contador a cero y deshacerse del molesto nudo que acostumbraba a anidar en su pecho.

Solo un minuto.

No necesitaba más.

Ni siquiera tenía claro por qué lloraba. Tal vez echaba de menos a Daisy, su hermana menor, que estaba a punto de regresar de un viaje por el continente. Aunque la verdad era que, en su ausencia, la vida de Florence se había vuelto bastante más tranquila y ordenada. De hecho, si en esos días había algo que consiguiera alterarla, era pensar en su regreso.

Aquella tristeza bien podría deberse a que, desde que había delegado la mayoría de sus responsabilidades para con la fábrica y sus otros negocios en la eficiente señorita Gaskell, su presencia en la oficina se había vuelto poco más que decorativa y, de repente, la embargaba una sensación desconocida para ella: se sentía inútil.

En realidad no tenía razones para apenarse. Precisamente aquel era el motivo por el que había contratado a Emily Gaskell y había confiado en sus maravillosas aptitudes de gestión: para poder tomarse un

descanso de la responsabilidad que suponía administrar el legado de su padre y de su marido. Hacía tiempo que Florence soñaba con tener tiempo para disfrutar y evitar así envejecer tras pilas y pilas de documentos por firmar, con la única distracción de ir a ver, muy de vez en cuando, a la encantadora Lily Elsie en alguna comedia musical.

O tal vez lo que le pasaba realmente era que se sentía sola. Tal vez se mentía a sí misma cuando decía que no necesitaba a nadie a su lado. Tal vez echaba de menos una caricia, unas palabras de ánimo, una conversación hasta altas horas de la madrugada…

Su matrimonio no podía haber estado más lejos de ser perfecto; sin embargo, a veces se le hacía duro pensar que no volvería a compartir su vida con nadie.

Florence se soltó el cabello y echó un último vistazo al reflejo de sus rotundas caderas en el espejo, fijándose sobre todo en aquel punto especial cerca de la ingle derecha, donde la marca de nacimiento en forma de espiral se iba dilatando y volviéndose más clara con los años. Inspiró de forma pausada para borrar de su cabeza todos aquellos aciagos pensamientos y se cubrió con el fino camisón de muselina que la doncella había dejado sobre la cama. Hacía meses que, si bien a veces requería de su ayuda para vestirse, ya no solicitaba sus atentos servicios al prepararse para dormir. En los últimos tiempos, había empezado a desistir del uso del corsé en favor de una simple faja, e incluso aprovechó su último viaje a París para aprovisionarse de varias piezas más sencillas y livianas de Gaches-Sarraute, que podía ceñir y desabrochar ella misma.

Se introdujo con suavidad en las frescas sábanas de algodón egipcio y comenzó a mover brazos y piernas hasta recorrer cada pulgada del amplio colchón. Había llegado a acostumbrarse a volver a dormir sola. A no sentir la calidez del cuerpo de James a su lado, así como tampoco los suaves ronquidos que se acompasaban con el movimiento del pecho en el que Florence recostaba la cabeza, y que se habían convertido en una nana que la calmaba y la ayudaba a conciliar el sueño. Sin embargo, ahora su cama estaba tan vacía y tensa como ella.

Cerró los ojos, separó las piernas y empezó a subirse el camisón por los muslos con deleitosa suavidad, mientras imaginaba que el roce de la delicada tela eran caricias que le erizaban la piel. Sus dedos recorrieron el resto del conocido camino hasta dar con aquello que deseaba y que era lo único capaz de proporcionarle unos segundos de

liberación. Ahogó sus gemidos para no perturbar el silencio de la casa y, al terminar, se sumió en un merecido sueño reparador.

***

—¿Quiere que le sirva el té, señora, o esperamos a la señorita Daisy? —preguntó de repente la doncella, sacándola de su ensimismamiento.

Florence dejó sobre la mesita el libro que había estado leyendo con avidez y echó un vistazo al reloj de plata situado en la repisa de la chimenea.

—Mejor tráelo ya, Phillys. No podemos confiar en la puntualidad de un tren. Y muchísimo menos en la de mi hermana.

—La cocinera ha preparado *scones* de los que tanto le gustan a la señorita. Ya sabe, para celebrar su regreso.

—No puedo decirle que no a eso —declaró mientras la boca se le hacía agua—. Dígale que los reserve para el desayuno, pero, por favor, súbame uno o dos.

La doncella desapareció del salón con aquellos pasitos tan suyos, cortos y rápidos, como los de un pequeño roedor, con los que rara vez llegaba a anticipar su presencia. Apenas habían dejado de oírse por el pasillo cuando el desagradable bramido de un automóvil captó la atención de Florence, que espió la calle a través de las gruesas cortinas damasquinadas hasta ver a su hermana apearse del coche de los Coddington entre fuertes risotadas.

Phyllis reapareció en ese momento, con la bandeja en las manos y la cara brillando de excitación.

—¡Ya está aquí, señora! ¡La señorita Daisy ha vuelto! —La campanilla de la entrada empezó a sonar con insistencia, así que la muchacha dejó el servicio sobre la mesa y corrió a abrir el portón.

—Creo que todo Eton Square se ha percatado de ello —puntualizó Florence, sirviéndose ella misma el té y haciendo caso omiso a la algarabía que se había formado en el recibidor, hasta que Daisy irrumpió en la sala como una niña en la mañana de Navidad.

—¡Hermana! ¡Cuánto te he echado de menos!

Entró con un desbordado torrente de energía y salvó con rapidez la distancia que la separaba de su hermana mayor. Llevaba desabotonada por completo la chaquetilla del traje de viaje color rosa pálido, como si acabara de llegar de completar una ardua gesta en

lugar de un corto viaje en coche desde la estación.

Florence recibió su abrazo con genuina calidez, aspirando el delicado olor a flores que desprendían los mechones cobrizos y rebeldes que se habían desligado del intrincado peinado de la muchacha, cuyo sombrero ahora colgaba exangüe de su mano.

—Bienvenida a casa.

—¡He echado de menos todos y cada uno de los objetos de esta casa! —exclamó Daisy tras separarse de su hermana y empezar a dar vueltas por la habitación, parándose junto a cada uno de los elementos del mobiliario—. Diván, te he echado de menos. A ti también, alfombra. ¡Cuánto te he echado de menos, casa!

—Deduzco por tu efusividad que el viaje no ha sido tan placentero como me relatabas en tus cartas.

—Oh, Florence… ¡Lo ha sido aún más! No te haces una idea. ¡Tengo tantísimo que contarte! —Se dejó caer en el canapé y echó mano de la bandeja que había traído la doncella—. ¡Oh, la señora Eckhart me ha preparado *scones*! ¡Qué detalle! —Untó mermelada en uno de ellos utilizando el pequeño cuchillo con la precisión de un cirujano. Se lo llevó a la boca y puso los ojos en blanco.

—¿Vienes en ayunas desde Francia? —quiso saber la hermana mayor, atónita ante tal despliegue de glotonería.

—¡Por supuesto que no! Es que es imposible resistirse a esta delicia —exclamó Daisy, divertida. Con una sonrisa cogió un segundo dulce. Su joven y delicado cuerpo, al contrario que el de su hermana, podía permitírselo—. ¡Oh, Florence, querida! ¡Me han pasado tantas cosas! No sé ni por dónde empezar…

—Señora, señorita —interrumpió Phyllis—. ¿Qué he de hacer con los baúles y las maletas de la entrada? Me temo que yo sola no puedo subirlos a la habitación de la señorita Daisy.

—¿Baúles? —preguntó Florence extrañada—. ¡Si solo te llevaste uno!

—Mi querida hermana —añadió la muchacha con tono burlón—, no esperarás que pase varias semanas en París y no encargue unos cuantos vestidos.

—¿Tantos como para necesitar un baúl nuevo?

—No me riñas —contestó haciendo un mohín—, también he traído varios regalos para ti.

—Phillys, por favor, ve a casa de los vecinos y pídeles que manden a alguien para que te ayude. —La doncella asintió con la cabeza,

azorada por la posibilidad de poder realizar aquella tarea junto al agraciado mozo de la casa contigua.

—¿Y dónde está el chófer? ¿No puede hacerlo él?

—Desde que la señorita Gaskell se ocupa de la dirección de la empresa, he decidido que lo mejor es que tenga nuestro coche a su disposición.

—Ahora yo también estaré en casa. ¿Qué pasará si necesito que me lleven alguna parte?

—Pues le diremos que, a partir de ahora, vuelva a casa en cuanto deje a Emily en la oficina.

—Pero ¿y si lo necesito cuando la esté recogiendo a ella?

—¡Ya está bien, Daisy! —la reprendió—. Hace apenas cinco minutos que has regresado y ya tengo dolor de cabeza. Hablaré con Emily. No creo que ponga ningún reparo. De hecho, el otro día comentó que quería hacerse con un automóvil propio.

—¿Y puede permitirse contratar a un conductor? Parece que le pagas bien.

—Le pago lo que le corresponde —añadió Florence con un suspiro—. Y, para tu información, no va a contratar a nadie. Se comprará su propio automóvil y lo conducirá ella misma.

—¿De veras? ¡Brindo por la señorita Gaskell! —Y, tras alzar un tercer *scone* en el aire, le pegó un buen mordisco.

***

—¿Se puede? —preguntó Florence tras golpear el marco de la puerta con los nudillos.

La habitación de Daisy era tan alegre, luminosa y desordenada como su dueña. La colcha y las cortinas estaban salpicadas de flores bordadas, y en el tocador no cabía ni un solo afeite o bote de perfume más. La muchacha había comenzado a deshacer el equipaje y toda la estancia estaba repleta de vestidos, sombrereras y paquetes diseminados por cada rincón, a los que trataba de buscar acomodo bajo la rutilante luz que emitían las cinco bombillas de la lámpara de araña y que, cuando atravesaba las lágrimas de cristal, se convertía en una miríada de colores.

—¡Claro! Pasa, por favor. Si es que puedes —pidió la muchacha con una risita nerviosa tras echar un vistazo al estado de la habitación.

—¿Te ha sentado bien el baño? —quiso saber su hermana—. Has llegado muy excitada.

—Estaba muy nerviosa por mi regreso.

—No entiendo por qué. Aquí todo sigue igual que siempre.

—Todo no. Tú has dejado tu empleo —puntualizó Daisy.

—No lo he dejado. Lo he delegado, que no es lo mismo. —Florence se acercó a la cama y se sentó en el único hueco libre que encontró—. Llevo cinco años dedicada en cuerpo y alma a la fábrica y a todo lo que conlleva; creo que me merezco algo de tiempo para mí. Y tú no tienes que preocuparte por nada. Ni por la herencia ni por tu asignación.

—No estoy preocupada. Sé que los negocios de papá no podrían estar en mejores manos que en las tuyas. —Se sonrieron.

—Bueno, te dejo para que termines de arreglarte antes de la cena. Phyllis debe de estar a punto de subir.

—En realidad —titubeó—, me gustaría poder hablar contigo antes. —Florence, que ya se había puesto en pie, volvió a sentarse mientras Daisy jugueteaba nerviosa con los dedos—. ¡Aún no te he dado tus regalos!

Tardó un rato en encontrar los paquetes correctos, una caja redonda y otro envuelto en papel de seda.

—No tendrías que haberte molestado.

—¿Crees que ir de tiendas me supone una molestia? Estos los compré en Normandía, en una *boutique* diminuta con unos sombreros divinos.

Florence desenvolvió con delicadeza una sencilla chaqueta de punto adornada con un cinturón del mismo tejido color crema.

—Es… original —acertó a decir.

—¿No te gusta? —preguntó Daisy con una arruga de preocupación en el entrecejo.

—Sí, claro. Solo necesito acostumbrarme.

—En Deauville es la última moda para hacer deporte o pasear por la playa. La vi tan práctica y sobria que me pareció perfecta. ¡Absolutamente todo en la tienda de *Mademoiselle* Chanel parecía diseñado para ti! Ahora verás… —Abrió la sombrerera y sacó un *cannotier* de paja con una gruesa cinta negra que colocó sobre la cabeza de su hermana—. ¿A que tengo razón? —dijo mientras señalaba el reflejo de ambas en el espejo—. ¡Te queda de maravilla!

Florence estaba de acuerdo. Pensó que le daría un toque divertido al

combinarlo con sus habituales blusas y corbatas. Y, en honor a la verdad, *divertido* no era un adjetivo que los demás acostumbraran a relacionar con ella.

Con James, su marido, había sido diferente. Él sí había sabido apreciar su sentido del humor. Se llevaban tan bien que llegaron a convertirse en la envidia de todos sus conocidos. Era curioso porque, a pesar de tener tantas pasiones en común, no eran capaces de compartir la más común de las pasiones… Florence cerró los ojos durante un segundo y meneó la cabeza para desterrar todos aquellos pensamientos antes de seguir hablando con su hermana.

—Nuestras amistades tendrán material suficiente para el chismorreo en cuanto me vean aparecer con esto puesto.

—¿Y desde cuándo te preocupa eso? —Daisy abrazó a su hermana y le plantó un tierno beso en la mejilla—. Aún no hemos llegado a lo mejor.

—¿Más regalos extravagantes? —bromeó Florence, provocando en la más joven una adorable mueca de exasperación.

—Este viaje me ha proporcionado dos nuevas e increíbles amistades de las que quería hablarte —comentó—. Verás, hace unos días, en Cabourg, coincidí con la señora Siddell.

—¿Siddell? ¿Te refieres a Geneva Siddell?

—¡Sí! Curioso, ¿verdad? Resultó ser una vieja conocida de la señora Coddington, y se acercó a nosotras al vernos en el hotel. Al principio yo no sabía quién era. Entonces le dijeron mi nombre y se puso muy contenta. Me contó que fue ella quien te compró la propiedad de la tía Diana. ¿Es eso cierto?

—Así fue. En realidad yo tampoco llegué a conocer a la señora Siddell, ya que toda la operación se hizo a través de nuestros abogados. Fue una transacción bastante rápida y beneficiosa, la verdad. Quería hacerse con toda la propiedad de Des Bienheureux: la *manoir*, las tierras, la pequeña isla… Se quedó incluso los muebles.

—¿Y no quisiste recuperar nada de la tía Diana? Yo nunca la conocí, pero tú estuviste en aquella casa de niña, ¿no es así? A lo mejor había algún recuerdo de ella que quisieras conservar.

—¿Y para qué iba yo a querer un montón de trastos viejos? Se tasó todo cuanto había en aquella casa y Geneva Siddell pagó hasta la última pieza de la cubertería. Es lo que suele hacerse con este tipo de propiedades.

—Me pregunto para qué querría todas aquellas cosas usadas. Esa mujer está podrida de dinero. Se ve a la legua.

—Escribió una emotiva carta explicando sus razones. Si no recuerdo mal, decía que ella y la tía Diana habían estado muy unidas en el pasado. Supongo que lo hizo por algún tipo de sentimentalismo. O tal vez se dedicó a revenderlo todo después, ¡quién sabe! —exclamó Florence sonriendo—. El caso es que, gracias a ese dinero, tú has podido permitirte todas estas compras.

—Deberías haber oído a la señora Siddell; no hacía más que hablar de la casa y de lo preciosa que es la finca. ¿En algún momento pensaste en quedarte Des Bienheureux?

—¡Por supuesto que no! —contestó con una sonora carcajada mientras se ponía en pie—. ¿Te imaginas tener que estar también pendiente de una propiedad en otro país y que por seguro no tendría tiempo de visitar nunca? No sé si tía Diana tenía otros planes cuando me la dejó en herencia, pero no me cabe duda de que venderla fue la mejor decisión. Y ahora espabila; la cena se servirá dentro de quince minutos.

—Verás… Es que tengo algo para ti. —Daisy sacó un sobre del bolso y se lo tendió a su hermana. En el sello de lacre color verde oscuro Florence pudo reconocer la silueta de un insecto, casi seguro que se trataba de alguna especie de polilla nocturna. Justo encima estaba escrito el nombre de Geneva Siddell con una caligrafía intrincada y hermosa.

—¿Qué es esto? —preguntó extrañada.

—Una carta.

—Eso ya lo veo.

—Es una invitación. Para pasar el verano en la *manoir* Des Bienheureux.

—Bueno, es todo un detalle —dijo Florence mientras doblaba el sobre por la mitad—, mañana escribiré una respuesta agradeciendo la deferencia que ha tenido con nosotras y rechazando su invitación.

—Yo ya he aceptado —confesó Daisy con una timidez poco habitual en ella.

—¿Cómo?

—No pongas esa cara.

—No estoy poniendo ninguna cara —replicó la mayor de las muchachas con gesto adusto—. Esta es mi cara.

—¿Lo ves? Es la que pones cuando alguien no sigue tus órdenes…

—Me parece ridículo que hayas aceptado sin consultarme.

—¡Es que Geneva se ha portado tan bien conmigo durante estos días! Es una mujer fascinante e inteligente, y le gusta rodearse de gente estimulante.

—¿Ella usó esa palabra? ¿Estimulante? —repitió Florence con chanza.

—Todos los veranos organiza un retiro en su casa e invita a algunos amigos —continuó Daisy, ignorando los comentarios de su hermana—. Me ha estado hablando del lugar, y me parece de ensueño. ¡Y ella es maravillosa! Creo que te encantaría conocerla.

—Pues dile a tu nueva amiga que se pase a tomar el té cuando venga a Londres —escupió intentando sonar sarcástica.

—No seas mezquina. No te queda bien.

—¡Acabas de llegar a casa! ¿Acaso piensas volver a empacarlo todo y marcharte?

—Sí. Más o menos.

—¿Y qué hay de la temporada? Ya te has perdido el principio y creía que estabas deseando poder participar este año. ¡Llevas meses volviéndome loca con los detalles! Dijiste que necesitabas ir a París para hacerte con un nuevo vestuario. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Es verdad que tenía ganas —confirmó Daisy bajando la mirada—. Lo que pasa es que ya no lo veo necesario.

—¿Ya no quieres encontrar marido? Porque hasta donde yo sé llevas planificando tu boda desde los diez años.

—Digo que no es necesario porque ya lo he encontrado. —Realizó una pausa dramática mientras intentaba controlar su entusiasmo y disimular su sonrisa—. ¡Estoy prometida!

-2-
Cambio de planes

Daisy apuró los últimos sorbos del té del desayuno y, de mala gana, soltó sobre la mesa un viejo ejemplar de *Harper's Bazar*. Florence, por su parte, llevaba casi media hora con el rostro escondido tras la sábana color salmón del *Financial Times*. Apenas había conseguido pegar ojo en toda la noche, dando vueltas en la cama mientras maldecía el momento en el que aquella situación se le había empezado a escapar de las manos. Al ser diez años mayor que Daisy y tras perder a su madre poco después del nacimiento de su hermana, se había hecho cargo de ella desde muy joven. Había encarado la educación de la pequeña de la misma manera que se hacía cargo de sus empresas y de su propia vida: de forma rigurosa, ordenada y eficaz. Que el castillo de naipes que había ido conformando durante todos aquellos años se derrumbara a causa de una decisión tan imprudente y apresurada la perturbaba más que cualquier negocio fallido al que hubiera tenido que enfrentarse jamás.

—¿Vas a seguir sin dirigirme la palabra? —preguntó la más joven tras una larga y pausada exhalación—. Anoche ni siquiera te dignaste a cenar conmigo. —La única respuesta que obtuvo fue el inconfundible rasgueo del cambio de página—. Y se supone que yo soy la inmadura —murmuró cruzándose de brazos.

—No, querida. Lo tuyo va mucho más allá de la inmadurez. —Florence dejó caer el periódico con un movimiento tan brusco que Daisy dio un respingo—. Lo que estás demostrando es insensatez, ingratitud y una alta dosis de estupidez.

—No pienso soportar esto —recalcó la muchacha con toda la calma de la que fue capaz mientras se levantaba de la silla—. Cuando hayas terminado de insultarme y te des cuenta de que tengo dieciocho años y ya no estás tratando con una niña, hablaremos.

—De eso nada, jovencita. Vamos a hablarlo ahora.

—Vaya, parece que ya se te ha curado el mutismo.

—¿Cómo puedes soltar una noticia así y esperar que me quede tan tranquila? ¡Teníamos planes! Una lista de pretendientes con buenas

rentas y linajes… ¡Creía que querías todo eso! —Hizo un gesto semicircular con la mano, como si señalara un caldero de oro al final del arcoíris.

—¡Claro que lo quiero! Y lo tendré. Con Lance.

—¿Lance?

—Lance Hamilton —confirmó con una gran sonrisa mientras se acercaba a su hermana y se ponía de rodillas frente a ella—. ¿Lo ves? Es que ni siquiera me has dejado decirte su nombre. Su abuelo es el vizconde Artherton.

—¿Por qué me resulta tan familiar?

—Lance es hijo natural de la hija de lord Artherton —susurró como si hubiera alguien más en la habitación que pudiera oírlas—. Por lo visto, el anciano vizconde se ha quedado sin herederos, así que no ha tenido más remedio que reconocerlo y darle su apellido.

—Recuerdo esa historia. Hace unos meses se comentaba en algunos salones. —Florence tenía la mala costumbre de llevarse la uña del dedo pulgar a la boca y mordisquearla cuando necesitaba pensar—. Deben de estar arruinados. Seguro. Ese hombre necesita una unión por conveniencia y solo busca tu dinero.

—Bueno, tú entiendes de ese tipo de matrimonios, ¿no? —En cuanto lo soltó y vio cómo el semblante de su hermana se ensombrecía aún más, se arrepintió—. Florence, lo siento. No debía decir eso. —Ambas necesitaron unos segundos de silencio para serenarse y la más joven aprovechó para ponerse en pie—. La señora Coddington conoce bien a la familia. Te aseguro que no tienen problemas económicos.

—¿Y qué otro motivo tendría para hacer las cosas así? ¿A qué viene tanta urgencia para comprometeros? Sin ni siquiera venir a conocerme e iniciar un cortejo como es debido.

—¿Tan difícil es creer que alguien haya podido enamorarse perdidamente de mí?

—Ese nunca ha sido el problema, te lo aseguro. —Guardó silencio un momento, hasta que una súbita idea anidó en su cabeza—. Daisy, por favor, dime que no habéis intimado.

—¿Qué? ¡No! ¡Por supuesto que no! —protestó la otra ruborizándose.

—¡Si te has puesto del color de las amapolas! —graznó llevándose las manos a la cabeza—. ¡Maldita señora Coddington! No sé cómo confié en ella para que te mantuviera a salvo. ¡Esa mujer solo utiliza la cabeza para sostener el sombrero!

—¡No ha pasado nada entre Lance y yo!

—Júralo por la memoria de papá.

—Te lo juro por cualquier otra cosa pero, por el amor de Dios, no metas a papá en esto. Me he sonrojado porque me ha sorprendido que tan siquiera lo insinuaras.

—¿Y dónde se encuentra tu querido señor Hamilton en estos momentos? —quiso saber Florence.

—Regresó a Inglaterra con nosotros; sin embargo, debía continuar su camino hacia el norte para reunirse con su abuelo. Supongo que, entre otras cosas, para llevarle las buenas nuevas. Ya hemos comprado los billetes de vuelta a Francia para dentro de dos semanas, así que nos reencontraremos entonces.

—¿Estás tratando de decir que pretendes pasar el verano junto a tu prometido sin ningún tipo de supervisión?

—Bueno, no estaremos solos. Millie Coddington también vendrá y, como sus padres no pueden volver a ausentarse de Londres, la acompañará su tía Martha. Estará la señora Siddell, por supuesto, y el resto de sus invitados.

—Lo siento. Sigues sin tener permiso para ir —sentenció la mayor—. Viendo el resultado de tu última aventura, se me hace bastante difícil volver a confiar en ti.

—¡Podrías vigilarme con tus propios ojos! También estás invitada, ¿recuerdas? De hecho, Geneva insistió bastante en que nos quería a ambas allí. Has leído su carta, ¿no?

Florence recordó de golpe haber arrojado la carta de malas maneras sobre el tocador al llegar al dormitorio tras la trifulca del día anterior. Estaba tan encendida que ni siquiera quiso conocer su contenido.

—La verdad es que no, aunque dudo que leerla me haga cambiar de opinión al respecto. —Daisy suspiró con fuerza mientras lanzaba una mirada al techo.

—Eres mi hermana y lo más parecido a una madre que he tenido nunca. Y sabes de sobra que siempre te he respetado. —Ambas callaron durante algunos segundos—. Pero me iré dentro de dos semanas, contigo o sin ti.

Abandonó el comedor sin grandes aspavientos, tan sosegada que no parecía ella misma. Florence tuvo que saciar su inquietud llevándose de nuevo la uña del pulgar a la boca.

Los roles de ambas parecían haberse invertido en el transcurrir de la

mañana.

Querida señora Morland:

En primer lugar, permítame que le transmita mis condolencias por la pérdida de su padre y su marido en tan trágicas circunstancias, ya que no tuve oportunidad de hacerlo cuando tuvo lugar nuestra transacción comercial. Su hermana, la adorable Daisy, me contó lo ocurrido, y si bien han pasado ya cinco años del suceso, entiendo que para usted aún debe de ser un recuerdo doloroso.

¿Sabe una cosa? No se lo comenté en mi anterior carta, pero, en realidad, usted y yo ya nos conocemos en persona. La sostuve entre mis brazos cuando no era más que un bebé, antes de que la profunda amistad que me unía a su tía Diana se enfriara y perdiéramos el contacto. No me sorprendió descubrir que la había nombrado su heredera y que, por tanto, Des Bienheureux pasaba a sus manos. Y, cuando supe que ponía a la venta la propiedad en la que pasé los momentos más felices de mi vida, no quise perder la oportunidad de hacerme con ella. Aunque eso ya lo sabe.

Estoy segura de que recuerda la finca, ya que tengo entendido que la visitó alguna vez durante su infancia. Apenas he cambiado nada, pues estoy segura de que así lo habría querido nuestra preciosa Diana, aunque se ha dotado a la casa de todas las mejoras que los nuevos tiempos nos ofrecen. El inicio del verano allí es una delicia y, como no me gusta estar sola, invito cada año a un selecto grupo de amigos para que experimente lo que los franceses llaman «joie de vivre» en todo su esplendor, alejados del mundanal ruido, las responsabilidades y el estilo de vida asfixiante de la ciudad. Pícnics junto al estanque, partidos de bádminton, paseos por la playa y agradables cenas amenizadas por ingeniosas conversaciones, música y *champagne*.

No se hace una idea de lo que significaría para mí acogerlas a su hermana y a usted en mi humilde hogar. Sé que Diana, allá donde esté, aplaudiría nuestra reunión. Además, me gustaría entregarle algunos efectos personales de su tía que obran en mi poder y que estoy segura de que ella hubiera deseado que llegaran a sus manos.

Le ruego que me haga saber su respuesta lo antes posible. Oraré cada noche para que acepte mi invitación.

Me despido con el anhelo de poder reencontrarme pronto con

usted.

Atentamente,

Geneva Siddell

Florence releyó la carta varias veces. Su mente procesaba las palabras de Geneva del mismo modo que sus papilas gustativas convertían en placer la cucharada de miel que saboreaba de manera furtiva en el desayuno. Las sentía suaves y cálidas, como si en vez de plasmadas en papel se las hubieran susurrado al oído.

Sus recuerdos de Des Bienheureux y de su tía Diana eran lejanos y vagos. La última vez que fueron a visitarla, Daisy ni siquiera había nacido. Ella debía de tener unos ocho o nueve años y su hermana Felicity, seis; fue el verano antes de que la perdieran a causa de unas fiebres. Su madre no había podido acompañarles porque, ya por aquel entonces, estaba bastante débil, así que se pasaron toda la semana tratando de dar esquinazo a la *nanny* para poder investigar cada rincón de la enorme casa y de las, para sus tiernas cabecitas llenas de imaginación, mágicas tierras que la rodeaban.

Intentó rememorar cada detalle atesorado de aquellos días, cuando su niñez todavía era feliz, fácil y despreocupada. Aquellos recuerdos eran al mismo tiempo vívidos y confusos; su imaginación se había encargado de rellenar algunos huecos y ahora, veinte años después, no estaba segura de qué había sido real y qué no.

Cerró los ojos con fuerza y fue capaz de ver la corona de margaritas sobre los rizos rubios de su hermana, inspirar el aroma de la hierba tostándose al sol y paladear el sabor dulzón de los pétalos de violeta que se deshacían en la boca.

Evocó el rostro de su tía, ancho y recio como el suyo propio. Las mejillas llenas y los ojos oscuros e inteligentes. Sus abrazos vigorosos y acogedores con olor a humo y agua de rosas. Sus cuentos para dormir y las confidencias nocturnas…

Se levantó de la cama de un salto y abrió con brusquedad uno de los cajones de la enorme cómoda de caoba. Rebuscó entre la ropa interior y palpó el fondo hasta que sus dedos dieron con los bordes inconfundibles de una pequeña caja de piel. La sostuvo un momento entre las manos antes de abrirla y contemplar la joya que descansaba sobre el interior de seda roja: un reloj de oro para colgar de la solapa, cuyo broche esmaltado representaba a una criatura feérica con alas de

mariposa: la reina Titania desplegando su brillante majestuosidad sobre los mortales. La tapa del reloj tenía dos lirios grabados en plata y un diamante bordeado de rubíes en el centro. Al abrirla, podía leerse una inscripción: «Si dos corazones se juran amor, después ya no queda más que un corazón».

Había sido el regalo que Diana le había hecho llegar por su boda, a la que no quiso asistir. Ya por aquel entonces su tía y su padre no tenían una buena relación, y ella jamás abandonaba Des Bienheureux. Ni siquiera lo haría tres años después, para asistir al funeral de su propio hermano.

Florence examinó con detenimiento el reloj, al que nunca había dado uso por considerarlo demasiado valioso y llamativo. Comenzó a darle cuerda con delicadeza y, una vez que comprobó que las manecillas funcionaban, lo prendió de la solapa de su chaqueta, que colgaba de una de las puertas del armario.

Florence Morland había tomado dos decisiones: aceptaría la invitación de la señora Siddell y empezaría a concederse aquello que, sobre todo por imposición propia, se había estado negando todos esos años.

Y el primer paso era aquel vistoso reloj.

***

Para Daisy Lowell el tiempo solía volverse insuficiente cuando estaba enfrascada en los preparativos de un viaje; sin embargo, aquellas dos semanas habían sido un auténtico tormento, debido al flemático ritmo del transcurrir de los días.

Estaba empacando todos sus frescos vestidos de algodón para el día y sus valiosas nuevas adquisiciones de la Casa de Worth y de Callot Sœurs para las cenas. Aunque esta solía ser una tarea del servicio, Daisy había insistido en hacerlo ella misma, cosa que complació a Florence, que solía alentarla para que fuera más autónoma y menos dependiente de las comodidades que les otorgaba su posición económica. Por fortuna, Phyllis viajaría con ellas para no tener que disponer del atareado personal de la señora Siddell, hecho del que la habían informado puntualmente al aceptar su invitación. Observó con interés que llevaba modelos suficientes para estrenar casi cada día. Verlos todos juntos le hizo sentir un pequeño pellizco de culpa por su

frivolidad, que intentó apaciguar convenciéndose de que debía estar deslumbrante para su futuro esposo, aunque la realidad era que siempre trataba de resultar cautivadora allá donde fuera.

Después de doblar las prendas tal y como había visto hacerlo a la doncella infinidad de veces, estas comenzaron a parecerle anodinas y menos sofisticadas que cuando las compró. Se sentía estúpida, pero quería que todo fuera tan perfecto como lo había imaginado y, por más frustrada que se sintiera, sabía que tirar todos aquellos preciosos vestidos al suelo y echarse a llorar no era la solución. Así pues, inspiró con suavidad hasta calmar la irritante vocecilla de su cabeza y se contuvo.

Llevaba varios días irascible sin motivo aparente. En el fondo sabía que lo que la mortificaba era estar separada de Lance y no poder anunciar a los cuatro vientos su compromiso, pues él no quería hacerlo público hasta haber hablado con lord Artherton y ponerle al fin a ella un anillo en el dedo. Si se paraba a pensarlo, la idea de unir su vida a la de un hombre al que apenas conocía le parecía tan perturbadora como excitante.

Se preguntaba si el amor era así: dos extraños apostando a que la pequeña bola plateada acabara cayendo en el color afortunado de la ruleta de la felicidad. ¿Y si se detenía en la casilla equivocada? ¿Qué le depararía la vida entonces?

No podía negar que Lance Hamilton era todo cuanto una joven de su edad y posición podía desear y, como en los cuentos de hadas, había aparecido de repente para salvarla de las fauces de las tediosas cenas con los Coddington. Aquel hombre no solo derrochaba atractivo y carisma, sino que además tenía una vida apasionante y una predisposición natural a sacarle todo el jugo posible a la misma. Estaba convencida de que su matrimonio con Lance sería de todo menos aburrido, máxime si su futuro marido resultaba ser igual de apasionado en todas las facetas de su vida.

Aquello era amor.

Tenía que serlo. Aunque solo se conocieran desde hacía poco más de un mes.

Guardó con cuidado en su nuevo baúl de viaje un sinuoso y escotado camisón de seda y algunas de las delicadas prendas interiores recién adquiridas en París y que prefería que nadie, ni siquiera su doncella, viera antes que su prometido. El verano sería largo y la paciencia no

se encontraba entre las muchas virtudes de la muchacha.

***

—Te juro que no entiendo por qué tienes que llevar tantas cosas —vociferó Florence para que su hermana pudiera oírla a pesar del ruido que saturaba los ajetreados alrededores de la estación. Hicieron falta dos mozos para cargar el carrito del equipaje.

—Y yo no entiendo cómo puedes llevar colores tan horribles y poco favorecedores —contratacó Daisy señalando la falda ocre tostado y la chaqueta oscura de su hermana—. Al menos te has puesto el sombrero que te regalé.

—Será mejor que nos demos prisa —dijo la mayor ignorando los comentarios despectivos hacia su atuendo y mirando su precioso reloj —. Hemos tardado tanto en salir de casa y atravesar la ciudad que llegamos con el tiempo justo.

Florence comenzó a abrirse paso entre el gentío con paso diligente, seguida de cerca por Daisy, que no estaba dispuesta en absoluto a perder el tren. Cerrando la comitiva iba Phyllis, aferrada a su pequeña maleta y tratando de seguir el ritmo de las otras dos damas.

El personal de la estación fue de lo más solícito con la señora Morland. En general, todo el mundo solía serlo. Daisy siempre se preguntaba si era por su forma expeditiva de expresarse o por la gravedad de su semblante; lo que estaba claro era que Florence había nacido para que sus órdenes fueran acatadas.

—¿Ves como no había de que preocuparse? —dijo la más joven cuando por fin pisaron el interior del vagón, en el mismo preciso instante en el que comenzó a sonar la sirena que marcaba la salida del tren.

—Sí que lo veo. Teníamos tiempo de sobra —ironizó su hermana—. Phyllis, ¿sabrás llegar a tu asiento?

—Creo que sí —contestó la doncella con poca convicción.

—No se preocupen, yo la acompañaré —indicó un joven ataviado con el uniforme de la compañía ferroviaria.

—Señora, señorita, permítanme conducirlas a su compartimento. — Otro acomodador de mayor rango y bigote se hizo cargo de sus bolsos de mano y enfiló el pasillo, revestido de madera.

—¡Ay, Dios, Florence! ¡Qué nervios! Dime qué aspecto tengo. —Daisy

se pellizcó con suavidad las mejillas para dotarlas de un rubor innecesario, pues ya estaban lo bastante arreboladas por la carrera.

—Estás preciosa, como siempre. El señor Hamilton se enamorará de ti como el primer día.

—¡No te burles!

Avanzaron por el estrecho pasillo del tren hasta llegar al número de compartimento que les correspondía y, cuando aquel hombre abrió las portezuelas, Daisy se abalanzó para ser la primera en entrar. Florence oyó la algarabía del reencuentro mientras daba una propina al acomodador. Cuando se disponía a entrar, consiguió distinguir la figura de dos hombres, uno junto a su hermana y otro justo detrás.

—¡Ven aquí, Florence! —la llamó Daisy exaltada por la emoción—. ¡Estoy tan nerviosa! He esperado este momento con muchísimas ganas. Deja que te presente al señor Hamilton.

—Es un… placer. —La última palabra salió de los labios de Lance con apenas un tenue hilo de voz. Una exhalación vacua que los presentes apenas fueron capaces de percibir.

Aquel hombre la miró como si estuviera ante una aparición fantasmal, abriendo de golpe los ojos encapotados de color azul cristalino. Florence también lo observó con sorpresa, recorriendo con la vista la digna línea de su prominente nariz y sorprendiéndose con el hallazgo de un mechón plateado en su flequillo que no formaba parte de su recuerdo.

La sorpresa dio paso al temor, y este a la indignación al ser consciente de que se hallaba frente a algún tipo de engaño del que estaban siendo objeto tanto ella como su hermana.

En ese momento, el tren dio un par de bruscas sacudidas antes de comenzar a moverse, por lo que Florence estuvo a punto de perder el equilibrio y caer sobre la desgastada moqueta del suelo si en ese mismo instante la mano de aquel hombre no hubiera agarrado con firmeza la suya.

—Florence —dijo él, visiblemente consternado. A ella, el sonido de su propio nombre escapando de sus labios le sonó al murmullo de las olas y a momentos furtivos.

—¿Tristan?

-3-
Caminos cruzados

—¿Ya os conocíais? —preguntó Daisy mientras los miraba a ambos con desconcierto. El otro hombre se había apartado un poco de la escena, apoyándose en la ventana, por la que se podía ver desaparecer el andén y la estación.

—Sí —contestó él.

—¡No! —respondió Florence al mismo tiempo, con las mejillas arreboladas y el gesto contrariado, mientras le soltaba la mano como si quemara—. Yo conocí hace años a un tal Tristan Campbell. Claro que no pueden ser la misma persona, ¿no es así?

—Sí. Quiero decir, no —titubeó él. Usó la mano recién liberada para recolocarse el cabello, intentando calmar su frustración—. Ni siquiera sé lo que estoy diciendo… Es verdad que soy Tristan Campbell.

—¿Lance? ¿Qué está pasando? —quiso saber Daisy. Parecía confusa y a punto de echarse a llorar por haber visto estropeado el esperado reencuentro.

—Campbell es el apellido que he usado prácticamente toda mi vida. Me lo cambié por Hamilton cuando lord Artherton me permitió usarlo —aclaró él.

—¿Y el nombre?

—Me llamo Lancelot Tristan. —Su acompañante, que había permanecido apoyado en la ventana, ahogó una carcajada que consiguió distender el ambiente y que el que hablaba prosiguiera con una sonrisa—. A mi madre siempre le ha fascinado el ciclo artúrico. Uso Tristan para el trabajo, aunque la familia siempre me ha llamado Lance. Mi buen amigo aquí presente puede confirmar que todo cuanto digo es cierto.

—Me temo que sí. —El otro hombre se acercó al grupo con una radiante sonrisa—. Señora, señorita, Phinneas Van Ewen a su servicio. Les diría que pueden tomarse la libertad de llamarme Phinn, pero creo que ya hemos tenido demasiadas charadas con los nombres por hoy.

—Necesito beber algo —anunció Florence justo antes de salir al pasillo, huyendo de aquel pequeño y opresivo espacio.

—Ya voy yo —concluyó Daisy frenando con la mano el movimiento casi automático de Lance, que parecía dispuesto a ir tras ella. La muchacha recorrió dos vagones en pos de su hermana, que parecía haberle tomado bastante delantera—. ¡Florence, espérame! ¿Se puede saber a dónde vas? El vagón restaurante ni siquiera está en esa dirección.

—Yo… me he despistado.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? ¿De qué conoces a Lance?

—Lance, Tristan, o comoquiera que se llame, era un viejo amigo de James; por lo que recuerdo habían estudiado juntos, de niños. Coincidimos con él hace años, en Miconos, durante nuestra luna de miel —añadió sin poder disimular su turbación—. Siento muchísimo haber actuado así, pero por un momento he pensado que estaba tratando de tomarte el pelo.

—¡Ay, mi hermana querida! —exclamó Daisy mientras la abrazaba y, sonriendo divertida, depositaba un fugaz beso en su mejilla—. Siempre tratando de protegerme. Venga, volvamos y pidamos que nos traigan una botella de *champagne*.

—No sé si podré volver ahí dentro. —Florence se sonrojó. Parecía avergonzada.

—¡Si solo ha sido un malentendido! No le des más importancia de la que tiene. Seguro que Lance no lo ha hecho.

—Supongo que tienes razón. —Tragó saliva con dificultad e intentó esbozar un amago de sonrisa—. Solo ha sido un malentendido.

***

—¡Menudo numerito! —se burló Phinneas, todavía con una sonrisa en sus gruesos labios—. Digno de un vodevil. —Su gesto cambió en cuanto vio que su amigo se sentaba resoplando y aflojándose la corbata con una mano al tiempo que se pasaba la otra por el ondulado cabello—. ¿Me he perdido algo?

—¿Qué? ¡No! Claro que no.

—¿Y por qué pareces Sísifo empujando la piedra?

—Ha sido un reencuentro inesperado, eso es todo.

—¿Cambia esto en algo tus planes?

—En absoluto. Voy a casarme con Daisy, tanto si le gusta a su hermana como si no.

—¿Y de qué conoces a esa mujer? Si es que puede saberse.

—¡Ya estamos aquí otra vez! —Como si hubiera sido invocada, la muchacha apareció seguida por Florence—. ¿Nos han echado de menos, caballeros?

—Por supuesto, querida —aseguró Lance tras ponerse en pie, sonriente y sereno. Una vez recuperado de la impresión, parecía una persona completamente diferente a la de unos segundos atrás—. Creo que le debo una disculpa a tu hermana.

—Soy yo quien debería disculparse —reconoció Florence. Era incapaz de mirar a los ojos de aquel hombre mientras se dirigía a él. Ojos del color del mar Egeo. Ojos que la transportaban a noches de verano y a amaneceres con olor a sal—. He sido grosera.

—Por mi parte está todo olvidado. Me alegro de que volvamos a encontrarnos. —Lance tomó su mano para depositar un rápido beso en ella y luego, de forma inconsciente, fue incapaz de soltarla—. ¿Se unirá James a nosotros más tarde?

—Me temo que no —respondió Florence librándose del agarre y tomando asiento antes de que el estremecimiento que sentía por dentro se hiciera evidente. Los demás la imitaron—. Mi marido murió hace cinco años.

—Yo… no sabía nada. —Su rostro había demudado por completo en un gesto tan sorprendido como triste—. Lamento muchísimo tu pérdida. Era un gran hombre.

—Sí. Lo era.

—Me siento muy avergonzada —dijo Daisy de repente, llamando la atención—. Ahora me doy cuenta de que este malentendido ha sido culpa mía. Si bien le conté a Lance que tenía una hermana mayor, ni siquiera llegué a decirle tu apellido. A lo mejor así él habría atado cabos. ¡Estábamos tan centrados el uno en el otro que nos olvidamos del resto del mundo!

—Es lo que suele pasar cuando haces las cosas de forma tan precipitada —replicó su hermana intentando disimular la mordacidad de sus palabras con una media sonrisa.

—No te angusties, querida. Florence y yo tendremos tiempo de sobra para ponernos al día. —Lance dirigió su mirada hacia la joven viuda que, de alguna forma, consiguió reunir el valor suficiente para corresponderle.

Durante todo el camino, Daisy no permitió que la conversación

decayera. Cuando se trataba de contar chismes e interesarse por temas que hasta ese momento le eran desconocidos, no tenía rival. Phinneas tampoco le iba a la zaga. Aquel hombre era, según contaba, un pianista de bastante renombre, a pesar de que ninguna de las hermanas había oído hablar de él, y casi no había ciudad en el mundo en la que no había protagonizado alguna anécdota escandalosa de la que hacer partícipes a sus compañeros, para deleite de la muchacha. Lance, por el contrario, no estaba muy conversador y solo intervenía cuando sus dos compañeros más habladores le preguntaban algo de forma directa. Por su parte, Florence se dedicó a sonreír de soslayo cuando consideraba que el tema guardaba algún tipo de relación con ella, aunque su actividad principal consistía en contar los nudos de la madera que forraba el vagón, el número de borlas que pendían de las cortinas de terciopelo verde y las veces que pillaba al prometido de su hermana lanzándole miradas furtivas.

—Me pregunto por qué no hemos tomado el barco a Caen. Tengo entendido que está más cerca de nuestro destino —quiso saber Phinneas con curiosidad.

—Así es, señor Van Ewen —confirmó Daisy—. De hecho, mi querida amiga, Millicent Coddington, cogerá ese camino mañana y nos reuniremos con ella en Cabourg. El caso es que me temo que mi hermana tiene un secreto inconfesable.

—¿Cómo? —preguntó la interpelada, que había estado distraída, y la mirada se le fue de forma instintiva hacia Lance.

—No te avergüences, Florence —continuó Daisy, divertida—, tener miedo al mar no te hace débil. En todo caso te hace parecer humana.

—Es cierto —admitió ella con voz vacilante—, lo confieso. El trayecto en barco de Dover a Calais es bastante más corto y prefiero volver a tener los pies plantados en tierra firme cuanto antes.

—Recuerdo tu cara al bajar de aquel pequeño barco en Delos —intervino Lance sonriendo ante aquel recuerdo. Florence palideció.

—¡Vaya! No me habíais dicho que os conocierais… tanto. —Daisy no había borrado su sempiterna sonrisa, a pesar de que el tono de su voz escondía un pequeño atisbo de recelo.

—¡Ya estamos llegando a la estación! —anunció Phinneas rompiendo el espeso silencio que se había formado en el vagón—. Imagino que nos acompañarán esta noche a cenar en el hotel, ¿no es así?

—¡Claro! —se apresuró a responder la más joven.

—Me temo que estamos muy cansadas —contestó al mismo tiempo Florence, reprendiendo a su hermana con la mirada—. Pediremos que nos suban algo frugal a la habitación. —El tren había estado aminorando la velocidad hasta detenerse entre chirridos y fuertes toques de silbato—. Nos veremos mañana, caballeros. —Y, sin mediar ninguna otra palabra ni esperar a su hermana, que se despedía de ambos con gesto contrariado, se levantó y salió al pasillo deseosa de escapar de allí antes de perder los papeles.

***

Faltaban escasos minutos para que partiera el ferri, y Florence seguía agarrada con fuerza a una de las barandillas de la cubierta. Retrasaba el momento de volver a reunirse con sus compañeros de viaje, a los que había conseguido esquivar hasta ese momento bajando a desayunar a primera hora. Después había dejado a su hermana con Phyllis y se había marchado antes del hotel, utilizando la excusa de querer asegurarse de que embarcaban bien todo el equipaje. Necesitaba pasar algo de tiempo a solas, ordenando sus ideas y rememorando episodios de su pasado que creía haber enterrado a gran profundidad y que pugnaban por salir a la superficie.

Daisy se había pasado la mañana atormentándola con sus protestas por haberla obligado a madrugar, y tampoco estaba contenta por privarla de pasar más tiempo con su prometido. Hacía ya un buen rato que Florence los había visto desde lejos mientras llegaban juntos al puerto entre escandalosas risas, confirmando que el disgusto de su hermana parecía haberse diluido como una gota de tintura en agua.

Miró con atención el mar, que para su alivio estaba bastante calmo. Tuvo que respirar hondo varias veces y armarse de valor para afrontar aquel trayecto. No eran las aguas en sí las que le causaban aquel temor, sino la desconexión con la tierra que suponía encontrarse en una embarcación a merced del oleaje.

—¿Asustada? —Una voz masculina la sobresaltó, haciendo que su cuerpo temblara más aún que ante la perspectiva de cruzar el canal a nado.

—No soy tan fácil de amilanar —contestó con bravuconería.

—De eso estoy seguro.

—¿Qué se supone que debo hacer ahora, Tristan? ¿O debería llamarte

Lance?

—Puedes llamarme como prefieras, Florence —pronunció su nombre con templanza, tomándose su tiempo y saboreando cada sílaba—. Te juro que no sabía que Daisy era tu hermana. Apenas se refirió a ti un par de veces desde que nos conocimos. Me contó que vivía con una hermana viuda y poco más. —Otearon el horizonte durante algunos segundos, evitando que sus miradas se cruzaran—. Por cierto, siento muchísimo lo de James. Hace años que vivo de aquí para allá y solo piso Londres si me pilla de paso. No me llegó la noticia de su muerte.

—Eso ya lo dijiste ayer. —Ambos continuaron mirando el mar, permitiendo que el sonido del batir de las olas contra el casco del barco llenara el silencio que se había instalado entre ellos—. ¿Y qué es lo que piensas hacer?

—¿A qué te refieres?

—A tu compromiso con Daisy, por supuesto.

—Es que estás pensando en… ¿contárselo?

—¡No! ¡Claro que no! Aunque es obvio que no puedes casarte con ella —sentenció Florence.

—Bueno, yo no lo veo tan claro como tú.

—No sería tan sorprendente. Al fin y al cabo, todo ha sido muy rápido. Nadie se extrañaría de que hubierais cambiado de opinión. Además, aún no lo habéis hecho público, lo que juega a nuestro favor. Conozco a mi hermana, estará disgustada un tiempo y luego se le pasará.

—No pienso romper el compromiso —declaró él con solemnidad.

—¿Cómo dices?

—Voy a casarme con Daisy. Lord Artherton está de acuerdo y, además, ya le he dado mi palabra a ella.

—Ya veo. Estás… —acertó a decir Florence, dejando una pausa que aprovechó para tragar saliva junto al nudo que se le había formado en la garganta— ¿enamorado de Daisy?

—¿Cómo no estarlo? Reúne todas las virtudes admirables en una buena esposa.

—Soy su tutora, podría oponerme.

—Es mayor de edad. Y, además, no creo que quieras hacerla infeliz.

—Será infeliz si se casa con un hombre al que apenas conoce —sentenció ella tratando de mantenerse impasible.

—¿Eso lo dices por experiencia? —contratacó él, lamentándolo al

instante.

Florence alzó la mano para abofetearlo, pero él la sujetó antes de que lo consiguiera. Aquel gesto había llamado la atención de algunos de los pasajeros que se encontraban junto a ellos, por lo que Lance, en lo que vino a ser un intento de salvar la situación y, con seguridad, de alterar aún más a su acompañante, depositó un suave beso en el dorso de la misma. Florence se zafó contrariada y se marchó a ocupar su asiento justo antes de que aquella máquina que le causaba tanto recelo iniciara su travesía.

-4-
Regreso a Des Bienheureux

El trayecto en automóvil desde Calais hasta el Grand Hôtel de Cabourg no fue muy diferente al del ferri. Florence permaneció taciturna y Daisy temió por la arruga perenne que se le había instalado en el entrecejo. Al no poder ir en el mismo coche de alquiler que Lance, se preguntaba qué tal estaría llevando él toda aquella situación y, lo que era más importante, si la reticencia de su hermana acabaría animándolo a deshacer el compromiso.

Finalmente, atravesaron los jardines de entrada del hotel y los automóviles pararon frente a la puerta del fastuoso edificio de espaldas al mar. La muchacha esperó a que su hermana, tan diligente como siempre, desapareciera tras las puertas de entrada para acercarse a él mientras descargaba su maleta.

—¡Creía que no llegaríamos nunca! —exclamó mientras estiraba las piernas con un contoneo poco decoroso—. ¿Me has echado de menos?

—Claro que sí —afirmó él con una de sus sonrisas torcidas.

—Al menos tú habrás estado distraído con el señor Van Ewen. Yo en cambio he hecho todo el trayecto en un silencio sepulcral —se quejó —. Siento muchísimo el trato que te está dando mi hermana —susurró Daisy a su prometido—. Imaginaba que se escandalizaría un poco, no que estaría enfurruñada todo el viaje.

—No te preocupes por eso, querida. Nací como hijo ilegítimo, estoy acostumbrado a los desplantes —bromeó Lance.

—Florence no es así. Jamás te trataría mal por eso. ¿Crees que pudiste hacer algo en el pasado que la molestara? —Había dudado antes de formular la pregunta, temiendo la respuesta.

—No. No lo creo.

—¿Y eso es todo? —inquirió con curiosidad—. ¿No me lo vas a contar?

—¿A qué te refieres?

—De pronto descubro que ya os conocíais y ninguno de los dos me da más detalles.

—Tampoco hay mucho que contar. Me habían mandado a Grecia a

cubrir una revuelta en Creta y decidí quedarme un tiempo para hacer un recorrido por las islas. Una noche, cuando volvía a mi hotel en Miconos, me encontré con un viejo amigo: James Morland, tu cuñado. Ahí fue cuando conocí a Florence. —Miró a su alrededor para asegurarse de que seguían solos, y sus brillantes ojos se entornaron con una gravedad que Daisy nunca le había visto, a pesar de que gesticulaba con las manos tratando de restarle importancia al asunto —. Pasamos juntos algunos días antes de que ellos reanudaran el itinerario de su luna de miel. Y eso es todo.

—Pues no sé qué decir. Florence puede ser bastante rígida, aunque esa actitud tan huraña es impropia de ella.

—Está preocupada por ti y me temo que no le caigo muy bien —dijo riendo y consiguiendo sacar una sonrisa a su prometida—. Te prometo que conseguiré que cambie de opinión.

—¿Aún quieres casarte conmigo? —preguntó con coquetería.

—¡Señorita Daisy! —Phyllis recorrió con sus pasitos vivaces la distancia entre la escalinata del hotel hasta donde se encontraba la pareja—. Su hermana me ha mandado a buscarla para decirle que la señorita Coddington también se encuentra ya aquí.

—Gracias, Phyllis, voy enseguida. —Daisy se volvió hacia Lance, esperando a que este le diera una respuesta, pero la doncella se había quedado plantada junto a ellos y no parecía tener la intención de marcharse.

—Será mejor que vayas entrando. Estarás deseando reunirte con Millie. Creo que voy a dar un paseo por la playa. Ya seguiremos hablando luego. —Tras una última sonrisa, Lance se metió las manos en los bolsillos, dio un puntapié a un guijarro y se alejó en dirección opuesta a la puerta de entrada.

***

La hora del té en el Grand Hôtel no tenía mucho que envidiar a la de cualquier refinado salón de Londres, más bien todo lo contrario. Los enormes ventanales orientados a la playa filtraban a través de sus cortinas los cálidos rayos del sol de media tarde, que jugueteaban con las filas de caireles de cristal de las lámparas de araña. Una buena parte de la alta sociedad europea se daba cita entre aquellas lujosas paredes, atraída por el ambiente distendido del casino y los

maravillosos beneficios del balneario y sus baños de mar.

—Si te soy sincera, pensaba que mis padres no me permitirían venir. —Millicent Coddington dio un diminuto bocado a su sándwich de pepino mientras sonreía con malicia—. Solo pusieron dos condiciones: que regrese a Londres antes de que termine el verano y… a la tía Martha. —Ambas muchachas miraron a la mesa contigua, en la que la tía solterona de Millie tomaba el té con Florence, sin cruzar una sola palabra—. ¡Esta aventura es muy emocionante! Quiero regresar a casa con un noviazgo precipitado y furtivo como el tuyo. ¡Es tan romántico! Me muero de envidia.

—Mi compromiso no es ningún secreto.

—Tal vez, aunque tampoco lo habéis hecho oficial. ¿Te ha entregado ya el anillo?

—La verdad es que no —se lamentó Daisy—. Creía que, en cuanto lord Artherton y mi hermana lo supieran, podríamos gritarlo a los cuatro vientos, pero ahora no estoy tan segura. Lance está muy raro y Florence parece que lo odie.

—Tu hermana nunca ha sido el *summum* de la simpatía. Creo que ni siquiera yo le agrado mucho.

—¡Qué tontería! Te tiene muchísimo aprecio —mintió—. El caso es que se suponía que este iba a ser un viaje de ensueño y está resultando una pesadilla. Me he pasado casi todo el camino charlando de trivialidades con el señor Van Ewen.

—¿Con quién?

—Phinneas Van Ewen. Lance lo ha invitado.

—¿Es atractivo?

—¡Ya lo creo! Es músico.

—¡Tanto mejor! —Ambas rieron tan fuerte que el salón entero las miró reprendiéndolas, lo que no bastó para sofocar sus risas, sino solo para que se cubrieran la boca en un vano intento de disimularlas.

Habían quedado en que la señora Siddell se reuniría con el grupo allí para partir todos juntos hacia Des Bienheureux. Incluso el director del hotel, del que Geneva era una clienta habitual y muy respetada, les había informado de que tendrían uno de los automóviles del establecimiento a su disposición; sin embargo, las horas pasaban y su anfitriona aún no había hecho acto de presencia ni había dejado ningún mensaje para ellos.

—Es imposible contactar vía telefónica con la finca —informaron a

Florence en recepción tras disfrutar del té de la tarde—. Al parecer, algún tipo de avería ha cortado la línea.

Tras un par de horas más de cortesía y en vista de que el anochecer se les echaba encima, Florence se dirigió de nuevo al mostrador con Phyllis a la zaga para intentar que les preparan las habitaciones pertinentes. A pesar de su poder de convicción, la gestión estaba resultando bastante complicada, ya que el hotel estaba al completo en aquella época del año.

Seguía enfrascada en su cometido, apretando las tuercas al personal, cuando vio llegar a un hombre que entraba en el vestíbulo resoplando y con el paso acelerado. Al situarse junto a ella, el desconocido se recompuso el flequillo rizado, que debía de haber perdido verticalidad a causa de la carrera, y le lanzó una mirada descarada tras sus gafas de montura de carey.

—Buenas tardes —saludó lanzándole una amplia y blanca sonrisa a la que Florence correspondió con un escueto movimiento de cabeza.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor Townsend? —Uno de los empleados de recepción se dirigió con cierta familiaridad al recién llegado.

—Muy buenas, Alfred. Vengo a recoger a los invitados de la señora Siddell. Me temo que se me ha hecho un poco tarde.

—Creo que hace rato que lo esperan. De hecho, la señora Morland, aquí presente, confiaba en que se quedara libre alguna habitación para poder pasar la noche. —Ella se giró hacia ellos con gesto circunspecto.

—Señora Morland, le ruego que me disculpe —dijo aquel hombre acentuando la picardía de su sonrisa—. Mi nombre es Sterling Townsend, y tenía que haber venido a recogerlos hace horas.

Al verlo más de cerca, Florence percibió que era aún más joven de lo que le había parecido en un principio. Debía de tener una edad similar a la suya, rondando la treintena, aunque su cara resultaba aniñada y risueña, incluso detrás de aquellas gafas.

—Nos ha extrañado no haber recibido ningún mensaje de la señora Siddell —contestó, todavía reticente.

—Ya me imagino —añadió él sin perder el gesto risueño—. Un árbol ha caído y se ha llevado por delante las líneas de telefonía de Des Bienheureux y de todo el pueblo. Hemos intentado que lo solucionen, pero por lo visto no podrán arreglarlo hasta dentro de un par de días. He acudido en cuanto he podido.

—Agradezco que haya venido hasta aquí para avisarnos. Imagino que

ya no son horas para emprender el camino.

—¡Tonterías! He traído mi coche y Geneva reservó uno de los del hotel. La finca no está muy lejos; iremos algo apretados, pero no se darán ni cuenta. —Sonrió—. Saldremos en cuanto lo tengan todo listo.

—Pero… ¡ya casi está anocheciendo! No podemos aparecer en la casa en mitad de la noche. No sería decoroso.

—Le aseguro que no será ningún problema. Voy a pedir que vayan cargando sus maletas, usted avise a los demás.

Daisy montó en el coche alquilado con Millie y Martha Coddington. Phyllis iría delante, junto al chófer. En el otro vehículo, Florence prefirió sentarse junto al señor Townsend, mientras que Tristan y Phinneas ocupaban los asientos traseros.

Sterling Townsend parecía manejarse tan bien al volante como con las palabras, ya que estas no paraban de brotar de su boca y conseguían cubrir cada incómodo silencio. Cuando mencionó que era abogado, las piezas del puzle encajaron a la perfección, y la joven viuda supo por qué su nombre le había sonado tan familiar cuando se había presentado. Él había sido uno de los encargados de redactar los papeles de la compraventa de la finca.

Las casi dos horas de camino pasaron volando; al menos para Florence, a pesar de que Tristan había permanecido bastante callado y taciturno, haciendo que se preguntara si es que le disgustaba ir sentado tras ella o si estaba afectado por la conversación que le había visto mantener con Daisy al llegar al hotel, cuando ambos pensaban que nadie los observaba.

Atravesaron el primer vallado, una arcaica verja de hierro devorada por la maleza que delimitaba el perímetro exterior de la propiedad. La carretera se convirtió en un camino de tierra flanqueado por densos árboles, y continuó así hasta la segunda cancela, enmarcada por un arco que formaba parte de una preciosa estructura de ladrillo rojo con techos abuhardillados y a través de cuyos ventanales resplandecía la luz anaranjada de una lámpara de mesa.

—Es la casa del guardés, el señor Woodgate. Su esposa es el ama de llaves de la finca —comentó el señor Townsend cuando la atravesaron al ver la curiosidad en los ojos de su copiloto.

—Recuerdo este sitio. Cuando éramos pequeñas creíamos que era el portal del reino de las hadas. En el jardín también había varios pasajes en forma de luna que, para nosotras, eran accesos a otros mundos. Ya

sabe, tonterías de crías.

—¿Usted y su hermana Daisy? —preguntó con su sempiterna sonrisa.

—No. Mi hermana Felicity.

—¿Y podremos disfrutar de su compañía estos días?

—No sería posible. Falleció siendo niña —aclaró ella con el tono apático de quien tiene asumida la pérdida—. De eso hace ya muchos años.

—Lo siento mucho. ¡Debo de parecerle tan desconsiderado!

—No se preocupe, no es culpa suya. Yo no debí haberla mencionado. La verdad, no es algo que suela hacer a menudo. Es este lugar —afirmó mirando a través del cristal—; me despierta recuerdos que llevaban mucho tiempo dormidos. —Florence notó un movimiento a su espalda y giró la cabeza de forma instintiva. El señor Van Ewen dormía plácidamente con los labios entreabiertos, a pesar del traqueteo. Tristan estaba despierto y volvió a repetir aquel movimiento al arrebujarse en su chaqueta. Incluso en la cerrada oscuridad que los envolvía, fue capaz de captar el brillo de sus ojos, fijos sobre ella.

A lo lejos empezaban a vislumbrarse las titilantes esferas de las nuevas farolas eléctricas que flanqueaban la entrada a la mansión y que, si bien no realzaban su belleza como podría hacerlo la cálida claridad del sol, le proporcionaban un halo blanquecino que resultaba tan onírico como fascinante.

Los coches se detuvieron junto a la puerta de entrada al mismo tiempo que se abría para que aparecieran por ella dos mujeres cuyo aspecto no podía ser más dispar. Una era alta y regia, con una silueta envidiable a pesar de su madurez, el pelo rubio mucho más corto de lo que dictaban los cánones y la belleza serena de una tarde de verano. La otra era más baja y marcada por voluminosas curvas que copaban el sencillo vestido marrón; los rizos oscuros se le entremezclaban con los canos al escaparse del rodete que le coronaba el rostro en forma de corazón.

—¡Qué alegría que ya estéis aquí! Siento muchísimo haberos obligado a viajar a estas horas. —La mujer rubia se cubría con un chal de seda dorada que brillaba con cada uno de sus movimientos.

—No te preocupes, Geneva. He intentado que el paseo fuera lo más agradable posible para tus invitados —dijo Sterling con familiaridad —. Permíteme que te presente a la señora Morland. Sé que te morías

de ganas por conocerla.

—¡Florence! Es todo un honor tenerte aquí. Puedo llamarte así, ¿verdad? Y, por favor, llámame Geneva, como si fuéramos viejas amigas.

—Claro —respondió esta al acercarse a ella y sentir con asombro cómo la cogía de las manos. Todo en Geneva Siddell parecía dotado de gracia: su voz, su forma de moverse, sus facciones… Por un momento Florence se sintió incómoda a su lado. Tosca. Y deseó que los allí presentes no establecieran comparaciones entre ellas, porque sin duda sería ella la que saldría mal parada.

—Fíjate, Emilia —continuó Geneva dirigiéndose a la otra mujer—, ¿no es igualita que nuestra Diana?

—Su cabello no es tan rojizo, pero en lo demás son casi dos gotas de agua. Es un placer, señora Morland. Soy Emilia Woodgate, el ama de llaves. Trabajé en Des Bienheureux hace muchos años, antes de que usted naciera y, ahora, la señora Siddell me ha brindado la maravillosa oportunidad de volver. —Criada y señora intercambiaron una mirada llena de cariño.

—Encantada —contestó Florence, atolondrada—. Discúlpenme, ha sido un día muy largo y estoy bastante cansada.

—¡Geneva! —vociferó Daisy con un enérgico grito que abochornó a su hermana nada más salir del coche. Si la fatiga del viaje había hecho mella en ella, no lo evidenciaba en absoluto.

—¡Mi querida señorita Lowell! ¡Qué ganas tenía de tenerte por fin en mi casa! —exclamó sonriente la anfitriona.

—No me lo habría perdido por nada del mundo —dijo la muchacha lanzándole una mirada de soslayo a Florence—. ¿Recuerdas a mi buena amiga Millie? La acompaña su tía, la señorita Martha Coddington. —Las mujeres se saludaron tras la presentación—. Y aquí está el señor Hamilton —añadió sin intentar suavizar su pícara sonrisa.

—Es un placer volver a verla, señora Siddell. Gracias por su invitación —reconoció Lance, besándole la mano enguantada.

—No tiene por qué darlas. Los… amigos de Daisy son bienvenidos —admitió ella, satisfecha.

—Permítame que le presente al señor Van Ewen. Es el acompañante que le mencioné en mi carta.

—*Enchanté, madame.* —Phinneas hizo una leve reverencia y se

levantó el sombrero de hongo con galantería.

—Encantada. Cuando el señor Hamilton me informó de que traería a un pianista a mi humilde hogar, casi exploto de la emoción. Al fin alguien le arrancará algo de música a nuestro abandonado instrumento.

—Será un placer —respondió él con entusiasmo.

—¿Por qué seguimos todos aquí fuera con la humedad que hace? —vociferó la anfitriona—. Por favor, vayan entrando. No estaba muy segura de la hora a la que llegarían, así que he mandado que les preparen un pequeño refrigerio en el salón para que coman algo antes de acostarse. Deben de estar agotados de tanto trasiego. —Geneva los guio hacia el interior como haría una pastora con su rebaño—. Emilia, querida, indique al servicio las habitaciones en las que pueden ir dejando los equipajes. —El ama de llaves asintió con la cabeza y empezó a dar órdenes a su alrededor.

Cuando rebasaron el umbral, los recuerdos de Florence se avivaron de repente al contemplar el mosaico circular del suelo del recibidor, las coloridas cristaleras sobre puertas y ventanas, y las intrincadas volutas de la balaustrada de la doble escalinata. Aquel lugar estaba envuelto en una naturaleza de hierro y cristal que lo volvía salvaje e irregular.

Había llegado a olvidar lo vivo que parecía todo en aquella casa.

-5-
Tan jóvenes y bellos

Cuando Phyllis entró en la habitación para ayudarla a vestirse, Daisy aún se encontraba en esos deliciosos momentos que separan la vigilia del sueño. Experimentaba un curioso placer en dormir en camas ajenas y quizás por eso le gustaba tanto viajar. El abrazo de un colchón más firme que el suyo, unos almohadones más mullidos y el aroma a lienzos limpios le proporcionaban un descanso mejor que el de su propia casa, donde las paredes parecían ahogarla.

—Hace una mañana maravillosa, señorita —dijo la doncella mientras estiraba un delicado vestido de algodón blanco adornado con encajes y un fajín de satén rosado.

—¿Llego a tiempo para el desayuno?

—Por supuesto. No se preocupe por eso, nunca la dejaría dormir tanto como para perdérselo. Su hermana bajó hace un buen rato. Ya sabe lo madrugadora que es.

—¿Y el señor Hamilton?

—No sabría decirle, señorita.

—Está bien, Phyllis. Quiero que me trences el pelo. Mi intención es parecer lo más arrebatadora posible ya de buena mañana, así que pongámonos manos a la obra.

Al llegar al comedor, Daisy comprobó que no era la última en llegar. Millie, que necesitaba disponer de los servicios de una de las doncellas de la casa, todavía no había bajado, y el señor Van Ewen tampoco. Florence no se encontraba allí, aunque sí Geneva, que parecía disfrutar de una animada charla con Lance y el señor Townsend, actitud que se estaba ganando una de las reprobatorias miradas de la añeja señorita Coddington.

—¡Santo cielo, Daisy! Estás tan bella como una ninfa de los bosques; ¿no está de acuerdo, señor Hamilton? —dijo la anfitriona en cuanto la muchacha apareció en la sala.

—Más aún —contestó Lance poniéndose en pie y retirando una silla para que su prometida tomara asiento.

—¡Sois tan afectuosos conmigo! Me he puesto el primer vestido que

he encontrado. Y aún sigue algo arrugado después del viaje —dijo ella con fingida modestia mientras Lance procedía a llenarle la taza de té.

—Celebro poder disfrutar en mi casa de tu juventud y belleza. Cuando llegas a cierta edad, necesitas olvidar que todo cuanto conoces se va marchitando. Incluida tú misma.

—Geneva —intervino Sterling—, tú todavía estás muy lejos de eso.

—Gracias, querido. —Ella le tomó la mano sobre la mesa. Fue un gesto lo bastante íntimo como para que a Daisy le llamara la atención.

El mayordomo abrió la puerta justo antes de que Florence la atravesara. Llevaba una de sus habituales chaquetillas negras y una falda de color pardo tan funcional como pasada de moda. Tenía las pálidas mejillas arreboladas y algunos mechones de pelo se le habían soltado al quitarse el sombrero.

—Buenos días. Espero no llegar demasiado tarde.

—No te preocupes, querida, y sírvete cuanto te apetezca —la tranquilizó Geneva—. ¿Te ha sentado bien el paseo?

—Ha sido bastante vigorizante, la verdad —contestó mientras se servía y tomaba asiento junto a ellos—. Esperaba llegar hasta el mar antes de que se me echara la hora del desayuno encima, pero ha sido imposible. Había olvidado lo grande que es este lugar.

—¡Tengo una idea! —exclamó la anfitriona—. Mañana podríamos organizar una excursión a la playa, ¿verdad, Sterling? Los veranos aquí son bastante frescos y hay que aprovechar los días soleados como hoy.

—¡Excelente! Se lo comunicaré a la señora Woodgate para que prepare unas cestas.

—¿Has descansado bien, Florence? —preguntó Daisy con una dulce sonrisa pintada en el rostro—. Yo he dormido como una princesa sin guisante.

—Bastante bien, gracias. Aunque he de confesar que me extrañó descubrir que se me había asignado la antigua habitación de tía Diana. Pensaba que, siendo la dueña, Geneva se habría instalado en ella —añadió dirigiéndose a ella.

—Cuando me mudé aquí, no me sentí con fuerzas para mover sus cosas. Y tampoco lo vi necesario. ¡Esta casa cuenta con tantas habitaciones hermosas! La verdad, creí que prepararla para ti era lo más correcto. Pero si no te sientes a gusto…

—¡En absoluto! —se disculpó—. Perdóname, no he querido parecer

desconsiderada.

—Florence tiene por costumbre preguntárselo siempre todo —bromeó su hermana.

—No veo que eso sea un problema —comentó Lance levantando con sutileza la mirada azul del periódico.

—¡Claro que no! Tú haces exactamente lo mismo. Por eso se te da tan bien tu trabajo —exclamó su prometida mirándolo con orgullo mientras le pasaba la mano por el brazo con coquetería.

—¿A qué se dedica, señor Hamilton? —quiso saber Sterling.

—Soy reportero. O lo era hasta hace poco. Ahora tengo asuntos familiares que debo atender.

«Como una fortuna recién caída del cielo, por ejemplo», pensó Florence con cierta malicia.

Cuando todos los huéspedes hubieron bajado y dado buena cuenta del variado desayuno a base de delicias francesas y británicas, Geneva les hizo un pequeño *tour* por la planta inferior de la casa, ahora que podían contemplar su majestuosidad a plena luz del día.

Phinneas admiró la belleza y sonoridad del gran piano del salón que, según mencionó la señora Siddell, mantenían afinado a pesar de que nadie en la casa sabía tocarlo. Lance quedó fascinado por el tamaño de la biblioteca de Des Bienheureux, e incluso Martha Coddington reprimió un pequeño grito de emoción cuando atravesaron el solárium acristalado y visitaron el huerto. Al parecer, era una gran aficionada a la horticultura.

El espectáculo que los esperaba en el exterior consiguió dejarles sin palabras. Cerca de la casa, el jardinero acababa de acondicionar una zona como merendero y pista de bádminton, deleitando a los presentes con el embriagador aroma de la hierba recién cortada. Sin embargo, la mayoría de las flores crecían en esplendorosa libertad. Racimos de lilas y hortensias bordeaban la pared trasera de la casa, la hiedra trepaba ocultando parte de la fachada y unas estructuras de metal formaban pasadizos cubiertos por fragantes rosas amarillas que enmarcaban los distintos caminos de aquel maravilloso oasis.

Florence se apartó del grupo formado por los más jóvenes, que, mientras Martha y Geneva se sentaban en sendas butacas de mimbre y se servían un vaso de limonada fresca, corrieron a por las raquetas y se enfrascaron en un partido de dobles. Continuó caminando hasta dar con una de aquellas entradas circulares de ladrillo que desembocaba

en un paseo cubierto de glicinias moradas.

—Es precioso, ¿no le parece? —Sterling Towsend también se había desligado del grupo y acababa de alcanzarla.

—Aún más de lo que recordaba.

—Cuando te adentras en este lugar, es fácil olvidar que la civilización está cerca.

—Hablando de la civilización, ¿cuándo cree que estará restablecida la línea telefónica? Necesitaría hacer una llamada.

—Por lo que tengo entendido, hoy o mañana vendrán a arreglar el estropicio. Si le urge ponerse en contacto con alguien, yo mismo puedo acercarla a la oficina del telégrafo.

—Creo que puedo esperar un día más. Hablé por teléfono con la directora de mi empresa antes de salir de Dover, pero estamos a punto de cerrar una transacción importante y, la verdad, me gustaría estar al tanto —informó al señor Towsend, que la miraba con tal intensidad que casi consiguió ruborizarla—. Se supone que estas vacaciones son para desconectar, pero he de admitir que es algo que me cuesta bastante.

—Es usted una mujer de negocios y comprometida con su trabajo. Respeto eso.

—No sé si *comprometida* sería la palabra correcta. He decidido tomarme un descanso de mis responsabilidades.

—Pues supongo que ha venido al lugar idóneo. —Sonrió. Florence jamás había visto una dentadura tan perfecta, y estaba segura de que él abusaba de ese recurso muy a menudo porque también era consciente de ello.

—Es usted abogado, ¿verdad?

—En efecto. El caso es que ahora me dedico en exclusiva a gestionar el patrimonio de Geneva. El señor Siddell dejó una cuantiosa herencia tras su fallecimiento, y lo cierto es que ella no tiene el mismo buen olfato que usted para los negocios. Mantener este lugar requiere una suma considerable, además de la enorme inversión que ha supuesto modernizarlo.

—Entiendo. Y ¿lleva mucho tiempo trabajando para ella, señor Townsend?

—Demasiado. —Otra vez aquella atractiva sonrisa—. Por favor, llámeme Sterling.

—Me parece bien —contestó ella sonrojándose—. Solo si usted me

llama Florence.

—Será un verdadero placer.

***

A Daisy le había entrado la risa floja mientras Phinneas rezongaba por haber perdido el partido. Tenía el pelo alborotado y se sentía algo sofocada por el esfuerzo. Aunque no estaba acostumbrada a hacer ejercicio físico, tenía que admitir que la actividad alimentaba su buen humor y la dejaba con ganas de más. Sin embargo, de momento se había sentado para recuperar el aliento sobre una manta colocada en el césped del merendero, tan cerca de Lance que de vez en cuando podía permitirse el placer clandestino de rozarlo con el codo cuando los demás no miraban.

Millie se arrodilló junto a ella y comenzó a adornarle el pelo con flores silvestres que había recogido junto a la pista, mientras Geneva relataba la ardua labor que sus trabajadores habían tenido que llevar a cabo para restaurar el jardín y el estanque, bastante descuidados durante los últimos años previos a la muerte de Diana.

Por uno de los senderos vio aparecer a su hermana con el señor Townsend, conversando y sonriendo de forma distendida. Le resultó chocante ver a Florence tan fuera de su elemento y tan cómoda al mismo tiempo, por lo que se preguntó si aquel apuesto abogado tendría algo que ver. De repente sintió un regusto amargo y recordó la familiaridad con la que Geneva y él se habían tocado aquella mañana; la inquietaba que su hermana se dejara llevar por sus sentimientos y que todo acabara en una gran decepción para ella. A decir verdad, también le preocupaba que su estancia allí se viera interrumpida por algún tipo de malentendido, así que decidió que hablaría con Florence en cuanto tuviera ocasión.

—Florence, querida, ¿está todo tal y como lo recordabas? —preguntó la señora de la casa cuando estuvieron lo bastante cerca.

Allí sentada en su trono de ratán, con un vaporoso vestido en color crema y el cabello dorado que, expuesto a los rayos del sol, se convertía en un halo destelleante, parecía la efigie de una diosa primigenia. Gea. Tenía incluso a un grupo de adoradores postrados a su alrededor.

Florence sintió la tentación de inclinarse también ante ella, de ser

acogida en su seno. Tal era el magnetismo que aquella mujer parecía ejercer sobre cuantos la rodeaban.

—Me temo que los únicos recuerdos que guardo se entremezclan con las fantasías de una niña. Aunque he de admitir que es un placer para los sentidos visitar de nuevo este lugar.

—Ahora mismo estaba describiéndoles a los demás el mal estado en el que se encontraba la propiedad cuando la adquirí. He llegado a pensar que la enfermedad de vuestra tía le hizo olvidar el amor que sentía por Des Bienheureux.

—Ella decidió recluirse aquí sola. Incluso cortó los lazos con su familia —apuntó Florence.

—También conmigo —se lamentó la anfitriona—. Era una mujer muy tozuda.

Todos callaron y el ambiente pareció enrarecerse durante un instante. Después de algunos segundos, Sterling se acercó a Geneva para decirle que se ausentaría durante el almuerzo, ya que pensaba acercarse al pueblo para comprobar si habían solucionado el tema de la línea telefónica, momento que Florence aprovechó para sentarse en un banco de piedra, algo apartada de los demás.

Lance se levantó poco después, anunciando que necesitaba estirar las piernas. Su prometida, que ya tenía la trenza llena de flores y ahora era ella quien adornaba el clarísimo cabello de Millie, le lanzó una mirada curiosa.

—¿Has disfrutado de tu segundo paseo de hoy? —le preguntó Lance a su futura cuñada cuando llegó hasta ella.

—La verdad es que sí —le aseguró Florence—. Me gusta mucho caminar.

—Eso lo recuerdo. Aunque tenía entendido que te gustaba hacerlo sola. El señor Townsend parece una compañía demasiado locuaz.

—Hemos tenido una charla bastante entretenida, si es a eso a lo que te refieres. Tal vez lo que ahora necesite sea precisamente alguien con quien poder hablar.

—Entonces hazlo conmigo. Está claro que tenemos una conversación pendiente.

—¿Ahora? —preguntó ella con voz ahogada.

—No, mejor mañana. Pasearemos por la playa, delante de todos. Así no sentirás la tentación de volver a intentar abofetearme y Daisy no desconfiará si nos ve juntos.

—Está bien. No podemos alargar esta situación mucho más —cedió ella con un suspiro.

—Solo quiero dejar las cosas claras —añadió con voz tranquila y grave—. Me conoces. Sabes que no albergo malas intenciones.

—No te equivoques, Tristan. Ambos conocimos una versión impostada del otro y fueron esas dos personas imaginarias quienes compartieron aquellos días robados a la realidad. Tú y yo no nos conocemos en absoluto.

***

Después de disfrutar de un frugal y delicioso almuerzo en el exterior bajo la clemente sombra del cenador, los invitados acabaron desperdigándose por la propiedad.

Daisy, amodorrada por las dos copas de oporto que había bebido, se retiró a descansar un rato. Millie Coddington, seguida siempre de cerca por su diligente tía, había decidido imitarla, pues era habitual que actuara siguiendo la estela de su mejor amiga. Casi con total seguridad, ninguna de las dos bajaría hasta la hora de la cena, ya que emplearían buena parte de la tarde en acicalarse.

Por su parte, Florence cogió un ejemplar de la biblioteca y se acomodó en un butacón bajo la ventana abierta. El benévolo sol del atardecer le cosquilleaba en las manos, que sostenían el libro, y la suave brisa le acariciaba el rostro deleitándola con su fragancia a flores y sal. La quietud de aquel lugar era celestial, casi religiosa; difería por completo del ritmo de vida y el trasiego de la ciudad. Cada cierto tiempo, cerraba los ojos y era capaz de escuchar el latido de su corazón, fuerte y rítmico, tan alto como si estuviera junto a la corneta de un gramófono.

—Imaginaba que estarías aquí. —Geneva parecía haberse materializado a su lado como un ser mágico que se hubiera escapado de su jardín. Al dirigirse a ella, Florence dio un respingo en el asiento —. ¿Te he asustado?

—Sorprendido, más bien —confesó la más joven de las dos mujeres —. Estaba distraída y no te he oído entrar.

—Es por las alfombras —explicó la otra, sonriendo—. La casa es vieja y cruje demasiado. Las alfombras amortiguan esos odiosos ruidos. ¿Puedo? —preguntó esperando a que Florence le hiciera un gesto para

sentarse en la butaca frente a la suya, y extendió la mano para que le pasara el libro—. George MacDonald. Interesante elección.

—Mi tía Diana nos lo leía por las noches cuando éramos pequeñas. Supongo que este lugar me pone nostálgica y me pareció una elección adecuada.

—Como te comenté en mi carta, guardo algunos enseres personales de tu tía. Estoy segura de que a ella le gustaría que los tuvieras tú. —Florence torció un poco el gesto y desvió la mirada—. Pídemelos cuando te sientas preparada.

—No me malinterpretes, no estoy afectada por su muerte. Me temo que no estábamos muy unidas. La verdad es que siempre nos trató bien a mi hermana Felicity y a mí cuando éramos niñas, a pesar de que vivía aquí aislada de todo y de todos; incluso nos mandaba tarjetas por nuestros cumpleaños y regalos en Navidad. Pero cuando mi esposo y mi padre murieron, ni siquiera tuve noticias suyas. Sé que en esa época ya estaba enferma y, por lo que tengo entendido, tampoco su mente funcionaba muy bien… —Necesitó unos segundos para recomponerse—. Si me ves afectada es por culpa de este lugar, que me trae recuerdos de días más felices. La melancolía me abruma en algunos momentos.

—Te entiendo. Des Bienheureux tiene ese poder. Cuando compré la finca, me asaetearon esos mismos sentimientos. Fui muy feliz aquí hace muchos muchos años. Con Diana y Emilia.

—¿Te refieres a la señora Woodgate?

—Sí. Formábamos un curioso trío —contestó mientras la cara se le iluminaba y los ojos color de mar embravecido se volvían brillantes—. ¡Me gustaría tanto que llegásemos a ser amigas! —Geneva le tomó la mano y, aunque le sorprendió, no le resultó desagradable—. Si necesitas cualquier cosa, solo tienes que decírmelo; quiero que tu estancia aquí sea lo más agradable posible.

—Gracias —contestó Florence, y, en ese preciso momento, el enorme reloj de la biblioteca comenzó a marcar las campanadas. Echó un vistazo rápido al que tenía prendido de la solapa, gesto que no le pasó desapercibido a Geneva.

—Será mejor que suba a asearme —anunció la anfitriona—. Nos veremos en la cena.

Florence observó cómo se marchaba y sintió una leve angustia en el pecho. Una vez que la vio cruzar el umbral, dirigió su mirada hasta la

mano que Geneva le había sostenido un momento antes. Podía sentir su tibieza, como si todavía siguiera en la habitación, donde aún flotaba el característico y dulzón aroma de su perfume de gardenias. Estaba empezando a entender la fascinación de Daisy por aquella mujer. De hecho, dudaba que hubiera un solo ser sobre la tierra capaz de ignorarla.

-6-
El futuro en sus manos

—Phyllis, prepárame el vestido negro, por favor. —La doncella acababa de terminar de peinarla, y Florence, sentada frente a un enorme tocador de madera con espejo en forma de tríptico, se untó con delicadeza un poco de vaselina en las pestañas.

—¿Cuál de todos, señora? Solo ha traído un vestido de noche de otro color.

—El de satén bordado con cuello alto.

—¿Está segura? Es de cuando todavía guardaba luto y creo que va a pasar calor con él. La señorita Daisy llevará uno en color rosa con tiras de lentejuelas bordadas y borlas brillantes; tiene mangas cortas, el escote bajo y…

—El negro, por favor —la cortó.

Apenas tardó unos cuantos minutos más en estar preparada y, cuando salió de la habitación, se encontró de frente con su hermana y la señorita Coddington, que, cogidas del brazo, iban charlando y riendo por el pasillo. Phyllis había dado en el clavo al recalcar la belleza del vestido de Daisy, que resultaba tan espectacular como su portadora.

—¡Florence! Justo ahora venía a buscarte —anunció tomándola del brazo—. Millie, querida, ¿te importaría ir bajando sola? Necesito tener unas palabras a solas con mi hermana.

—Por supuesto —contestó la otra muchacha, no muy convencida, aunque no solía poner en tela de juicio las órdenes de su amiga—. Mejor me adelanto y busco a mi tía.

—¿Qué mosca te ha picado? —preguntó Florence entre susurros cuando el vestido azul cielo de Millie desapareció por la esquina.

—¿Por qué te has puesto ese vestido? Es de los que usas en casa —le recriminó Daisy con el gesto contrariado—. ¿No has traído nada nuevo?

—¿Eso es lo que querías decirme? ¿Que desapruebas mi estilo?

—Creo que está bastante claro que sí; sin embargo, lo que quería comentarte era algo de índole más… —dudó— personal.

—¿A qué te refieres?

—Puede que a los demás les pasara desapercibido, pero no pude evitar veros conversando antes.

—¿Nos viste? —Florence se ajustó los guantes con nerviosismo al tiempo que notaba cómo las palmas le empezaban a sudar a través de la tela. El corazón comenzó a martillearle en el pecho.

—¿Qué te pasa? Te has puesto pálida de repente.

—No me pasa nada.

—¿Estás angustiada?

—¡Claro que no! ¿Por qué habría de estarlo?

—¡Eres adorable! En cuanto has sabido que iba a hablarte del señor Townsend, te has sonrojado.

—¿El señor Townsend? —repitió Florence, confusa.

—No te hagas la tonta conmigo. Os vi bastante bien a los dos emergiendo de vuestro bucólico paseo. —Daisy se llevó las manos al rostro y pestañeó con exageración—. Se notaba que estabas muy a gusto.

—¡Y así era! Sterling es una compañía muy agradable. Aunque ahora acabas de fastidiarlo con tus atrevidos comentarios.

—¿Atrevidos? Pues si eso te ha parecido atrevido, espera y verás. —Daisy bajó el tono de voz hasta convertirlo en un leve susurro—: No te hagas demasiadas ilusiones con ese hombre, creo que tiene una aventura con la señora Siddell.

—¿Estás tratando de tomarme el pelo?

—No lo sé con certeza, es solo una corazonada. Vi cómo se tocaban con excesiva familiaridad durante el desayuno. —Ambas se quedaron calladas unos instantes, asimilando las palabras que acababan de liberarse.

—Bueno, no serían los primeros ni tampoco los últimos.

—¡Ella debe de sacarle más de veinte años! —exclamó Daisy intentando no alzar el tono de voz—. Aunque hay que reconocer que es una mujer muy bella.

—Ambos son libres de hacer lo que quieran y tú no deberías esparcir este tipo de rumores así como así.

—¡No se lo he dicho a nadie más que a ti! Y lo he hecho porque no quiero que te encariñes con ese hombre y te lleves un desengaño.

—Lo que insinúas no tiene ningún fundamento. Lo único que me interesa tener con Sterling es una bonita amistad, nada más.

—Bueno es saberlo.

—Y ahora, por favor, más vale que nos reunamos con los demás de una vez.

Cuando llegaron al salón, ambas comprobaron satisfechas que los invitados todavía disfrutaban de una copa antes de pasar al comedor. De hecho, la anfitriona aún no se había unido a ellos.

Lance, que conversaba con Martha Coddington mientras intentaba disimular su aburrimiento, se giró hacia la puerta justo en el momento en que las dos hermanas aparecieron. Sin poder evitarlo, los ojos azules le brillaron con entusiasmo y una pícara sonrisa ladeada se le escapó de los labios. Daisy no perdió ni un solo segundo en ir a reunirse con su prometido mientras causaba verdadera sensación entre los presentes con su vestido, pues parecía centellear como un manto de luciérnagas con cada sinuoso movimiento de su cuerpo.

Sterling Townsend, ataviado con un impecable frac, y con los rizos domados gracias a algún tipo de fijador, se apresuró en acercarse a Florence en cuanto vio que se quedaba sola. En vista de sus últimos descubrimientos, ella no supo muy bien cómo interpretar el evidente interés que mostraba el abogado.

Lo que le había dicho a Daisy era cierto. Había empezado sus vacaciones sin más intención que trabar alguna que otra amistad; nunca se habría planteado nada que fuera más allá; aunque, en cierto modo, sus sentimientos cambiaron en cuanto se topó con Tristan en aquel tren, y la memoria de su cuerpo reaccionó reavivando sensaciones aletargadas desde hacía años. Era como si el periodo de hibernación de su deseo hubiera concluido. Y en ese preciso momento, apareció Sterling, tan solícito y amable que, si Florence dijera que no había imaginado en algún momento que aquella amistad pudiera ir a más, mentiría.

Se sentía estúpida. Sabía que había malinterpretado las atenciones de aquel hombre y lo último que quería era que él fuera consciente de ello. Así pues, intentó actuar con la mayor naturalidad posible, como si la conversación con su hermana no hubiera tenido lugar.

—Me sorprende verte aquí. No sabía si llegarías a tiempo a la cena —le confesó en cuanto el abogado se aproximó a ella.

—Tenía asuntos que solucionar en el pueblo y, si te digo la verdad, yo tampoco confiaba en llegar a la hora. Me he tenido que arreglar a toda velocidad. —Otra vez aquella sonrisa encantadora y esos ojos oscuros y traviesos que le devolvían la mirada con tenacidad.

—Me alegro de que haya sido así.

—Eso espero. Ojalá mi compañía te siga resultando agradable, ya que nos han sentado juntos en la mesa.

—¡Siento la tardanza! Estaba acomodando a la última invitada —exclamó Geneva en cuanto apareció en el salón, ataviada con un vestido de satén verde oliva que resplandecía bajo la luz de las lámparas. Se había adornado la cabeza con un pañuelo de la misma tela brillante a modo de turbante y estaba aún más bella que durante la tarde, si es que eso era posible. Detrás de ella se adivinaba una figura vestida de oscuro—. Debo darle de nuevo las gracias a Sterling por recogerla de la estación. Les presento a todos a *madame* Lacombe, que viene directamente de París para deleitarnos con sus múltiples talentos.

Madame Lacombe resultó ser una muchacha no mucho mayor que Daisy, con la piel de un sutil tono cetrino y la negra melena suelta, larga y rematada por un flequillo cortado en punta. Si su peinado no llamaba la atención lo suficiente, su atuendo, bastante alejado del protocolo requerido, lo hacía mucho más. Además de llevar los delgados dedos saturados de anillos y varios collares al cuello, su indumentaria consistía en una fina blusa negra bordada con abalorios brillantes y una voluminosa falda en tonos rojizos ceñida por un ancho fajín de cuero.

Millie se acercó a su mejor amiga y le susurró algo al oído para luego esconder una risita maliciosa, sin recibir el apoyo esperado por parte de Daisy, que miraba a la recién llegada con fascinación.

—*Enchantée.* Agradezco mucho su invitación, *madame* Siddell —dijo Lacombe con un marcado acento a caballo entre el francés y algún otro idioma del este de Europa.

—El placer es todo nuestro, querida. Y, ahora, les suplico que pasen todos al comedor para disfrutar de la maravillosa cena que nos han preparado.

En algún momento, entre las deliciosas tartaletas de crema de salmón y los champiñones rellenos, la conversación pasó del clima de tensión que se estaba viviendo en el continente a la noticia del reciente fallecimiento de la sufragista Emily Davison, arrollada por uno de los caballos de Jorge V durante el último Derby de Epsom. Lance se encontraba en su salsa, transmitiendo su pasión y entusiasmo con cada uno de sus argumentos, pues parecía tener una opinión para todo y no

dudaba en expresarla a pesar de que ello significara iniciar alguna que otra discusión. Geneva, como buena y experimentada anfitriona, se ocupaba de calmar los ánimos y cambiar de tema cada cierto tiempo mientras se preocupaba de que las copas de sus invitados estuvieran siempre llenas. Cuando llegaron al *coq au vin*, Daisy y Millie no dejaban de hablar de la espectacular producción cinematográfica a todo color de la que disfrutaron las pasadas navidades en el Royal Opera House de Covent Garden.

—El señor Hamilton parece un hombre bastante… apasionado. En sus opiniones, claro está —comentó Sterling en voz baja, cerca del oído de Florence. Ella miró a Tristan, que gesticulaba de forma vehemente sentado al otro lado de la mesa, entre Geneva y Martha. No pudo evitar sonreír cuando el mechón entrecano le cayó hacia la frente.

—Supongo —contestó ella, sucinta.

—¿Te gusta?

—¿Perdón? —preguntó tan sorprendida que estuvo a punto de dejar caer el tenedor.

—Bueno, va a casarse con tu hermana. Tengo curiosidad por saber si te cae bien. —Sonrió.

—No creo que eso importe.

—A mí me importa.

—Pues no entiendo por qué —replicó ella un poco brusca.

—Lo siento mucho, veo que te he disgustado —se disculpó—. A veces puedo llegar a ser un verdadero cretino.

—No lo eres. Es solo que no me siento a gusto hablando de él.

—Asunto olvidado, entonces. Disfrutaré de mi copa de Burdeos mientras decides perdonarme y volver a entablar conversación conmigo.

—Tendrán que ser al menos dos copas —bromeó ella—. Soy muy dura para perdonar.

***

Una vez acabados los postres y la tabla de quesos, los caballeros se retiraron a la sala de billar y las señoras a la biblioteca, aunque Daisy estaba segura de que, como estaban en clara minoría, acabarían reuniéndose con ellas antes de lo que se acostumbraba.

Había estado observando con atención a *madame* Lacombe durante la

cena. Apenas había proferido un par de monosílabos cuando se le hacía una pregunta directa y poco más, evidenciando su completo hastío. Cierto era que tampoco quienes la flanqueaban le habían dado conversación; el señor Townsend acaparó a Florence casi toda la velada y Millie ni siquiera le había dirigido la palabra, como un animal indefenso tratando de pasarle desapercibido a una pantera. Justo a eso le recordaba aquella llamativa mujer: a una pantera de brillante pelaje bruno agazapada para pillar desprevenida a su próxima presa.

—¿*Madame* Lacombe? Discúlpeme, no nos han presentado de manera formal. Soy Daisy Lowell. Encantada de conocerla —dijo con decisión tras acercarse a ella.

—Lo mismo digo. Puede llamarme Alix, por favor. *Madame* Lacombe es algo así como… mi nombre artístico.

—¿Artístico? ¿Es usted artista?

—No exactamente. La señora Siddell me ha contratado para que amenice sus veladas con mi talento.

—Entonces, ¿con qué clase de distracciones va a deleitarnos?

—Quiromancia, tarot…

—¿Hace usted magia? —preguntó Daisy, boquiabierta por la sorpresa.

—No, no, no. No soy una hechicera, *mademoiselle*. Solo poseo ciertos dones, entre ellos el de la clarividencia.

—¡Qué fascinante! ¿Y va a leernos el futuro?

—Quizás deberíamos dejar que *madame* Lacombe descanse por hoy. Al fin y al cabo, acaba de llegar —intervino Geneva—. He contratado sus servicios durante dos semanas. Creo que tendrá tiempo de sobra para poner en práctica sus habilidades con todo aquel que lo desee.

—Claro. ¡Qué desconsiderada he sido! —exclamó Daisy con genuina contrición llevándose una mano al pecho—. Alix, venga conmigo y permítame que le presente a mi hermana, la señora Florence Morland, y a mi mejor amiga, Millicent Coddington. Estoy segura de que Florence se mostrará escéptica con su don —susurró con camaradería —, pero no se lo tenga en cuenta. No se puede ir de Des Bienheureux sin que usted le vaticine qué le depara el futuro.

Cuando poco después los caballeros regresaron, tal y como Daisy había predicho a pesar de no poseer los dones de su nueva amiga, *madame* Lacombe, Lance se acercó al grupo de señoras en el que se

encontraba su prometida.

—Lance, querido, ¿sabías que la señorita Lacombe ha venido hasta aquí desde París para adivinar nuestro futuro?

—¡Por eso me sonaba su nombre! He visto carteles suyos en Montmartre. Me temo que su fama como pitonisa la precede. —Lance habló con esa seguridad y ese punto de socarronería que lo caracterizaban y que no dejaban ver del todo sus verdaderas intenciones.

—No me gusta mucho ese término. Prefiero utilizar la palabra *vidente*, si no le importa.

—¿No te parece fascinante? —intervino Daisy mostrando su entusiasmo—. Estoy deseando que nos lea nuestro futuro mañana.

—Lo siento querida, en esto debo dejarte sola. Lo último que quiero es saber de antemano lo que me queda por experimentar.

—¡Lance, por favor! Será divertido —rogó la muchacha con una mueca infantil.

—Discúlpame, pero no le veo la diversión a escuchar las cábalas de un charlatán. No se ofenda —añadió dirigiendo la mirada a la médium.

—No me ofendo —dijo Alix con su fuerte acento mientras forzaba una media sonrisa—. Solo me pregunto si lo que le da miedo es que indague en su futuro o en su pasado.

Florence, que había estado contemplando aquel intercambio de suspicacias en silencio, tosió al atragantarse con un sorbo del cóctel a base de ginebra y vermut que segundos antes estaba paladeando.

-7-
Joyas esquivas y arena blanca

Daisy tuvo que esforzarse al máximo para mantener los ojos abiertos. Intentó no beber apenas vino durante la cena; sin embargo, la copa de *champagne* de después había conseguido achisparla primero y, más tarde, le había producido una somnolencia con la que no contaba cuando planeó lo que estaba a punto de ocurrir.

Se levantó de la cama, pues no estaba segura de aguantar despierta mucho más rato, y se miró en el espejo. La delicada pieza de seda rosada, que se le adhería al delgado cuerpo en las zonas correctas, estaba rematada por tiras de encaje color crema y dejaba poco a la imaginación. Se cubrió con un *deshabillé* largo a juego, con amplias mangas de murciélago, y se sentó frente al tocador para darse unos últimos toques de rubor y perfume.

Hacía más de una hora que la casa se había sumido en el más completo silencio. Cabía la posibilidad de que algunos de sus ocupantes siguieran despiertos, y lo último que quería era pasar por el vergonzoso trance de ser descubierta a medio camino de la habitación de Lance, pero se encontraba en tal estado de excitación que no se veía capaz de seguir esperando por más tiempo.

Había decidido que aquel sería el día y el lugar. Lo había pensado mucho durante las dos semanas que permaneció en Londres, mientras se dedicaba a los preparativos del viaje; no estaba dispuesta a unir su vida a la de otra persona sin estar segura de que congeniaban bien. En todos los sentidos.

Abrió la manecilla de la puerta con cuidado, sufriendo por cada pequeño crujido que sus pies descalzos arrancaban al viejo suelo de madera pulida. Recorrió el pasillo casi levitando, e incluso contuvo la respiración al pasar frente a la puerta de Florence. La habitación de Lance estaba en el ala este, al otro lado de las escaleras. Al menos había estado muy atenta cuando Geneva les enseñó la casa. Daisy le preguntó a su prometido si estaba a gusto en la habitación que se le había asignado y él señaló la tercera puerta de aquel corredor como la suya.

Cuando estuvo justo enfrente, se tomó un minuto para tomar aire y felicitarse por haber conseguido llegar hasta allí sin llamar la atención. Aún no se creía que lo hubiera conseguido. Se disponía a dar unos suaves toques a la puerta cuando, de pronto, le asaltaron las dudas.

¿Y si su sueño era tan profundo que unos sutiles golpes no conseguían despertarlo? ¿O si alguien más de la casa acudía alertado por aquel sonido? ¿Cómo sería capaz de enfrentarse la mañana siguiente a las miradas de todos?

Entonces, una nueva posibilidad pasó por su cabeza: ¿y si él no había echado el pestillo?

Giró el picaporte y la puerta cedió con una suavidad pasmosa.

Lance no estaba dormido, ni siquiera parecía haberse acostado todavía. Tenía encendida la pequeña lámpara de Tiffany, que descansaba sobre la mesa del secreter, en el que se encontraba sentado garabateando en su libreta con el pijama oscuro desabotonado. En cuanto la oyó entrar, alzó la cabeza con los ojos muy abiertos y una palabra de sorpresa enmudecida en la boca.

Ella cerró la puerta tras de sí y se llevó el dedo índice a los labios, conminándolo a que no alzara la voz.

—Daisy, ¿qué estás haciendo aquí? —farfulló él entre susurros mientras se ponía en pie y se acercaba a ella en varias zancadas.

—Necesitaba verte.

—¡No puedes aparecer por aquí, y mucho menos a estas horas! —Estuvo a punto de añadir «así vestida», pero no le pareció decoroso y no quiso abochornarla—. Podrías haberte cruzado con alguien.

—Nadie me ha visto. He sido muy cuidadosa.

—Pues tendrás que ser igual de cuidadosa para volver a tu habitación.

La apartó con suavidad para intentar llegar hasta la puerta y, antes de que pudiera abrirla, ella interpuso su propio cuerpo.

—¿Ni siquiera vas a dejar que te diga por qué estoy aquí?

—Daisy, cariño, esta no es la forma de hacer las cosas —contratacó sorprendido de sí mismo y de la actitud paternalista que estaba tomando. En el pasado, la conducta de Daisy se hubiera ajustado a la perfección a su habitual manera de proceder.

—¿Y por qué tiene que haber una sola forma? ¿Quién ha decidido la fórmula infalible en la que se debe llevar a cabo un compromiso?

—Supongo que siglos de convenciones sociales establecidas —ironizó.

—¡Exacto! ¿Y desde cuándo tú y yo somos de los que nos dejamos llevar por lo establecido? —Ella acercó su rostro un poco más y lo besó. No le hizo falta mucho esfuerzo, ya que era casi tan alta como él. No era el primer beso que se daban, ya había experimentado antes la destreza de su prometido, pero lo furtivo de la situación lo volvía aún más excitante. Sin embargo, Lance no parecía estar tan receptivo como la primera vez—. ¿Qué es lo que te pasa?

—Así no. Aquí no.

—Nunca tendremos una oportunidad mejor. Quiero que —dijo bajando aún más el tono, temerosa de ponerles voz a sus pensamientos — lo hagamos antes de casarnos.

Daisy volvió a besarlo y esta vez él se separó antes de que pudiera saborear el momento.

—Créeme, en otras circunstancias no estaría rechazando lo que me ofreces.

—¿Y qué ha cambiado? —quiso saber ella, contrariada—. Te lo preguntaré una vez más y espero que esta vez seas sincero conmigo. ¿Todavía quieres que nos casemos?

—No voy a volver a contestar a esa pregunta.

—¡Es que aún no me has contestado! La evitaste, igual que parece que estás haciendo ahora.

—Daisy, te juro que quiero casarme contigo tanto como el día que te lo pedí. Es solo que las circunstancias se han vuelto… complicadas.

—¿Es a causa de Florence? —La pregunta lo pilló por sorpresa y tuvo que apretar la mandíbula para no responder—. Te prometo que, a pesar de que no nos lo esté poniendo fácil, acabará cediendo. Sé que de primeras parece dura, pero te aseguro que solo mira por mi bienestar. —Lance se destensó—. ¿O es por lord Artherton? Me juraste que cuando él te diera su bendición me pondrías un anillo en el dedo y que al fin podríamos contárselo a todos.

—Me has pillado —confesó—. No tengo el anillo. Quería que me diera la sortija de compromiso de la familia, aunque parece ser que no me he ganado ese derecho.

—¡Eso no me importa! O, al menos, no demasiado —bromeó la muchacha—. Podríamos sellar ahora mismo nuestro compromiso con un vínculo aún más fuerte que el de las palabras. —Desanudó el batín

y le dejó ver lo que escondía debajo.

—No me tientes… Ya me está costando bastante comportarme como un caballero.

—Pues no lo hagas.

—Daisy, por favor. Déjame hacer las cosas bien por una vez —le pidió sin poder disimular que el tema empezaba a cansarle—. Tenemos todo el tiempo del mundo. Si quieres que sea antes de la boda, lo será. Pero no hoy. Espera al menos a que anunciemos el compromiso.

—Está bien. —Ella volvió a cubrirse sin poder ocultar lo desilusionada que se sentía en esos momentos—. Voy a obedecerte esta vez, sin que sirva de precedente para cuando estemos casados. —Ambos sonrieron.

—Vuelve con cuidado a tu habitación e intenta estar descansada para mañana. Hemos venido aquí a pasarlo bien.

—Eso es precisamente lo que yo pretendía esta noche.

—Vuelve a tu cama —insistió mientras depositaba un beso en su frente. Después abrió la puerta y miró a un lado y a otro para cerciorarse de que no había nadie por el pasillo—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Daisy volvió a su habitación de mala gana, aunque con el mismo cuidado que cuando hizo el camino contrario. Sentía una sensación extraña que no era capaz de definir. No estaba acostumbrada a no obtener cuanto se proponía y, cuando por fin se acomodó bajo la colcha, lanzó un fuerte suspiro que ni ella misma sabía si era de frustración o de alivio.

Casi al mismo tiempo, Lance también se tumbó sobre su cama con una sensación muy parecida. Antes de apagar la luz, echó un vistazo a la pequeña caja redonda de terciopelo que había guardado en el cajón de la mesita de noche, en la que descansaba el anillo con el que lord Artherton había pedido matrimonio a su difunta esposa.

***

El sonido de una puerta al cerrarse arrancó a Florence de su desapacible sueño y la despertó de repente.

No era ninguna sorpresa, más bien todo lo contrario, ya que estaba acostumbrada a que cualquier ruido, por pequeño que fuera, la

desvelara. Habría vuelto a quedarse dormida de inmediato si no fuera porque, en el estado de somnolencia en el que se encontraba, no podía afirmar con seguridad que no hubiera sido su propia puerta la que lo hubiera proferido. Recorrió con la mirada la habitación en penumbra. A pesar de que solía orientarse bastante bien en la oscuridad, no consiguió ver nada, puesto que los pesados cortinajes estaban cerrados a cal y canto.

Se levantó con cuidado y tan solo logró avanzar unos pocos pasos antes de golpearse de lleno con el viejo mueble buró de Diana. Pensándolo mejor, desanduvo el camino y tiró de la pequeña cuerda de la lámpara de mesa para volver a echar otro vistazo. Por supuesto, todo estaba tal y como lo había dejado al acostarse. Aquella habitación era enorme, mucho mayor que la de su casa de Londres, y aun así los vastos muebles de madera oscura parecían querer apoderarse de cada rincón y hacerla sentir diminuta.

Atravesó el dormitorio de una punta a otra y salió al pasillo, donde los apliques de pared permanecían encendidos con una luz tenue. Esperó durante varios segundos, pero no se produjo ningún movimiento ni se repitió aquel ruido que la había sacado de la cama.

Al entrar de nuevo, una corriente de aire frío la estremeció, erizándole todo el vello del cuerpo y haciendo insoportable el roce del camisón sobre la piel sensible. Se acercó a asegurarse de que las dos ventanas estuvieran bien cerradas. Así era. Por tanto, supuso que el frío debía de haberse colado al abrir la puerta.

Al pasar junto al armario, mientras volvía a la calidez de las sábanas, un dolor punzante le atravesó el pie descalzo. Profirió un gemido y soltó una maldición nada decorosa. La herida era minúscula, tan solo un pinchazo del que emergía una brillante gota carmesí, aunque escocía como una cuchillada, la muy condenada.

Sobre la alfombra —sin duda debía de haberse caído cuando Phyllis guardó su ropa de la tarde— encontró el reloj en forma de hada, con el alfiler apuntando hacia arriba.

Florence lo recogió con sumo cuidado y comprobó si funcionaba. Parecía intacto, incluido el enganche, así que lo dejó sobre el tocador para volver a prendérselo la mañana siguiente.

Se sentó en la cama y volvió a mirarse la planta del pie. Cuando una nueva gota de sangre empezó a asomar por la diminuta herida, la retiró con el dedo y, de forma instintiva, se la llevó a la boca.

***

El tiempo en aquella zona de la costa normanda era bastante impredecible, incluso en verano. Sin embargo, la fortuna parecía sonreírles, ya que la mañana había amanecido aún más cálida y luminosa que el día anterior.

Los ánimos estaban bastante exaltados entre todos los presentes cuando se reunieron en el vestíbulo tras el desayuno. Las muchachas más jóvenes cuchicheaban entre risas mientras se colocaban sus nuevos sombreros a juego con los vaporosos vestidos blancos; Geneva iba de un lado a otro para cerciorarse de que todo estaba listo para la excursión, y, mientras tanto, Florence intentaba hacer como si no se percatara de que Tristan desviaba con excesiva frecuencia la mirada hacia ella, sin prestar demasiada atención a su conversación con Phinneas.

Sterling estacionó su coche en la puerta de la casa para llevar a Geneva y a Martha, junto con las cestas del almuerzo y demás enseres, a pasar el día en la playa, mientras el resto del grupo tomaba el sendero a pie. Era una caminata de apenas veinte minutos y aún no llevaban ni la mitad cuando Daisy y Millie empezaron a quejarse.

—¡Si llego a saber que había que andar tanto, me habría ido en el coche con el señor Townsend! —vociferó Daisy con su mejor amiga cogida del brazo.

—No seas exagerada —la riñó su hermana—. El camino es parte de la excursión.

—Lo verdaderamente importante no es el destino, sino el camino —comentó Alix—. Mi *mamie* solía repetírmelo.

La señorita Lacombe se había puesto un vestido blanco de encaje de guipur con el mismo fajín ancho de cuero de la noche anterior. Volvía a lucir la melena suelta, aunque esta vez se cubrió la cabeza con un desgastado sombrero masculino que había conocido tiempos mejores. Llevaba un libro en la mano y unas pequeñas gafas de cristal oscuro para que la claridad no le dañara los ojos. Parecía fuera de su elemento por completo, como una nota discordante dentro de una composición uniforme y, a pesar de todo, su paso era firme y parecía disfrutar del paseo.

El paisaje fue cambiando con delicadeza, y los altos árboles del bosquecillo que rodeaba la finca dieron paso a nuevas especies de

arbustos. La tierra del suelo empezó a mezclarse con la fina arena desplazada por el viento, y ambos lados del camino se cubrieron de barrones. Cuando al fin pudieron contemplar el mar frente a ellos, el sendero se convirtió en una pasarela hecha con listones que descendía entre las rocas hasta la playa.

Geneva y Martha ya se habían instalado bajo el ala de una caseta de madera que las resguardaba del sol, y Sterling se acercó a los recién llegados para ayudar a bajar a las señoras.

—Siento no haber podido ir con vosotros —le comentó el abogado a Florence cuando se quedaron a solas—. Me hubiera encantado volver a pasear contigo.

—Bueno, al menos estabas en buena compañía, ¿no? —preguntó ella con tenue suspicacia, echando un vistazo a las dos mujeres que se habían sentado en sendas sillas plegables.

—No la que desearía. —Él sonrió y apartó la mirada, azorado por su atrevimiento.

Ella se sintió halagada y prefirió no añadir nada más. Sentía las orejas tan calientes que las imaginó echando vapor como un hervidor de agua.

Des Bienheureux contaba con su propia playa, una amplia franja de arena marcada por fuertes mareas y enclavada entre paredes de roca. Había una caseta pintada a rayas blancas y amarillas cerca del acceso; Geneva la había hecho construir para guardar todo lo necesario para disfrutar de las jornadas de costa, así que los hombres sacaron de su interior mesas plegables, sillas y sombrillas para todos.

Alix se sentó a la sombra, bastante apartada de los demás, y se dispuso a leer el libro con el que había cargado todo el camino. Daisy y Millie corrieron hasta la orilla y empezaron a huir de la espuma de las olas entre fuertes e indecorosas risotadas. Mientras tanto, los demás empezaron a organizar el almuerzo.

—Señora Siddell —comenzó Phinneas—, ¿qué es aquella isla de ahí enfrente?

—Es el *faux îlot*. También pertenece a la finca —contestó ella—. Con la marea baja se puede acceder a él a pie o a caballo. Cuando sube, solo es posible llegar en barco.

—¿Y vive alguien allí? —preguntó Lance.

—Ahora ya no. Aunque aún se conservan las ruinas de una vieja cabaña, por lo que supongo que alguien lo haría en el pasado. Alguna

gente del pueblo peregrina hasta allí en distintas épocas del año.

—¿Y eso por qué? —quiso saber Lance.

—Aún se mantiene en pie un antiguo círculo de piedras, prehistórico al parecer. Supersticiones paganas, ya me entendéis. —Geneva bajó la voz hasta convertirla casi en un susurro y les guiñó un ojo.

—Voto por esperar a que baje la marea e ir a investigar —propuso el pianista, ilusionado.

—Me niego en rotundo —descartó Geneva, tajante—, ustedes son mis invitados y su seguridad es mi responsabilidad. Si alguno sufriera algún daño por un tablón suelto o un pozo mal tapado, nunca me lo perdonaría.

—No haga caso al señor Van Ewen —se disculpó Lance—, estoy seguro de que solo bromeaba. —Lanzó una mirada reprobatoria a su amigo, que le correspondió con una sonrisa de camaradería. Florence la interpretó como la prueba de que habían compartido aventuras mucho más peligrosas.

—¡El agua está helada! —exclamó Daisy al llegar hasta ellos corriendo, con la respiración agitada y Millie a la zaga—. Apenas me siento los pies. —Alzó la mano en la que sujetaba las botas, ganándose una mirada crítica por parte de Martha Coddington y una sonrisa de Alix, que había despegado por primera vez la vista de su libro.

Las muchachas se sentaron a comer empanadas de Cornualles y buñuelos de bacalao; en ese momento, Florence aprovechó para levantarse y pasear hasta la orilla, no sin antes lanzar con disimulo una rápida mirada a Lance, que aguardó un minuto antes de disculparse e ir tras ella.

Se acercó al agua lo justo para que no le temblaran las piernas mientras se cruzaba de brazos y esperó. El viento le trajo el aroma a loción de afeitado incluso antes de oír cómo él se acercaba hasta ella y se detenía a su lado, algunos pasos por detrás.

—Mejor quédate ahí —ordenó Florence sin girarse a mirarlo—. Así solo parecemos dos personas mirando al mar.

—Creía que íbamos a pasear.

—Ahora mismo no me apetece.

—Está bien. ¿Comienzas tú o lo hago yo?

-8-
Mañanas de sal y veladas de augurios

—¿Estás enamorado de ella? —preguntó Florence con la mirada fija en el vaivén de las olas.

—Empiezas fuerte.

—Contéstame, Tristan. Por favor.

—Me gusta que me llames así. Me hace recordar viejos tiempos.

—¡Contéstame! —repitió ella, alterada.

—Supongo que sí.

—¿Supones?

—Me gusta. No sé si estoy enamorado. Acabamos de conocernos.

—¿Habéis intimado?

—¡No! —negó él con rotundidad, y Florence respiró aliviada.

—Entonces, ¿a qué viene tanta prisa?

—Tengo mis motivos.

—Cuéntamelos.

—Si los supieras, te opondrías aún más a que esa boda se celebre.

—Me voy a oponer de todas formas.

—Está bien. —Resopló—. Lord Artherton está muy enfermo. Ese maldito viejo se muere. Ahora que me ha reconocido, el título pasará a mí directamente, pero no el dinero ni muchas de sus propiedades. Y no me dejará nada en su testamento a menos que esté casado como Dios manda para cuando eso ocurra.

—No te tenía por una persona codiciosa.

—¡Y no lo soy! —replicó ofuscado—. Aunque tampoco soy ningún estúpido, y no voy a renunciar a lo que me pertenece por derecho. Tanto a mí como a mi madre. No permitiré que viva de la caridad de sus parientes ni un minuto más de lo necesario si yo puedo evitarlo.

—¿Y por qué lord Artherton te pondría una condición así?

—Porque necesita un heredero respetable. Al parecer no quiere que su título se ensucie con la llegada de más bastardos a la familia. Tiene gracia, porque él es el mayor bastardo de todos.

—Busca a otra futura vizcondesa —rogó ella—. Aún estás a tiempo.

—Como ya te dije, le he dado mi palabra a tu hermana. Para mí eso

no es algo que pueda romper sin más. Y, además, ya se lo he comunicado al viejo. No puedo aparecer con otra prometida de repente.

—Si te casas con Daisy, la perderé para siempre. —Florence se giró hacia él con los ojos vidriosos—. La vergüenza me obligará a apartarme de mi hermana y de la familia que forméis. Y si llegara a enterarse, sería ella la que se alejaría de mí. No puedo perderla. Es lo único que tengo. —Se secó las lágrimas que había estado intentando contener y que le escocían en los ojos como brasas.

—No hicimos nada de lo que tengamos que avergonzarnos. Ni tú, ni yo… ni James. —Se acercó a ella, reprimiendo las ganas de consolarla con un abrazo.

—¿Interrumpo? —Sterling se había acercado a ellos con sigilo, amparado por el sonido del viento y del mar. La sonrisa se le congeló en cuanto fue consciente de que había llegado en mal momento y vio el rostro compungido de Florence.

—¡En absoluto! —exclamó ella con una sonrisa forzada—. Se me ha metido arena en los ojos, y el señor Hamilton no tiene ni idea de cómo ayudarme.

—Volvamos arriba para que pueda quitártela con un pañuelo limpio. —El abogado la tomó del brazo y se alejaron de la orilla, dejando a Tristan con un malestar en el pecho que ni siquiera el aire fresco y salobre de aquel lugar conseguiría disipar.

***

—¿Le apetece un poco de compañía, señorita Lacombe? —preguntó Daisy sosteniendo contra el cuerpo un taburete en forma de tijera.

—Adelante —contestó la otra mujer al tiempo que señalaba el espacio junto a ella con la mano—. Por favor, tengo que volver a rogarle que me llame Alix.

—¿Qué está leyendo, Alix?

—«El paraíso perdido», de Milton.

—Suena bien. ¿Le está gustando?

—No mucho, la verdad.

—Me da la impresión de que no le apetecía venir con nosotros de excursión. —Ambas observaron cómo Phinneas intentaba enseñar a Millie a volar una cometa.

—*Au contraire, chérie.* Adoro el mar. Aunque me temo que no soy una persona muy sociable.

—¿Prefiere que vuelva a dejarla a solas?

—No. Usted me parece bastante más interesante que Milton. —Daisy sonrió encantada—. El caso es que creo que se ha acercado a mí con una intención que no es la de hacerme compañía.

—¡Santo Dios! Su don es extraordinario.

—Créame, la clarividencia no ha tenido nada que ver. Ha sido la suspicacia más bien. —Alix sacó una larga y fina pipa del fajín, así como una pequeña cajetilla de cerillas que usó para encenderla. El aroma que emanaba era dulzón y picante, a clavo de olor y a pimienta, y a Daisy la sorprendió encontrarlo tan agradable.

—Verá, el señor Hamilton y yo estamos prometidos desde hace algunas semanas. —Se aposentó en aquella incómoda banqueta y se acercó más a la excéntrica muchacha—. Por alguna razón que se me escapa, ahora él parece reacio a dar el paso y hacerlo oficial.

—Lo siento mucho —añadió Alix con sinceridad y extrañeza—. Me temo que no sé en qué puedo ayudarla.

—Debo parecerle una tonta. Creía que usted podría decirme si todo saldrá bien… Si nos ve casados en un futuro.

—Las cartas son las que hablarán esta noche, aunque quizás usted no esté preparada para asumir lo que le digan.

—Tal vez no se lo crea, pero soy mucho más fuerte de lo que parezco —afirmó con el cuerpo tenso y la espalda recta.

—Eso lo puedo apreciar por mí misma sin necesidad de cartas. —Lacombe lanzó una bocanada de humo al aire y las volutas se enroscaron entre sí en una compleja e íntima danza.

Daisy vio llegar a Florence con los ojos enrojecidos y se levantó de un salto para correr a reunirse con ella.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó la muchacha.

—Estoy bien. Solo me ha entrado algo de arena en el ojo, se me pasará enseguida.

—¿Estás segura? —Daisy había visto a Lance yendo hacia la orilla poco después de que lo hiciera su hermana.

—El señor Townsend me lo ha limpiado y ya casi no noto nada. —Le recompuso un mechón rebelde del cabello—. ¿Dónde está tu sombrero? Con este sol te saldrán aún más pecas —la riñó con el propósito de cambiar de tema y se ganó un gesto exasperado por parte

de la joven.

El grupo aprovechó al máximo las horas siguientes. Daisy y Millie recogieron conchas al tiempo que Lance y Phinn se retaban para ver cuál de los dos alcanzaba primero una de las boyas a nado. Ganó Phinn. Aunque ambos regresaron con la camisa y los pantalones empapados y ceñidos al cuerpo, algo que no pasó desapercibido para la mayoría de las presentes.

Martha se echó una siesta involuntaria y Florence devoró dos porciones de la deliciosa tarta de moras cuando, por primera vez, el grupo al completo se reunió alrededor de la mesa.

Al acercarse el momento de regresar a la casa, todos estaban extenuados y con las mejillas enrojecidas. Sterling, de buena gana, hizo un par de viajes con el coche para ahorrarles la caminata de vuelta a las señoras, mientras que los otros dos caballeros regresaban a pie.

Florence esperó al segundo turno para ayudar a Geneva a terminar de recogerlo todo, mientras compartían una agradable charla. Alix también estaba con ellas; se había sentado sobre una roca con las piernas cruzadas y los ojos cerrados, sumida en el adormecedor trance del sonido de las olas y los últimos rayos de sol del atardecer. No parecía que quisiera compañía.

—¿Lo has pasado bien, Florence? —preguntó la mayor de las dos mujeres.

—Ha sido un día bastante entretenido —afirmó tras asentir con la cabeza—. El tiempo nos ha acompañado.

—Tengo la sensación de haberte visto un tanto decaída tras el almuerzo.

—Solo un poco cansada, nada más —mintió—. Gracias por preocuparte.

—Sterling también parecía preocupado por ti.

—Es un hombre muy considerado.

—Me ha parecido notar que congeniabais muy bien —añadió Geneva intentando sonar indiferente.

—Yo no diría tanto. Es atento y me resulta fácil hablar con él. No hay nada más allá.

—¿Estás segura?

—Geneva, siento mucho si te he disgustado de algún modo.

—¿Disgustado? No veo por qué.

—Por mi amistad con el señor Townsend.

—No te entiendo, querida. Una amistad entre Sterling y tú solo me proporcionaría una alegría inmensa. ¿Por qué piensas lo contrario?

—Yo… —Dudó—. Daisy me contó que… —No sabía cómo continuar —. A ella le dio la impresión de que Sterling y tú teníais una relación bastante estrecha.

—Bueno, eso espero. —Rio—. Es mi hijo.

***

Aquella noche la cena fue tan espectacular como la de la velada anterior. A la sopa de pepino y a las ostras gratinadas, les siguieron unos espectaculares solomillos Wellington que solo el apetito voraz de Phinn consiguió borrar del plato.

Al terminar, las señoras pasaron a la biblioteca, donde el mayordomo había organizado el espacio siguiendo las indicaciones de Geneva para que *madame* Lacombe pusiera en práctica algunas de sus extraordinarias habilidades.

Alix tomó asiento y cogió de la mesita auxiliar una caja de madera decorada con un intrincado y laborioso labrado. De su interior extrajo una baraja de un tamaño muy superior al de las cartas con las que las allí presentes solían jugar al *bridge*. Millie agarró a Daisy del brazo con tanta fuerza que esta temió que le dejara marcas.

—Señoras —comenzó a decir Geneva—, aprovechemos que los caballeros nos dejarán tranquilas un rato y averigüemos qué nos depara el futuro.

—¿Quién quiere empezar? —preguntó Alix mirando a Daisy con fijeza—. ¿*Mademoiselle* Lowell?

—Preferiría no ser la primera —contestó ella.

—¡Si lo estás deseando! —exclamó Millie.

—¡Precisamente por eso! Estoy segura de que una vez que lo haga las demás os echaréis atrás.

—Si me disculpáis —interrumpió Martha Coddington con un rictus severo en los labios—, creo que es hora de que me retire a mi habitación. Millicent, querida, será mejor que vengas conmigo.

—Pero ¡yo no estoy cansada aún! Y no quiero perderme esto.

—Tus padres no me perdonarían que te dejara sin vigilancia. —La interrumpió su tía.

—Créame, Martha, la entiendo a la perfección —intervino Geneva, poniéndole una mano en el brazo—. La muchacha es joven y curiosa. Yo no me moveré de aquí. Es tan responsabilidad suya como mía, y sabe bien que cuidaré de ella.

—¿Es lo que quieres, Millicent? —le preguntó su tía, poco convencida.

—Sí, por favor, tía.

—En ese caso…

—Vamos, Martha, suba a descansar. Nosotras nos recogeremos dentro de un rato. —La señora Siddell la guio con mimo hasta la puerta y, una vez que se hubo ido, se giró hacia las muchachas y les guiñó el ojo.

—Admiro tu poder de convicción —comentó Florence acercándose a Geneva con una copa de *champagne* en cada mano. Le ofreció una.

—Aún recuerdo lo que era tener dieciocho años y que todo estuviera prohibido. A nadie le hace daño un poco de diversión. —Chocaron las copas con suavidad, emitiendo un dulce tintineo, antes de beber un buen sorbo.

—¿Y bien, señoras? —preguntó Alix desde su mesa—. ¿Ya han decidido quién será la primera? —Se hizo un silencio incómodo en el que se miraron unas a otras.

—¡Qué demonios! —exclamó Daisy soltándose del agarre de Millie y sentándose frente a la adivina.

—¡Esa boca, señorita! —La riñó su hermana, provocando una sonrisa en Geneva.

—Veo que es usted muy valiente —dijo Alix mezclando las cartas y situándolas en un montón sobre la mesa—. ¿Qué le gustaría conocer sobre su futuro exactamente?

—Lo que quiere es saber si podrá anunciar su compromiso cuando regrese a Londres —interrumpió Millie entre risitas, adelantándose y ganándose un gesto reprobatorio por parte de su amiga.

—Está bien. Corte, por favor. —Tras coger el montón que Daisy había apartado, la adivina colocó una carta en el centro del tapete—. *Le Fou*. El Loco. Las cartas dicen que es usted inocente e intrépida, sabia y a la vez insensata. También que está preparada para dejar su vida anterior e iniciar una nueva etapa.

—Parece que esas cartas te conocen a la perfección —bromeó Millie, apoyada en el brazo del asiento de Daisy para no perderse nada.

La vidente le lanzó una mirada helada y puso una nueva carta cruzada sobre la anterior.

—La Sacerdotisa. Una mujer sabia que se cruza en su camino. Posiblemente lo haya trastocado. —Alix miró hacia donde se encontraban Florence y la señora Siddell.

—¿Has visto, Geneva? —preguntó Daisy sonriendo—. Esa debes de ser tú.

—El nueve de espadas. —Colocó la carta a la derecha de las otras—. Esta carta me habla de su pasado lejano. Perdió a alguien cuando aún era muy joven y siempre ha tratado de llenar esa carencia.

—A mi madre —confesó la muchacha, revolviéndose incómoda en su asiento. La cartomántica le dedicó una mirada cargada de ternura antes de continuar.

—*Le Soleil*. A pesar de todo, ha sabido afrontar la vida con positividad. —La colocó en la posición inferior—. Su pasado reciente está lleno de luz.

—¡Es Lance! —chilló Millie—. ¡Él es tu sol!

—Esta —continuó Alix mientras colocaba una nueva carta, esta vez en el lado izquierdo— es la que marca su futuro próximo: el Caballero de Bastos. Nos dice que es de las de actuar primero y pensar después. Tiene un objetivo en mente y hará lo que sea necesario para obtenerlo, sin pensar en las consecuencias.

—¿Y lo conseguiré?

—Los Amantes… en posición invertida —La colocó sobre las demás, formando una cruz.

—¿Eso es malo? —preguntó la afectada.

—No tiene por qué. Es una llamada de atención. Suele indicar indecisión o incapacidad para renunciar a las opciones que se le presenten. También podría significar una traición o una tentación, amor no correspondido…

—¡Ya basta! —interrumpió Daisy levantándose con tanto ímpetu que casi tiró a Millie al suelo—. Preferiría no continuar.

En ese momento, el mayordomo abrió la puerta y anunció la llegada de los caballeros. Ellos entraron parloteando entre risas, Sterling incluido, con una camaradería mucho mayor que la de la noche anterior.

—Justo a tiempo, señores —anunció la anfitriona intentando disipar la enrarecida atmósfera que se había creado con el disgusto de Daisy

—. *Madame* Lacombe está libre para sus consultas.

—No me importaría saber cuánto éxito me depara el futuro —dijo Phinn con cierto engreimiento.

—Pues adelante, señor Van Ewen. Y no crea que he olvidado que me prometió deleitarnos al piano una de estas noches.

—¿Estás bien? —preguntó Florence en voz baja a su hermana, que se había instalado en una esquina de la habitación, visiblemente turbada.

—Sí. Estoy bien, no te preocupes. ¡Qué vergüenza! Me he comportado como una tonta —contestó ella.

—Ten. Creo que te hace más falta que a mí. —Le tendió su copa de *champagne*, y Daisy le dio un buen trago—. ¿Quieres que te cuente un cotilleo para animarte?

—Nada me gustaría más.

—Te equivocaste respecto a Geneva y el señor Townsend. Él es su hijo.

—¿Perdón? —exclamó la muchacha con los ojos muy abiertos.

—De su primer matrimonio. No es que lo oculte, lo que pasa es que no le gusta que la gente sepa que tiene un hijo tan mayor. Supongo que debe de ser por coquetería.

—Bueno, no es tan jugoso como el chisme de que eran amantes, aunque al menos así tienes el camino libre, ¿no crees? —Daisy dio otro sorbo a su copa, disimulando.

—¿Qué hacen ahí tan apartadas, señoras? —preguntó Sterling acercándose a ellas seguido por Lance.

—Mi hermana se ha sofocado un poco. Ha debido de ser por el calor de la habitación. Por fortuna, ya se encuentra mucho mejor —contestó Florence.

—¿Necesitas algo? ¿Un poco de agua? —se preocupó su prometido.

—No es necesario. Florence tiene razón, ya me siento mucho mejor.

—La verdad es que estas altas temperaturas son inusuales por aquí, incluso en esta época del año —informó Sterling—. Por cierto, Florence, mañana tengo que ir al pueblo, ¿te gustaría acompañarme? Entre otras cosas, quiero saber si ya han solucionado el problema del teléfono, porque seguimos sin línea.

—Gracias por proponerlo. Preferiría quedarme aquí, con mi hermana —dijo al tiempo que le lanzaba una mirada de desconfianza a Lance.

—¡No digas tonterías! —replicó Daisy—. ¡Encima de que el señor Townsend ha sido tan amable de invitarte para que paséis la mañana

juntos! —añadió con una sonrisa pícara—. Además, estarás deseando comunicarte con la señorita Gaskell.

—Sí, pero…

—Podríamos ir los cuatro —interrumpió Lance, sorprendiendo al resto—. No me importaría visitar el pueblo.

—Claro. Supongo que eso también estaría bien —añadió Sterling con algo menos de entusiasmo—. Saldremos después del desayuno, entonces. Creo que voy a servirme una copa, ¿alguno quiere algo?

—Mejor voy contigo —dijo Florence—. De repente tengo la garganta seca. —Lo tomó del brazo y se apartaron de la pareja.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Daisy a su prometido en tono de riña mientras lo golpeaba con coquetería en el pecho—. ¡Quería que pasaran un tiempo los dos solos! Parece que hacen buenas migas.

—¿No crees que tu hermana ya es mayorcita para que le hagas de casamentera?

—Tú no la conoces. Florence puede llegar a ser muy fría, así que solo le estoy dando un pequeño empujón.

—Tal vez la que no la conozcas bien seas tú. —Miró hacia el carro de las bebidas, donde Florence y Sterling llenaban sus copas y charlaban animadamente. Cuando ella rozó de forma accidental la mano del abogado, fue Lance quien sintió un hormigueo en la suya propia. Un hormigueo fantasma. El rastro de un contacto pasado que aún era capaz de sentir.

-9-
Santuario

Florence contempló la cara circunspecta de Millicent Coddington durante el desayuno. A la muchacha no le había agradado la idea de que Daisy pasara la mañana en el pueblo sin ella pero, en vez de hacérselo saber, prefirió dedicarse a hacer mohínes delante de su plato de avena. La idea de aguantar una vez más a su tía admirando la belleza de las rosas del jardín le resultaba insoportable y, cuando el grupo se despidió de los demás, subió a refugiarse en su habitación.

Daisy sabía que su amiga estaba disgustada, pero no le dio mayor importancia. Estaba segura de que se le pasaría en un par de horas; así pues, engalanada con su mejor vestido de paseo, subió al coche luciendo una resplandeciente sonrisa. Y, pese a que a Florence le hubiera gustado acompañar a Sterling en la parte delantera, aprovechó para sentarse en el asiento de atrás con su hermana antes de que lo hiciera Lance, pese al gesto de contrariedad de la muchacha.

La pequeña villa de La Ramée-en-Auge estaba a poco más de diez kilómetros de las tierras de Des Bienheureux y aún conservaba su encanto medieval. En la plaza del ayuntamiento, situada en pleno corazón del pueblo, había una estructura de madera destinada a montar el mercado en el que se daban cita los granjeros y productores de la zona. La mayor parte de las edificaciones eran de dos pisos y presentaban el característico entramado de madera original en las fachadas. Desde allí salía una calle principal, que se bifurcaba en otras dos que circundaban el centro.

Eso era todo.

Además de apreciar su pintoresco encanto, no había mucho más que hacer allí. Pero, a pesar de su reducido tamaño, el pueblo contaba con una coqueta estación de tren y una oficina de telégrafos, así que no podía considerarse tan anclado en el pasado como parecía a simple vista.

Las dos hermanas paseaban por la plaza cogidas del brazo. Sterling les había dicho que Geneva se volvía loca por un pastel de ruibarbo que solían vender en el mercado, por lo que habían convertido en su

empresa llevarle uno para sorprenderla y agradecer así su generosidad.

—No es necesario que estés siempre al acecho para mantenerme alejada de Lance —refunfuñó Daisy cuando se quedaron a solas.

—No sé de qué me hablas —mintió Florence fingiendo indiferencia.

—¿Lo dices en serio? No quisiste que nos quedáramos en la casa sin tu supervisión y ni siquiera nos has dejado sentarnos juntos en el coche.

—Quiero pasar tiempo contigo, eso es todo. Ya os cansaréis de estar a solas cuando estéis casados.

—Eso será si nos casamos —murmuró la muchacha.

—¿Cómo dices?

—Nada. —Suspiró—. Es solo que Lance está diferente, y todavía ni siquiera hemos formalizado el compromiso.

—Tal vez se ha asustado por lo rápido que ha transcurrido todo —añadió Florence tratando de sonar despreocupada—. Los hombres suelen hacerlo.

—¡No entiendo nada! ¡Si fue él quien insistió en que no debíamos esperar!

—Haz el favor de tranquilizarte y no te pongas en evidencia. Lo mejor que puedes hacer es ir preparándote para lo peor y mantenerte serena.

—Tal vez tú seas capaz de contener tus sentimientos, pero yo no —escupió la joven.

—Pues tendrás que hacerlo. Y, la verdad, si ha cambiado de opinión, deberíamos agradecer que aún no se haya hecho público y que tu reputación siga intacta.

—De eso ya te encargas tú, ¿no es así? —Daisy torció el gesto con dignidad.

—¡Pues sí! ¡Así es! Y tarde o temprano también me lo agradecerás.

Ambas callaron al ver que sus dos acompañantes se acercaban a ellas desde el otro lado de la calle.

—¿Eso que veo es un pastel de ruibarbo y fresas de la señora Auteil? —preguntó Sterling, sorprendido.

—Queríamos tener un detalle con Geneva —contestó Florence—; es lo mínimo que podemos hacer.

—Si la mimáis así no dejará que os vayáis nunca. —Todos sonrieron, incluida Daisy, que permanecía bastante apagada después de las

palabras de su hermana.

—Hemos estado en la oficina de telégrafos. El señor Hamilton y yo teníamos que mandar algunos mensajes y ya de paso informarnos sobre el estado de la avería de las líneas telefónicas.

—¿Y bien? —lo apremió Florence con interés.

—Pues al parecer ya han vuelto a colocar los postes y han repuesto el cableado hasta el pueblo. Lamentablemente, aún no tenemos línea en Des Bienheureux. Por tanto, si deseas hacer una llamada, será mejor que aproveches que estamos aquí.

—Necesito llamar a mi oficina. Llevo demasiados días sin saber cómo va todo.

—En ese caso, acompáñame.

—Ve tranquila —dijo Daisy al ver dudar a su hermana—. Te prometo que me portaré bien —bromeó— y tengo a Lance para protegerme. —Lanzó a su prometido una coqueta mirada cargada de pestañas que aleteaban como mariposas.

«Eso es lo que me preocupa», pensó Florence mientras se alejaba calle arriba con Sterling.

***

Daisy no se lo estaba pasando tan bien como había imaginado al planificar aquellas vacaciones. De nuevo en la finca, habían decidido trasladar el té al cenador del jardín y, mientras Florence se divertía jugando al mikado con Sterling en un extremo y Lance se enfrascaba en un nuevo partido de bádminton con Phinn, ella se aburría con la única compañía de Geneva y Martha Coddington.

Millie no había querido bajar de su habitación. Se había excusado en una fuerte jaqueca, aunque Daisy sabía que era su manera de castigarla por haberla abandonado durante la mañana. Ya estaba acostumbrada al proceder de su amiga.

Se encontraba presa de su propio abatimiento cuando vio aparecer por un lateral del jardín a la señorita Lacombe. Llevaba uno de sus excéntricos y originales atuendos, y le pareció que le hacía un gesto con la mano. Confundida, Daisy miró a uno y otro lado, pensando que la llamada de la muchacha iba dirigida a otra persona. Sin decir ni una palabra, se señaló a sí misma y, al verla asentir, se levantó pidiendo disculpas e informando al resto de que iba a dar un paseo.

Alix había desaparecido por uno de los intrincados senderos y, sin dudarlo, Daisy fue tras ella.

La encontró fumando, sentada sobre un pedestal de piedra que en algún momento debió de servir de reposo para una estatua. Tenía la falda remangada, mostrando no solo unas botas de caña alta sucias y desgastadas, sino también las rodillas huesudas y una buena parte de sus morenos muslos.

—Estaba pensando en empezar a hacerle señales de humo para que viniera —dijo Alix soltando una bocanada. El aroma especiado se mezcló con la fragancia de las flores que las rodeaban.

—No estaba segura de que me estuviera llamando a mí.

—¿Y a quién iba a ser? —preguntó sonriendo—. ¿A la aburrida y vetusta señorita Coddington? —Daisy contuvo una carcajada—. Por cierto, ¿dónde está la encantadora Millicent? Creía que ustedes dos eran algo así como siamesas —añadió con sorna.

—No se encuentra bien —contestó. De pronto, sintió unas ganas imperiosas de ser franca con ella—. La verdad es que está enfadada porque esta mañana he ido a visitar el pueblo sin ella.

—Lo que yo decía. Inseparables como una pareja de agapornis. —Se bajó de un salto y empezó a dar vueltas alrededor de la otra muchacha —. Pues debería ir acostumbrándose, al fin y al cabo usted va a casarse pronto, ¿no es así?

—Supongo —contestó con apenas un hilillo de voz.

—De hecho, es por eso por lo que quería hablarle a solas. Siento mucho lo que ocurrió la pasada noche.

—No tiene que pedirme disculpas.

—Puede que no, pero sé que se disgustó y le aseguro que no era mi intención.

—¿Viene a decirme que las cartas se equivocan? —bromeó Daisy.

—Las interpretaciones son subjetivas. Aunque las cartas no saben mentir.

—No hicieron más que corroborar lo que ya podía intuir por mí misma. Lance está diferente, como si no quisiera pasar tiempo conmigo. ¡Tendría que haberlo visto usted cuando nos conocimos en París! Tan solícito y encantador. De eso hace apenas un mes y parece que hayan pasado décadas —relató apesadumbrada.

—Si puedo ayudarla en algo, no tiene más que pedírmelo.

—La verdad es que no sé muy bien qué se supone que debo hacer

ahora. No me imaginaba que me vería en una situación así.

—No creo que yo sea la más adecuada para brindarle consejo.

—Por favor, Alix, deja de llamarme de usted. Ahora mismo eres la única persona con la que puedo hablar.

—Daisy, de verdad, no quiero meterme donde no me llaman —insistió la vidente—. Creo que con quien debes hablar de esto es con tu prometido. Y quizás también con tu hermana.

—¡Florence no quiere que la boda se celebre! No hace más que entrometerse y evitar que arregle las cosas con Lance.

—¿Sabes qué es lo que necesitas?

—¿Qué? —quiso saber la joven con verdadera curiosidad.

—Ganarme en una carrera hasta el estanque. —Y, sin más, Alix salió corriendo mientras se agarraba el sombrero con una mano.

Daisy dudó durante algunos segundos, miró a un lado y a otro, y, tras recogerse las faldas, salió tras ella. A medida que avanzaba, el camino se iba estrechando y bifurcando hasta desorientarla; era la primera vez que se adentraba en la profundidad de los jardines y, a pesar de la belleza de cuanto la rodeaba, tuvo la asfixiante sensación de estar dentro de una especie de laberinto. La muchacha se dejó guiar por el sonido de las indecorosas carcajadas de Alix y tomó aliento con alivio cuando finalmente desembocó en un grandioso espacio abierto presidido por un estanque enorme. Sus aguas eran de un color verde brillante y estaban salpicadas de lirios y nenúfares. En el centro de la laguna se alzaba una pequeña isla artificial a la que solo se podía acceder en barca y, coronándola, un templete bordeado por columnas de mármol blanco cubiertas de hiedras trepadoras y liquen. No pudo evitar quedarse embelesada por la belleza y la serenidad de aquel lugar, hasta el punto de tardar un buen rato en localizar a Alix. Cuando por fin lo hizo, se escandalizó al descubrir que se estaba desatando el fajín y ya había dejado a un lado el sombrero y las botas.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —preguntó Daisy, incómoda.

—Quiero ver qué hay en el centro —contestó la otra con un toque de picardía aderezando su fuerte acento.

—¡Tienes un bote ahí mismo! No hace falta que vayas nadando.

—¿No sientes curiosidad? —Alix sonrió y se quitó la falda y la blusa, quedándose tan solo con una fina camisola larga—. Te hacía bastante más atrevida.

—Pues es algo que mi hermana y tú tenéis en común. Me creéis más

capaz de cometer locuras de lo que soy en realidad.

—Tú te lo pierdes. —La vidente cogió carrerilla y saltó al agua. Cuando emergió, el pelo negro y mojado brillaba al sol como la piel de un león marino.

—¿Es profundo?

—Más de lo que pensaba. —Comenzó a nadar de espaldas y Daisy se ruborizó al ver cómo la tela se le pegaba al cuerpo, transparentando la redondez de sus pechos—. Todavía estás a tiempo de venir conmigo. Si no quieres mojarte, puedes ir remando.

—Prefiero esperar aquí.

Alix puso los ojos en blanco y se sumergió. Reapareció algunos metros más allá y no tardó mucho en cruzar la distancia que la separaba de aquella isla, pero, una vez que salió del agua, Daisy la perdió de vista, así que buscó un banco de piedra que no estuviera demasiado cubierto de maleza y se sentó a esperar.

Aquel lugar tenía la majestuosidad y el misticismo de un templo; los árboles eran sus columnas; las ramas entrelazadas, los arbotantes; y el gorjeo de los pájaros sustituía al coro. No recordaba haber sentido tanta paz en años.

Cerró los ojos y se dedicó a sentir el calor del sol y la suavidad de la brisa en el rostro mientras se adormecía con el rítmico canto de las cigarras. Desterró todos los pensamientos que la angustiaban y dejó la mente en blanco, permitiendo que aquel sosiego la embargara. Al cabo de un rato, un chapoteo la sacó de su meditación, y vio a Alix nadando de vuelta a la orilla.

—¿Dormías? —preguntó la vidente cuando llegó frente a ella, solo cubierta por un velo húmedo que traslucía por completo su desnudez.

—No —contestó Daisy con una sonrisa bobalicona y los ojos entrecerrados—. Te he esperado plácidamente, intentando no pensar en nada. Y ha sido una sensación deliciosa. Este lugar es como un santuario.

—Más bien es un mausoleo.

—¿Cómo dices?

—En esa isla hay un sepulcro.

***

Florence había visto a Daisy desaparecer por uno de los senderos del

jardín. Comprobó que Tristan seguía inmerso en su partido, así que decidió no preocuparse por ella y concederle un poco de libertad. Estaba claro que su hermana tenía mucho en lo que pensar.

Sterling le trajo una nueva porción de tarta y ella se deleitó cuando, al pincharla con el tenedor, los jugos rojizos y dulces se desparramaron por el pequeño plato de porcelana. Se sentía afortunada por poder contar con la atenta compañía del abogado. Siempre tenía una sonrisa para ella y le daba la sensación de que podía hablar con él de cualquier cosa. No obstante, la mirada se le escapaba una y otra vez a la pista de bádminton sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Su estúpido y desobediente corazón se aceleraba al contemplar los fuertes brazos del prometido de su hermana, que asomaban por la tela remangada de la camisa blanca y se tensaban con cada golpe. Los recordaba más bronceados, puesto que la última vez habían estado expuestos al poderoso sol de las islas griegas.

—¿Me permites? —preguntó Sterling rescatándola de sus recuerdos.

—¿Cómo dices? —replicó ella, confusa.

—Te has manchado. ¿Me permites que te limpie? —Le acercó la punta de la servilleta a la barbilla y ella se turbó al sentir la tibieza de una mano ajena casi rozándole el rostro.

—Gracias —añadió aún más azorada.

—¿Sabes una cosa? Cuando Geneva me invitó a pasar aquí el verano, pensaba quedarme algunos días y salir huyendo. —Ambos sonrieron —. Nada me hacía presagiar que este año sería diferente.

—¿A qué te refieres?

—A la compañía, por supuesto. —Se quitó las gafas y limpió los cristales con el pañuelo, empleando la tarea como distracción—. Es la primera vez que coincido con alguien con quien me siento tan a gusto.

—Si te digo la verdad, yo tampoco tenía muchas esperanzas puestas en estas vacaciones. Si vine fue porque necesitaba desconectar de la ciudad y, sinceramente, porque Daisy no me dejó más opción.

—¿Y te arrepientes?

—Aún no lo sé —bromeó justo antes de meterse en la boca el último trozo de tarta, saboreando aquel manjar dulce y ácido al mismo tiempo.

—¿Te apetece dar un paseo conmigo? —preguntó él mientras se frotaba las manos con evidente nerviosismo.

—Claro.

Sterling tomó el camino que rodeaba la casa hasta la fachada principal y Florence lo siguió, extrañada de que no hubiera elegido uno de los senderos del jardín.

—Esta zona no es tan bucólica, me temo —dijo él mientras se adentraban en el pequeño bosque que separaba la casa del muro que bordeaba la propiedad—, pero quería que estuviéramos a solas.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que quieras.

—¿Por qué no me contaste que Geneva es tu madre?

—¡Ah, eso! —Rio—. No es ningún secreto. Creía que ya lo sabías.

—Ni se me había pasado por la cabeza. Siempre la llamas por su nombre.

—Mi padre murió poco después de nacer yo y, cuando mi madre se volvió a casar, me mandó a estudiar lejos de casa. No es que tengamos una mala relación; sin embargo, me acostumbré a ser solo un invitado ocasional en casa de los Siddell. Y tengo la seguridad de que Geneva prefiere que la gente no sepa que tiene un hijo de casi treinta años. —Sonrió—. Así que nos habituamos a llamarnos por nuestros nombres.

—¿Quieres oír algo horrible?

—¡Siempre! —exclamó bromeando.

—Me da mucha vergüenza decirlo en voz alta.

—Aquí solo estoy yo —afirmó él mientras corroboraba sus palabras haciendo un gesto con las manos.

—Precisamente por eso. —Hizo una pausa—. Daisy creía que entre vosotros había una relación especial. Ya sabes, algo de carácter romántico.

—¡Vaya! —No borró su sonrisa; sin embargo, su gesto era reservado y había arrugado el ceño—. No sé qué decir. Espero que tú no hicieras caso a los rumores.

—Bueno, tengo que confesar que en el momento no me pareció algo tan descabellado. Geneva es una mujer bellísima.

—Eso no te lo cuestiono, aunque creo que preferiría no pensar en ella de esa forma. —Ambos rieron—. Además, no se me dan bien las sutilezas. Cuando me siento atraído por alguien soy incapaz de ocultarlo. —Le tendió la mano para ayudarla a pasar por encima de un montículo de tierra que se había formado sobre un viejo tronco caído. Ella la aceptó y sintió cómo aquel contacto viajaba a través de su piel hasta encender una pequeña y excitante chispa en su interior.

***

Phyllis aún se encontraba en la habitación de Florence, arreglándole el cabello, cuando llamaron a la puerta. La doncella se acercó a abrir a Geneva, que llevaba dos cajas entre las manos: una enorme de cartón y otra más pequeña de madera.

—Espero no molestar —dijo mientras las dejaba sobre la cama y se apoyaba en una de las columnas salomónicas del baldaquín.

—Eso sería imposible. Además, esta es tu casa —bromeó Florence volviéndose hacia ella—. Estaba a punto de vestirme para que Phyllis pudiera ir a atender a Daisy.

—Entonces llego justo a tiempo. Puede retirarse —ordenó a la doncella, que esperó un gesto afirmativo de su patrona para decidirse a abandonar la habitación.

Florence se acercó a la cama, ajustándose con pudor el cinturón del batín de seda adornado con motivos orientales. Geneva sacó un espectacular vestido de corte imperio de la caja grande. Combinaba tonos crema y azules, el bajo estaba bordado con flores doradas y las mangas, ribeteadas por plumas de marabú.

—He pensado que te sentaría mejor a ti que a mí.

—Agradezco el detalle, pero he traído mis propios vestidos.

—Lo sé, querida. Y respeto tu decisión de seguir guardando el alivio de luto, aunque creo no te haría mal usar algo de color; el violeta, por ejemplo, sería muy adecuado —aconsejó con una de sus bellas sonrisas—. El problema es que este maravilloso vestido de Poiret me llegó en un tallaje equivocado y nunca he tenido la oportunidad de lucirlo. Estoy convencida de que te quedaría divino.

—No sé si me sentiría cómoda. No es muy de mi estilo.

—Al menos pruébatelo. Dame ese capricho.

Geneva se acercó a ella y la desprendió de la bata. Florence se ruborizó al quedarse solo con la ropa interior. Desde que llegó a Des Bienheureux había prescindido por completo del corsé y aquel vestido no lo demandaba, así que dejó que la suave tela de satén resbalara por su cuerpo hasta transformarla en una nueva y vistosa criatura, más cercana a una mariposa que a una oruga.

—¿Lo ves? —insistió Geneva mientras la volvía hacia el espejo—. Estás cautivadora.

—No sé qué decir.

—No hace falta que digas nada. Le pediré a mi doncella que te traiga más vestidos mañana. Confieso que tengo muchos que he comprado por puro capricho y que nunca he usado. Estoy segura de que tú sabrás sacarles mejor provecho. —Le tomó las manos, y Florence las sintió pequeñas y heladas en contraste con las suyas. Eran delicadas y de una piel tan fina que dejaba ver el entramado de venas verdosas, delatando su edad mejor que su rostro—. En la otra caja están las cosas de tu tía. No tienes que abrirla si no quieres. Es que como aún no me las habías pedido…

—Es todo un detalle —la interrumpió—. Aunque no creo que haya nada ahí dentro que quiera conservar.

—Bueno, eso ya es decisión tuya. Yo ya he cumplido con mi cometido al entregártelas. Si necesitas hablarme sobre algo de lo que encuentres ahí dentro, sabes que estaré encantada de escucharte.

—Gracias, Geneva —añadió sin poder ocultar que se sentía conmovida por la actitud afectuosa de aquella mujer a la que apenas acababa de conocer—. Por cuidarnos tanto a Daisy y a mí. Por todo, en definitiva.

—No tienes que agradecerme nada. —Sonrió con ternura—. Mejor me marcho ya. Yo también tengo que terminar de arreglarme y se me está echando el tiempo encima. Nos vemos en la cena.

Por fin a solas en la habitación, Florence volvió a reunir el valor para admirar su imagen en el espejo.

Hacía mucho tiempo que no llevaba algo tan atrevido.

Hacía muchos años que no se veía tan atractiva.

Hacía muchos días que no sentía la necesidad de llorar.

-10-
El óculo

Aquella noche la cena se había alargado más de lo habitual y los comensales mantenían entre risas varias conversaciones paralelas, avivadas por las botellas de Château Latour que volaban de los decantadores de cristal.

Geneva se puso en pie con la tabla de quesos todavía sobre la mesa y golpeó con gracilidad una cucharilla de plata contra la copa que sostenía en la mano, llamando la atención de todos los presentes.

—Señores, señoras y señoritas. Esta noche tenemos preparado algo muy especial, así que he de rogar a los caballeros que no se retiren y que se unan a nosotras directamente en el salón rosa.

Poco a poco se fueron poniendo en pie y siguieron a la anfitriona hasta una bonita sala con olor a incienso. Estaban casi en penumbra, pues la escasa iluminación provenía de una única lámpara de mesa y de las velas que los rodeaban. En el centro de la habitación se había dispuesto una pequeña mesa ovalada y, sobre ella, un paño bordado cubría uno de los extremos.

—*Madame* Lacombe, si es usted tan amable.

Alix se separó de Daisy, con quien había estado parloteando toda la noche, y correspondió a la muchacha, que la miraba presa del desconcierto, con un guiño.

—*Mesdames et messieurs,* tienen ante ustedes una pequeña ventana al más allá. Un óculo por el que asomarse al abismo de lo desconocido. —La vidente tiró de la tela con dramatismo, descubriendo una tabla de madera oscura con letras y números grabados, así como algunos dibujos y palabras—. *Voilá!* La *planchette*. Esta noche tendremos la oportunidad de comunicarnos con el mundo de los espíritus.

Daisy y Millie se tomaron de la mano mientras soltaban un gritito de excitación, dejando claro que no podían pasar mucho tiempo disgustadas y separadas la una de la otra. Martha Coddington se santiguó varias veces y Phinneas se acercó para observarla más de cerca.

—Yo ya he visto esto antes. También lo venden en Luisiana. ¡Es una

ouija! —exclamó divertido.

—Los americanos tienen la fea costumbre de apropiarse y comercializarlo todo —dijo Alix—. No se ofenda, *monsieur* Van Ewen.

—No me ofendo —añadió él tomándoselo a broma.

—¿Y pretende que nos sentemos y le hagamos preguntas a su tabla parlante? —soltó Florence, escéptica.

—Sí, señora Morland. Esa es la idea —afirmó la vidente sin perder la sonrisa, acostumbrada a lidiar con incrédulos—. Vayan tomando asiento, por favor. —Las muchachas se sentaron a un lado de *madame* Lacombe y Phinneas, al otro, seguido de Geneva. Con la excusa de haber bebido demasiado, Martha salió escopeteada hacia su habitación, mientras murmuraba una plegaria por el camino.

—¿Tú también piensas participar? —preguntó de nuevo Florence, esta vez dirigiéndose a Tristan, que se mostró sorprendido de que le hubiera dirigido la palabra de forma espontánea delante de todos.

—La verdad, siento curiosidad —acertó a contestar él—. En París han caído rendidos ante los múltiples talentos de *madame* Lacombe. No me importaría saber si su fama es merecida.

—¡Vamos! Será divertido —la invitó Sterling, que ya se había acercado a la mesa y le señalaba el asiento entre Tristan y él.

—Florence, no seas aguafiestas y siéntate —la conminó su hermana. Esta dudó durante algunos segundos más, pero al final fue más fuerte el deseo de no querer dejar a Daisy en aquel salón con su prometido a esas horas de la noche, así que se sentó en la silla que continuaba vacía.

—Perfecto —declaró Alix mientras se descolgaba del cuello un amuleto de madera en forma de corazón con símbolos grabados y un cristal en el centro. Le sacó la cadena y lo colocó en posición invertida sobre la tabla; su función era la de actuar como una especie de señalador—. Ahora, por favor, he de rogarles que se cojan de las manos para cerrar el círculo de invocación.

Sterling tomó con rapidez la mano de Florence y le dedicó una cautivadora sonrisa. Había estado toda la noche tan atento con ella como siempre. O incluso aún más, si es que eso era posible, lanzándole miradas seductoras y señalando lo diferente que se veía con aquel nuevo vestido. La mano de Sterling era delgada y la sentía bastante fría incluso a través del guante. En cuanto se la tomó, la joven viuda se sintió reconfortada por su agarre firme y seguro.

Cuando miró hacia el otro lado, su mirada se topó con la de Tristan, que parecía dudar a la hora de tocarla. Tuvo que ser ella la que rompiera la barrera y se decidiera a unirlas, antes de que los demás llegaran a darse cuenta de que aquello los había colocado en una situación incómoda. La mano de Tristan era ancha y un poco tosca; Florence la sintió tan caliente que incluso temió que su piel llegara a arder.

Aquel contacto fue muy diferente al de Sterling y la hizo sentir cohibida y vulnerable.

—Que esta unión sirva de guía para los espíritus que nos acompañan —continuó la vidente con los ojos cerrados, gesto que imitaron algunos de los presentes—. Que el velo permanezca rasgado para aquellas almas que buscan el camino. La puerta está abierta. ¡Os invocamos!

Todos se quedaron en absoluto silencio durante algunos segundos, expectantes y aguzando el oído para captar la más mínima perturbación. Daisy no quiso abrir los ojos y apretó con fuerza las manos de Alix y Millie, esperando algún tipo de señal.

—Ya pueden soltarse y poner el dedo índice *sur la goutte*. —Todos obedecieron, algunos con mayor reticencia que otros—. Comencemos.

»¿Hay alguna presencia aquí con nosotros? —No hubo ningún movimiento ni sonido alguno.

»Somos amigos. No queremos perturbaros. Si estáis ahí, manifestaos. —El puntero se movió, muy despacio al principio y cada vez más rápido, hasta la palabra *Bonjour*.

—Esto no tiene gracia. ¿Quién lo está moviendo? —preguntó Florence titubeante mirando al resto de los presentes y sin retirar el dedo.

—Te aseguro que yo no —contestó Daisy con la voz temblorosa, tanto de miedo como de excitación.

—Silencio —ordenó Alix—. Bienvenido, espíritu. ¿Deseas comunicarte con nosotros? —El señalador volvió a moverse para contestar: *Oui*.

Millie parecía a punto de desmayarse, todo lo contrario a Phinn, que ni siquiera se molestaba en disimular que estaba disfrutando de lo lindo de aquel espectáculo.

—¿Quieres transmitirnos algún mensaje? —La pieza en forma de gota comenzó a bailar sobre el tablero y, cada vez que se posaba sobre una

letra, Alix la decía en voz alta—. T-I-E-M-P-O. ¿Tiempo? —Volvió a posarse sobre las mismas letras, esta vez con mayor rapidez. La luz de la lámpara empezó a temblar—. Lo siento. No entendemos qué tratas de decirnos. ¿Se te acaba el tiempo?

Non.

—¿Se le acaba a algunos de los presentes?

Oui.

Todos se revolvieron en sus sillas y Alix tuvo que chistar para acallar los murmullos.

—Pregúntele su nombre, *madame* Lacombe, por favor —pidió Geneva.

—Nos gustaría saber con quién estamos hablando. ¿Recuerdas el nombre que tenías cuando habitabas la tierra de los vivos?

D-I-A-N-A.

Las llamas de las velas brillaron con intensidad cegadora y después se fueron apagando una a una, como si alguien hubiera ido soplando sobre ellas.

—¡Esto es una estupidez! —Florence se levantó de la silla con tanto impulso que la tiró al suelo con un golpe seco. El ruido terminó de sobresaltar a los presentes.

—¡No rompa el círculo! —la amonestó Alix—. Hay que finalizar la invocación.

—No pienso quedarme y ser partícipe de esta ridícula pantomima. Lo siento mucho, Geneva; esto se aleja bastante de lo que yo considero diversión. —Salió airada de la sala, con tres pares de ojos intranquilos pegados a su espalda.

***

Poco después de que Florence hubiera abandonado la sesión de espiritismo, todos los invitados se retiraron a sus aposentos, excepto Lance y Phinn, que decidieron echar su habitual partida vespertina al billar, ya que no habían podido hacerlo tras la cena. Se sirvieron sendos vasos del mejor *whisky* escocés de la casa, y Phinneas dio buena cuenta de un cigarro habano de la caja que Sterling les había ofrecido la primera noche.

—¿Crees que mentía? —preguntó Phinn mientras trataba de meter una bola.

—¿Quién? —Lance estaba sentado en una butaca de cuero, paladeando el néctar ambarino y pensando en sus cosas mientras su amigo tardaba demasiado en golpear.

—*Madame* Lacombe. ¿Piensas que es una farsante?

—¿Acaso no lo son todos los charlatanes de su calaña? Embaucadores y sacacuartos.

—Entonces, ¿tampoco crees en espíritus? —insistió en tono jocoso.

—No en los que acuden a este tipo de espectáculos, desde luego.

—Tu amiga, la señora Morland, parecía muy afectada.

—Es una mujer con los pies en el suelo. Además, no creo que le guste que se juegue a la ligera con estos temas. Ha sufrido muchas pérdidas en su vida.

—Cierto —asintió—. Tú conocías a su difunto esposo, ¿no es así?

—En efecto. James y yo estudiamos juntos en Eton. —Bebió un trago y, por un momento, se sintió de nuevo un joven estudiante—. Era un gran tipo.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—¿A qué te refieres?

—A que me parece que te preguntas si escogiste a la hermana equivocada —se mofó Phinn.

—¡Eso es ridículo!

—Admítelo, amigo. No me malinterpretes: Daisy me parece una auténtica delicia en todos los sentidos y entiendo por qué le propusiste matrimonio. ¡Me casaría yo mismo con ella si tuviera pensado hacerlo alguna vez! Aunque habría que estar ciego para no darse cuenta de que hay o ha habido algo entre Florence y tú.

—Puede que lo hubiera en el pasado, pero voy a casarme con Daisy —afirmó Lance con convicción.

—Tranquilo. A mí no tienes que darme explicaciones. Yo solo digo que aún estás a tiempo de rectificar sin que nadie salga dañado en exceso. —Phinn se inclinó sobre la mesa y golpeó la bola negra, que desapareció por la tronera—. He vuelto a ganar —anunció sonriendo con satisfacción— y tú vuelves a deberme dinero.

—Juguemos otra.

—Volverías a perder. —Echó un vistazo al reloj colocado sobre el marco de la chimenea—. Además, se me hace tarde.

—¿A dónde tienes que ir a estas horas de la noche?

—Un caballero no habla de sus conquistas. Buenas noches, amigo;

disfruta de tu bebida, de tu soledad y de tus elecciones —bromeó.

***

Tras el disgusto a causa de las supercherías de aquella médium, Florence no había sido capaz de subir a su habitación.

Iba a hacerlo. Estuvo a punto de hacerlo.

Sin embargo, cuando salió huyendo de aquella sala, decidió que un poco de aire fresco le vendría bien, así que atravesó el solárium hasta llegar a la parte trasera de la casa. La noche era templada y el cielo estaba tan despejado que se sorprendió por la miríada de estrellas que había sobre su cabeza; nada que ver con el paisaje que solía ver ella desde su habitación en Eton Square.

Se sentó en uno de los sillones de mimbre que había en la zona de descanso y deseó con todas sus fuerzas tener un cigarrillo a mano. Necesitaba calmar los nervios y, aunque no tenía el hábito de fumar, a veces el mero hecho de expulsar volutas de humo y observar cómo formaban figuras insólitas en el aire conseguía calmarla. Incluso la embriagadora pipa de la señorita Lacombe le hubiera bastado, con aquellos efluvios extraños y dulzones.

Pensar en la pitonisa volvió a avivar su mal humor. ¿Cómo era posible que se dedicara a jugar así con el dolor y la esperanza de las personas?

La verdad era que a ella no la afectaba en absoluto que aquella mujer intentara hacerles creer que habían contactado con el espíritu de su tía. Lo que la molestaba era que Geneva pudiera caer en aquella pérfida trampa a causa del cariño que todavía sentía por el recuerdo de su vieja amiga.

Se sentía tan ofuscada que la cabeza parecía a punto de explotarle, así que cerró los ojos unos instantes y se dejó arrullar por los sonidos nocturnos de la campiña.

Ni siquiera fue consciente de haberse quedado dormida hasta que el canto de un grillo que debía de estar bastante cerca la sacó de su letargo. No sabía cuánto tiempo llevaba recostada en aquel sillón, pero tenía el cuerpo helado y la cabeza seguía doliéndole tanto o más que antes; decidió volver sobre sus pasos y entró en la casa de la forma más sigilosa posible para no tener que justificar su presencia en aquel lugar en mitad de la noche.

En cuanto cerró la puerta tras ella, la embargó una sensación extraña. Se quedó allí plantada, suspendida en el silencio, incapaz de dar un paso. Giró con brusquedad la cabeza al percibir un leve movimiento por el rabillo del ojo y, a pesar de no ver a nadie, tuvo la perturbadora certeza de que no se encontraba sola.

—¿Hola? —preguntó al aire en voz baja. Aquel lugar tan solo estaba iluminado por la claridad de la luna, que se colaba blanca y tenue por los grandes ventanales. Florence movió la cabeza a un lado y a otro, oteando cada rincón—. ¿Hay alguien ahí?

No obtuvo ninguna respuesta y se convenció a sí misma de que todo había sido producto de una mala jugada de su mente, aún adormecida y bastante impresionable tras el bochornoso espectáculo de la sesión de espiritismo.

Atravesó la parte trasera de la casa y consiguió llegar hasta la biblioteca sin dejar de observar con detenimiento la oscuridad que la rodeaba, intentando vislumbrar con los ojos aquello que se repetía a sí misma que no debería estar allí. Notó un movimiento a su espalda, como si algo o alguien hubiera pasado bastante cerca de ella y se alejara a gran velocidad. Paró en seco y se giró para escudriñar entre las sombras, al tiempo que un escalofrío le recorría la espalda y le erizaba uno a uno cada vello de su cuerpo.

Tenía la seguridad de que había alguien más allí con ella, y no era solo porque estaba convencida de haber visto la forma de una levita oscura desapareciendo tras una esquina, sino porque en el ambiente flotaba el inconfundible olor del agua de colonia de Santa Maria Novella que solía usar su marido.

Tenía dos opciones: salir de allí con urgencia por las puertas francesas que tenía frente a ella y que la devolverían a la seguridad de uno de los pasillos iluminados o dar media vuelta y asegurarse de que no había nadie que la vigilara agazapado en la oscuridad.

Puede que, cuando lo pensara con frialdad a la mañana siguiente, se sintiera ridícula por haber permitido que toda aquella pantomima de los espíritus hubiera conseguido sugestionarla; no obstante, Florence no era de las que huían. Así pues, llenó los pulmones de aire y volvió a internarse en las sombras.

Recorrió la habitación con cuidado, dando algún que otro traspié con varias piezas del mobiliario. Soltó un par de maldiciones que hubieran escandalizado a un estibador.

Allí no había nadie más que ella.

Sin embargo, aquel olor tan familiar no había desaparecido, sino todo lo contrario, lo notaba cada vez más intenso y se le pegaba en el paladar, provocándole una sensación bastante cercana a las náuseas.

Se dirigió a una de las ventanas, dispuesta a descorrer la pesada cortina de cretona y dejar entrar una mayor cantidad de luz de luna. En el momento en que lo hacía, vio en el reflejo del cristal el rostro de James, justo detrás de ella.

Ahogó un grito y se giró con tanta brusquedad que tiró al suelo un jarrón de flores que se encontraba sobre la mesita auxiliar, y que crujió contra la gruesa alfombra con un sonido amortiguado. Los bajos del vestido se le salpicaron de agua.

La habitación seguía vacía y Florence se llevó la mano al pecho en un vano intento de apaciguar los latidos desbocados de su corazón. Empezó a dudar de sí misma, de si de verdad había visto lo que creía haber visto. Cerró los ojos con fuerza y comenzó a repetirse a sí misma palabras tranquilizadoras con las que hacer acopio de valor, pero no conseguía que sus pies le respondieran. Estaba paralizada por completo a causa de la impresión. Fue en ese momento cuando sintió de nuevo que algo se acercaba a ella. Estaba tan asustada que ni siquiera se atrevía a mirar de qué se trataba, así que cerró con fuerza los ojos y atinó a preguntar entre titubeos:

—¿James?

—¿Florence? ¿Qué haces aquí? —Al identificar la voz de Tristan, abrió los ojos y, sobrecogida por el alivio, se abrazó a él durante unos segundos en los que se permitió sentirse segura, mientras él la acunaba y le acariciaba con dulzura la espalda para calmarla.

-11-
Con las ganas

Florence tuvo que agarrar el vaso de *whisky* con ambas manos porque el temblor era tan difícil de controlar que temía que se le fuera a caer de un momento a otro.

—¿Ya puedes contarme qué estabas haciendo tú sola, en la biblioteca, a oscuras, a las dos de la madrugada? —preguntó Tristan apoyado en la mesa de billar, justo frente a ella, con el gesto cargado de desconcierto alrededor de las finas arrugas de las comisuras de los ojos.

—Yo… necesitaba tomar el aire y me quedé dormida. Luego entré en la casa y… —Tomó un profundo sorbo del vaso.

—Parece que has visto a un fantasma. —En cuanto él terminó de decir la frase, ella se atragantó con la bebida y se derramó un poco sobre el vestido.

—¡Maldita sea! —exclamó nerviosa, poniéndose en pie y sacudiendo la mancha—. Ya he estropeado el condenado vestido… y ni siquiera es mío.

—Pues te queda de maravilla —dijo él pasando con ligereza las yemas de los dedos por el ribete de plumas, provocándole un escalofrío muy diferente al que había tenido minutos antes.

—¡Basta! No sigas por ese camino.

—Tienes razón. No diré nada que pueda incomodar al señor Townsend. Seguro que anda por ahí preguntándose por qué no estás en el lugar en el que os habéis citado. —Sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo cedió para que pudiera secar el vestido.

—Eres un cretino. Me importa bien poco lo que pueda pensar Sterling, con el que, para tu información, no me he citado clandestinamente. Aunque podría haberlo hecho sin tener que darte explicaciones ni a ti ni a nadie. —Restregó el pañuelo con persistencia sobre la mancha, para acabar devolviéndoselo de malas formas—. A quien sí debes tener un poco de respeto es a mi hermana, que, por si no lo recuerdas, sigue siendo tu prometida. Al menos de momento. —Para su sorpresa, él sonrió.

—No has cambiado en absoluto.

—Tú no me conoces. No me conocías hace ocho años y no me conoces ahora. —Miró a aquellos ojos azules que una noche consiguieron hacerla bailar junto a una hoguera, con los pies descalzos hundidos en la arena, mientras el mar se los acariciaba con delicadeza.

—He estado pensándolo mucho y… tienes razón. No puedo casarme con Daisy.

—No sabes cuánto me alegra que hayas entrado en razón. —Sin darle tiempo a reaccionar, Tristan se acercó a ella y la besó. Florence aún sentía el calor del *whisky* recorriéndole la garganta y, junto con la vehemencia de aquel beso y la anhelante y traicionera respuesta de su propio cuerpo, las piernas le empezaron a flaquear.

De pronto, el miedo que había experimentado aquella noche pasó a un segundo plano, así como la incomodidad de los últimos días, las penas y las preocupaciones de los últimos años. Volvió a sentirse de la misma exacta manera que la última vez que la habían besado de aquella forma: reconfortada y ansiosa, excitada y al mismo tiempo culpable.

Aquella vez se trataba de una despedida furtiva en la habitación de un hotel. Un escenario distinto con los mismos actores. Como si los años transcurridos pudieran borrarse de un plumazo. Como si el tiempo se hubiera detenido en aquella mañana en Miconos.

—Cásate conmigo —dijo él cuando separaron los labios, con el rostro de Florence todavía entre las manos.

—¿Te burlas de mí? —protestó ella, indignada.

—Es la solución perfecta. Piénsalo. Yo necesito casarme y nosotros… Bueno, no somos unos extraños.

—¡Eso es ridículo! ¿Serías capaz de hacerle algo así a Daisy? —Tristan desvió la mirada, avergonzado—. Anula el compromiso y márchate de aquí. ¡Hazlo mañana mismo! En Londres tardarás apenas un día en encontrar una joven casadera dispuesta a ser la futura vizcondesa de Artherton.

—No es tan fácil. No quiero casarme con alguien a quien vaya a acabar aborreciendo. Ya que no será por amor, al menos necesito que haya una cierta complicidad y respeto. Tú más que nadie deberías entenderlo. —Florence lo abofeteó, y esta vez él no hizo nada por impedírselo—. Me lo tengo merecido —admitió.

—No tienes derecho a cuestionar las circunstancias de mi matrimonio.

—Tienes razón y te pido perdón. Sé que James y tú os teníais un gran cariño. Aunque también recuerdo a la perfección las conversaciones que tuvimos. Y lo desgraciada que te sentías.

—¡Era joven, estaba en mi luna de miel y había descubierto que mi marido era incapaz de desearme! —añadió hastiada—. ¿Cómo querías que me sintiera? —Calló mientras se masajeaba el puente de la nariz —. Y entonces apareciste tú, trastocándolo todo.

Los ojos le ardían por las lágrimas que intentaba retener a toda costa. En ese momento, algo se apoderó de ella. No supo si lo que la movió en ese momento fue la nostalgia o el deseo, pero sintió la imperiosa necesidad de volver a besarlo.

Y lo hizo. Saboreó cada segundo mientras sentía que su interior se derretía como mantequilla en una sartén.

—Debiste haberte marchado conmigo entonces —dijo él depositando un último y delicado beso en sus labios.

—Nunca hubiera podido traicionar de esa forma a James. Puede que no fuera honesto conmigo desde el principio; aunque, en el fondo, siempre supe la verdad. Además, habría sido un grave error —afirmó apesadumbrada—. No he sabido nada de ti en todo este tiempo. Al principio leía tus crónicas en el periódico. Las esperaba ansiosa para saber dónde te encontrabas y me preocupaba cuando lo que narrabas parecía peligroso. James hacía lo mismo, aunque nunca hablábamos de ello. —Sonrió con desgana—. Luego él murió y preferí dejar de vivir en el pasado. Poco a poco no fuiste más que un recuerdo al que solía recurrir cuando me sentía sola, y luego ni siquiera eso. Dejé de pensar en ti hace ya bastante tiempo. Y de repente apareces en aquel tren, con otro nombre y prometido con mi hermana… ¡El destino es una condenada perra!

—No hace falta que lo jures. —Se separó de ella sin dejar de sostenerle la mano—. Al principio yo también pensé mucho en ti, por eso me mantuve lejos. No quería que mi presencia os pusiera las cosas más difíciles. Y luego, no te voy a mentir, pasaste a ser un bonito recuerdo. —Sonrió avergonzado—. Mi vida ha sido de todo menos aburrida. Sin embargo, ahora todo es diferente. ¡Yo soy diferente! Y ninguno de los dos estamos buscando el amor, solo un poco de compañía.

—Me voy a la cama —lo interrumpió ella—, y tú deberías hacer lo mismo. Mañana te espera un día complicado y un largo viaje.

—Solo contéstame a una cosa. —Florence, que ya se dirigía hacia la puerta, se giró para mirarlo—. ¿Por qué decías el nombre de James cuando te he encontrado en la biblioteca?

—Yo… —comenzó indecisa—. Es igual. De todas formas, no me creerías.

—Cuéntamelo y ya lo decidiré yo.

—Volvía a oscuras por la parte trasera de la casa y me pareció notar que había alguien más allí conmigo. Busqué por todas partes como una loca. No había nadie. Está claro que me ha afectado todo esa estupidez de los espíritus.

—Pero ¿por qué James?

—La habitación olía exactamente igual que él —contestó intentando disimular lo afectada que estaba—. Incluso me pareció ver su reflejo en la ventana —confesó avergonzada—. ¡Lo sé! ¡Es ridículo!

—No lo es. Cuando te he encontrado estabas aterrada, temblabas como una hoja. Si algo ha conseguido asustarte de ese modo, no me parece ridículo en absoluto.

—¿Intentas decirme que crees en fantasmas?

—No. En lo que sí creo es en el poder de la sugestión y lo que puede conseguir. He presenciado episodios similares por medio mundo. Hoy por hoy todavía guardo algunos recuerdos que consiguen quitarme el sueño. —Cogió el vaso del que había estado bebiendo Florence y se lo acercó—. Termínate esto, te ayudará a dormir mejor. Vamos, te acompañaré hasta tu habitación.

—¿Y si alguien nos ve?

—Entonces me veré en la obligación de casarme contigo para restituir tu honor —bromeó, haciendo que ella pusiera los ojos en blanco.

—A nadie le importaría. Las viudas no tenemos una reputación que mantener.

De vuelta en su dormitorio, Florence necesitó sentarse unos minutos en el borde de la cama para que se calmaran los latidos de su corazón y ordenar sus pensamientos. Si había algo que no esperaba recibir cuando comenzó aquel viaje era una proposición de matrimonio, y muchísimo menos una en aquellas condiciones y por parte de Tristan Campbell, por mucho que ahora fuera el maldito Lance Hamilton,

futuro vizconde de Artherton.

Tenía que admitir que, en más de una ocasión, se había imaginado a sí misma haciendo una elección diferente, una que hubiera conducido su vida por un camino muy distinto. Una vida llena de aventuras junto a un reportero que había aparecido para poner su mundo del revés.

Aquello no era más que un juego, una ensoñación. Ella había elegido a su familia y sus responsabilidades por encima de cualquier capricho pasajero. Y no se arrepentía en absoluto, pues gracias a ello ahora era la mujer que siempre había deseado ser.

No obstante, no podía negar que aquel beso, aquellos besos, habían conseguido recordarle cuánto echaba de menos un cuerpo caliente junto a ella. Y ese cuerpo en concreto era justo el que había evocado en sus noches más frías. Entonces pensó en Daisy y todos aquellos pensamientos se derrumbaron como un castillo de naipes durante el monzón.

Se levantó y dejó caer el precioso vestido al suelo, para luego recogerlo con delicadeza y llevarlo al armario. Al hacerle hueco, le pareció ver algo brillando al fondo. Se agachó y recogió su reloj, que de nuevo parecía haberse desasido de la solapa de la chaqueta, solo que esta vez el pasador seguía cerrado, con la aguja todavía prendida a un jirón de tela, como si lo hubiesen arrancado.

***

—¡Buenos días, señoritas! ¿Puedo sentarme con vosotras? —Alix se acercó hasta la colcha tirada sobre el césped en la que Daisy y Millie se habían tumbado mientras comían frambuesas y disfrutaban del sol de la mañana.

—¡Claro! —contestó Daisy haciéndole hueco e ignorando la mueca de disgusto de su amiga.

—¿Y puedo preguntar de qué hablabais? —quiso saber la vidente mientras se sentaba con las piernas cruzadas, enseñando una pequeña franja de piel por encima de las medias que no le pasó desapercibida a la otra muchacha.

—Pues del único tema posible: de nuestro contacto nocturno con el más allá —susurró la muchacha entre risas—. ¿Crees de verdad que la tía Diana intentó ponerse en contacto con nosotros?

—Bueno, ese fue el nombre que usó el espíritu. No tenemos por qué

dudar de su palabra.

—A lo mejor no es de la palabra del espíritu de la que no deberíamos fiarnos —cuestionó Millie sin atreverse a levantar la mirada.

—¡Millicent! —le recriminó su amiga.

—No te preocupes, Daisy. Estoy acostumbrada —dijo Alix mientras encendía su pipa con una cerilla y daba una larga calada.

—¿Puedo probar?

—Claro —contestó pasándosela—. Pero, si es tu primera vez, puede que… —Daisy tosió varias veces y se la devolvió— te ahogues. La próxima vez te resultará más fácil.

—Ese humo es bastante más fuerte de lo que pensaba —dijo ella intentando todavía aclararse la garganta—. Alix, ¿te han dicho alguna vez que tienes un pelo precioso?

—Creo que no muy a menudo. —Movió la cabeza con desgana y el sol le arrancó miles de destellos a la melena negra y brillante.

—¿Te gustaría que te lo trenzara? Se me da de maravilla.

—No suelo recogerme el pelo, la verdad. Y tampoco dejar que me lo toquen. —Se fijó en la cara de decepción de Daisy y se giró para quedar de espaldas a ella—. Supongo que para todo hay una primera vez.

Mientras Millie se colocaba frambuesas en cada uno de los dedos para luego ir comiéndoselas una a una, Daisy le hizo a Alix una corona con su propio pelo y luego la adornó con amapolas. Estaba segura de que el color rojo resaltaría en la melena oscura y haría juego con sus carnosos labios.

—¿Sabéis qué es lo que de verdad me fastidia? —preguntó cuando terminó de realizar el intrincado peinado—. No haber podido continuar la sesión por culpa de mi hermana. Creo que mi tía intentaba decirnos algo y ya nunca lo sabremos.

—Bueno, eso no tiene por qué ser así —la corrigió Alix.

—¿A qué te refieres? —continuó Daisy, cada vez más interesada en el rumbo que estaba tomando la conversación.

—A que podríamos intentar volver a ponernos en contacto con ella. Esta noche. Una sesión en *petit* comité, solo nosotras tres. Podríamos hacerlo junto al lugar en el que descansan sus restos.

—¿En la isleta del estanque? —preguntó Daisy cada vez más entusiasmada con la idea. La otra asintió con la cabeza.

—¿De qué estáis hablando? —interrumpió Millie.

—Si sigues por aquel camino, encontrarás un enorme estanque artificial bordeado por cientos de lirios de agua —empezó a explicar su amiga— y, justo en el centro, hay una pequeña isla con un templete. Alix nadó hasta allí y descubrió que se trataba del mausoleo de la tía Diana.

—Ya veo que, cuando no estoy, te dedicas a hacer excursiones con tu nueva amiga.

—¡Ay, no te pongas celosa! —Daisy le depositó un suave beso en la mejilla—. Que se te arruga la cara con tantos mohines. En cuanto al tema que nos atañe, la respuesta es sí, lo haremos.

—¡Estás loca! ¿Nosotras tres solas? ¿Por la noche? —se escandalizó su amiga.

—¡Sí, Millie! Pero no grites, que se van a enterar todos. Incluida tu tía. —La tres miraron hacia la tía Martha, que dormitaba en el sillón de mimbre con un libro sobre el regazo.

—¡Esa es otra! ¿Cómo piensas salir a hurtadillas sin que nadie de la casa se dé cuenta y alerte a mi tía o a tu hermana?

—Lo haremos con mucho cuidado. No es tan difícil escabullirse, no sería la primera vez que lo hago… —Los ojos de Millicent brillaron de admiración al oír las proezas de su amiga.

—No os preocupéis por eso. Os dejaré el camino despejado y las puertas abiertas. A nadie le importará que yo vaya deambulando por la casa en mitad de la noche. Ya me tienen por bastante excéntrica —dijo Alix.

—¿Lo ves, Millie? Será muy sencillo. ¿No querías correr aventuras?

—No me estaba refiriendo a aventuras de esa índole.

—Nosotras tres ayudaremos al fantasma de Diana —afirmó Daisy, excitada ante la perspectiva—. Seremos como las protagonistas de una de esas novelas góticas que tanto me gustan.

—Esperemos que una de esas con final feliz —puntualizó Millie, resignada, mientras se comía la última frambuesa del dedo meñique.

-12-
En clave de Shakespeare

—Un penique por tus pensamientos.

—¿Cómo dices? —Florence paseaba abstraída mientras acariciaba con la mano los brotes de espliego, sin prestar apenas atención a las palabras de Sterling—. Lo siento, estaba despistada.

—No te preocupes, no decía nada interesante —bromeó.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que quieras.

—¿Crees en los espíritus? —quiso saber ella, que había permanecido bastante ensimismada durante todo el paseo.

—¿Sigues afectada por lo de anoche?

—Supongo. —Sabía que él solo se refería a la sesión con Alix, aunque para ella la pasada noche se había convertido en una sucesión de acontecimientos perturbadores.

—Creo que esas tablas acaban diciendo lo que los participantes quieren que digan. Sin embargo, he de confesar que, cuando era más joven y vivía en el internado, a veces me parecía sentir la presencia de mi padre. Sobre todo por las noches.

—¿Estabais muy unidos?

—En absoluto. Yo era muy pequeño cuando murió y no guardo ningún recuerdo —admitió visiblemente apesadumbrado.

—Es una lástima.

—Supongo. Como te he dicho, pensaba mucho en él cuando era niño. Me da un poco de vergüenza confesarlo, aunque reconozco que me gustaba creer que aún estaba conmigo.

—Entonces, ¿crees que nuestros seres queridos se quedan con nosotros de alguna forma?

—¿Por qué no? No le veo nada de malo. Me parece reconfortante.

—A mí me pone los pelos de punta. Prefiero fiarme de aquello que pueda ver y tocar.

—¿Como esto? —Sterling la tomó de la mano y le acarició la palma con un dedo, haciendo que el corazón de Florence se acelerara de repente—. ¿Vas a fiarte de mí?

—¿Debo?

—Por supuesto. —Se acercó a ella y la besó.

No la había pillado desprevenida y, aun así, la sorprendió. No por el hecho en sí de que la hubiera besado, sino por su forma de hacerlo. En aquel momento fue como si Sterling se hubiera despojado de su máscara de hombre afable y apocado, y hubiera dejado salir a otra persona distinta. Aquel beso era miel y fuego, un fuerte y dulce licor que le quemaba las entrañas. Aquel beso no dejaba lugar a dudas de cuánto la deseaba.

Se apartó de él, todavía turbada, y lo miró a los enormes ojos oscuros que, por un segundo, le parecieron hambrientos, como los de un animal. Entonces sonrió, y volvió a ser el Sterling de siempre.

—Te he incomodado. —No lo estaba preguntando, sino que lo dijo más bien a modo de disculpa, a pesar de que su gesto era más divertido que compungido.

—No es eso, es que… me has cogido por sorpresa.

—¿En serio? Porque creo que no he podido mostrarme más claro en cuanto a mis sentimientos hacia ti.

—¿No crees que es demasiado pronto para hablar de sentimientos? —preguntó ella, escéptica.

—No necesariamente. La admiración es un sentimiento. Y la atracción también. Podría seguir enumerando todo lo que despiertas en mí, aunque creo que ya te vas haciendo una idea. —Acercó la mano hasta el cabello de Florence y le retiró con delicadeza un vilano de diente de león.

—Mentiría si te dijera que no me siento halagada, y me encantaría que esto hubiese sucedido en otro momento…, pero me temo que ahora me encuentro en una situación complicada.

—¿Es por el señor Hamilton?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque habría que estar ciego para no notar cómo te mira.

—Eso es ridículo. ¿Crees que un hombre en su sano juicio podría preferir a una viuda entrada en años antes que a su preciosa y joven prometida?

—Por favor, no te desmerezcas de esa forma. Y tampoco insultes mi inteligencia.

—No lo pretendía. Y tienes razón —confesó—, entre él y yo hay una historia complicada.

—No tienes que contarme nada que no quieras. No te juzgo. Solo quiero que sepas que estoy aquí, esperando. Y que no me voy a ir a ninguna parte a no ser que tú me lo pidas. —Se acercó un poco más a Florence, la cogió de las manos y se las llevó hasta los labios para depositar un suave y casto beso en ellas. Un beso muy diferente al anterior.

—Gracias. Lo único que quiero es que se marche y se aleje de mi hermana. Solo entonces podré respirar tranquila.

—¿Sterling? ¿Eres tú? —preguntó una voz femenina tras ellos. Ambos se giraron sobresaltados y vieron acercarse a una mujer alta y delgada.

—¿Della? —Él le soltó las manos a Florence y se acercó a la desconocida, a la que abrazó con familiaridad—. ¡No sabía que llegabas hoy!

—Me puse en camino en cuanto recibí la carta de Geneva.

—Deja que te presente a la señora Morland, la sobrina de de la difunta señora Lowell. Florence, ella es Adelaide Woodgate.

—Encantada —dijo estrechándole la mano, costumbre que había adquirido de sus años como empresaria. La otra mujer no hizo ningún gesto de extrañeza, sino todo lo contrario: le devolvió el saludo con firmeza—. He de suponer que es hija de la señora Woodgate.

—Supone usted bien.

—¿Te quedarás en la casa grande, Della?

—No. Prefiero quedarme con mis padres en la casita de la arcada.

—Al menos cenarás con nosotros, ¿no?

—Si tu madre me invita… —apuntó sonriendo.

—¡Qué tontería! Si ella no lo hace, lo haré yo. —Ambos rieron como si se tratara de una broma privada, lo que incomodó un poco a Florence.

—Ahora mismo me dirigía hacia la casa grande para saludarla.

—Entonces, acompáñanos. Ya íbamos de regreso, ¿verdad, Florence? —Ella asintió—. Así me pones al día de tu vida. No sé nada de ti desde que nos vimos en París.

—Ahora estoy viviendo en Berlín. ¡Es una ciudad maravillosa! Deberías venir a visitarme algún día.

Ambos se adelantaron por el sendero, compartiendo confidencias y anécdotas. Florence, por su parte, se quedó un poco rezagada y con la extraña sensación de haber perdido un tranvía que hacía el último recorrido del día.

***

Tristan había considerado, con toda la sensatez que atesoraba, la idea de marcharse, tal y como Florence le había pedido. Si la boda con Daisy no iba a celebrarse, el tiempo apremiaba para buscar una sustituta que cumpliera los requisitos tan bien como su predecesora. Al fin y al cabo, el viejo lord Artherton tenía prácticamente un pie en la tumba.

Lo hizo. Sopesó las posibilidades durante las horas robadas al sueño, e incluso llegó a hacer la maleta. Sin embargo, tumbado en vela sobre aquella cama extraña mientras asomaban las primeras luces del alba, se convenció a sí mismo de que no podía romper el compromiso y huir sin más. Esa no era la forma en la que le gustaba hacer las cosas. Además, aunque se esforzara en ignorarla, existía una pequeña chispa de esperanza que le susurraba al oído una y otra vez. Ya que se veía obligado a aceptar un matrimonio de conveniencia, no había mejor elección posible que la de Florence Morland.

—¡Buenos días, querido amigo! —lo saludó Phinn cuando se encontraron en la planta principal, al pie de las escaleras, examinándole el rostro taciturno—. ¿Te encuentras bien? Te has saltado el desayuno y parece que te hayas topado de frente con un obús.

—He tenido una noche movida. No en el mismo sentido que la tuya, desde luego.

—¿Qué puedo decir? —respondió Phinn con una resplandeciente sonrisa.

—Mejor no digas nada —bromeó—. ¿Por casualidad sabes dónde se encuentra la señora Morland?

—Cuando bajé a desayunar, ya se estaba marchando con Sterling. ¡Es muy madrugadora! La verdad, tampoco ella tenía cara de haber descansado mucho —señaló intentando leer la expresión del gesto de su amigo—. ¿Seguro que no hay nada de lo que necesites hablar?

—Si te soy sincero, creo que no me vendría mal conocer tu opinión en estos momentos.

En ese preciso instante, se abrió el portón principal con un chirrido desagradable y apareció Florence, que torció el gesto al verlos allí, seguida por Sterling y una mujer que lo agarraba con familiaridad del brazo.

—¡Qué bien encontraros todavía aquí! —exclamó el abogado—. Della, estos son el señor Van Ewen y el señor Hamilton. Amigos, os presento a la señorita Woodgate.

—Es un placer —dijo Phinneas adelantándose y posando un delicado beso en el dorso de la mano de la recién llegada.

—Encantado —añadió Tristan manteniéndose en un segundo plano y mirando de soslayo a Florence, que permanecía apartada.

—Un placer —manifestó la mujer con coquetería—. Les ruego que me disculpen, pero estoy deseando saludar a Geneva. Sterling, querido, ¿serías tan amable de acompañarme?

—Claro. No te importa, ¿verdad, Florence? —Ella negó con la cabeza —. Nos vemos en el almuerzo, entonces. —Volvió a ofrecerle el brazo a Adelaide y desaparecieron por la puerta del comedor, que el mayordomo les había abierto, indicándoles de esa forma dónde se encontraba la señora de la casa.

—Creía que te marcharías hoy —dijo de pronto Florence dirigiéndose a Tristan.

—Me temo que no va a ser posible. Aún tengo varios asuntos pendientes —contestó él mirándola con intensidad, momento que no pasó desapercibido para Phinneas.

—Tenéis que disculparme. Prometí a Millie y a Daisy que recorreríamos la propiedad en bicicleta. Ya deben de estar esperándome —se excusó, incómodo. Tras despedirse de ambos con un grácil gesto, caminó con ligereza hacia el exterior.

—¿Puedo preguntar cuáles son esos asuntos pendientes? —continuó ella una vez que Phinn se hubo marchado.

—Preferiría no hablar de esto en el recibidor. —Le apoyó la mano en la parte posterior del brazo, justo por encima del codo, empujándola con suavidad en dirección a la biblioteca.

Florence se dejó guiar, en cierto modo exasperada por la situación, aunque también con una extraña dosis de alivio al verlo todavía allí. Aquello conseguía enfurecerla aún más, esta vez consigo misma.

Cuando la soltó para cerrar las puertas tras ellos, también él llegó a experimentar una sutil desazón en el fondo del estómago, como si su propio cuerpo se rebelara al echar en falta su contacto. Se reprendió a sí mismo por ello.

—Mira, sé que querías que me marchara cuanto antes, pero no puedo hacerle eso a Daisy. No se lo merece.

—Tampoco se merece que sigas aquí dándole falsas esperanzas.

—Y no lo haré. Hablaré sinceramente con ella en cuanto la ocasión sea propicia.

—Pues intenta que eso ocurra lo antes posible. —Florence se giró hacia la ventana con los brazos cruzados y vio pasar a su hermana a toda velocidad, montada en la bicicleta con sus modernos pantalones bombachos y riendo como solo una joven despreocupada con toda la vida por delante puede hacerlo—. Entiendo que no quieras arruinarle las vacaciones.

—Me gustaría hacer las cosas de la mejor manera. Te juro que estoy tratando de encontrar la forma de que todo sea lo menos traumático posible. —Se le acercó por detrás. Florence era capaz de oler el vetiver de su perfume, que se mezclaba con las notas almizcleñas de la fragancia de su piel. Podía sentir el calor de su cuerpo, que se había detenido a escasos centímetros del suyo, e imaginó qué pasaría si se diera la vuelta y sus rostros quedaran frente a frente. ¿Volvería a besarla como la pasada madrugada? ¿Lo besaría ella, incapaz de contener el anhelo que conseguía despertar en su interior?—. Me gustaría saber si has pensado en la proposición que te hice anoche.

—Por supuesto que he pensado en ello —respondió girándose al tiempo que trataba de mantener la distancia—, y mi respuesta sigue siendo la misma.

—Entiendo —admitió él sosteniéndole la mirada—, pero me temo que no puedo darme por vencido.

—Pues deberías. De hecho, creo que es bastante descortés por tu parte seguir insistiendo cuando mi rechazo ha sido tan contundente.

—Por eso te prometo que no voy a persistir ni a incomodarte más. —Avanzó por el corto espacio que los separaba. Florence podía sentir la respiración de Tristan entremezclándose con la suya y, casi sin darse cuenta, en un acto tan involuntario como el que realizaba su corazón al latir, inspiró aquel aire compartido—. Sin embargo, no voy a retirar mi proposición. No te molestaré, ni siquiera tienes que dirigirme la palabra si no te apetece. Mi estancia aquí iba a ser de un par de semanas aunque, en vista de las circunstancias, me iré dentro de tres días. Si cambias de opinión, no tienes más que marcharte conmigo.

—Eso no va a pasar —susurró ella con convicción, a pesar del jadeo que contuvo al verse traspasada por aquella mirada turquesa.

—En ese caso, me iré y no tendrás que volver a saber de mí nunca

más. —Tristan estaba cada vez más cerca y, cuando Florence estuvo segura de que iba a volver a besarla, apoyó con suavidad la frente en la de ella y cerró los ojos—. ¿Cómo es posible que me sienta justo igual que la última vez que nos vimos? Sigue costándome hacerme a la idea de tener que dejarte marchar…, pero lo haré, si es lo que deseas.

Florence contuvo las ganas de tomarle la cara entre las manos y dejarse llevar. Ocho años atrás, la lealtad hacia su marido y el deber para con su familia habían tomado la decisión por ella. Ahora era el amor que sentía por su hermana el que la frenaba. Con el tiempo se había convertido en una mujer acostumbrada a obtener cuanto se proponía, y la frustración que sentía en ese momento casi conseguía ahogarla.

—No se trata de lo que deseo, sino de lo que es correcto —sentenció ella, y ambos necesitaron unos segundos en silencio para asimilarlo.

—Se te ha caído algo —dijo él una vez que hubo abierto los ojos, y se agachó para recoger el reloj de solapa, que se había resbalado hasta dar un golpe seco sobre la mullida alfombra.

—¡Otra vez! ¡No me lo puedo creer! Voy a tener que renunciar a llevarlo. Creo que el cierre está defectuoso.

—Es una pieza exquisita —dijo él contemplándolo sobre la mano—. Y muy valiosa.

—Fue un regalo de bodas. De mi tía Diana, de hecho. Nunca lo había usado hasta ahora porque me resultaba demasiado ostentoso. Y creo que tendré que volver a guardarlo. Ha resultado ser tan costoso como poco práctico.

—¿Me permites echarle un vistazo? —preguntó como cortesía antes de revisar el mecanismo del alfiler.

—Adelante.

—No parece roto. Quizás se desprenda a causa del peso, aunque no debería. —Tristan pulsó el mecanismo de la esfera y contempló el interior de la tapa—. «Si dos corazones se juran amor, después ya no queda más que un corazón». Tiene gracia.

—¿Qué tiene gracia?

—La elección del grabado: «Lo que digo es que mi pecho se une al tuyo de tal modo que entre ambos hacen uno. Si dos corazones se juran amor, después ya no queda más que un corazón. Conque no me impidas que duerma a tu lado, pues con este enredo no te habré

enredado».—Sonrió con timidez—. ¿No lo conoces?

—Es de *Sueño de una noche de verano* —apuntó ella sin atisbo de duda —, de Shakespeare.

—Exacto. Una elección curiosa.

—Nunca la he leído —confesó—, pero a mi hermana Felicity le fascinaba. Era una enamorada de los cuentos de hadas. Recuerdo que, el verano que pasamos aquí, solía disfrazarse de Puck y cada noche nos representaba una escena —rememoró con melancolía—. Fue poco antes de ponerse tan enferma. —Ambos guardaron silencio durante algunos segundos, hasta que Tristan intentó disipar la nube de oscuridad que nublaba el semblante de Florence.

—Sin duda, es una gran obra, mucho más que una simple comedia. Trata de enredos amorosos y de las pasiones humanas. Creo que no encontrarás una ocasión mejor que esta para leerlo por primera vez. —Con una sonrisa radiante se alejó de ella hacia las estanterías repletas de libros. Observó durante un buen rato hasta encontrar la balda que buscaba, pues estaban religiosamente ordenadas en orden alfabético. Movió la escalera y subió varios peldaños hasta llegar a la zona superior, de donde sacó un ejemplar encuadernado en piel—. ¡Aquí lo tienes! —Bajó de un salto hasta donde estaba ella, que se había acercado al pie de la estructura de madera y lo observaba con curiosidad. Al tenderle el libro, un suave golpeteo hizo que se miraran el uno al otro con extrañeza—. ¿Qué demonios… ?

Tristan abrió el lomo y ambos observaron el interior. Alguien había recortado un hueco en las páginas y dentro de aquel escondite había una pequeña llave labrada con una cinta atada en el extremo en la que había bordada una sola palabra: Florence.

-13-
La búsqueda del tesoro

—¿Y bien? —Tristan se había acercado a Florence por detrás, apoyándose en el respaldo del sofá de mimbre del cenador, haciendo que se sobresaltara y casi dejara caer al suelo el periódico que estaba ojeando.

Se habían separado aquella mañana de forma abrupta y sin poder dar por finalizada su conversación en cuanto vieron a Daisy volver a entrar en la casa para cambiarse de ropa. Había destrozado sus nuevos pantalones al caer de la bicicleta y, de todas formas, quería asearse antes del almuerzo, durante el cual ni Florence ni Tristan se dirigieron la palabra. Tras el postre, los allí presentes se trasladaron al jardín para disfrutar de la tranquilidad de las primeras horas de la tarde mientras se enfrascaban en sus pequeños placeres.

—Y bien, ¿qué? —contestó ella con otra pregunta, mientras miraba en derredor, incómoda por la cercanía de sus rostros allí, a la vista de todos.

—¿Ya sabes qué abre? —preguntó él entre susurros, al tiempo que se deleitaba con el olor de su pelo.

—Iba a preguntarle a Geneva durante el almuerzo si ella sabía a qué cerradura podría corresponder. Eso fue antes de saber que se había ido al pueblo a pasar el día con Sterling y la señorita Woodgate.

—¿Por qué llevaría tu nombre si no sabes qué puede abrir? —insistió.

—No tengo ni idea —contestó ella exasperada, cubriéndose el rostro con el periódico para no levantar sospechas en los demás—. Al igual que tampoco entiendo por qué te interesa tanto.

—Soy reportero. La curiosidad es parte de mi oficio —bromeó—. Además, no tienes idea de cuánto me motiva una buena búsqueda del tesoro. Me recuerda a los veranos de mi infancia, cuando mi madre enterraba regalos en el jardín y dibujaba un mapa para que los encontrara.

—Siento decepcionarte, pero no creo que esto nos lleve a ningún objeto de valor.

—Y yo siento decirte que estás equivocada. El verdadero regalo es la

búsqueda en sí misma. Y me encanta la idea de llevar a cabo una misión secreta contigo. —Florence no pudo evitar sonreír.

—En mi habitación tengo una caja con cosas de Diana. Ni siquiera he tenido tiempo de abrirla todavía. Quizás contenga alguna otra pista.

—¡Pues no se hable más! Espera unos minutos y sube. Nos encontraremos allí.

—¿Hablas en serio? —quiso saber, atónita ante su descaro—. No puedo dejarte entrar en mi habitación.

—Todos están distraídos. —Tristan echó un vistazo a Daisy, que, tras un caballete de madera, intentaba realizar un pastoral retrato de una Millie tumbada en el prado, mientras Phinn se echaba la siesta con el *cannotier* sobre el rostro y Martha Coddington realizaba labores de costura sentada a la sombra, al mismo tiempo que vigilaba a las chicas con el rabillo del ojo—. Espera unos minutos y sube sin levantar sospechas —repitió, y se alejó con actitud despreocupada.

Florence estuvo a punto de gritarle mientras se alejaba; sin embargo, se contuvo. Quiso pedirle que desistiera, que ni se le ocurriera entrar en su habitación. También sopesó la idea de no acudir junto a él, de dejarle allí plantado hasta que el aburrimiento lo venciera y se viera obligado a bajar de nuevo, abochornado. No obstante, tuvo que reconocerse a sí misma que aquella situación le resultaba excitante, tanto por el misterio que entrañaba aquella llave escondida con su nombre como por el hecho de estar junto a Tristan en la intimidad de su dormitorio.

Intentó retomar la lectura a pesar de que, por más que se esforzara, las palabras bailoteaban en su cabeza sin que fuera capaz de asimilarlas. No lograba concentrarse. Contó mentalmente hasta cien mientras intentaba acompasar su respiración con la cadencia de aquella letanía, plegó el periódico y se marchó de allí fingiendo una actitud serena que poco tenía que ver con el aleteo que sentía en el estómago.

***

—¡Señorita Lowell! Es usted una caja de sorpresas —exclamó Alix situándose tras Daisy y admirando el óleo a medio terminar—. Me pregunto cuántos más talentos ocultos le quedan por mostrar.

—Búrlate cuanto quieras. Me siento bastante segura de mis

cualidades —dijo ella sin acritud. Después se giró para admirar a la otra muchacha, que había aderezado un aburrido vestido blanco de mañana con sus usuales complementos, convirtiéndolo en un atuendo digno de una princesa zíngara.

—Lo digo en serio —afirmó—. Es un retrato precioso.

—¡Sería aún más hermoso si Millicent dejara de moverse todo el rato! —gritó Daisy para que la modelo se diera por aludida.

—¡Es que estoy cansada! Y hace calor —se quejó Millie.

—¡Está bien! Puedes descansar un rato. ¡Vuelve antes de que cambie mucho la luz! —gritó mientras la veía correr hacia la sombra y servirse un enorme vaso de limonada. Daisy limpió uno de los pinceles contra un trapo mientras observaba a Florence levantarse de su asiento y caminar hacia el interior de la casa, por donde Lance había desaparecido un rato antes, justo después de haber intercambiado unas palabras con su hermana.

Durante un instante, en la cabeza de la muchacha se barruntó una extraña sospecha que decidió ignorar.

Al menos por el momento.

—¿Estás bien? No pretendía disgustarte —se preocupó Alix al ver la expresión sombría del rostro de Daisy.

—No es por ti. Sé que solo estabas bromeando.

—Es obvio que algo te perturba.

—¿Te lo han dicho tus espíritus? —se mofó con amargura.

—Me lo dice esta pequeña arruga en tu ceño. —Acercó la mano hasta la frente de la otra muchacha y se la acarició con el pulgar. Fue un roce delicado que a Daisy se le antojó abrasador. Como respuesta, la mejillas se le incendiaron de inmediato—. Creía que las señoritas refinadas como tú debían evitar este tipo de gestos.

—Vuelves a burlarte.

—Lo siento. Solo intento hacerte reír. —Alix la miró a los ojos verdes y sonrió. Tenían el mismo color que las copas frondosas y oscuras de los árboles las mañanas de primavera—. Sé que ya tienes a Millie para confiarle tus inquietudes, aunque te aseguro que yo soy una confidente bastante menos prejuiciosa.

—Es por Lance —confesó.

—¿Por qué no me sorprende?

—Lo sé. Soy una boba.

—De eso nada, y no deberías referirte a ti misma así. A ver, ¿qué ha

hecho el señor Hamilton esta vez?

—No es lo que hace, sino más bien lo que no hace. Lleva todo el día evitándome.

—Yo no le daría importancia, aquí hay muchas distracciones.

—Demasiadas —corroboró Daisy con desánimo.

—¿Te preocupa alguna en particular?

—Yo… No sé. Te parecerá absurdo.

—Prueba a ver.

—En el viaje hacia aquí descubrí que Lance y mi hermana se conocieron hace algunos años. Al principio no me preocupó demasiado, pero los he visto discutir y conversar furtivamente en más de una ocasión… —Suspiró preocupada—. Ya les he preguntado a ambos sobre el tema, tal y como me recomendaste, y ellos le han restado importancia. Sin embargo, tengo la sensación de que me ocultan algo.

—Y si fuera así, ¿qué pasaría? —Daisy guardó silencio mientras pensaba y miró hacia la casa durante varios segundos, como si intentara decidir cuál debía ser su respuesta.

—No me gusta tener secretos con mi hermana y tampoco que decidan sobre mi vida como si yo no tuviera capacidad de elección. Si hay algo que deba conocer para decidir si voy a casarme con Lance o no, quisiera saberlo lo antes posible.

—No pretendo ser descarada, pero ¿estás enamorada de él? —quiso saber Alix.

—A decir verdad…, no estoy segura. Creo que estaba cegada por las circunstancias y me precipité, como siempre. ¡Todo fue tan romántico y repentino! —exclamó echándose las manos a la cabeza—. Cuando un hombre como Lance Hamilton se fija en ti, es difícil no sentirse halagada. Además, sobre todo me había ilusionado con el tema de la boda… —Suspiró, mirando al cielo e intentando evitar que se le saltaran las lágrimas—. ¡Ahora tengo la sensación de que no lo conozco de verdad! Como si estuviera prometida con otra persona. Con alguien que no existe.

—Todavía estás a tiempo de romper el compromiso.

—Lo sé. Aunque no creo que esté preparada para ser el centro de las habladurías.

—Creía que todavía no era oficial.

—¡Y no lo es! Si bien todos mis allegados lo saben. —Se miró las

manos desnudas, que en esos momentos ya deberían lucir un anillo del que alardear—. Millicent es un encanto. El problema es que tiene la boca tan grande como un barbo; no podrá resistirse a contarlo por ahí.

—Siento no poder ofrecerte un buen consejo. Me temo que nunca me ha importado demasiado lo que se diga de mí.

—Eres la mujer más libre que he conocido en toda mi vida. Haces lo que te da la gana, vistes como te da la gana… Te envidio, de verdad. —Miró a los ojos oscuros y rasgados de Alix, y pensó que era imposible que alguien dijera algo malo de semejante fuerza de la naturaleza.

—Si vieras cómo vivo, no dirías eso. —Sonrió.

—Ya estoy lista para volver a posar —anunció Millie acercándose a ellas tras haberse acicalado un poco.

—En realidad —susurró Alix con una sonrisa torcida en los labios—, el motivo de haberme acercado a vosotras es asegurarme de que nuestro plan sigue en marcha. Esta noche, cuando todos se hayan acostado y el reloj marque la segunda campanada de la madrugada, dejaré un par de lámparas de aceite encendidas en la entrada del solárium. Las cogeréis y saldréis por la puerta del jardín, que os habré dejado abierta. Yo os esperaré en el camino de las glicinias.

—No creo que… —empezó a decir Millie, pero Daisy la agarró con fuerza del brazo y contestó por las dos.

—Allí estaremos.

***

Florence se detuvo en cuanto posó la mano sobre el picaporte. Miró a ambos lados del pasillo, sintiéndose en gran parte ridícula por querer asegurarse de que nadie la viera entrar en su propio dormitorio.

Por un lado, deseaba que, al abrir la puerta, no hubiera nadie dentro, que Tristan hubiera cambiado de opinión. Por el otro, el corazón le martilleaba tan fuerte en el pecho que temió alertar a todos los habitantes de la casa con su sonido.

Tras llenarse los pulmones de aire, se adecentó un poco el peinado con la mano libre y giró el pomo.

Él estaba allí.

Por supuesto que estaba allí. Se había sentado en la banqueta del tocador mientras la esperaba y, en cuanto la vio entrar, se puso de pie

de un salto, llenando toda la habitación con su presencia, a pesar de no ser un hombre de gran envergadura.

Florence cerró la puerta tras de sí, tan rápido como una exhalación, e intentando no hacer ningún ruido. Después echó el pestillo y se giró hasta dejar la espalda pegada a la madera. Necesitó hacer un gran acopio de valor para avanzar hasta él.

—No estaba seguro de que te atrevieras a venir.

—Me gustaría zanjar este asunto lo antes posible —apuntó ella.

—Se supone que debería ser divertido.

—En ese caso, tú y yo tenemos conceptos muy diferentes de la diversión.

—Creo recordar que en el pasado no diferían tanto… —se justificó él con una sonrisa velada y ganándose una mirada cortante por parte de Florence—. Entonces —continuó cambiando de tema mientras echaba un vistazo a su alrededor—, ¿esta era la habitación de tu tía Diana?

—En efecto.

—¿Y tienes alguna idea de dónde podría estar la cerradura misteriosa?

—Además de la del armario y la del secreter, que ya tienen su propia llave, no hay ninguna otra cerradura por aquí, al menos a simple vista. También está la de la puerta, pero es demasiado grande.

—Dijiste que había una caja con cosas de tu tía.

—Sí, la guardé bajo la cama.

Tristan se agachó y tiró del pequeño arcón de madera hasta poder cogerlo, lo depositó sobre la colcha y se arrodilló para quedar frente a él. Florence se acercó por detrás y, cuando él le lanzó una mirada para obtener su permiso y abrirla, ella asintió. La caja tenía un pasador que daba la posibilidad de cerrarla con un candado, aunque no era el caso. Aquel cofre tampoco necesitaba de ninguna llave para ser abierto.

En el interior no había gran cosa. Algunas fotografías, un par de estuches con joyas y un juego de escritorio de plata. A Florence le sorprendió un poco que Geneva le cediera unos artículos tan valiosos, aunque, al fin y al cabo, no parecía una mujer con necesidades económicas.

—¿Y ya está? ¿Esto es todo? —Tristan había dejado todo el contenido sobre la cama y se dedicaba a dar vueltas a la caja en el aire, esperando encontrar algo más o que cayera alguna otra cosa por arte de magia.

—Te advertí que acabarías decepcionado. —Ella cogió las cosas que había sobre la cama con desánimo, abrió la cubierta en forma de persiana del buró y las dejó sobre el tablero.

Recorrió con los dedos los pequeños cajones del mueble, abriéndolos uno a uno. Salvo por algunas plumas, tinta y pliegos de papel, estaban vacíos. No quedaba ni una sola de las baratijas que Diana acostumbraba a guardar en ellos, como si los hubiesen limpiado a conciencia. De pronto volvieron a asaltarla recuerdos de aquel idílico verano de su infancia en Des Bienheureux. De cómo Diana las llevaba a Felicity y a ella a hurtadillas hasta esa misma habitación para darles caramelos, diminutas cajas de música y peonzas que, por alguna razón que Florence desconocía, guardaba en aquellos mismos cajones.

—¡Maldita sea! —exclamó de repente, hincándose de rodillas y sobresaltando a Tristan, que se había sentado en la cama mientras acariciaba con disimulo la almohada.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? —preguntó con verdadera preocupación mientras llegaba hasta ella de un brinco.

—¡Ya sé qué abre esa llave! Tenía la sensación de haberla visto antes, lo que pasa es que no lo he recordado hasta ahora. —Florence la sacó del bolsillo de su chaqueta de punto y sonrió ufana. La visión de aquellos dientes blancos y graciosamente desiguales desarmó a Tristan.

Con delicadeza, usó el dedo pulgar para deslizar uno del los embellecedores de madera del lateral del mueble, dejando al descubierto una pequeña cerradura. La llave entró a la perfección y, al girarla, el sonido metálico de un resorte anticipó la sorpresa de la eyección de un cajón oculto.

Ambos se miraron con un socarrón gesto de triunfo infantil dibujado en el rostro.

Florence metió la mano y sacó dos recipientes de cartón y un sobre lacrado.

—Son cilindros de grabación —anunció ella—. En la oficina todavía los utilizamos.

—Me cuesta creer que tu tía armara tanto lío para entregarte un poco de buena música —bromeó Tristan—. Así pues, al parecer, has recibido un mensaje del más allá mucho más efectivo que los de *madame* Lacombe.

—Está a mi nombre —añadió Florence mostrando la inscripción de la

carta.

—¿Y a qué esperas para abrirla? —No había terminado de formular la pregunta cuando ella rompió el sello. El mensaje era corto, apenas unas cuantas líneas en las que la letra pulcra de la tía Diana parecía temblar sobre el papel, como si la hubiera escrito de forma apresurada —. ¿Y bien? ¿Qué dice?

—Está fechada en septiembre de 1910, apenas un mes antes de su muerte. Estaba ya bastante enferma por aquel entonces.

—Debe de ser algo importante si quiso confesártelo cuando sabía que se acercaba su hora.

—La verdad es que no dice gran cosa. Me pide que no revele la existencia de estas grabaciones. Que las escuche a solas y luego las destruya. —Florence pudo notar cómo el cariz que estaba tomando todo aquel misterio avivaba los ojos azules de Tristan—. También me dice que no confíe en nadie…

—¿Eso me incluye a mí? —preguntó él fingiendo sentirse ofendido, aunque ella estaba segura de que apartarlo de aquella investigación sería tan difícil como hacer desistir a una leona que ha captado el aroma de una manada de ñus.

—Necesitamos un fonógrafo.

-14-
Tras el conejo blanco

—¿Un fonógrafo, querida? —preguntó la señora Woodgate con la nariz arrugada. El ama de llaves, que parecía estar disfrutando de un pequeño refrigerio sentada en su salita del piso inferior, se puso en pie en el momento en que Florence llamó a su puerta.

—Así es. Siento mucho interrumpir su descanso. Le preguntaría a la señora Siddell o al señor Townsend, pero no están en casa. Y he pensado que nadie mejor que usted sabría decirme dónde puedo encontrar uno.

—Pues me temo que no puedo ayudarla —lamentó—. Creo que había un viejo aparato en la biblioteca cuando Geneva compró Des Bienheureux, aunque lo cambió por el gramófono último modelo que está colocado en la salita verde. También hay una buena colección de discos de vinilo. Estoy segura de que encontrará alguna música de su agrado. ¿Le apetece un vaso de limonada? Está recién hecha. —Señaló con la mano hacia la jarra de néctar amarillo que había sobre la bandeja de plata junto a su sillón.

—Gracias, no quiero molestar.

—¡No es ninguna molestia! Siempre me suelo servir una pinta de zumo tras el almuerzo; sin embargo, hoy no creo que pueda probarla. —Se inclinó un poco hacia Florence cubriéndose parte de la boca con una mano—. Acidez de estómago —susurró.

—En ese caso, la aceptaré. —La señora Woodgate llenó un vaso y se lo ofreció. Florence dio un buen sorbo de aquel delicioso refresco agridulce. Lo último que quería era ofenderla y no corresponder a su amabilidad—. Volviendo al tema del que hablábamos, en realidad lo que deseaba era grabar un mensaje. ¿Dice usted entonces que se deshicieron del fonógrafo?

—Bueno, no estoy muy segura, la verdad. Puede que el señorito Sterling lo llevara al pueblo. O tal vez alguien lo subiera al desván. —Se encogió de hombros—. Tras la mudanza, muchas de las cosas de Diana acabaron allí arriba.

—Me gustaría echar un vistazo, ¿sería posible?

—No se lo recomiendo. Aquello está sucio y plagado de arañas. Puede que incluso de roedores.

—Creo que me las arreglaré.

—En ese caso… —Cogió el manojo de llaves que llevaba colgado del cinturón y, tras dudar un par de veces, le entregó una de latón muy sencilla—. Tiene que subir al piso superior y recorrer el pasillo de las habitaciones del servicio; está justo al fondo.

—Lo recuerdo.

—¿Sabe qué? ¡Mejor la acompaño!

—No, por favor. No será necesario —la interrumpió—. No me perdonaría si la alejara de sus quehaceres. Echaré un vistazo rápido por si encuentro lo que busco y, si no está a simple vista, desistiré. No se preocupe, solo me tomará algunos minutos.

—Está bien —claudicó la mujer—. No quiero incomodarla, pero me gustaría mucho que pudiéramos tomar el té juntas uno de estos días. Así podremos recordar a nuestra querida Diana.

—Claro —le concedió Florence para desembarazarse de ella—, estaré encantada de aceptar su invitación.

—También le presentaría a mi Adelaide. ¡Seguro que hacen buenas migas! Ella es una mujer fuerte e independiente como usted.

—Ya he tenido el… —vaciló— placer de coincidir con su hija esta misma mañana.

—¡Qué maravilla! Entonces quizás también ella podría unirse a nuestra pequeña reunión. Su padre y yo estamos muy orgullosos de nuestra Della y estoy segura de que le vendrá bien tener una conversación con una empresaria de éxito como usted. Lo único que me apena es no tener unos cuantos nietos que me amenicen la vejez.

—Es una mujer joven, todavía está a tiempo de ser madre. Si eso es lo que ella desea.

—Bueno, mi Adelaide ya roza la treintena. Cumplió veintiocho hace unas semanas.

—Entonces tenemos la misma edad.

—¡Es verdad! Si la memoria no me falla, nacieron ustedes en el mismo año.

—Qué maravillosa coincidencia —añadió con ironía.

—En ese caso, seguro que tendrán temas en común de sobra.

—Será mejor que me marche ya —interrumpió Florence, intentando dar por zanjada la conversación y dudando de que fuera posible que la

señorita Woodgate y ella tuvieran nada de lo que hablar—. Gracias por su ayuda —añadió levantando la mano que sostenía la llave.

—No hay de qué. Cualquier cosa que necesite, aquí me tiene.

Florence subió las escaleras de servicio intentando no correr y, una vez arriba, se reunió con Tristan, que la esperaba impaciente en la biblioteca.

—¿Y bien? —dijo él en cuanto la vio, sin poder ocultar su entusiasmo.

—Nada. La señora Woodgate dice que Geneva se deshizo del viejo fonógrafo de mi tía.

—No te preocupes, encontraremos la forma de escuchar esos cilindros. —Por cómo la miró, supo que ya estaba maquinando algo.

—Tengo la llave del desván. Existe una pequeña posibilidad de que lo guardaran allí arriba con los trastos.

—¿Y a qué estamos esperando? —exclamó él, emocionado ante la perspectiva de una nueva búsqueda. La tomó de la mano dispuesto a tirar de ella si hiciera falta. Florence no la apartó, sino que respondió apretándola con firmeza, mientras disfrutaba del roce cálido de la palma contra la suya.

—¿Interrumpo algo? —preguntó Daisy observándolos desde el vano de la puerta con las mejillas encendidas y sin haberse deshecho aún del mandil manchado de pintura. Ellos se apartaron de inmediato al verla y sus rostros se sonrojaron aún más de lo que habría causado cualquier carrera.

—¡Por supuesto que no! —respondió Florence sintiendo los últimos coletazos de tibieza en la mano.

—Pues no lo parecía. —La muchacha permanecía serena, aunque el ceño fruncido delataba su desconcierto—. Lance, pensaba que te unirías a nosotros. Llevo todo el día esperándote.

—Lo siento muchísimo. Otro asunto ha monopolizado mi atención. —De forma instintiva, posó la mirada en Florence, que apartó la suya avergonzada—. De hecho, me alegro de que estés aquí, Daisy. Necesito hablar contigo de un asunto importante.

—En ese caso, será mejor que me vaya —dijo la hermana mayor mientras se cruzaba con la menor intentando disimular su azoramiento—. Ya le informaré de las novedades en la cena —acertó a decir, dirigiéndose a Tristan con la mayor formalidad posible.

—Siento mucho no poder acompañarla —añadió él, intercambiando

con Florence una última mirada cómplice antes de que ella abandonara la sala.

—¿Vas a contarme qué os traéis entre manos? —quiso saber Daisy.

—Tu hermana está investigando unos asuntos de tu tía. Ya sabes cuánto me gusta el trabajo de sabueso. Desde que dejé el periódico lo echo mucho de menos.

—¿Y eso es todo? Porque, para ser dos personas que no se llevan bien, me ha parecido que interrumpía un momento bastante íntimo.

—Sabes, creo que será mejor que nos sentemos.

—Estoy bastante bien aquí de pie.

—En ese caso, permíteme al menos que me sirva algo de beber. —Lance se acercó al carrito de servicio y vertió en un vaso dos dedos del líquido ambarino de una de las licoreras, lo vació de un trago y después lo volvió a llenar—. ¿Tú quieres beber algo?

—No. Preferiría que fueses de una vez al grano.

—Daisy, no voy a tomarte por estúpida porque sé que no lo eres. No nos conocemos desde hace mucho, y aun así te tengo cariño y respeto; por eso no puedo alargar esta situación.

—Vas a romper el compromiso —afirmó en lugar de preguntar. Seguía manteniendo esa actitud estoica que había adoptado desde que llegó y que no era para nada la que Lance habría esperado de una mujer de su edad e ímpetu.

—Tengo que romper el compromiso —corroboró él, enfatizando la primera palabra y con las arrugas de los ojos acentuadas por el rictus de preocupación.

—¿Y puedo al menos saber por qué? —acertó a preguntar la muchacha, intentando mantenerse imperturbable.

—Puedes y debes. Estás en todo tu derecho de exigirme una explicación.

—Tiene algo que ver con Florence, ¿verdad? —preguntó temiendo la respuesta—. Al principio creí que era porque ella se oponía al matrimonio…, pero hay algo más entre vosotros. No soy tan estúpida como pensáis.

—Por supuesto que no lo eres.

—Entonces, ¿lo hay? —insistió—. ¿Hay algo entre vosotros?

—No —contestó Lance con una rotundidad que a él mismo lo asombró, de la misma forma que le escoció en el pecho—. Sin embargo, compartimos una historia pasada que hace moralmente

imposible que tú y yo nos casemos. —El silencio se fue haciendo cada vez más incómodo, aunque ella permanecía impasible—. ¿Estás enfadada?

—No. —Se apresuró en contestar. Y no mentía, aunque sus ojos vivaces se habían vuelto tristes de repente—. Puede que decepcionada y bastante avergonzada. Sé que no estabas enamorado de mí. Y, a decir verdad, tampoco creo que yo lo estuviera de ti. No voy a enfurecerme ni a echarme a llorar como la niña que todos os empeñáis en creer que soy.

—Lo siento de veras. No esperaba que lo nuestro acabara así cuando nos comprometimos.

—¿Y crees que yo sí? —preguntó ella con amarga sorna—. Ahora mismo debería estar en Londres, recibiendo en casa a una fila de pretendientes que daría la vuelta a Eton Square.

—Y así será en cuanto regreses.

—Al menos tendrás la decencia de marcharte de aquí, ¿no?

—Volveré a Inglaterra dentro de unos días. Te lo prometo.

—¿Y qué piensa Florence de todo esto?

—Eso tendrías que preguntárselo a ella.

—No sé si quiero saber qué hay o hubo entre vosotros en el pasado, pero te diré una cosa: no juegues con mi hermana, porque entonces sí que me verás enfadada. —Dio media vuelta y se marchó, maldiciendo en varios idiomas por no tener un anillo que poder devolverle arrojándoselo a la cara con desaire.

***

Florence intentaba lidiar con la culpabilidad que la atormentaba mientras subía las escaleras del tercer piso. No era un sentimiento que le gustara y mucho menos uno con el que se sintiera familiarizada.

Llegó al pasillo estrecho y poco iluminado en el que se situaban las habitaciones del servicio, que permanecía envuelto en un silencio frío y antinatural, ya que todos los trabajadores se encontraban diseminados por la finca llevando a cabo sus tareas. Sintió curiosidad por saber cuál sería la habitación que le habían asignado a Phyllis y si la muchacha estaría a gusto. Esperaba que así fuera, y decidió que se informaría de ello en cuanto la doncella bajara a ayudarla a arreglarse para la cena.

Avanzó advirtiendo el desagradable crujido de sus pasos contra la madera desgastada, mucho menos pulida y cuidada que la de los pisos inferiores. Allí no había alfombras que amortiguaran el eco de sus pisadas y se preguntó cómo se las arreglarían los moradores de aquella planta para no molestar a los invitados con su trasiego mañanero.

Cuando alcanzó la puerta del fondo, sacó la llave que la señora Woodgate le había proporcionado y la giró en la cerradura sin encontrar ningún tipo de resistencia, al mismo tiempo que agarraba el suave picaporte bruñido. Apareció ante ella una nueva escalera, tan estrecha como el marco de la puerta y muy empinada. Buscó sin resultado un interruptor, porque le pareció ver una bombilla desnuda en el descansillo de arriba.

Dejó la puerta abierta para tener un poco de claridad y comenzó a ascender, despacio al principio y mucho más rápido cuando, a medio camino, se dio cuenta de que el leve desnivel de la puerta había hecho que comenzara a cerrarse poco a poco tras ella, amenazando con dejarla completamente a oscuras. Se agarró la falda con ambas manos y aceleró el ritmo para llegar justo a tiempo a tirar de la pequeña cuerda que encendía la luz y evitar ser absorbida por las sombras.

Se dejó caer contra la pared, respirando grandes bocanadas de aire para recuperar el aliento, ya que se había quedado casi sin resuello por el esfuerzo. Deseó no haberlo hecho. El ático olía a humedad y a polvo, un aroma acre que se quedaba pegado a la garganta hasta el punto de poder paladearlo. Florence sufrió un espasmo cargado de asco que le recorrió el cuerpo y tuvo que reprimir una arcada.

Las dos únicas ventanas estaban cubiertas por tablones, por lo que la luminosidad del exterior solo se filtraba por un par de tímidas rendijas. Lamentó de inmediato no haber traído consigo una lámpara que le facilitara la búsqueda, ya que el resplandor de aquella bombilla pelada iba a resultar del todo insuficiente.

Aun así, comenzó a levantar sábanas amarillentas entre ataques de tos y abrió varios baúles que gimieron con el chirrido de sus goznes oxidados. La búsqueda fue en vano. Si en aquel lugar había un fonógrafo, desde luego no lo habían abandonado a simple vista para facilitarle la tarea.

La fina seda de las telarañas se le quedaba pegada al rostro y al cabello con cada nueva incursión, e incluso creyó sentir el cosquilleo de una de sus dueñas trepándole por un brazo. Iba a necesitar un buen

baño después de aquella pequeña aventura.

Estaba distraída, palpando en la oscuridad el contenido de una enorme caja de madera para intentar identificar su contenido, cuando el sutil sonido del suelo crujiendo captó su atención. Se incorporó y miró hacia el arco de la entrada, donde la austera lámpara proporcionaba la única fuente de luz. Después desvió la mirada hacia la otra punta del desván, que se iba sumiendo poco a poco en la penumbra hasta el punto de que Florence no era capaz de ver el final de la estancia desde el extremo en el que se encontraba.

Permaneció inmóvil durante algunos segundos, esperando a que en cualquier momento un ratón de campo, o mucho peor, una rata, apareciera desde cualquier rincón.

Nada.

Ningún movimiento ni sonido. El silencio la envolvió como una manta gruesa y áspera, incomodándola.

Empezó a exasperarse al darse cuenta de que, sumida en aquella oscuridad, no conseguiría encontrar lo que estaba buscando; no obstante, era una mujer a la que le costaba darse por vencida, así que volvió a agacharse para retirar los bultos que entorpecían su tarea.

Y entonces volvió a sentir algo.

No con el oído ni con la vista, sino más bien como un extraño escalofrío que le recorría la columna. Una sensación parecida a un suave soplo de aire en la nuca.

Se giró con brusquedad, haciendo caer un perchero de pie, que a su vez golpeó una de las figuras cubiertas por lienzos viejos. Miró a un lado y a otro casi por instinto, aunque temió que la causante de aquel cosquilleo en la piel no fuera más que otra inquilina de ocho patas disgustada por su intromisión.

Pese a su reticencia, decidió que era el momento de claudicar y dejar pasar todo aquel asunto del fonógrafo. Tenía que admitir que había sido divertido iniciar aquella investigación con Tristan y, pese a que no era una mujer de naturaleza curiosa, que Diana hubiera dejado aquellos mensajes ocultos dirigidos a ella era, cuando menos, perturbador. Mientras volvía a poner en pie el perchero, se preguntaba qué sería aquello tan importante que había grabado en los cilindros y por qué se había tomado tantas molestias para que solo ella pudiera encontrarlos.

Y, en ese preciso momento, oyó una risa.

Apenas duró un segundo, pero fue un sonido nítido e inconfundible. Venía del otro extremo del desván.

Se quedó inmóvil, más por estar atenta a si volvía a repetirse que por miedo, e intentó distinguir algo entre las sombras. Permaneció así un buen rato, hasta que la vocecita racional que solía azuzar sus acciones la convenció de que todo aquello no había sido más que una mala jugada de su imaginación. Sin embargo, si había un momento y un lugar propicios para creer en fantasmas, era aquel.

Caminó con lentitud hacia la salida, sin apartar la vista del lugar en el que había creído oír la carcajada. Se encontraba con un pie en el umbral, amparada por la protección del halo de claridad de la bombilla, intentando reunir el valor suficiente para apagarla y bajar la escalera completamente a oscuras, cuando el débil tarareo de una tonadilla popular empezó a resonar desde la parte trasera de una montaña de cajas.

Florence no creía en espíritus, o al menos no lo había hecho hasta hacía un par de días, y no estaba dispuesta a huir amedrentada por un truco de salón o un desvarío. Así pues, dio media vuelta, se sujetó la falda y comenzó a sortear bártulos con cuidado.

A medida que se acercaba, lo que escuchaba se le iba antojando cada vez más familiar. No solo la canción, sino también la voz aniñada y dulce de quien la entonaba.

Con cada paso amortiguado temía ahuyentar a quien hubiera allí escondido, aunque al mismo tiempo deseaba que aquel murmullo cesase y que la oscuridad no ocultase más que polvo y cacharros viejos.

No tuvo tanta suerte.

Lo primero que distinguió fue el cabello dorado y ensortijado de una figura sentada sobre el suelo con las piernas cruzadas. También pudo ver con claridad unas medias blancas que sobresalían de las faldas y terminaban en unos encantadores zapatitos de charol que no habían perdido ni un ápice de su brillo, incluso en aquella ausencia de luz.

La niña, pues, no debía de contar más de siete u ocho años, jugueteaba con un viejo joyero vacío que emitía las mismas notas que ella iba canturreando. Desde donde se encontraba, Florence no era capaz de verle la cara, así que empezó a agacharse muy despacio, intentando ponerse a su altura sin asustarla. Se disponía a preguntarle su nombre y qué estaba haciendo en aquel lugar tan sola cuando vio

un fino aro de oro con un diminuto granate en uno de sus dedos aún regordetes.

—¿Felicity? —farfulló con el ínfimo hilo de voz que fue capaz de emitir. Aquel ser, que era y al mismo tiempo no era su hermana, levantó la fría mirada, congelándole la sangre hasta los tuétanos. Sin mediar palabra, se abalanzó sobre ella con una velocidad y agilidad pasmosas.

Florence hizo el esfuerzo de retroceder pero, al haberse puesto en cuclillas, tropezó con la falda y cayó hacia atrás; se golpeó con fuerza la cabeza contra el suelo y notó cómo aquella criatura reptaba sobre ella justo antes de perder la consciencia.

-15-
La mejor medicina

Tras la conversación con Lance, Daisy salió airada de la casa golpeando el suelo con zancadas furiosas. A pesar de no tener muy claro hacia dónde se dirigía, no podía parar. Sus pies daban un paso marcial tras otro sin rumbo fijo, mientras su estado de ánimo iba del desengaño a la ira, pasando por otros tantos estados bastante desagradables. Ya había enfilado el sendero que la llevaría hasta la playa cuando empezó a oír unos indecorosos silbidos tras ella.

Paró en seco y echó la vista atrás para comprobar que Alix corría en su dirección, levantando un nubarrón de polvo del camino con sus gastadas botas.

—¡Estás en buena forma! —exclamó la vidente en tono jocoso cuando por fin la alcanzó.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Daisy, cortante.

—¡Vaya! Parece que también sabes sacar las uñas… —añadió sorprendida a la par que divertida—. Te he visto salir de la casa como alma que lleva el diablo y pensé que a lo mejor necesitabas a alguien con quien hablar.

—Pues te has equivocado —espetó—. Ahora mismo lo último que quiero es hablar.

—¿Y qué es lo que quieres hacer?

—Caminar.

—¿Prefieres que te deje sola?

—No —confesó bastante más calmada—. Puedes caminar conmigo si eres capaz de mantener la boca cerrada.

—A sus órdenes. —Ambas reanudaron el camino a paso rápido, sintiendo en el rostro la suave brisa salobre que había empezado a levantarse—. Me gusta esta nueva Daisy.

—¡Chist! —protestó en respuesta, conminándola a callar. Alix sonrió.

***

Florence sentía los párpados tan pesados como enormes sacos de harina. Sabía que estaban hinchados sin necesidad de vérselos en un

espejo. Intentó abrir los ojos. No le resultó nada fácil. Necesitó varios intentos hasta que por fin vislumbró la luz del sol a través de las pestañas enredadas.

De golpe, comenzó a recordar algunos fragmentos. El fonógrafo. El desván. Felicity.

Se incorporó sobresaltada, esperando encontrar de nuevo a aquella criatura aferrada a sus piernas, cuando una mano amable le agarró el hombro para conseguir que se calmara.

—¡Tenga cuidado! —La señora Woodgate la ayudó a recostarse de nuevo, no sin antes colocarle otra almohada bajo la cabeza para que estuviera un poco más incorporada—. Tiene que seguir descansando.

—¿Qué ha pasado?

—Se ha dado un buen golpe en la cabeza —la informó. En respuesta, Florence se llevó la mano al doloroso bulto que tenía cerca de la coronilla—. Ya le advertí que no subiera allí arriba sola. Está muy oscuro y hay muchos trastos; debe de haber tropezado con algo. —La contempló con un gesto tierno—. Afortunadamente decidí subir para echarle una mano y, justo entonces, la oí gritar y después caer.

—Yo… no estaba sola. En el desván había —dudó— alguien.

—Le aseguro que allí arriba tan solo estaba usted. Debe de haberlo soñado tras la caída.

—No puede ser. Aún no me había tropezado cuando la vi…

—¿Está segura, querida?

—Sí —titubeó—. No… No lo sé. —Florence apenas recordaba algunos retazos de lo que había pasado, pero no podía sacudirse la sensación de que algo se le había echado encima antes de que su cabeza chocara contra el suelo. La señora Woodgate la miró con lástima y decidió que lo mejor era no insistir en el tema.

—El señorito Sterling acababa de regresar a casa cuando la encontré. Él me ayudó a traerla hasta su habitación y ha vuelto al pueblo para avisar al médico. La línea telefónica sigue sin funcionar.

—No necesito un médico. Estoy bien.

—Lleva inconsciente más de una hora, querida. Podría tener una conmoción. Tome, le he subido un caldito de pollo para que reponga fuerzas. —Le tendió una bandeja con un cuenco de aspecto y aroma sabrosos—. Phyllis intentó avisar a su hermana. No está en la casa, así que suponemos que ha salido a dar un paseo.

—Preferiría que no preocupasen a Daisy. —No tenía fuerzas para

enfrentarse a su hermana en ese momento—. Solo díganle que me encuentro indispuesta.

—Como usted quiera. Pronto volverán todos a arreglarse para la cena. Haré que le suban una bandeja.

—No hace falta. Me encuentro bien para bajar a cenar.

—Bueno, esperaremos a ver qué dice el médico. —La señora Woodgate echó un vistazo a su alrededor y se llevó la mano al pecho, emocionada—. Cuántos recuerdos me trae estar en la habitación de Diana. Y verla a usted aquí… Es como si su tía aún estuviera entre nosotros.

—¿Por qué dejó de trabajar para ella? —quiso saber Florence, arrepintiéndose al ver ensombrecerse el gesto del ama de llaves—. Perdóneme si soy demasiado indiscreta.

—No se preocupe —la disculpó con dulzura—, fue por una causa mayor. Mi madre enfermó y tuvimos que volver a Inglaterra para que me ocupara de ella. Durante esos años, eché mucho de menos todo esto. —Ahuecó un cojín mientras echaba un vistazo cargado de cariño alrededor—. Cuando Geneva se puso en contacto con nosotros y nos ofreció volver, no nos lo pensamos dos veces.

—¿De qué se conocían Geneva y tía Diana?

—El señor Townsend, el primer marido de Geneva, fue el paisajista que dio forma a los maravillosos jardines de Des Bienheureux. Era un artista de renombre y viajaba por toda Europa arrastrando con él a su joven esposa. En seguida se entusiasmó con el proyecto de Diana, y ella los hospedó en la casa durante todo el tiempo que duró la construcción.

—Así fue como las tres se hicieron tan buenas amigas, supongo.

—Supone bien. Las tres éramos jóvenes y nos hacíamos compañía, hasta que al final acabó surgiendo una bonita amistad. Un vínculo inquebrantable. Fue muy triste tener que separarnos.

—Me lo imagino. —La intimidad que se había creado entre ellas se disipó tras unos enérgicos golpes en la puerta.

—Debe de ser el doctor Soriaux. —Woodgate abrió, y el rostro de Sterling asomó preocupado.

—¡Estás despierta! ¡Gracias al Señor! —Entró seguido por Geneva y un hombre enjuto de nariz prominente y pequeños ojos hundidos de color índigo. Sin mostrar ningún tipo de pudor por estar en su habitación, se sentó junto a ella en la cama y la tomó de la mano—.

Estaba muerto de preocupación. He conducido como un loco para traer al médico lo antes posible.

—Ha sido muy considerado por tu parte pero, como puedes comprobar por ti mismo, estoy bien. Ha sido un golpe sin importancia.

—Eso lo dictaminará el doctor Soriaux. —Con un gesto de la mano de Sterling, aquel pintoresco hombrecillo se acercó a ella para examinarla.

—Hemos mandado a buscar a Daisy —intervino Geneva—. El señor Woodgate dice que la vio marcharse por el sendero que lleva a la playa.

—¿Ella sola, o acompañada por… su prometido?

—El señor Hamilton cogió una bicicleta y se fue al pueblo a primera hora de la tarde. Aún no ha regresado —informó el ama de llaves.

—Parece que no ha sido muy grave —anunció aquel hombrecillo en un francés muy cerrado tras examinarle la cabeza—, aunque sí que tiene aquí un buen chichón. Siga mi dedo con la mirada. —Tras hacerle unas cuantas pruebas más, le dejó un pequeño bote de láudano para calmar los dolores y garabateó los ingredientes de un ungüento en una hoja de papel. La señora Woodgate la tomó de inmediato y se marchó para preparar ella misma la mezcla con el enorme surtido de su despensa—. No veo síntomas de derrame ni conmoción. A pesar de eso, le recomiendo permanecer en la cama al menos durante el día de hoy. No le conviene demasiada agitación.

—Estará muy bien atendida aquí —dijo Geneva mientras acompañaba al médico a la salida—, Florence es casi de la familia. —Les guiñó un ojo antes de abandonar la habitación, a sabiendas de que los dejaba a solas.

—Me he asustado muchísimo —confesó Sterling en cuanto su madre salió por la puerta.

—Ya ves que no ha sido para tanto. —No quiso contarle su versión de lo que en realidad creía que había pasado en el desván, que había alguien más con ella y que la había atacado, porque ni siquiera ella estaba segura de que hubiera pasado de verdad. Intuía que, si le confesaba sus temores, Sterling la tomaría por desequilibrada.

—Debería haber estado aquí contigo. ¡Todavía no entiendo qué hacías allí arriba tú sola!

—Yo tampoco, la verdad. Fue una estupidez. —Sterling le depositó un tierno beso en la mano y después se la acarició con el pulgar—.

Estás muy solicitado desde que llegó la señorita Woodgate.

—¿Son celos eso que percibo en tus palabras?

—Se nota que no me conoces lo suficiente. No soy celosa en absoluto, aunque sí bastante curiosa, y tengo que admitir que la naturaleza de vuestra relación me llama la atención.

—Estoy deseando que me permitas conocerte más.

—Eludes el tema.

—¡En absoluto! Della y yo nos conocemos desde que éramos críos. Nuestras madres nunca perdieron el contacto y ella ha pasado muchos veranos con nosotros. Además, siendo ambos hijos únicos, nos consideramos prácticamente hermanos.

—Unos hermanos muy afectuosos —bromeó Florence.

—¡Me has pillado! Tiendo a ser afectuoso en exceso cuando me lo permiten. —Se acercó y la besó en los labios. Ella no lo rechazó, seguía resultándole un hombre de lo más agradable; sin embargo, no conseguía ignorar cuánto habría deseado que fuera Tristan quien volviera a besarla tras los últimos momentos que habían compartido —. Será mejor que te deje descansar. ¿Necesitas algo?

—La verdad, me gustaría al menos poder bajar a cenar. Si me quedo guardando cama sin hacer nada me volveré loca.

—Lo siento, pero eso no puedo concedértelo. Ya has oído al médico —apuntó—. Aunque… podría traerte algunos libros para que te distrajeras.

—Te lo agradecería.

—Se los daré a una doncella para que te los suba. No quiero alimentar aún más las habladurías colándome en tu habitación. — Ambos sonrieron. Sterling se encaminó hacia la puerta—. Voy a echar mucho de menos tu conversación durante la velada.

—Seguro que lo superarás. Además, así estarás libre para ponerte al día con tu «hermana».

—*Touché!* —exclamó llevándose las manos al pecho antes de guiñarle un ojo y cerrar la puerta.

***

Alix llevaba un buen rato sentada garabateando con los dedos en la arena símbolos sin sentido. De vez en cuando levantaba la vista para mirar a Daisy, que caminaba por la orilla, ofuscada, hablando sola y

tirando piedras contra las olas hasta que, agotada, se dejó caer sobre las rodillas. Le pareció el mejor momento para probar suerte e intentar volver a ofrecerle su ayuda.

—¿Te encuentras bien? —preguntó una vez que hubo llegado junto a la otra muchacha, cuyos párpados enrojecidos hacían que el color verde de sus ojos resplandeciera.

—No del todo. Aunque lo estaré. —Resopló y luego inspiró con fuerza, como si quisiese llenarse los pulmones de aquel aire puro y salado. Después tendió la mano hacia Alix para que la ayudara a levantarse, cosa que hizo al instante.

—¿Vas a contarme qué ha pasado?

—Lo que tenía que pasar —se lamentó—. Lance ha anulado nuestro compromiso —anunció con solemnidad. La noticia no pareció sorprender a la otra muchacha—. Sabía que algo no iba bien, pero esperaba que fuéramos capaces de solucionarlo.

—Lo siento mucho. Es normal que estés triste.

—¿Triste? ¡Lo que estoy es furiosa! Decepcionada, desconcertada… y enojada. —Una lágrima solitaria escapó de su ojo izquierdo y Alix la atrapó con delicadeza mientras descendía por el pómulo.

—Entonces, ¿por qué lloras?

—¡Porque también se puede llorar de rabia e impotencia! —gritó para luego sollozar durante apenas unos segundos y después intentar mantener la compostura—. No te preocupes, se me pasará. Pero sé de alguien que me va a tener que dar unas cuantas explicaciones.

—¿El señor Hamilton?

—¡No! ¡Florence! Ha estado mintiéndome todo este tiempo y no me voy a quedar tranquila hasta que me dé una respuesta convincente.

—Si necesitas llorar, llora. Aunque se me ocurre algo que es igual de purificador. —Alix comenzó a desvestirse y Daisy sintió algo parecido a un *déjà vu*.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Tú qué crees?

—¿Es que siempre tienes que desnudarte cuando estamos cerca del agua? —preguntó la muchacha azorada, haciendo reír a la otra.

—¡No puedo evitarlo! Y esta vez no te vas a librar. —Se acercó a ella y empezó a desabotonarle el cuello de la camisa de seda rosada. Daisy enrojeció al instante.

Ya se disponía a frenarla cuando se dio cuenta de que no era eso lo

que quería. Deseaba que aquellas aguas arrastrasen la ira y el resentimiento que sentía; deseaba despegar de su cuerpo la pátina de vergüenza del qué dirán y dejar de sentirse observada bajo la lupa de los demás, allí donde solo las gaviotas y las criaturas marinas pudieran juzgarla; deseaba deshacerse de toda aquella ropa y nadar en el mar, tan libre y salvaje como Alix.

Los finos dedos morenos de la vidente volaron raudos hacia los botones de la falda y Daisy se deshizo de ella sin dejarse vencer por el pudor mientras Alix pasaba a ayudarla con el cierre del corsé, con el que claramente no estaba familiarizada. Entre risas, ambas se sentaron en la arena para deshacerse de sus respectivos calzados, retándose la una a la otra con la mirada para ver quién conseguía ser la primera en lanzarse.

Cuando sus pies tocaron el agua, se arrepintió de inmediato, y empezó a gritar cuando las frías salpicaduras que levantaba Alix con sus pisotadas le motearon las enaguas.

—¡No puedo hacerlo! ¡Está helada! —gritó hacia la otra muchacha, que seguía avanzando mientras el mar ya le cubría las pantorrillas.

—¡Claro que sí! Esa es gran parte de la gracia.

—¡Es horrible! Siento como si me pinchara los pies.

—No dejes de moverte —gritó Alix mientras aumentaba la distancia que las separaba—, así lo notarás menos. —Y entonces se sumergió. Daisy sopesó durante un instante volver a la calidez de la arena seca. Sin embargo, eso la haría quedar como una cobarde a ojos de la otra mujer y, por algún motivo que no alcanzaba o no quería llegar a comprender, era lo último que deseaba. Por tanto, empezó a dar grandes zancadas entre gritos y risotadas nerviosas hasta que una pequeña ola, que a ella se le antojó enorme como un titán, rompió contra su cuerpo, empapándola por completo y cortándole la respiración.

En ese momento Alix reapareció junto a ella, con sus bellos ojos aún más rasgados al sonreír, y la tomó de las manos con firmeza para hacerla volver a la realidad.

—¿A que ya has olvidado por qué estabas enfadada? —Ambas rieron a carcajadas y volvieron a zambullirse sin dejar de sostenerse la una a la otra.

A Daisy el agua gélida le provocaba un pinchazo en la cabeza que, lejos de resultar desagradable, la inducía a una especie de placentero

sopor. La furia e indignación se desvanecieron y todo cuanto había a su alrededor desapareció… Allí solo estaban ella, Alix y las frías aguas normandas.

Hicieron el camino de vuelta de forma bastante más distendida que el de ida. Alix, pese a no ser mucho mayor que su compañera, había recorrido medio mundo y tenía una gran variedad de anécdotas de toda índole con las que amenizar el camino entre calada y calada de su pipa, que escandalizaron y divirtieron a Daisy a partes iguales.

A pesar de que habían permanecido un buen rato secando los cuerpos al sol, aún podían sentir la ropa interior húmeda pegada a la piel: un recordatorio constante de su pequeña aventura. Daisy tenía el cabello rubio cobrizo tan suelto y mojado como el de Alix pero, si en algún momento le pasó por la cabeza que la imagen que ofrecía no era tan impecable y pulcra como acostumbraba, borró aquellos incómodos pensamientos de un plumazo.

—Tengo la sensación de que no he parado de hablar —confesó la extranjera cuando empezó a hacerse visible la silueta de la casa—. Si te he abrumado, lo lamento.

—¡En absoluto! Me ha encantado escucharte; has conseguido que me olvide de todo lo demás. —Sonrió a modo de agradecimiento.

—¡Señorita Daisy! —Phyllis apareció por el sendero con el rostro arrebolado y la cofia un poco ladeada—. La he buscado por todas partes.

—Estaba en la playa. ¿Ha ocurrido algo, Phyllis?

—La señora Morland ha sufrido una caída.

—¡Florence! —exclamó visiblemente alterada—. ¿Y está bien? ¿Qué ha pasado?

—No se preocupe, solo ha sido un feo golpe en la cabeza, ahora está descansando. El señor Townsend fue corriendo a buscar al médico y ha pasado a verla —informó la doncella—. Parece que ya está bastante repuesta.

—Bueno, en ese caso supongo que no debería molestarla.

—Tal vez sería mejor que fueras a ver qué tal se encuentra —intervino Alix, más preocupada por la indiferencia de Daisy, que parecía a punto de excusar una negativa, que por el estado de Florence.

El retumbar de unos cascos sobre la gravilla de la entrada hizo que las tres se giraran a tiempo para ver llegar un carromato de cuya parte

posterior se apeó Lance. Tras dedicarles un tímido saludo desde la distancia, descargó una de las bicicletas de la casa, que dejó a un lado del camino, y un cajón de grandes dimensiones que acarreó hasta la entrada, no sin antes despedirse de manera efusiva del hombre que iba en el pescante y que dio la vuelta frente a la puerta principal para tomar el camino de regreso.

—Ya la has oído. El médico ha dicho que Florence está bien —Daisy retomó la conversación como si la llegada de Lance no le hubiera afectado en absoluto—. Mi presencia es del todo innecesaria. —Volvía a parecer molesta, como si las risas y las conversaciones de aquella tarde no hubiesen servido para nada—. Phyllis, acompáñame, por favor. Quiero darme un baño antes de arreglarme para la cena. —Se dirigió con paso decidido hacia la casa, aunque se detuvo unos segundos para mirar hacia atrás y despedirse—. Hasta dentro de unas horas, *madame* Lacombe. Gracias por su compañía; ha sido muy… agradable.

Alix se quedó allí de pie, observando cómo se alejaba la muchacha y maldiciendo el inconveniente rumbo que estaban tomando sus planes.

-16-
Escapadas a medianoche

Cuando el sol empezó a ocultarse tras los árboles y la oscuridad envolvió Des Bienheureux, Florence sintió un estremecimiento en la quietud de su habitación.

Había pasado toda la tarde pensando en aquello que había creído ver en el desván, preguntándose si su cordura comenzaba a peligrar; pero, si aquella cosa no había sido más que un producto de su mente, ¿por qué seguía sintiendo el tacto de unas manos frías y rugosas allí donde habían rozado su piel?

Nunca se había considerado una mujer con una imaginación fértil, salvo para los temas que tuvieran relación con los negocios, así que era la primera sorprendida de que aquellos fantasmas hubieran cobrado vida tan solo gracias a ella. Sin embargo, tampoco era una mujer crédula ni supersticiosa, por lo que se negaba en rotundo a aceptar que aquellas visitas vinieran, en efecto, del más allá.

Llamaron a la puerta y, tras dar paso a una doncella de la casa que traía una bandeja llena de manjares, una espectacular Geneva, ataviada con un vestido de satén en tonos ocres y recubierto por completo con cuentas doradas, entró tras ella.

—Espero que tengas apetito. He hecho que te suban un poco de cada plato de los que se servirán en la cena. ¿Te encuentras mejor?

—Estoy mejor, gracias. No tendrías que haberte tomado tantas molestias, me temo que todo esto es demasiado. —Hizo un evidente gesto con la mano.

—Picotea de lo que te apetezca, nadie te estará juzgando esta noche. —Le dedicó un guiño cómplice mientras la chica del servicio hacía una leve inclinación hacia ellas antes de salir y dejarlas a solas.

—Geneva, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Las que quieras.

—¿Tú… —titubeó— crees en fantasmas?

—Creo en que hay algo más allá de la muerte. Y también que a veces ambos mundos pueden llegar a confluir. Por eso traje a *madame* Lacombe. No lo habría hecho si pensara que no es más que una

embaucadora. ¿A qué viene esa pregunta?

—Últimamente —dudó haciendo una breve pausa— ya no estoy muy segura de lo que es real y lo que no. He visto… cosas.

—¿Qué cosas?

—Pensarás que me he vuelto loca.

—Claro que no. —La tomó de la mano—. Somos amigas, ¿verdad? Puedes confiar en mí.

—Me ha parecido sentir la presencia de personas que ya no están entre nosotros.

—¿Diana?

—No. Eso es lo más curioso. Creía que los espíritus eran almas que quedaban atrapadas, ancladas en sus hogares o en los sitios en los que fallecieron, pero no ha sido el caso. He visto a mi marido, Geneva. Pude aspirar el olor de su colonia con tanta nitidez como lo hago ahora con el tuyo. Y allí arriba, en el desván, mi hermana Felicity…, o más bien algo que se parecía a ella, se ha abalanzado sobre mí.

—Bueno, tiene sentido.

—¿En serio? ¿Pues explícamelo? Porque yo no consigo encontrarlo.

—En ambos casos habría un punto de anclaje en común: tú. Existen personas con una sensibilidad especial para ver a través del velo. O incluso para llevar a cabo acciones extraordinarias.

—¡Eso es una locura! Yo no soy ese tipo de persona —rehusó—. Hace una semana ni siquiera me hubiera planteado ninguna de estas cuestiones. Creo que es esta casa. Me siento diferente desde que llegué.

—Hay lugares que son especiales. Des Bienheureux es uno de ellos.

—¿Sabes qué? Casi que prefiero pensar que estoy perdiendo el juicio.

—Ahora lo que necesitas es descansar. Come algo e intenta dormir. Vendré a verte por la mañana. —Depositó un suave beso sobre su frente, y Florence, que no recordaba haber recibido nunca muestras de cariño así por parte de su propia madre, se sintió reconfortada.

***

Lance no estaba disfrutando en absoluto de la velada.

En un primer momento se sintió decepcionado al ver que Florence no había bajado a cenar. La contrariedad dio paso al desasosiego cuando le informaron del motivo de su ausencia y del percance que había

sufrido aquella tarde.

La preocupación le ardía en estómago tanto o más que la salsa avinagrada de las perdices. Aquella cena estaba resultando bastante menos placentera que las anteriores, y no era capaz de sacarse de la cabeza el sentimiento de culpa por haber permitido que subiera al desván ella sola.

Tras los postres, Phinn deleitó a los presentes con su maestría al piano. Les ofreció un recital de música de su país que logró escandalizar a Martha Coddington, aunque también hizo que algunos de los demás invitados se animaran a improvisar unos bailes.

Desde su puesto privilegiado junto a la puerta, observaba la escena con descontento, saboreando una copa de oporto mientras intentaba encajar las miradas cargadas de reproche que le lanzaba Daisy, y que no por ser merecidas dolían menos. Sin mencionar la irritación que le causaba ver lo distendido que se encontraba el señor Townsend junto a la señorita Woodgate, pues no aparentaba sufrir lo más mínimo por la ausencia de la que hasta ahora había sido el objeto de sus atenciones.

—¿No se divierte? —le preguntó Alix, que había aparecido de repente junto a él. Llevaba un aspecto bastante más apropiado que en las noches anteriores: un vestido largo de tintes orientales y el cabello recogido.

—No especialmente —contestó él bajo la atenta y lejana mirada de la que fuera su prometida.

—Ha hecho lo correcto. Lo sabe, ¿no es así?

—No recuerdo haber pedido su opinión.

—Usted no podría haberla hecho feliz. Se habrían dedicado a ser desdichados juntos el resto de sus vidas.

—No nos conoce lo suficiente como para lanzar una acusación así —gruñó, enervado.

—No me hace falta.

—¡Es cierto! Usted tiene un… tercer ojo, ¿no es así, *madame* Lacombe? —añadió sarcástico—. Lo sabe todo.

—Ojalá fuera así. Pero no me hace falta recurrir a mi don para ver que había fijado su objetivo en la hermana equivocada —replicó Alix —. No se apene por Daisy. Lo superará. Ella tampoco lo ama a usted.

—En ese caso, gracias por sus consejos y por meterse donde no la llaman. —Dejó la copa sobre una de las mesitas auxiliares—. Creo que

ya va siendo hora de que me retire a mi habitación. No puedo decir que haya sido un placer.

—Lo mismo digo —se despidió ella alzando su bebida con una sonrisa sardónica.

Cuando Lance llegó a la cima de la escalinata, no era capaz de decidir si tomar el camino de la izquierda o el de la derecha. Luchaba contra la imperiosa necesidad de plantarse en la puerta de Florence, aprovechando que todos seguían de fiesta, y cerciorarse en persona de que se encontraba bien. No obstante, no solo sería indecoroso llamar a su puerta a esas horas de la noche, sino que tampoco deseaba interrumpir el merecido sueño reparador en el que esperaba que se encontrara inmersa.

Y también estaba el otro tema.

Aquella noche había bajado a cenar deseando reunirse con ella, quería ver cómo se le iluminaba el rostro cuando le diera la noticia, quería sentir junto a ella la excitación de la búsqueda, el cosquilleo que precede al descubrimiento.

Giró a la izquierda, hacia su propio dormitorio. Una vez allí, se acercó al escritorio y mojó la pluma para escribir un par de líneas en una de las hojas de su libreta. Después la arrancó y volvió a salir al pasillo. Pasó con sigilo por delante de la balaustrada de la escalinata y llegó hasta la puerta de habitación de Florence para acabar deslizando la nota por debajo. Apoyó la cabeza en la madera y esperó algunos segundos por si notaba algún movimiento en el interior, pero la rendija por la que había introducido el papel no dejó de ser más que una franja oscura, así que desanduvo el camino consciente de que le esperaba una larga noche de vigilia.

***

Florence despertó con la boca pastosa y un fuerte dolor de cabeza. Los efectos sedantes del láudano se habían desvanecido y parecía como si toda la caballería de Jorge V estuviese trotando en el interior de su cráneo. Encendió la lámpara de la mesilla y se sirvió un vaso de agua con el que calmar un poco la sequedad de la garganta. El reloj dorado que había sobre la repisa de la chimenea marcaba que había pasado más de media hora de las dos de la madrugada, y la quietud que imperaba en la casa delató que, a esas alturas de la noche, todos sus

ocupantes debían de estar durmiendo en sus respectivas alcobas.

Tenía el cuerpo sudoroso, con el camisón y el cabello pegados a la piel húmeda, atrapándola, como un pez intentando boquear dentro de una red de pesca. Salió de la cama con cierto alivio y corrió a abrir una ventana. El frescor de la noche fue un bálsamo que le erizó hasta el más recóndito rincón de la piel. Inspiró profundamente con los ojos cerrados y captó el aroma dulzón que impregna el aire justo antes de que las nubes descarguen.

Deseó que así fuera. Necesitaba que el poder purificador de la lluvia arrastrara consigo esa sensación pegajosa que la acompañaba desde la traumática experiencia de la tarde anterior.

Abrió los ojos y, por un momento, le pareció vislumbrar un par de luces danzantes en la lejanía. Aguzó la vista sin distinguir de qué se trataba, pues la densidad del follaje engulló lo que fuera que había visto, antes incluso de ser capaz de reconocerlo.

En ese momento, notó un débil movimiento a su espalda, acompañado por el sonido de un leve roce contra el suelo. Se giró para comprobar que la corriente de aire estaba arrastrando una hoja de papel por la habitación, así que se acercó para agacharse a recogerla. No identificó la caligrafía fea y apresurada: «He conseguido un fonógrafo. Te esperaré toda la noche despierto en mi habitación. No olvides los cilindros. Tuyo, Tristan».

Arrugó la nota en la mano y deseó que la chimenea hubiera estado encendida para arrojarla a las brasas. Aquel papel había conseguido que desapareciera de un plumazo su aletargamiento y tuviera lugar una encarnizada batalla en su interior.

Sabía lo que tenía que hacer: olvidar aquella propuesta y volver a la seguridad de su cama. Pero, antes siquiera de haberse parado a sopesar los contras, ya estaba frente al armario escogiendo un atuendo cómodo y adecuado para aventurarse en una correría nocturna.

Calzada con unos suaves mocasines de cuero, que no hacían apenas ruido al caminar, y con los cilindros a buen recaudo en el bolsillo de la chaqueta de lana que su hermana le había regalado, salió al pasillo con cautela. Tras cada paso se paraba a escuchar si se producía el más mínimo movimiento en la casa; sin embargo, la única respuesta era un silencio casi antinatural. Cuando enfiló el pasillo en el que se alojaban los caballeros, sintió la irracional sensación de que alguien la observaba y barrió cada rincón con la mirada para asegurarse de que

no era más que una percepción fruto de la tensión del momento.

Aceleró el paso y llegó hasta la puerta que estaba buscando, aunque tuvo que pensárselo dos veces antes de llamar con un par de imperceptibles golpecillos del dedo índice contra la madera. Oyó pisadas al otro lado y, poco después, Tristan abrió con una amplia sonrisa en el rostro y la camisa blanca remangada; también tenía algunos botones desabrochados que dejaban entrever el vello dorado de su pecho.

—Te estaba esperando —dijo él tras agarrarle la mano para introducirla en la habitación y volver a cerrar la puerta con delicadeza. Una vez que ambos se encontraron refugiados en el interior, Tristan le tomó el rostro entre las manos y la observó con detenimiento—. ¿Cómo te encuentras? ¿Estás bien?

—Dolorida —contestó ella dando un paso hacia atrás para romper aquel contacto—; también bastante avergonzada, la verdad. Y asustada.

—¿Asustada?

—Temo estar perdiendo la cabeza —verbalizó aquella sospecha que había estado barruntando durante toda la tarde y lo hizo sin un atisbo de vergüenza, como si compartiera confidencias con un viejo amigo. Tras haber soltado aquel lastre, se sintió bastante más ligera—. ¿Recuerdas cuando me encontraste de madrugada en la biblioteca y te dije que me había parecido ver a James?

—Todos estábamos muy alterados después del bochornoso espectáculo de *madame* Lacombe. Es normal que estuvieras sugestionada.

—Hoy me ha vuelto a pasar —lo interrumpió—. Cuando estaba allí arriba, en el desván, vi… algo.

—Esos sitios suelen ser oscuros y estar llenos de porquería. Te asustaste y volviste a recrear la imagen de la otra noche.

—Esta vez no. No se trataba de James, sino de mi hermana Felicity —confesó con voz temblorosa—. Te juro que la vi con la misma claridad con la que te estoy viendo a ti ahora, solo que estoy segura de que aquella cosa no era mi hermana. ¡Se abalanzó sobre mí, Tristan! Por eso me golpeé contra el suelo. Cerré los ojos con fuerza, en parte por el dolor y en parte también por lo aterrorizada que me sentía; pude notar sus asquerosas manos recorriéndome el cuerpo justo antes de perder la consciencia. —Se abrazaron y él la agarró con firmeza,

haciéndole sentir que jamás la dejaría caer—. Me estoy volviendo loca, ¿verdad? ¡Acabaré ingresada en Bedlam! —sollozó.

—No, yo jamás lo permitiría. Eres la persona más tozuda, inteligente y cabal que he conocido jamás. Sea lo que sea lo que te esté pasando, voy a ayudarte a solucionarlo.

Se agarraron aún con más fuerza y Florence no fue capaz de reprimir las ganas de besarlo.

Y lo hizo. Lo besó una y otra vez, mientras él posaba una mano en su cintura y le enroscaba la otra en el pelo.

—No puedo. No podemos. Daisy… —acertó a decir ella cuando fue capaz de frenarse.

—Hemos anulado el compromiso. No voy a casarme con tu hermana.

—Aun así…, no podemos hacerle esto —advirtió con la angustia de la culpabilidad tiñendo sus palabras.

—Tienes razón, lo siento. Te prometí que no insistiría. —El silencio se instaló entre ellos mientras sus pieles se resistían a romper el contacto—. Pensaba que estarías dormida, no estaba seguro de que vieras mi nota.

—Y has permanecido despierto todo este tiempo, esperándome.

—Estoy acostumbrado a pasar las noches en vela —se excusó de manera poco convincente—. Y, de todas formas, creo que no hubiera sido capaz de pegar ojo. Ha sido un día complicado. Tengo mucho en lo que pensar.

—Entiendo. —Florence echó un vistazo a la habitación, tan pulcra y austera como su ocupante, hasta detener la mirada en la caja de madera con asa y el grabado de Edison Standard Phonograph en el frontal, que descansaba sobre la mesilla de noche—. ¿Es ese? ¿De dónde lo has sacado?

—Tras la conversación con Daisy, cogí una de las bicicletas y me fui al pueblo. He recorrido cada establecimiento y he preguntado puerta por puerta hasta que he conseguido uno.

—¿Y te lo han cedido? ¿Así sin más?

—¡En absoluto! —exclamó intentando no alzar mucho la voz y contener la risa—. ¡Me ha costado una buena suma! Espero que el barbero emplee el dinero en comprarle unos bonitos regalos a sus hijas…

—No tendrías que haberte tomado tantas molestias —dijo mientras sacaba los cilindros del bolsillo—. Quizás todo esto no sea más que un

juego de mi tía Diana en el que estamos depositando demasiadas esperanzas.

—Bueno, ahora lo averiguaremos. —Alargó la mano y ella se los entregó con cautela, intentando ignorar la incómoda sensación que anidaba en el fondo de su estómago.

-17-
Mensajes desde el otro lado del velo

—¡Por el amor de Dios, Millie! —Daisy escupió un improperio apenas susurrado mientras trataba de recuperar el equilibrio—. No te pegues tanto a mí o volverás a pisarme la falda.

—Lo siento —se lamentó su amiga sin despegarse ni un ápice—. Sigo pensando que es una idea terrible.

Habían abandonado la seguridad del pasillo iluminado de los dormitorios y, tras bajar a la planta principal, se adentraron en la oscuridad de los salones que comunicaban con la salida trasera. Daisy iba delante, con paso firme y decidido, mientras Millicent la seguía de cerca. Tal vez demasiado cerca. Y cada vez más arrepentida por haberse dejado convencer para participar en aquella locura; no porque la atemorizaran los espíritus, sino por el espectáculo que montaría su tía si las pillaba escabulléndose en mitad de la noche.

Cuando por fin llegaron al solárium, encontraron la puerta entreabierta y dos lámparas de aceite encendidas sobre una mesa, tal y como Alix les había prometido. Daisy sonrió satisfecha mientras avivaba un poco la llama bajo la atenta mirada de su amiga y se adentraba en el sendero que conducía a los jardines.

—Eres una boba —le espetó Millie.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque incluso con esta oscuridad puedo ver el hoyuelo de tu mejilla izquierda. Solo aparece cuando estás maquinando algo.

—Eso no es verdad —replicó Daisy intentando sonar ofendida, aunque seguía sin dejar de sonreír.

—¿Lo ves? Sigue ahí. Ese hoyuelo no hace más que corroborar que nos estamos metiendo en uno de tus líos.

—¿Y no te parece divertido?

—¡No!

—Pues lo siento, pero yo también me merezco pasarlo bien un rato. —El hoyuelo desapareció.

—¿Has discutido con Lance? —quiso saber Millie, preocupada—. ¿Por eso no os habéis dirigido la palabra en toda la noche?

—Hemos cancelado el compromiso.

—¡No puedes hablar en serio! —exclamó escandalizada, y se detuvo en seco.

—Absolutamente en serio —confirmó Daisy intentando disimular su contrariedad. Millie se lanzó sobre ella y la abrazó con delicadeza.

—¡Debes de estar destrozada! No te preocupes, no permitiré que nadie murmure sobre ti en mi presencia —aseguró la muchacha con diligente convicción—. ¡Ya sé! Lo negaremos todo. Ese compromiso jamás ha existido.

—Estoy bien —aseguró correspondiéndole el abrazo—. Gracias por ser tan buena amiga.

—¡Oh, sí! ¡Ya lo creo que sí! Una amiga cualquiera y que no te quisiera tanto como yo no te acompañaría en semejante insensatez.

Avanzaron cogidas de la mano hasta el lugar en el que se habían citado con Alix, obnubiladas por la embriagadora fragancia de las flores nocturnas y el suave frufrú de la tela de sus faldas al rozarse. Cuando llegaron al pasaje de glicinias, no vieron ninguna lámpara encendida, aunque sí que localizaron a la muchacha, tumbada sobre uno de los bancos. Lo que delató la ubicación de la vidente fue el débil resplandor de su pipa y el aroma especiado del humo que emanaba.

—¿Has venido hasta aquí a oscuras? —preguntó Millie, extrañada, cuando se acercaron a ella.

—Hay muy pocas cosas que me atemoricen, señorita Coddington, y le aseguro que la oscuridad no es una de ellas. —Se incorporó mientras se colgaba del hombro una pesada bolsa de cuero y miraba hacia Daisy—. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien.

Millie las observó a ambas, alternando la mirada de una a otra, y soltó la mano de su amiga, decepcionada al averiguar que había decidido confiar su secreto a una desconocida antes que a ella.

—En ese caso, será mejor que nos pongamos en marcha antes de que se nos haga tarde. Además, parece que va a llover —auguró mirando al cielo.

—¿Solo te lo parece? ¿No te lo han dicho tus cartas? —preguntó Millie con impertinencia, ganándose una sonrisa presuntuosa de la extranjera.

—Sí, será lo mejor —intervino Daisy lanzándole una mirada asesina a su amiga.

Continuaron con sigilo por el camino cubierto hasta desembocar en el sobrecogedor estanque, cuyas aguas permanecían oscuras y plácidas, tan solo perturbadas por las suaves ondas que producían en la superficie el movimiento de sus moradores. Una vez allí, las muchachas recorrieron el pequeño pantalán y Alix subió a la barca de un salto, para luego ayudar a sus dos compañeras. El trayecto hasta la isleta era bastante corto. Aun así, Daisy, que no estaba acostumbrada a tanto esfuerzo físico, empezó a sudar en cuanto se hizo cargo de los remos.

En cuanto llegaron a su destino, Alix descendió con la misma agilidad que había demostrado para subirse y amarró la barca a uno de los bolardos que sobresalían de los escalones de la isla artificial. Sin esperar a sus compañeras, se introdujo en el templete y comenzó a sacar cosas de la bolsa. Por su parte, las otras dos muchachas tuvieron que apoyarse la una en la otra para bajar sin perder el equilibrio. Cuando Daisy puso por fin los pies en tierra firme y se secó con la fina manga de satén las gotas frías que le perlaban la frente, Alix ya había dispuesto varias velas encendidas formando un círculo y había pintado extraños símbolos en el suelo frente a la efigie que se alzaba sobre el sepulcro de Diana Lowell.

***

Tras retirar la cubierta de madera, Tristan colocó con pericia la manivela y la corneta, que era bastante más estrecha que la del gramófono que Daisy tenía en casa. Él se ocupó de insertar el cilindro y accionar el aparato, dejando patente que no era la primera vez que utilizaba uno.

La vibración mecánica comenzó a sonar en la quietud de la noche, y Florence temió que toda la casa fuera capaz de oírlo. El sonido que producía la aguja contra los surcos le puso la piel de gallina, sensación que no hizo más que multiplicarse en el momento en que la voz de Diana atravesó las barreras del tiempo y la muerte para llegar hasta ellos:

> Florence, no me queda mucho tiempo y ni siquiera sé si tendré las fuerzas suficientes para contártelo todo. Me hubiera gustado que las circunstancias fueran diferentes, que tú y yo hubiéramos mantenido un tipo de relación más cercana que te facilitara creer

lo que voy a relatarte. Pero… ahora ya es demasiado tarde.

Espero que seas tú quien esté escuchando este mensaje. He dejado varias pistas diseminadas por la casa, recuerdos compartidos por ambas que te llevarán hasta las llaves del cajón oculto de mi escritorio. No se me ocurrió una forma mejor de hacerlo… Ojalá seas tú quien esté al otro lado, Florence. Lo espero de corazón. —La narración se vio interrumpida por un cruento ataque de tos—.

No sé muy bien por dónde empezar, aunque imagino que lo mejor es hacerlo por el principio. Todo empezó hace más de veinte años, con unos deseos… No, perdona, todavía he de remontarme un poco más atrás.

Empezó con una amistad.

Tres mujeres solitarias que llegaron a quererse tanto que habrían hecho lo que fuera las unas por las otras.

Las tres tenían anhelos ocultos. Una quería escapar de su vida, otra deseaba algo con toda su alma y la tercera… La tercera tan solo era codiciosa. Entre ellas se creó un vínculo que creían irrompible.

En una de las múltiples veladas que solían compartir al caer el sol, una de ellas mostró a las otras un libro antiguo. Un afortunado hallazgo excéntrico y deteriorado, un objeto arcano plagado de conjuros que a aquellas tres mujeres les pareció fascinante y divertido al mismo tiempo.

Al principio no era más que un juego. Un secreto compartido más. Un pequeño aquelarre impostado que regaban con vino como si se tratara de un carnaval. Hasta que, una noche de tormenta, todo cambió. La noche en que llegó él…

El sonido de la estática cortó de repente la narración de Diana. Aquel cilindro había llegado a su fin. Ambos permanecieron en silencio mientras Tristan lo retiraba con delicadeza para cambiarlo por el siguiente.

Nunca debimos hacerlo —sollozó nada más comenzar—, las cosas empezaron a torcerse de un modo siniestro, aunque yo parecía ser la única que se daba cuenta.

¡Se volvieron en mi contra! Él las volvió en mi contra. Entonces supe que tenía que ponerle fin a todo aquello.

Callé, disimulé y esperé pacientemente mi momento. Estudié aquel libro hasta dar con lo que necesitaba y, cuando la situación

fue propicia, mandé a ese engendro de vuelta al infierno del que había salido y sellé Des Bienheureux para que ellas no pudieran volver a poner un pie en mis propiedades.

He permanecido aquí confinada todos estos años porque temo que mi presencia es lo único que puede mantenerlos a raya. Sin embargo, ya no me queda mucho tiempo y sé que ellas intentarán que él vuelva…, y esta vez será mucho peor.

Lamento mucho cargarte con esta responsabilidad pero, de todas formas, te buscarán e irán a por ti… Te necesitan. Y espero que, al menos, cuando llegue el momento, sepas a qué te estás enfrentando.

Ve al *faux îlot*. Allí hay una vieja casita de madera y, justo detrás, un pequeño *crómlech*. En el pueblo dicen que es obra de los antiguos dioses, anterior incluso a que los humanos poblaran la tierra… No sé si eso es cierto. Creo que aquel lugar tiene un poder especial. Lo notarás en cuanto te aproximes. Colócate mirando hacia el norte y cava bajo la piedra que marcaría las siete en un reloj; allí enterré el libro y el hechizo con el que conseguí desterrar a aquel desgraciado tras deshacerme de su envoltorio mortal.

Tal vez creas que estos no son más que los desvaríos de una moribunda. No te culpo. Yo tampoco me creería. —Otro ataque de tos, bastante más virulento que el anterior—. He sido muchas cosas en esta vida: egoísta, cobarde…, pero no soy ninguna mentirosa. Te juro que todo esto es cierto y, en mis últimos minutos, rezaré por la salvación de tu alma.

Se hizo el silencio justo antes de que la aguja llegara al final del cilindro.

Florence no sabía cómo reaccionar a continuación. Su pensamiento pragmático le repetía como un incesante susurro al oído que aquellos no eran más que los últimos desvaríos de una moribunda. No obstante, en su interior había otra voz, mucho más débil y al mismo tiempo extrañamente poderosa, que intentaba alertarla de lo que ya sospechaba: algo siniestro estaba pasando en aquel lugar.

—¡Vaya! —dijo Tristan mientras soltaba un resoplido, rompiendo la incómoda atmósfera que se había creado—. Esto sí que no me lo esperaba.

—Te advertí que acabarías decepcionado —añadió ella distraída,

como si acabara de despertar de un profundo letargo; aun así, notaba cómo la carne se le había puesto de gallina mientras escuchaba la narración de Diana—. No ha sido más que una locura tras otra. Es evidente que a esas alturas su mente se encontraba tan enferma como su cuerpo.

—Siento mucho haber insistido tanto con este tema. —Tomó la mano de Florence, intentando mitigar su evidente abatimiento—. Pensaba que se trataría de una despedida original, tal vez algún jugoso secreto familiar, no tenía ni idea…

—Lo sé —lo cortó ella al tiempo que se ponía en pie—. Era difícil imaginar que se trataría de algo así. —Parecía atribulada, casi como si tuviera la cabeza en otro lugar—. ¿Crees que se refería a Geneva y a la señora Woodgate?

—¿A qué te refieres?

—Creo que ellas son las otras dos mujeres de la historia —conjeturó —. Por lo que sé, las tres fueron buenas amigas y hace años vivieron juntas en Des Bienheureux.

—No deberías darle mayor importancia. Como tú misma has dicho, tenía la mente enferma; todo lo que cuenta solo sucedió dentro de su cabeza.

—Ya… Ahora empieza a preocuparme aún más que mis alucinaciones sean una dolencia común en mi familia y que a partir de ahora no hagan más que empeorar.

—Eso no pasará. —Se colocó frente a ella y le acarició las palmas de las manos con los pulgares—. Podrías… —titubeó— pasar aquí lo que resta de la noche.

—No es una buena idea.

—Lo sé. —Pegó su frente a la de ella—. Pero ¿te gustaría?

—Sí —confesó Florence—, el problema es que creo que después yo no me gustaría a mí misma. —Le acarició la boca con la yema del dedo índice, imaginando que le robaba la esencia del beso que no se atrevía a darle, y se fue directa hacia la puerta—. Descansa. Nos veremos por la mañana.

***

—¿Estáis preparadas? —preguntó Alix.

Antes de imitar a las otras dos y sentarse en el frío suelo de mármol,

Millie intentó apartar con el pie el sucio manto de hojas muertas. El lugar no parecía del todo desatendido, aunque quizás no lo limpiaban con tanta asiduidad como ella hubiera deseado. Las muchachas se colocaron en los huecos que la médium había dispuesto entre las velas, formando un triángulo equilátero perfecto.

—¿Vamos a usar otra vez la tabla? —preguntó Daisy mirando con curiosidad el enorme y ajado libro que había frente a ella.

—De momento no. Probaremos otro tipo de invocación.

—Y, entonces, ¿cómo nos comunicaremos con el espíritu de Diana? —quiso saber Millie con la voz temblorosa.

—Si tenemos suerte, hablará a través de nosotras. —Las otras muchachas la miraron espantadas—. ¡No os asustéis! Me elegirá a mí como catalizador; no sería la primera vez. Al fin y al cabo, ese es mi trabajo. —Les guiñó un ojo.

—Esto cada vez me parece peor idea.

—No tengas miedo, Millie —dijo Daisy agarrándole la mano con fuerza—. No me voy a separar de ti. —Se sonrieron.

—Será muy sencillo. Yo iré leyendo los textos del libro así. —Puso los brazos abiertos, con las palmas hacia arriba—. Y, cuando necesite que repitáis algún ensalmo conmigo, os tomaré de las manos. ¿Lo habéis entendido? —Se miraron alternativamente entre ellas. La primera en asentir con la cabeza fue Daisy y después, tras sentir dos pares de ojos clavados en ella, Millie también accedió—. *Parfait! Nous commençons.*

Al principio, Millicent ni siquiera prestó mucha atención al ritual. Le preocupaba más el incómodo y helado suelo en el que tenía apoyado el trasero, que ya comenzaba a resentirse, así como la cantidad de insectos y otras criaturas que debían de estar reptando en la oscuridad en ese momento, acercándose más y más a ella, esperando el instante perfecto para trepar por su espalda. Tampoco podía evitar distraerse con cada ululato que emitían las aves nocturnas encaramadas en las altas copas de los árboles a su alrededor, que las observaban con sus escalofriantes ojos ambarinos. No fue hasta que sintió la mano huesuda de Alix cuando comenzó a prestar atención a aquel extraño cántico, que no consiguió imitar hasta la tercera repetición.

Ella no era como Daisy, por más que se esforzara en imitarla. No se consideraba una joven curiosa ni intrépida, y aquella situación no era para nada su idea de pasar una velada agradable. Así pues, cerró los ojos con fuerza y se visualizó a sí misma tomando el té en el Savoy. Si

se esforzaba mucho, casi podía sentir en la boca el sabor de su deliciosa crema de *lemon curd*…

De repente, se generó un fuerte calor a su alrededor. Era como si las diminutas llamas de los cirios se hubieran transformado en grandes hogueras, hasta el punto de inundarle las fosas nasales con el aroma acre del pelo chamuscado. Apenas duró un segundo y, acto seguido, fue sustituido por una fuerte ráfaga de viento gélido, bastante impropio de aquella estación, que la golpeó con inclemencia y se le instaló en la boca del estómago. En ese momento, notó que el agarre de Alix se debilitaba, mientras que el de Daisy se afianzaba con mayor fuerza. Los cánticos habían cesado y, al abrir los ojos, descubrió que todas las velas se habían apagado, por lo que solo las linternas que habían dejado junto a la barca lograban rasgar la oscuridad de la noche.

La espiritista había caído desmadejada en el suelo, aunque ya comenzaba a incorporarse. Millie no fue consciente de lo fuerte que Daisy y ella se habían estado cogiendo de la mano hasta que esta la soltó para atender a Alix y empezó a sentir la sangre palpitando mientras volvía a circular con normalidad por la pálida extremidad. La observó durante un rato con detenimiento, sorprendida de cuánto le costaba reconocerla como propia.

La voz de sus amigas le llegaba amortiguada. Sentía como si se hubiera dañado los oídos tras una fuerte explosión y ni siquiera sabía cómo era capaz de identificar esa similitud, ya que era algo que jamás había experimentado en su confortable vida.

Mientras se alejaba, el fuerte resplandor de un relámpago le iluminó el camino hacia la barca. Tomó aire profundamente y reconoció la fragancia dulzona de las flores podridas, el hedor a descomposición del agua estancada y el aroma metálico de la tormenta que se aproximaba.

Justo en ese momento, el rugido de un trueno rompió el cielo sobre ellas y, en ese preciso instante, la abrumó la convicción de que ya no estaban solas en aquel apartado lugar.

Parte II

-18-
Llegó con la tormenta estival

El cielo entero se iluminó con el resplandor blanquecino del relámpago.

Geneva lo contempló con ojos ávidos y, de repente, se sintió insuflada de energía, como si el rayo hubiera descargado justo sobre su cabeza y el orgasmo que acababa de experimentar solo fueran los últimos estertores de aquella inyección de electricidad.

Había alzado los brazos al cielo mientras alcanzaba el clímax para luego bajarlos y acariciar los músculos morenos del torso de Phinneas, que aún sufría su propia *petite mort* mientras temblaba entre sus muslos.

Fue entonces cuando toda la finca retumbó bajo un poderoso estruendo que a la nueva señora de Des Bienheureux se le antojó tan satisfactorio y familiar como el acto que acababa de practicar.

Descendió del cuerpo del muchacho para avanzar hasta la ventana con la sinuosa sensualidad que la caracterizaba. El cielo estaba teñido de malva y la luna predominaba henchida en el cielo. Geneva reprimió un sollozo emocionado antes de dar media vuelta y usar un batín para cubrir, con más coquetería que pudor, su desnudez.

—Será mejor que te marches —le espetó con sequedad a Phinn, al tiempo que le tiraba la camisa a la cara y volvía a asomarse a la ventana como un infante esperando ansioso la primera nevada.

—Déjame al menos recuperar el aliento —replicó él, incorporándose en la cama—. ¿Es que esperas a alguien más?

—Es posible. —Se fijó en un juego de luces que titilaba a lo lejos, entre el follaje del jardín—. ¡Date prisa! No quiero que te encuentren en mitad del pasillo.

—¿A quién me iba a encontrar a estas horas? —preguntó burlón mientras se subía los pantalones.

—Eso no importa. Vuelve a tu habitación, querido. Y sé discreto.

—¡Qué largas se me hacen las horas del día mientras aguardo a compartir tu lecho por la noche! —exclamó Phinn acercándose a ella por detrás y tomándola entre los brazos—. Prométeme que mañana

volverás a invitarme.

—Si todo sale acorde a mis planes, puede que requiera de tus servicios incluso antes.

—Eso espero —añadió él, dándole un dulce beso de despedida en los labios. El muchacho estaba rendido por completo al hechizo de aquella mujer.

***

—¡Alix! —Daisy soltó a Millie para acercarse a la otra muchacha, que se había llevado la mano al pecho y parecía a punto de desfallecer—. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

—*Je ne sais pas* —resolló. Las palabras salían arrastradas entre sus labios, como si el mero hecho de hablar le supusiera un gran esfuerzo —. Estoy bien. Solo necesito respirar.

—Pero… ¿ha funcionado? —quiso saber Daisy con preocupación en el preciso momento en que un relámpago iluminaba el cielo con tal claridad que el instinto hizo que se cubriera los ojos.

—No. No ha funcionado. —La espiritista se incorporó con esfuerzo y rebuscó en su bolsa hasta dar con una petaca de la que bebió un gran trago mientras echaba un vistazo a su alrededor—. Será mejor que nos vayamos antes de que empiece a llover. ¿Dónde está la señorita Coddington?

En ese momento llegó el sonido del trueno, rugiendo con gran virulencia justo encima de sus cabezas, haciendo temblar el templete. Por un momento, Daisy pensó que podría llegar a desplomarse sobre ellas.

Miró a un lado y a otro en busca de Millie, hasta que logró localizarla en los escalones que descendían hacia el estanque. Tenía la mirada perdida, fija en algún punto más allá de las aguas. Parecía estar a punto de intentar caminar sobre ellas como si se creyera dotada de algún tipo de don bíblico.

—Millie, querida, ¿te encuentras bien? —preguntó su amiga con evidente preocupación al llegar junto a ella.

—Se avecina tormenta —contestó devolviéndole una mirada febril.

—Tienes razón. —La tomó de la mano, recelosa—. Ven conmigo, te ayudaré a subir a la barca.

—*Vite!* —las apremió Alix una vez que hubo vuelto a meter todos los

bártulos en el zurrón.

No fueron lo bastante rápidas y la lluvia comenzó a caer con fuerza antes de que alcanzasen la orilla. Cuando lograron pisar tierra firme, ya estaban completamente caladas y, por más que intentaban acelerar el paso, las pesadas telas empapadas de sus faldas les ralentizaban la carrera.

Entraron en la casa dejando un sucio rastro de huellas de agua y barro que por la mañana sería difícil de explicar. Alix les aseguró que ella se encargaría de todo y permaneció en la planta baja mientras conminaba a Daisy a que ayudara a Millie a llegar a su habitación, ya que esta tiritaba bajo el ala de su amiga como un pequeño gorrión caído del nido.

—Te advertí que era una malísima idea —protestó Millicent mientras Daisy la ayudaba a desvestirse y a meterse en la cama después de frotarle el cabello con un lienzo seco—. Creo que he pillado un constipado.

—Admito que no ha salido como esperábamos —confesó la otra muchacha, abatida—. Y tú te encontrarás mucho mejor por la mañana, ya lo verás. —Le plantó un enérgico beso en la frente—. Ahora será mejor que vaya a quitarme esta ropa mojada o seré yo quien enferme. Buenas noches, Millie. Intenta descansar.

Apagó la luz y recorrió a hurtadillas los apenas siete pasos que la separaban de su habitación. Cuando abrió la puerta, comprobó que la luz estaba encendida y tuvo que llevarse la mano a la boca para ahogar un grito.

—¡Me has asustado! —exclamó viendo cómo Alix sonreía divertida mientras se frotaba las manos frente a la chimenea que acababa de encender.

—He traído algo para entrar en calor. —Señaló una botella de escocés y dos vasos que había dejado sobre el tocador—. No me apetecía beber sola.

—Yo… Será mejor que me quite esta ropa mojada.

—Ven, acércate al fuego. Te ayudaré.

Daisy se situó de espaldas a ella, ocultando su turbación y deleitándose al mismo tiempo del roce de los finos dedos de la muchacha, que quitaba botones y corchetes con una rapidez pasmosa. Una vez que se hubo quedado tan solo en camisola y enaguas, reunió el valor suficiente para girarse y mirar con fascinación aquellos

enigmáticos ojos oscuros, perfilados como los de un felino. Notaba el cuerpo caliente y tembloroso como la gelatina, quizás a causa de la tensión de las últimas horas; por un momento incluso temió que le fallaran las piernas e imaginó que, en ese caso, tal vez Alix tuviera que rodearla con los brazos y sostenerla.

—No sé por qué, pero siempre que estamos a solas acabamos desvistiéndonos —mencionó Daisy con voz trémula y sin tratar de disimular su turbación. Aquel comentario desprovisto de inocencia hizo sonreír a la otra muchacha.

—Deberías ponerte un camisón seco —aconsejó la extranjera con su fuerte y sonoro acento antes de darle la espalda con deferencia mientras se dedicaba a servir las bebidas, momento que la otra joven aprovechó para vestirse—. Aquí tienes. *Santé!* —Le ofreció la copa y se bebió la suya de un trago, por lo que acto seguido tuvo que volver a llenarla.

Daisy bebió de la suya y sintió el agradable cosquilleo del licor recorriendo y revigorizando sus extremidades. Con el segundo trago ya había conseguido entrar en calor. Podía sentir incluso cómo este le salía disparado de la yema de los dedos y de la punta de la lengua.

—Tú también estás empapada —dijo paladeando un nuevo sorbo.

—No te preocupes. Estoy tan acostumbrada que ya casi ni lo noto.

—Si no te quitas esa ropa ahora mismo, te congelarás. Puedes ponerte uno de mis vestidos.

—Me temo que no tenemos el mismo estilo —bromeó—. Y tampoco la misma talla.

—Seguro que encontraremos algo que te valga. —Envalentonada por el alcohol y sin ser capaz de controlar el cosquilleo que le nacía en el vientre, Daisy se aventuró a desabrocharle las hebillas del fajín para luego empezar a desabotonar con delicadeza la blusa.

Recorrió con sus suaves manos el cuello moreno de la muchacha, en el que destacaban tres lunares que trazaban un camino con una disposición similar a la del cinturón de Orión. «El universo en un pedazo de piel», pensó Daisy, y se le antojaron demasiado apetecibles. Deslizó los dedos por los pronunciados huesos de su clavícula y después fue descendiendo hasta llegar al inicio de la curva de su pecho.

Alix reconoció su propia ansia en los ojos de Daisy, aunque decidió tomarle las manos entre las suyas, para frenar lo que fuera que estaba

a punto de suceder.

—Creo que será mejor que me vaya —soltó resoplando. Parecía contrariada y no muy convencida de sus palabras.

—Quédate aquí esta noche, por favor. No quiero estar sola.

—Está bien —claudicó intentando no dejar ver lo mucho que deseaba quedarse—. Búscame algo cómodo y con lo que no parezca un delicioso merengue de fresa.

Daisy fue a su armario mientras Alix terminaba de despojarse de la ropa mojada. Una vez que le proporcionó una fina camisa color crema y la falda de paseo más sencilla de cuantas tenía, se sentaron frente al fuego para secarse el cabello la una a la otra mientras daban buena cuenta de la botella sustraída.

—¿Qué crees que falló antes? —preguntó Daisy con curiosidad—. Me refiero a durante la invocación.

—No lo sé. Al principio sentí una presencia junto a nosotras y, cuando la invité a manifestarse, fue como si un arrebato de rabia me atravesara todo el cuerpo y me empujara con fuerza. Es la primera vez que me pasa algo así.

—Parecía que ibas a desmayarte, ¡me asusté muchísimo! Y no sé si Millie lo olvidará fácilmente. Me ha parecido que se ha quedado bastante conmocionada.

—Lo superará. Estas cosas son así. Algunas veces funcionan y otras no.

—Supongo…, pero te mentiría si te dijera que yo no me he quedado también bastante afectada. —Se recostó sobre el hombro de la otra muchacha y de alguna forma supo que solo sería capaz de conciliar el sueño si se mantenía cerca de ella.

El calor de la lumbre y del *whisky* corriendo por sus venas, así como el embriagador acento de Alix, empezaron a adormecerla allí mismo, sobre la alfombra y los almohadones que habían dispuesto a su alrededor.

—Descansa un poco —dijo la médium mientras le acariciaba con delicadeza y fascinación los rizos cobrizos—. Apenas queda una hora para que amanezca.

***

Florence estaba dando vueltas en la cama cuando toda la casa se

estremeció.

Se incorporó de un salto a causa del susto, aunque en realidad no la había despertado, ya que no había conseguido volver a dormirse desde que regresó a su habitación tras rechazar la proposición de Tristán. No estaba segura de si aquello que le había estado rondando la cabeza hasta el punto de robarle el sueño tenía que ver con él o con la grabación de Diana; lo que sí sabía era que no recurriría de nuevo a la medicación para descansar.

Le era imposible obviar la idea de que la enfermedad que había afectado la cordura de su tía podría ser la misma que empezaba a manifestarse en ella. Quizás había estado agazapada en su cabeza, aguardando el momento perfecto para hincarle los dientes y despojarla de la razón.

Y es que, de algún modo, a pesar de que no habían mantenido una relación estrecha, se sentía ligada a Diana de una forma atávica. Apenas la conocía y, sin embargo, sentía como si fueran una misma persona; sensación que no hacía más que acrecentarse desde que había puesto un pie en aquella casa.

Desde que dormía en aquella habitación.

Se tumbó en la cama de nuevo mientras los latidos de su corazón alterado volvían a recobrar una cadencia normal. En ese momento, oyó pasos amortiguados en el pasillo, a los que respondió tapándose la cabeza con las sábanas y cerrando los ojos para conseguir dormir un poco. El ritmo de su respiración fue haciéndose cada vez más lento y profundo, sumiéndola en un sopor placentero que habría acabado por adormecerla si no hubiera sentido el peso de una figura sentándose a los pies de su cama.

Abrió los ojos de golpe y todos sus sentidos se pusieron alerta. Protegida por la colcha, no era capaz de ver si aquello que acaba de percibir era real o no, así que arrastró un pie entre las sábanas para averiguarlo.

Allí no había nada.

Sabía que lo más sensato habría sido destaparse y corroborar por sí misma que estaba sola en la habitación, pero no era capaz de encontrar la valentía necesaria. Aquel rasgo que tanto la había caracterizado en el pasado parecía haberse esfumado de repente, así que optó por volver a cerrar los ojos, esta vez con más fuerza.

«¡Despierta!». Una voz que no identificó como la de su conciencia

resonó en su cabeza. Se parecía más bien a la de la grabación que había escuchado apenas una hora antes.

—Estoy despierta —susurró ella cubriéndose las orejas con las manos.

«¡Despierta! ¡Ya viene!», volvió a exclamar la voz lastimera, esta vez en un tono aún más desesperado.

En ese momento, la despojaron de su refugio de sábanas con un fuerte tirón.

Florence se incorporó, presa del asombro, abrió los ojos y buscó en cada rincón de la estancia.

Allí no había nadie.

-19-
Un invitado inesperado

A la mañana siguiente, todo parecía haber cambiado.

El cielo permanecía de un espeso color plomizo y la lluvia no había cesado ni un segundo. Atrás habían quedado las mañanas soleadas y las cálidas temperaturas. Tormentas así no eran inusuales en los veranos de aquella parte del país; sin embargo, la climatología parecía haber afectado a los huéspedes de Des Bienheureux, que habían bajado a desayunar mucho más tarde de lo acostumbrado, haciendo gala de unas ojeras marcadas y unos rostros circunspectos.

Solo Sterling parecía tan fresco como una acelga recién recolectada, y hacía alarde de ello parloteando sin parar.

—¿Las señoritas Coddington no desayunarán con nosotros? —preguntó cuando reparó en su ausencia entre un tema y otro.

—Millie está enferma —respondió Florence, que estaba sentada a su lado—. Me lo ha dicho Martha. Me crucé con ella esta mañana, mientras encargaba que le subieran el desayuno a la habitación. Al parecer, es solo un constipado, nada de lo que preocuparse.

—He mandado al señor Woodgate al pueblo a avisar al doctor —añadió Geneva—, aunque con esta tormenta es posible que tarden más de lo normal. Es un verdadero fastidio que la línea telefónica aún no se haya restablecido.

—Será mejor que suba a ver cómo se encuentra. Si me disculpan —interrumpió Daisy poniéndose en pie y lanzando una mirada reprobatoria tanto a su hermana como a su exprometido.

Alix no había bajado a desayunar. Aquella mañana, Phyllis había encontrado a su patrona tumbada sobre la alfombra de la habitación y cubierta por una manta. La otra muchacha parecía haberse esfumado por arte de magia con las primeras luces del amanecer.

—Iré contigo —anunció Geneva—. Ahora mismo mi mayor preocupación es que esa dulce niña esté lo más confortable posible en esta casa.

—Te eché mucho de menos en la cena —susurró Sterling al oído de Florence mientras esta seguía con la mirada cómo su hermana

abandonaba la estancia.

—Estoy segura de que estuviste muy entretenido.

—La verdad es que tener a Adelaide a mi lado ayudó bastante. Teníamos muchas cosas que contarnos. —Apenas un día atrás, ese comentario habría generado en ella una pequeña punzada de celos, a pesar de que era un sentimiento con el que no se sentía muy familiarizada. Pero después de los últimos acontecimientos, de todas las experiencias inexplicables que había vivido y de los momentos compartidos con Tristan, sus sentimientos hacia Sterling se habían enfriado tanto como los huevos escalfados de su plato—. La invité a pasar la tarde con nosotros. Estoy deseando que os conozcáis mejor.

—Es todo un detalle, Sterling, aunque la verdad es que no creo que nos quedemos aquí mucho más. En cuanto Millie se encuentre mejor y yo pueda comunicarme con mi oficina para que nos reserve los billetes, volveremos a Londres. —Tristan, que estaba debatiendo con Phinn sobre la reciente elección de Woodrow Wilson como presidente de los Estados Unidos, desvió su atención hacia ella.

—¡No puedes hablar en serio! —exclamó Sterling—. Tengo muchos planes para el resto de las vacaciones. No dejes que el clima influya en tu decisión, ¡solo es una tormenta de verano! Mañana volverá a lucir el sol.

—No es solo por eso. Daisy necesita volver a casa y yo… La verdad es que no me encuentro muy bien.

—¿Es por el accidente de ayer? ¿Aún te duele la cabeza? Le diremos al médico que te dé algo más fuerte si lo necesitas.

—No será necesario, estoy bien —Florence miró furtivamente a Tristan y él le correspondió desde el otro lado de la mesa. Solo había sido capaz de sincerarse sobre sus temores con él.

—¿Entonces?

—Quizás no estoy descansando como debería —mintió.

—Bueno, no creo que hoy podamos salir de la casa. Pediré que enciendan la chimenea de la biblioteca, así podremos pasar la mañana disfrutando del silencio y de un buen libro… Bueno, y también de la compañía.

—Eso suena genial.

—Termina el desayuno, voy a ir preparándolo todo. —Se despidió dándole un ligero apretón en el hombro que a Florence le pareció demasiado íntimo. A Tristan no le pasó desapercibido en absoluto.

Phinn balbuceó algún tipo de excusa bastante pobre y desapareció poco después de Sterling, dejándolos a solas.

—¿Puedo unirme a vuestra sesión de lectura? —preguntó él con evidente sorna.

—Eres libre de hacerlo.

—He pensado mucho durante la noche, ¿sabes? —añadió con mucha más seriedad.

—¿En qué?

—En muchas cosas. Sobre todo, en lo que dijo Diana acerca del *faux îlot*. Creo que deberíamos hacer una visita al lugar.

—¿Hablas en serio? ¿Acaso no has visto la que está cayendo ahí fuera?

—¡Apenas llueve comparado con hace unas horas! —Retiró un poco la cortina y contempló el exterior a través de la ventana—. La tormenta está amainando.

—Cuando amaine, te aseguro que ya estaré en el camino de vuelta a Caen con mi hermana.

—¿De verdad que no vamos a seguir la última pista? —insistió sin poder ocultar su decepción.

—¡Esto no es una novela de misterio, Tristan! Estamos hablando de los delirios de una persona enferma. No tienes que convertirlo todo en una maldita aventura.

—Esa no era mi intención.

—Entonces, ¿cuál es?

—Lamento haberte molestado —se disculpó—. Solo era una excusa para que pasáramos algo de tiempo juntos. Me lo pasé tan bien ayer contigo que quería repetirlo —musitó—. ¿Estás bien? Te tiemblan las manos.

—Cuanto más tiempo paso en este lugar, más convencida estoy de que algo malo me está sucediendo —confesó—. Necesito volver a casa.

—Sabes que puedes contarme lo que sea.

—Anoche había algo en mi habitación. Apenas he podido pegar ojo.

—¿Algo? —preguntó él, extrañado—. ¿A qué te refieres?

—¡No lo sé! —Enterró la cabeza entre las manos—. ¡Alguien! ¡Había alguien! No podía verla, pero estaba allí.

—¿Quién?

—Diana —aventuró a decir en apenas un susurro.

—Florence, tú misma lo reconociste anoche. Este lugar, los mensajes ocultos de tu tía… te están afectando demasiado.

—¡Ya sé lo que he dicho! Y estaba convencida de que solo se trataba de eso. —Tragó saliva con dificultad—. Esa cosa, fuera lo que fuese, pegó un tirón a las sábanas de mi cama. Te juro que no me lo he imaginado.

—Te creo —aseguró él tras un tenso silencio—. No me preguntes por qué. Creería cualquier locura que saliera de tus labios.

—Pues entonces confías en mí más que yo misma.

—La plena bajamar será aproximadamente dentro de dos horas, pero en poco más de media hora ya será posible recorrer el camino a caballo —anunció él, pillándola por sorpresa—. Fui a informarme a primera hora de la mañana con el personal de servicio. En quince minutos podemos tener un par de caballos o un calesín preparado, lo que prefieras.

—No creo que sea buena idea.

—Yo voy a hacerlo —declaró poniéndose en pie—. Tendrás que decidir si quieres averiguar si de verdad tu tía enterró algo allí o si prefieres pasar la mañana leyendo en la biblioteca. Ya sabes dónde encontrarme. —Salió del comedor ajustándose la chaqueta y lanzando a Florence una mirada tan pícara como desafiante.

***

—Bebe un poco de té, seguro que te sentará bien —recomendó Daisy a su amiga sentándose junto a ella. Cuando entró en la habitación, fue recibida por la oscuridad de las cortinas corridas y el olor acre de la enfermedad. Millie yacía en la cama, pálida y ojerosa, bastante más demacrada que cuando la dejó allí de madrugada.

—No quiere tomar nada —se lamentó Martha, exasperada—. Le duele demasiado la garganta. Ni siquiera es capaz de hablar.

—El médico no tardará en llegar —informó Geneva acercándose a la muchacha convaleciente y posando una delicada mano en su frente—. ¡Estás ardiendo, pequeña!

—Seguro que hay algo más que podamos hacer para ayudarla —añadió Daisy entre susurros mientras miraba acongojada a la anfitriona. Había subido pensando que aquello no sería más que un enfriamiento a causa de la lluvia, pero el estado de Millie la había

sobrecogido.

—Iré a avisar a la señora Woodgate para que le prepare una tisana y suba a cuidar de nuestra pequeña amiga. Ella sabe muy bien qué hacer en estas situaciones. —La señora de la casa se reclinó sobre la enferma para depositar una nueva caricia en su mejilla y un delicado beso sobre la frente—. No te resistas —susurró al oído de la muchacha.

Daisy advirtió cómo su amiga, incapaz de pronunciar palabra, abría los ojos y le apretaba la mano con firmeza antes de volver a dejarla exánime tras la marcha de Geneva.

—Estoy aquí, Millie. Lo siento muchísimo —se disculpó mientras intentaba contener las lágrimas, sabiéndose culpable del estado en el que se encontraba la muchacha.

—Ahora que estás aquí —dijo Martha dirigiéndose a Daisy—, voy un momento a la habitación a buscar mi libro de oraciones. No quería dejarla sola.

—No se preocupe. No voy a moverme de su lado. —Cogió un paño con el que refrescarle la frente y empezó a acomodarle los almohadones para incorporarla un poco y conseguir que bebiera agua.

—No… no estoy sola. —Consiguió articular con dificultad Millie tras haber tomado un sorbo del vaso que le ofrecía su amiga y que sintió como clavos que le desgarraban el gaznate.

—Claro que no, cariño. Estás conmigo.

—Aquí. —Se señaló la sien con el dedo mientras negaba con la cabeza—. Me habla…

—Tienes que intentar descansar un poco —se limitó a decir Daisy, intentando no mostrar lo atemorizada que se sentía—. El doctor está a punto de llegar. —De repente, la delicada figura de Millie, que hasta hacía un segundo estaba aletargada por la fiebre, la tomó de las muñecas con una fuerza tan sorprendente como antinatural, mientras atraía su rostro al de ella—. ¡Para! ¡Me estás haciendo daño!

—La dulce Millicent y yo nos estamos divirtiendo aquí dentro. —La voz era gutural y le salió de la garganta con un desagradable gorgoteo. El primer pensamiento que le vino a Daisy a la cabeza era que así sonaría la voz de una quimera si estas existieran y tuvieran la capacidad de hablar.

—¡Suéltame! Millie, me estás asustando. —Aquella muchacha, que cada vez parecía menos su amiga, la aferró aún con más fuerza y le deslizó la lengua áspera y viscosa por la mejilla para luego soltarla de

un empujón y tirarla al suelo.

Daisy se incorporó atropelladamente y tropezó varias veces en su intento por llegar hasta el otro extremo de la habitación, alejándose lo máximo posible de la figura menuda que volvía a yacer desmadejada sobre la cama.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Martha al entrar y ver a Daisy temblando en un rincón—. ¿Ha empeorado?

—Yo… —La muchacha apenas podía controlar el temor que desprendía su voz—. Lo siento. Lo siento muchísimo. —Salió corriendo del dormitorio sin poder refrenar el llanto y enfiló el pasillo hacia la habitación de Alix.

Entre lágrimas, trataba de asumir la certeza de que, sin ser conscientes de ello, la pasada noche habían abierto la puerta a un invitado tan inesperado como aterrador.

Notaba los pies torpes y pesados, hasta el punto de trastabillar un par de veces antes de llegar a la puerta. Golpeó con los nudillos, más comedida al principio y aumentando la cadencia a medida que perdía los nervios. Al no obtener respuesta, acabó girando la manija para darse de bruces con una habitación vacía.

—¿Buscabas algo, querida? —preguntó la señora Woodgate a sus espaldas. Debía de dirigirse a la habitación de Millie por indicación de Geneva, aunque Daisy no pudo evitar sorprenderse por el sigilo con el que había aparecido tras ella.

—¡Busco a Alix! —contestó con brusquedad, dándose cuenta al momento de su falta de decoro—. A *madame* Lacombe —corrigió con la voz aún temblorosa.

—Lo lamento mucho, se ha marchado esta mañana.

—¿Con este tiempo? —quiso saber, extrañada—. ¿Y sabe a dónde ha ido?

—A la estación, supongo. Hasta donde yo sé, regresa a París.

La muchacha tuvo que apoyarse en el vano de la puerta para disimular su turbación y evitar caer a plomo en mitad del pasillo.

No. Alix jamás habría hecho eso. No se escabulliría mientras ella aún dormía y se iría sin despedirse. Se conocían desde hacía poco tiempo y, a pesar de eso, estaba segura de que lo que había nacido entre ellas no era tan solo producto de su imaginación.

Pero ¿y si lo era?

¿Y si Alix solo había fingido sentir aprecio por ella y todo aquello no

había sido más que un juego?

¿Y si esas ganas de reír, esas ganas locas por rozar su piel y ese anhelo cálido en lo más profundo de su vientre solo los había experimentado Daisy? O lo que era aún peor: ¿y si Alix era conocedora del mal que aquejaba a Millie y las había abandonado allí a su suerte?

Ignoró a la señora Woodgate y continuó avanzando por el pasillo sin tener muy claro su rumbo. Se sentía fatigada y tenía la vista nublada, aunque tal vez eso último era a causa de las lágrimas que se acumulaban en sus ojos sin que ella pudiera hacer nada más que pugnar por contenerlas.

Las manos le temblaban tanto que apenas consiguió girar el picaporte de su habitación. Una vez dentro, se dejó caer de espaldas a la puerta hasta dar con el trasero en el suelo, y permaneció allí postrada hasta que el miedo, la decepción y la desesperanza agotaron su llanto.

***

Martha Coddington miraba una y otra vez su reloj plateado de solapa, tan recio y ajado como ella. Los minutos daban una vuelta tras otra sin que el médico acudiera a examinar a su sobrina, que en esos momentos dormitaba inquieta mientras su delicado camisón se empapaba de sudor. Parecía que la tisana de la señora Woodgate la había ayudado a conciliar el sueño; sin embargo, no observaba ninguna mejora en el lamentable estado de la muchacha.

Se puso en lo peor, porque era lo que siempre solía hacer, e imaginó con terror un escenario en el que la preciosa Millicent era derrotada por las fiebres. ¿Qué le diría entonces a su hermano y a su cuñada? ¿Cómo podría mirarlos a la cara si perdían a su pequeña florecilla mientras estaba a su cargo?

—¿Por qué no ha llegado todavía el doctor? —preguntó desesperada al ama de llaves, que estaba cerrando de nuevo las cortinas tras haber ventilado un poco la habitación.

—Tenga paciencia. La tormenta ha embarrado los caminos, eso provoca accidentes. Puede que haya más personas en el pueblo solicitando su ayuda.

—¡La enfermedad de mi sobrina es más importante!

—Entiendo su sufrimiento, créame, pero le ruego que permanezca

tranquila. Siéntese y le traeré una infusión de melisa. —Acompañó a la otra mujer hasta la butaca y se dirigió a la puerta.

Cuando la abrió, se encontró de frente con Geneva, que esperaba al otro lado tan bella e imperturbable como siempre. Ambas se miraron con entendimiento, cada una desde un lado del hueco de la puerta. La señora desplegó la mano y su empleada cogió lo que descansaba sobre ella sin mediar ni una sola palabra. Geneva hizo un leve gesto de asentimiento y Emilia la imitó como única respuesta.

El ama de llaves cerró la puerta sin haber llegado a atravesarla, cuidándose de no hacer ruido, y desanduvo sus pasos hasta colocarse detrás del sillón en el que había acomodado a Martha apenas unos segundos antes. La observó en silencio mientras esta recitaba entre susurros una de las plegarias de su misal.

—¿Ha olvidado algo, señora Woodgate? —preguntó girando la cabeza al sentir la presencia cercana de la otra mujer, que se aproximó hasta situarse a su lado.

—Me temo que sí, Martha. Me temo que sí.

La marchita señorita Coddington tardó algunos segundos en ver el brillo del estilete que le atravesó el cráneo, aunque fue perfectamente consciente de cómo le reventaba el globo ocular.

Su último pensamiento se lo dedicó al amable señor Flick, cuya proposición de matrimonio había rechazado hacía más de veinte años, decisión que había lamentado en silencio desde entonces. Fue en el recuerdo del único y puro beso que una vez le robó en el que se refugió justo antes de perder la vida.

-20-
La isla en ninguna parte

Florence llegó a las cocheras temiendo que fuera demasiado tarde.

Había tardado bastante más de quince minutos en ir a su habitación a por unos pantalones y unas botas que le protegieran los pies del agua y el barro, así como en intentar abandonar la casa sin llamar la atención de ninguno de los demás invitados, sobre todo de Sterling. Sin embargo, a pesar de la tardanza, Tristan seguía allí.

—Aún no te has ido —confirmó ella cuando él se percató de su presencia.

—Te he dado algunos minutos de cortesía. —Sonrió engreído.

—¿Sabías que vendría?

—Lo esperaba.

—Tenías razón —admitió ella mirando al exterior—, ya casi ha dejado de llover.

—De todas formas, iremos en el calesín. Es más cómodo y podremos resguardarnos bajo la capota.

—Parece que has pensado en todo.

—¿Preparada? —preguntó ofreciéndole la mano para subir. Florece estuvo tentada de rechazarla y demostrarle que podía montar sin dificultad por sí sola, aunque no pudo resistirse a sentir de nuevo el calor de aquella mano fuerte y amable.

—Pongámonos en marcha antes de que me arrepienta —lo exhortó.

Iniciaron el trayecto en silencio, con la excitante sensación de estar envueltos en una misión clandestina. Una vez que rebasaron el perímetro de los jardines, Florence sintió que por fin podía soltar con libertad el aire de los pulmones; era como si hubiera estado conteniendo la respiración todo ese tiempo para intentar que su marcha pasara desapercibida. Entonces, al pasar junto a la acogedora casita de los Woodgate, llamaron la atención del guardés, que les hizo una señal con la mano a modo de saludo, y todas sus esperanzas de mantener aquella aventura en secreto se fueron al traste. De pronto, se encontró pensando en Sterling, que debía de seguir esperándola en la biblioteca, y sintió una punzada de culpa.

—Qué raro… —musitó Tristan cuando enfilaron el camino hacia la costa.

—¿A qué te refieres?

—Creía haber entendido que el señor Woodgate había ido al pueblo a avisar al médico.

—Tal vez ya esté de vuelta.

—Es posible —convino, y acabó borrando la arruga suspicaz de su entrecejo para cambiarla por una sonrisa.

La tormenta había cesado, tal y como él había predicho, pero el aire aún estaba cargado de una humedad que se hacía más densa y salada a medida que se aproximaban al mar.

Tras unos quince minutos más de trayecto, apareció ante ellos el pedraplén que resurgía como un ave fénix, una brecha de piedra y tierra que cortaba en dos el horizonte hasta desembocar en una pequeña isla de árboles frondosos. A Florence le recordó aquella vieja historia de la Biblia que tanto le gustaba a su madre, cuando Moisés separaba las aguas del Mar Rojo.

—¡Espera! —exclamó agarrando a Tristan con fuerza del brazo—. Necesito un momento.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él, preocupado al verla tan alterada—. Técnicamente no vamos a abandonar tierra firme. No debería causarte tanto temor como el barco.

—Eso díselo a mi corazón. Me golpea el pecho con tanta fuerza que parece que vaya a salir volando —contestó al tiempo que se ponía la mano sobre él.

—Tengo una idea. —Sacó un pañuelo de seda color cobalto del bolsillo y lo plegó varias veces para ponérselo a ella sobre los ojos y anudárselo tras la cabeza—. Cierra los ojos, respira profundamente y agárrate a mí con fuerza. No voy a ir muy rápido porque no me fío del terreno. Si necesitas que pare en algún momento, no tienes más que decirlo.

—Está bien.

—¿Preparada?

—Adelante.

Cada vez que los cascos del caballo golpeaban la tierra húmeda, Florence daba un pequeño respingo y después suspiraba aliviada por estar un paso más cerca. Los segundos se le hicieron eternos, aunque consiguió evadirse acompasando su respiración al ritmo de los latidos

que era capaz de oír y sentir arrebujada contra el pecho de Tristan. Su olor conseguía transportarla a recuerdos más agradables, era tan acogedor como regresar a casa y tan provocador como una caricia sobre su espalda desnuda.

—Ya estamos llegando —anunció él, susurrándole tan cerca del oído que la calidez de su aliento le hizo cosquillas.

Al abrir los ojos, descubrió una pequeña playa que les daba la bienvenida. Con la marea baja, la franja de arena era más amplia de lo que imaginaba y los conjuntos de rocas cargadas de moluscos sobresalían como crestas oscuras surgidas del interior de la tierra. Le sorprendió el tamaño de la isla, ya que no parecía tan grande al observarla desde la costa.

—No ha sido tan terrible —anunció Florence, envalentonada, mientras se recomponía la vestimenta.

—Tener miedos no te hace menos valiente, lo sabes, ¿no?

—No estoy acostumbrada a mostrar mis debilidades sin tapujos. Por regla general, me las guardo para mí misma.

—No tienes de qué avergonzarte. Sigues siendo una de las personas más duras que conozco. —Sonrió. Había hablado con tal franqueza que incluso se sorprendió a sí mismo. Admiraba la capacidad de Florence para recomponerse y volver a luchar después de cada caída —. También me gusta que confíes en mí lo suficiente como para no tener que escondérmelas.

—Tampoco es que haya tenido otra alternativa. —Saltó del calesín y las botas se le hundieron en la tierra mojada con un chapoteo desagradable.

Una vieja cancela se levantaba frente a ellos, aunque hacía muchos años que las oxidadas puertas de hierro se habían descolgado de los goznes desvencijados. Florence la atravesó sin problemas mientras Tristan se echaba a la espalda un morral y una pala que había sacado del interior del carro tras atar las riendas del caballo.

—Hombre precavido —se justificó él al tiempo que alzaba los hombros en respuesta a la sonrisa de aprobación de ella.

Avanzaron por el camino sin mediar palabra, acompañados por el sonido de sus pisadas, el canto de los mirlos y el murmullo lejano del mar meciéndose y acariciando la playa. A medida que se internaban en la profundidad del islote, la vegetación se iba volviendo más frondosa e indómita, hasta el punto de intentar apoderarse del

sendero. En apenas unos minutos vislumbraron la silueta de la cabaña: tan solo un par de muros y medio tejado que parecían mantenerse en pie gracias al abrazo de la maleza que los devoraba.

—Es bonita —afirmó Tristan ante la mirada perpleja de Florence—. Bueno, le harían falta un par de arreglos, pero no descarto arrendársela a Geneva. —No pudo contener la risa mientras terminaba la frase, contagiándola también a ella.

—Seguro que la familia de ratas que la ocupa actualmente tendría mucho que objetar.

Rodearon la estructura y llegaron a la parte posterior, que también se encontraba en pésimas condiciones. Resultaba evidente que aquel lugar recibía más visitas de las que parecía a simple vista, ya que encontraron botellas de cristal vacías y restos de hogueras.

Donde terminaba el límite del patio trasero se elevaba una colina poco pronunciada en cuya cima, recortada sobre los rayos del sol de mediodía que intentaba colarse con timidez entre las nubes grises, se erguía una corona de piedras de poco más de un metro de alto y anchas como una persona.

—Debe de ser ahí —señaló Florence mientras comenzaba a ascender por el terreno sin esperar respuesta—. ¿Hacia dónde queda el norte?

—Por allí —señaló él siguiéndola—, aunque es difícil decirlo con exactitud sin poder ver bien el sol. —Se acercó a ella y, poniéndole las manos en la cintura, la giró hasta posicionarla en la dirección que le había marcado. Tras hacerlo, tardó varios segundos más de lo necesario en retirarlas.

—En ese caso —dijo ella reprimiendo un jadeo, en parte por el esfuerzo de la subida, pero también por el calor que le ascendía desde el estómago—, creo que puede ser esta de aquí. —Apoyó la mano sobre una de esas piedras milenarias.

—¿Quieres hacer los honores? —preguntó él ofreciéndole la pala.

—Acabemos con esto de una vez —contestó ella aceptándola.

***

Alix intentaba disfrutar del plato de mejillones a la normanda que había pedido en la fonda que había junto a la estación mientras hacía tiempo hasta que llegara su tren…, aunque era incapaz de hacerlo. Ni la satisfacción que le producía el dinero que le quemaba en el bolsillo

ni la media botella de sidra y la copa de calvados que ya se había bebido ayudaban a que aquella desazón desapareciera.

Intentó convencerse a sí misma de que la angustia que sentía era a causa del cansancio y de que la noche en vela le estaba pasando factura. Aquella mañana, cuando las primeras luces del amanecer consiguieron traspasar con dificultad la tormenta, y sin haber dormido ni un solo minuto, besó la frente de Daisy a modo de despedida y se reunió con Geneva para cobrar lo que le debía antes de abandonar la finca.

No sabía por qué, pero la simple idea de subir al tren de regreso a casa le causaba cierta repulsa. Ni siquiera era capaz de saborear con deleite aquel banquete. Por más que quisiera ignorar a la vocecilla de su cabeza, no podía sacudirse de encima la desagradable sensación de que algo iba mal. Podía sentirlo en los huesos.

Dejó un billete y algunas monedas sobre la mesa y se dirigió a la salida. Había empezado a llover de nuevo tras una breve tregua y, a pesar de que la estación se encontraba a escasos metros, se caló bien el sombrero para asegurarse algo de protección, por insuficiente que fuera.

Todavía estaba sopesando el momento perfecto para aventurarse a salir, parapetada bajo el pequeño techado del soportal, cuando una figura encorvada, cubierta por una gruesa toquilla negra de lana, apareció doblando la esquina pasos torpes y cansados que evidenciaban una edad avanzada.

—Deje que la ayude —dijo Alix en un perfecto francés antes de apoyar la mano bajo lo que presumió que era el codo de la anciana y ayudarla a subir los escalones de entrada de la hostería.

En ese momento, dos detalles le llamaron poderosamente la atención, y no sabía muy bien de cuál de los dos fue consciente primero: la toquilla no estaba mojada, a pesar de que la mujer venía caminando bajo la lluvia, y el olor que desprendía, a agua de rosas y palos de regaliz, le resultaba terriblemente familiar.

—*Mamie?* —preguntó con voz temblorosa mientras se agachaba para ver el rostro de su abuela.

—¿Es que no te he enseñado nada, niña? —la reprendió con dureza.

—¿A qué te refieres?

—Al don de la familia. ¿Cuándo vas a dejar de venderlo por dinero?

—Yo… Lo siento mucho. Solo era un trabajo más.

—¿Lo era? ¿Y ahora qué?

—Ya no lo es. —Sin poder evitarlo, evocó el rostro de Daisy.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer —sentenció la mujer.

En ese momento, un cliente salió del interior y golpeó a Alix en la espalda con la puerta. Tras un improperio por parte de la muchacha y una disculpa del involuntario agresor, se giró hacia su abuela y no la encontró allí, aunque aún flotaba el eco de su perfume.

—Gracias, *mamie*. Te echo mucho de menos —susurró lanzando al aire la despedida. Era la primera vez que la anciana que la había criado se le aparecía. La primera vez desde que falleciera cuatro años atrás.

Agarró su maleta y se dirigió con determinación al centro del pueblo, en dirección contraria a la estación. Estaba tan decidida a encontrar la manera de volver a Des Bienheureux que ni siquiera sentía los fríos goterones surcándole la espalda.

***

Hacía un buen rato que Phinn notaba un hormigueo en las yemas de los dedos que comenzaba a resultarle preocupante. Estaba empezando a cogerle el gusto a las excentricidades amatorias de Geneva; no obstante, pasar el día atado al cabecero de la cama no era su forma favorita de disfrutar en la alcoba.

Cuando aquella mañana ella lo había invitado a volver a su habitación después de haberlo echado de madrugada y sin paños calientes, estuvo tentado de rechazarla; sin embargo, aquella mujer había conseguido ejercer un control tal sobre él en tan poco tiempo que obedeció sus peticiones sin rechistar.

Había diez muebles en la habitación, seis lámparas, tres alfombras y un solo hombre apenas vestido con calzones. Y lo sabía porque se había pasado la última hora haciendo inventario de cuanto había a su alrededor para matar el tiempo, después de haber repasado en su cabeza todas sus composiciones musicales favoritas.

Estaba sopesando la opción de empezar a pedir auxilio cuando oyó el crujido del picaporte al girar. Su excitación creció de inmediato en cuanto la figura de Geneva atravesó la puerta, aunque todo se torció cuando, tras ella, apareció el ama de llaves sosteniendo por la cintura el pálido y delgado cuerpo de Millicent, que parecía no ser capaz de

sostenerse en pie.

Phinn usó las piernas para levantar las sábanas y cubrir su semidesnudez mientras soltaba una serie de improperios fruto de la sorpresa.

—¡Esto no es lo que parece! —se disculpó el muchacho, sonrojándose—. Bueno, en realidad es exactamente lo que parece. Me temo que Geneva debe de haber olvidado que tenía compañía.

—En absoluto, querido. Soy muy consciente de a quién dejo entrar en mi cama. Y también de a quién no dejo salir.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Phinn señalando con la cabeza a Millie, y cada vez más consciente del lamentable estado de la muchacha—. ¿La ha visto un médico?

—La señorita Coddington tiene un cuerpo débil y una mente demasiado beligerante. No está resultando ser una buena anfitriona. Por el contrario, un joven fuerte y con grandes aspiraciones como tú… —Geneva se acercó a él y le acarició el rostro moreno con la mano para luego apretarle la cara entre los dedos con poca delicadeza—. Estoy segura de que serás un recipiente perfecto.

La señora Woodgate arrastró a Millie hasta la cama y la ayudó a recostarse junto a Phinn. Mientras tanto, Geneva se acercó a uno de los armarios, sacó un viejo tomo de cuero y lo llevó hasta ellos con parsimonia reverencial.

—Creo que será mejor que me marche —añadió él mientras forcejeaba con sus ataduras—. No bromeo en absoluto. ¡Desátame ahora mismo!

—Te desataré cuando no estés tan nervioso. —Puso el libro sobre una de las mesitas y, justo antes de comenzar a pasar las páginas con delicadeza, lanzó una mirada a Emilia a lo que esta respondió con una leve sacudida de cabeza—. Esto te ayudará a relajarte.

Antes de que Phinn pudiera reaccionar, el ama de llaves le metió a la fuerza un pañuelo en la boca para ahogar sus gritos. Acto seguido, sacó del bolsillo un vial y una jeringuilla que cargó con sorprendente pericia antes de clavar la aguja en el cuello del muchacho.

Fuera lo que fuese lo que le había inyectado, le hizo efecto en menos de un minuto. El dolor de las muñecas desapareció gradualmente y el hormigueo de los dedos empezó a extenderse y recorrerle todo el cuerpo, pero de una forma agradable. Ya no sentía la imperiosa necesidad de gritar y ni siquiera era capaz de recordar por qué tenía

un incómodo trozo de tela obstruyéndole la garganta.

—Mucho mejor —afirmó Geneva sonriéndole y poniéndole una mano sobre el pecho musculoso—. Ya podemos empezar.

Emilia se situó junto a ella y comenzaron a entonar un salmo que Phinn, amante de la música como era, intentó disfrutar dentro de su delirante burbuja de placer.

Giró la cabeza hacia un lado y reparó en la presencia de Millie. Se percató de que había olvidado que estaba allí, junto a él. Al fijarse en sus ojos, vio cómo una lágrima le resbalaba por la mejilla hasta estrellarse contra la almohada y, a pesar del estado de complacencia en el que se encontraba, sintió miedo.

-21-
Hallazgos y cerraduras

Las manos le ardían con tanta intensidad que podía sentir cómo se le rasgaba la suave piel de las palmas. Aun así, Florence siguió cavando un poco más, hasta que necesitó secarse el sudor que le bajaba por la frente y hacía que le picaran los ojos.

—Es mi turno —dijo Tristan alargando la mano para que le pasara la pala.

—Todavía no —repuso ella mientras usaba la manga de la camisa para limpiarse y echaba un vistazo fugaz a las heridas—. Tengo que hacerlo yo.

—Está bien. Avísame cuando quieras que te sustituya. —Se sentó en una piedra próxima y sacó una botella del morral, retiró el corcho con los dientes y se la acercó a la boca.

—¿Eso es agua?

—En absoluto. —Sonrió y se la pasó. Ella dio un buen trago de lo que resultó ser un vino joven y ácido—. Se la cambié al tipo de las caballerizas por unas monedas. No pude encontrar nada mejor con tan poco tiempo.

—Para mí es más que suficiente.

Tras beber, derramó un poco sobre las manos, que le escocieron como el infierno, y se la devolvió a él para que diera buena cuenta de la botella mientras ella volvía a clavar la pala sobre la tierra oscura. A pesar de no estar acostumbrada al trabajo físico ni a ensuciarse las manos, aquella experiencia le estaba resultando liberadora, tal vez incluso catártica y, aunque no lo admitiría en voz alta, se alegraba de tener a Tristan cerca, acompañándola y alentándola en esa extraña gesta. Lo observó de soslayo y la invadió el turbador deseo de ser la botella que él asía con la mano, estremeciéndose hasta derramarse en sus labios…, y entonces un golpe sordo los sorprendió a ambos.

—Creo que he encontrado algo —informó ella mientras él dejaba la botella sobre la piedra y se acercaba.

—Retira un poco la tierra de encima para que podamos ver de qué se trata. —Florence lo hizo y no tardó en aparecer una pequeña

superficie blanquecina.

—¿Qué es eso? —Usó la pala para apartarla. Y dio un respingo cuando las dos oquedades cubiertas de tierra y una ristra de dientes amarillos la saludaron a modo de bienvenida—. ¡Santo Dios! —exclamó soltando la pala y echándose las manos mugrientas a la cabeza—. ¡Es un cráneo!

—Me temo que también está todo lo demás —dijo Tristan cogiendo la herramienta del suelo y utilizándola para descubrir una buena cantidad de huesos cubiertos por deteriorados jirones de tela.

—Así que era a esto a lo que se refería Diana con «envoltorio mortal». —Florence se puso la mano sobre el estómago; de repente, ya no consideraba tan buena idea haber pegado aquel trago de vino, pues parecía querer volver a salir al exterior como fuego por su garganta.

—Ahí abajo hay algo más —anunció él golpeando el fondo del agujero—. ¿Quieres que siga?

—Todo tuyo. —Señaló con la mano hacia el hoyo—. Quiero terminar con esto cuanto antes.

Mientras Florence intentaba calmar las náuseas, una gota le cayó sobre la frente, seguida a continuación por otro par más. Miró al cielo y dejó que la lluvia le refrescara el rostro, aliviando su malestar; después observó su efecto sobre los huesos de aquel desconocido, volviéndolos más blancos y brillantes. Reprimió un escalofrío.

Tristan había acelerado el ritmo de las paladas. Aun así, cuando consiguió sacar el arcón de la tierra, ambos estaban empapados por completo.

—Será mejor que lo llevemos hasta la cabaña —dijo él mientras se lo echaba al hombro. Florence recogió sus cosas y lo siguió, bajando la pendiente con cuidado para no resbalar a causa de barro.

Buscaron una zona a resguardo y que no pareciera que iba a caer sobre sus cabezas en cualquier momento; una vez allí, Tristan dejó la caja en el suelo. Durante algunos segundos, ambos se limitaron a observarla en silencio, preguntándose si lo que albergaba en su interior sería tan importante como para haberle costado la vida a un ser humano.

—Tiene un candado —dijo ella rompiendo el prudente silencio que hasta el momento solo había sido amenizado por el rumor de la lluvia de fondo. Él se encogió de hombros y, sin avisar, lo destrozó de un único golpe con la pala.

—Ya no. —Sonrió con la boca torcida, dejando ver ese incisivo rebelde que le confería un perpetuo aire pícaro. Se acuclilló y esperó a que ella hiciera lo mismo antes de levantar la tapa.

—¿Qué es?

—Otra caja. —Tristan sacó un recipiente metálico de forma rectangular del interior. Se había oxidado en las esquinas y le costó un poco abrirlo pero, por lo demás, parecía en buenas condiciones. Lo que fuera que guardara estaba envuelto en un enorme sobre de piel curtida.

—Es como una maldita muñeca rusa.

—Lo hicieron para protegerlo de la humedad.

—¿Y lo consiguieron?

—Ahora lo averiguaremos.

Tristan deshizo el nudo que cerraba el envoltorio y sacó un libro de gran tamaño y tapas de piel oscura. Al abrirlo, pareció que las páginas, deslucidas y amarillentas, estuvieran a punto de deshacerse entre sus manos. Florence se acercó y lo tocó con toda la delicadeza de la que fue capaz. Aquel tomo estaba manuscrito en una lengua que le era desconocida, por lo que no podía ni siquiera pronunciar la mitad de lo que leía. Cada página estaba cargada de símbolos, ilustraciones y anotaciones en los márgenes.

—¿Sabes qué es? —preguntó ella sin poder apartar la vista.

—Parece un grimorio.

—¿Habías visto antes alguno como este?

—Ninguno tan antiguo ni tan…

—¿Tan qué?

—Ninguno tan logrado. Parece bastante realista.

—¿Insinúas que es una falsificación?

—Lo que digo es que no creo que de verdad sirva para invocar al diablo —añadió con sorna—. ¿Tú sí?

—Si supiera qué creer, ahora mismo no estaría aquí. —Pasó la página y una palabra le llamó poderosamente la atención:

Araziel.

Sin dudar ni un segundo, supo que se trataba de un nombre. Un nombre que ya había oído antes. Que le resonaba en la cabeza y en cada gota de su sangre. El corazón se le aceleró y, sin saber muy bien por qué, tuvo la certeza de que el líquido que bombeaba y empezaba a recorrer el interior de su cuerpo había cambiado.

Y ella también lo había hecho.

Como si una simple palabra tuviera el poder para transformar a una persona.

Como si en realidad no lo hubiera hecho, sino que solo se hubieran desligado las ataduras que la constreñían y por fin pudiera ser ella misma.

Un intenso ardor se le instaló en la piel que cubría el omóplato izquierdo, aunque la sensación, lejos de desagradarle, la sumió en un estado de agradable embriaguez.

***

Daisy despertó con la cabeza abotargada y los ojos enrojecidos por el llanto. Se había tumbado en la misma alfombra que había compartido con Alix las horas previas al amanecer, y allí mismo se dejó vencer por el sueño cuando ya no le quedaron más lágrimas que verter.

Quizás lo que la había despabilado fuera el repiqueteo de la lluvia golpeando de nuevo contra las ventanas, ya que el resto de la casa permanecía en silencio, como si se hubiera apoderado de ella el mismo hechizo de sueño del cuento de Perrault. Ni un solo ruido alteraba aquella desnaturalizada calma, a pesar de que la casa estuviera llena de invitados.

De repente, la imagen de Millie agonizando en su cama consiguió turbarla hasta los tuétanos y se levantó de un salto directa hacia la puerta para ir a comprobar el estado de su amiga, sin ni siquiera detenerse a revisar su aspecto frente al espejo.

La primera vez que tiró de la manecilla y la puerta no se movió ni un ápice de su sitio, pensó que su mente todavía adormecida le estaba jugando una mala pasada. Giró el pestillo, recordando que lo había echado cuando entró, y el resultado fue el mismo. Zarandeó y golpeó varias veces la puerta con fuerza antes de alzar la voz para intentar que quien se encontrara al otro lado la ayudara a abrirla, pues era obvio que debía de haberse quedado atrancada. Se inclinó para mirar a través del ojo de la cerradura; sin embargo, no le fue posible. Un objeto oscuro entorpecía su visión.

La llave estaba echada desde fuera.

Se disponía a gritar más fuerte cuando fue consciente de que quien fuera que la hubiera encerrado no acudiría a liberarla sin más.

¿Y si sabían lo que habían hecho? ¿Y si aquella cosa seguía torturando a Millie y trataba de impedir que la ayudara?

Se había comportado como una cobarde y una pésima amiga al haber salido corriendo a esconderse en su habitación, pero ¿qué podría haber hecho ella para ayudarla?

«Lo que hiciera falta», pensó.

Haría lo que hiciera falta para salvarla.

Estaba buscando por la habitación algo con lo que poder forzar la cerradura cuando un repiqueteo sacudió la ventana, sobresaltándola. Al principio creyó que se trataba de alguna rama que el viento había zarandeado, así que la sorpresa fue mayúscula cuando distinguió una melena negra empapada y unos nudillos cubiertos de sortijas que volvían a aporrear el cristal.

Corrió a abrir a Alix, que entró en la habitación de un salto, dejando un reguero de agua y barro allá donde sus botas tocaban el suelo.

—¿Cómo has llegado hasta aquí arriba? —preguntó Daisy mientras miraba por el hueco de la ventana, desconcertada.

—He trepado por el canalón —contestó la muchacha mientras trataba de escurrirse el agua del pelo—. ¿De verdad esa es la única pregunta que se te ocurre hacerme? —Se miraron a los ojos unos segundos y Daisy recorrió la distancia que las separaba para estrecharla entre sus brazos. Alix estaba empapada y helada; aun así, el abrazo fue tan cálido que a ambas se les incendiaron las mejillas.

—Pensé que no volvería a verte —confesó Daisy, azorada.

—Yo también.

—Me dijeron que te habías ido.

—Lo hice.

—¿Y te marchaste sin decirme nada? ¿Sin ni siquiera despedirte? —Su tono era cada vez más desencantado.

—Creí que sería lo mejor. —Alix se pasó la mano por el rostro para apartar las gotas de agua que le caían desde el flequillo, aunque a Daisy le pareció que ponía más empeño de la cuenta en enjugarse los ojos—. Me equivoqué.

—Bueno, eso ahora da igual. Lo importante es que has vuelto y que ahora podremos ayudar a Millie.

—¿Ayudar a Millie?

—Está muy enferma, Alix. Creo que…, creo que hay algo dentro de ella —confesó atemorizada—. Algo a lo que nosotras invitamos a

entrar anoche.

—Eso no es posible, Daisy. Lo que hicimos anoche seguramente ni siquiera fuera un ritual de verdad. Allí no había ningún espíritu. Si lo hubiera habido, yo lo habría visto o sentido.

—Pero tu libro…

—¡Aquel libro ni siquiera era mío! —exclamó interrumpiéndola.

—¿Entonces?

—*Madame* Siddell me lo entregó. Dijo que lo había encontrado en la biblioteca y que sería divertido que os llevara a hacer una sesión nocturna en el estanque. Me… —titubeó con la cabeza gacha y un hilo de voz— me pagó para que lo hiciera. El doble de lo que cobro por cualquiera de mis espectáculos.

—¿Ella lo organizó y tú la ayudaste a burlarte de nosotras? —la acusó—. ¿También fingías cuando parecía que querías ser mi amiga? —Daisy apretaba con fuerza los puños y estaba tan ofuscada que le costaba hablar sin que se le quebrara la voz.

—¡No! ¡Por supuesto que no! Pensaba que no pasaría nada malo por aceptar un suplemento. Jamás lo habría hecho si hubiera sabido que le causaría algún tipo de daño a Millicent; y muchísimo menos a ti. Y sí, admito que todo lo que pasó anoche me asustó y mi primera reacción fue la de poner pies en polvorosa…, pero ahora estoy aquí. —Se acercó a ella y la tomó de las manos, mirándola a los ojos sin perder ni un segundo el contacto visual—. Y no me iré a ninguna parte hasta que solucionemos este entuerto. ¡Al cuerno con Geneva Siddell y con su estúpido dinero!

—¿Has vuelto por mí? —Daisy sonrió a pesar del miedo, intentando en vano seguir pareciendo enfadada.

—Yo no he dicho eso —respondió Alix, para acto seguido soltar un suspiro y rectificar—. Sí. He vuelto para ayudarte.

—Porque te importo… —aventuró.

—¡Claro que me importas! —Tuvo que tomar una gran bocanada de aire antes de contestar. Un rizo rebelde había caído sobre la frente de Daisy y la mano de Alix voló de forma autómata para retirarlo con delicadeza—. Creo que eso ha quedado bastante claro.

Daisy sintió el leve roce de las dedos de la otra muchacha sobre su frente y cerró los ojos para que toda su atención se centrara en ese vibrante contacto. Al abrirlos, todas sus dudas se desvanecieron de repente, y en lo único en que podía pensar era en los suaves que

debían de ser los carnosos labios de Alix.

Sintió la imperiosa necesidad de besarlos, así que, antes de que cualquier pensamiento artero se colara en su cabeza amilanándola, se inclinó hacia ella y saboreó su boca con deleite.

Al principio, aquello tomó por sorpresa a Alix, que durante algunos segundos ni siquiera fue capaz de reaccionar. La estupefacción dio paso a la liberación de toda el ansia contenida, que era bastante similar a la de Daisy, a quien aquel beso le supo a aguardiente y pudín de Navidad.

Deliciosa melaza aderezada con pimienta.

Al introducir la mano en el cabello empapado de Alix, este desprendió un fuerte aroma a tierra mojada que, lejos de desagradarle, la excitó aún más, pues aquella fragancia no hacía más que acentuar ese halo de criatura salvaje que tanto la atraía.

—Deseaba hacer esto desde el primer momento en que te vi —susurró la vidente con la voz entrecortada por el deseo.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Quizás porque estabas prometida —ironizó.

—Ahora ya no lo estoy. Mi compromiso estaba condenado al fracaso desde el principio.

—Pero tenías que darte cuenta por ti misma.

—¿Y por qué hemos tardado tanto? —Daisy volvió a besarla con las manos entrelazadas en su fascinante melena, mientras Alix le agarraba con delicadeza el rostro y utilizaba los pulgares para acariciarle con dulzura los pómulos. De repente, algo hizo que separara la boca y apoyara la frente en la de Daisy.

—Millicent, ¿recuerdas?

—¡Millie! —exclamó Daisy como si acabara de despertar de un placentero letargo—. ¡Tenemos que ayudarla! —Alix fue hacia la puerta e intentó abrirla sin éxito—. Imposible. Ya lo he intentado. Han echado la llave por fuera.

—¿Quién haría algo así? *Et pourquoi?* —se preguntó con una arruga de extrañeza marcada en el entrecejo.

—No lo sé. Solo se me ocurre que las cosas se hayan descontrolado tanto que lo hayan hecho para mantenerme protegida y a salvo.

—Eso no tiene mucho sentido. —Una sospecha comenzaba a tomar forma en la cabeza de Alix; sin embargo, no era capaz de unir todas las piezas. Aunque sabía que su abuela no habría venido a advertirla si

Daisy no corriera verdadero peligro—. ¿Sigue en la cerradura? —preguntó al tiempo que se agachaba para mirar por el ojo.

—Creo que sí.

—En ese caso, solo necesito un pliego de papel y algún objeto punzante con el que empujar la llave desde este lado —solicitó—. Confía en mí, he hecho esto muchas más veces de las que me gustaría.

-22-
Un lugar solo para nosotros

—¿Florence? —repitió Tristan por tercera vez, hasta que por fin ella acertó a mirarlo a los ojos.

—¿Sí?

—¿Dónde estabas?

—Aquí —respondió extrañada—, ¿dónde si no?

—No lo sé. Parecías muy lejos, casi en otro mundo. ¿Con los selenitas de Méliès, tal vez? —bromeó.

—Tal vez… —Seguía sintiéndose diferente y se miraba las manos como si esa renovada energía fuera capaz de salirle despedida desde las yemas de los dedos—. Creo que será mejor que nos vayamos.

—¿Qué hacemos con esto? —preguntó él alzando el voluminoso tomo.

—Nos lo llevamos, por supuesto —afirmó ella—. ¿Seguro que no hay nada más en el arcón?

—Nada. Solo la caja de metal.

—En ese caso, guarda el libro en la bolsa y dejemos aquí todo lo demás.

—¿Y qué hay de lo otro?

—¿A qué te refieres?

—A los huesos…

—Avisaremos a los gendarmes cuando regresemos, ellos se ocuparán —resolvió—. Si es que la tormenta no los esparce por toda la isla.

Tristan guardó de nuevo el grimorio en su funda de piel y lo introdujo con esfuerzo en el morral para evitar que la lluvia lo dañara.

El aguacero parecía haber amainado de nuevo; tan solo perduraba una fina llovizna que parecía inofensiva y que, a pesar de eso, calaba de forma implacable. A pesar de ello, Florence agradeció sentir la fresca humedad sobre el rostro, pues tenía la irracional sensación de que tarde o temprano todo su cuerpo iba a arder en llamas.

Hicieron el camino de vuelta en silencio pero, después de un rato observándola mover las manos con nerviosismo, Tristan se acercó, tomándole una de ellas, entrelazando los dedos y apretándolos con

ternura como muestra de apoyo. Se había arriesgado a hacerlo aun temiendo que ella lo rechazara.

No fue así. Florence le devolvió el apretón.

De ese modo llegaron a la playa: asidos de la mano y sin mediar ni una sola e innecesaria palabra.

—¡No puede ser! ¡No, no, no! —gritó ella de repente mientras se soltaba y corría hasta el camino empedrado que comenzaba a desaparecer bajo las aguas—. ¡Date prisa! ¡Aún podemos cruzar!

—Es demasiado tarde. Y peligroso. El caballo no querrá arriesgarse tanto…, y yo tampoco.

—¿Cómo demonios ha podido pasar?

—Creía que teníamos más tiempo. Quizás calculé mal —se limitó a decir.

Florence gruñó exasperada y lo golpeó en el brazo.

—¿Que calculaste mal? ¡Estamos atrapados!

—No es para tanto. Menos de seis horas y volverá a bajar.

—¡Seis horas! —bramó ella mientras trataba de no quedarse sin respiración y sentía que el aire a su alrededor se desvanecía.

—Ven aquí. —La tomó del brazo y tiró con suavidad para atraerla hasta él, acunándola entre los brazos, intentando calmarla.

—¿Y si Daisy está en peligro? —preguntó con la voz entrecortada y el rostro pegado al pecho de Tristan. Sin ninguna explicación lógica, respirar su olor había conseguido tranquilizarla—. No me lo perdonaría en la vida.

—Estará bien. Tu hermana es una chica muy lista. —Al notar cómo su cuerpo temblaba, la abrazó aún con más fuerza—. Volvamos a la cabaña, al menos allí estaremos a resguardo mientras esperamos.

—Preferiría permanecer aquí. Así podremos ponernos en marcha en cuanto el camino reaparezca. —Tuvo que hacer acopio de voluntad para separarse de él; la curva del pecho de Tristan parecía haber sido diseñada para acoger su cuerpo y Florence habría deseado permanecer cobijada en él para siempre.

—Pillaremos una pulmonía si continúa la tormenta —vaticinó. Mientras pronunciaba estas palabras, la lluvia cesó de repente y Tristan alzó la cabeza, sorprendido.

—Solucionado —informó ella mirando al cielo. Después fue hasta el caballo y le acarició el lomo para apaciguarlo.

Él la siguió con la mirada.

—¿No te da miedo quedarte en la playa mientras sube el nivel del mar? —preguntó extrañado.

—Estaré bien —contestó serena mirando hacia la costa—. ¿Por qué no intentas buscar algo de leña seca?

—No te preocupes, encontraré algo con lo que hacer una hoguera; si es necesario, arrancaré los tablones de la casa.

—Y deja aquí el libro —pidió ella intentando disimular el ansia de su voz—. Me gustaría echarle un vistazo.

Tristan paró en seco y se descolgó el macuto. Antes de entregárselo, la miró a los ojos y vio en ellos un fuego nuevo y ardiente que sería capaz de hacer prender una hoguera compuesta tan solo por ramas húmedas.

***

Alix fue la primera en asomarse al pasillo y, cuando estuvo segura de que no había peligro, agarró con fuerza la mano de Daisy para que saliera tras ella. Ambas avanzaban con cautela, midiendo los pasos e intentando no emitir ningún sonido que pudiera delatar su posición.

—¿Cuál es el plan? —susurró Daisy cuando la otra muchacha paró en seco y sus cuerpos chocaron.

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo vamos a salvar a Millie? Creía que tendrías alguna estrategia.

—Normalmente me gusta improvisar sobre la marcha.

Cuando llegaron hasta la puerta de la habitación de su amiga, se encontraron con que también estaba cerrada, aunque esta vez no había ninguna llave.

—Desde aquí puedo ver la cama —anunció Daisy, agachándose a mirar por el ojo de la cerradura—. ¡Está vacía! ¡Millie no está! —añadió alterada.

—Eso es buena señal, ¿no? Quizás se haya levantado porque se encuentra mejor.

—O se la han llevado de aquí porque su estado ha agravado; o quizás ella… —Se incorporó y tuvo que apoyar el cuerpo contra la pared para evitar que flaqueara mientras trataba de contener las lágrimas.

—No pienses lo peor —la consoló Alix, que justo después también se agachó para espiar por el hueco—. Martha está ahí.

—¿Estás segura? —preguntó extrañada la otra muchacha.

—Sentada en el sillón. Está de espaldas a la puerta, pero puedo ver su brazo.

—Tenemos que hablar con ella —dijo Daisy para, acto seguido, golpear los nudillos con suavidad.

—*Es-tu folle?* ¡Nos van a oír! —exclamó entre susurros, incorporándose.

—Martha sabrá dónde está Millie. —Acercó los labios a la abertura y comenzó a llamar a la señorita Coddington sin alzar demasiado la voz —. No me oye, ¿crees que estará dormida?

—*C'est bon!* —murmuró Alix, exasperada—. Déjame tu peinecillo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Daisy desprendiendo una fina y elaborada pieza de vidrio y carey de su cabello.

—Voy a abrir otra condenada puerta. —Cogió la pieza de la mano de la otra muchacha e introdujo uno de sus dientes en el interior de la cerradura.

—Ten mucho cuidado… Es de Lalique —farfulló la dueña, consciente de la frivolidad de lo que acababa de decir. Alix puso los ojos en blanco.

Apenas un minuto y un par de púas rotas más tarde, la puerta se abrió con un chasquido y un olor acre y acerado les dio la bienvenida.

—Quédate aquí —ordenó Alix, acompañando sus palabras de un firme gesto con la mano, mientras se introducía con pasos largos y pausados en la habitación en dirección a la butaca.

A Daisy no le hizo falta más información; ahora que la puerta estaba abierta, tenía una mayor perspectiva de la estancia y pudo ver la sangre que empapaba la alfombra bajo el sillón, así como la cabeza de Martha colgando exánime hacia un lado. Tuvo que taparse la boca con ambas manos para ahogar el grito que amenazaba con escapar de su garganta.

—¿Está muerta? —acertó a preguntar Daisy cuando por fin pudo articular palabra, acercándose unos pasos más, temerosa. Alix asintió como única respuesta y volvió junto a ella evitando pisar el charco carmesí—. ¿Qué está pasando? —Esta vez no pudo contener las lágrimas ni el miedo que impregnaba sus palabras.

—¡Mírame a mí! —la exhortó Alix mientras le agarraba la cara con la mano e intentaba que dejara de contemplar aquella escena grotesca que tanto la turbaba—. Te voy a sacar de aquí.

—Eso sería una lástima, señoritas. —Ambas se sobresaltaron y miraron desconcertadas hacia Phinneas, que se encontraba apoyado contra el marco de la puerta en actitud despreocupada—. La diversión no ha hecho más que empezar.

—¡Martha está muerta, Phinn! —le recriminó Daisy.

—Es una pena —aseguró tras echar un rápido vistazo al cadáver—. Aunque, de todas formas, no creo que hubiera disfrutado de nuestro juego. —Se acercó a ellas y les lanzó una mirada desdeñosa—. Solo era un estorbo.

—¡Aléjese, Van Ewen! —escupió Alix interponiéndose entre él y Daisy—. Nosotras no hemos visto ni sabemos nada, así que nos marchamos.

—Me temo que eso no será posible. —Sin mediar ninguna otra palabra ni darles tiempo a responder, soltó un fuerte revés al rostro de la vidente, que acabó tumbada sobre el charco espeso y pegajoso.

La reacción de Daisy fue instintiva y automática. Se lanzó hacia él en cuanto vio caer el cuerpo de Alix, si bien aquel ser volvió a hacer gala de su fuerza desmedida y la atenazó del cuello con una sola mano. La muchacha tan solo acertó a arañarle la cara mientras notaba cómo sus pies dejaban de tocar el suelo, apenas unos segundos antes de perder el conocimiento.

***

—Creo que con esto servirá —dijo Tristan tras soplar sobre la pequeña llama que el chisquero había avivado en la hoguera improvisada—. En el carruaje hay un par de mantas y una lámpara, iré a por ellas.

—Vienes tan preparado que empiezo a sospechar que lo de quedarnos aquí atrapados ha sido premeditado —bromeó Florence poniendo las manos sobre la lumbre.

—Si te soy sincero, no me molesta en absoluto no tener que compartir tu atención con el señor Townsend —añadió él mientras volvía con las cosas y las soltaba sobre un tocón.

—¿Crees que es buena idea ponerte a hablar ahora de Sterling?

—Tienes razón, lo lamento. —Se sentó junto a ella simulando buscar el cobijo del fuego, consciente de que, en realidad, lo que ansiaba era el calor de su cercanía—. ¿He acabado con la magia del momento?

—Es posible. —Se giró hacia él y tuvo que apartar la mirada de los

brillantes ojos aguamarina. Se arrepintió en cuanto fijó la atención en sus labios, que eran de un apetitoso y perfecto grosor—. Creo que yo también he de serte sincera, y confieso que estar aquí, contigo, escuchando el crepitar del fuego y el arrullo del mar…, me hace rememorar el día que nos conocimos.

—Bueno, esto no es Miconos, precisamente. Aunque tienes que reconocer que el siniestro encanto de este lugar no está tan mal —bromeó, y luego guardó silencio durante algunos segundos—. Yo también he pensado mucho en ello desde que nos reencontramos.

—Aquella primera noche, con James… —Florence hizo una pausa para aclararse la garganta—. Quiero que sepas que no me arrepiento. Nunca lo he hecho. Sin embargo, no debimos seguir haciéndolo a sus espaldas, no estuvo bien.

—Te entiendo —afirmó cabizbajo, incapaz de seguir mirándola a la cara—. Y reconozco que después de aquella noche y de empezar a conocerte mejor perdí un poco la cabeza. En aquella época solía actuar por impulsos, ¡y tú me resultabas tan fascinante! Para mí eras todo un desafío. James era mi amigo, y yo solo podía pensar en que quería llevarte de vuelta al continente conmigo. Fue una traición en toda regla.

—Por parte de ambos —apostilló cabizbaja—. No pretendo excusarme. La verdad es que resultaba difícil resistirse a la tentación…, sobre todo al sentirme deseada por primera vez en mi vida. Quizás para ti no significara mucho; al fin y al cabo, ya tenías mucha más experiencia que yo en aquella época, pero confieso que me resultó bastante difícil olvidarte. —Él aún buscaba las palabras correctas con las que corresponderle. Ella lo acalló con un gesto—. No quiero que pienses que he estado guardando tu ausencia ni suspirando por ti cada noche. Ha habido otros hombres. No muchos, y todos tras la muerte de James, por supuesto. Es solo que ninguno me ha hecho sentir tan viva como cuando estuvimos juntos.

—También fue especial para mí, te lo aseguro.

—Ya, claro… —añadió ella con una sonrisa forzada, sin creer en sus palabras.

—Te lo digo de verdad. Tampoco yo te he estado guardando ausencia todos estos años; y, aun así, te recuerdo que aquella mañana te pedí…, te rogué más bien, que te fugaras conmigo.

—Y habría sido un gravísimo error.

—Es posible. Aunque eso ya nunca lo sabremos.

—Y ahora estamos aquí. —Los ojos de Florence centellearon cuando se acercó más a él. Tristan no sabía si tan solo reflejaban las llamas de la hoguera o si era deseo lo que vislumbraba en ellos—. De un modo maquiavélico, nuestros caminos han vuelto a cruzarse. Y sí, sé que tú debes buscar una buena esposa para recibir tu ansiada herencia…, pero en este preciso momento, no existe nada que nos impida volver a caer en nuestros antiguos errores. Después de todo, no es nada que no hayamos hecho antes.

—¿Estás segura? Anoche no te parecía tan buena idea —quiso saber él con la voz ronca por la excitación mientras la agarraba por la cintura, deleitándose con el calor que desprendía su cuerpo.

—Creo que ya va siendo hora de que piense un poco más en mí misma. Soy una viuda de veintiocho años, a nadie más que a mí le importa lo que haga con mi vida, y no pienso seguir marchitándome. En cuanto a Daisy —titubeó—, la he cuidado durante casi dieciocho años lo mejor que he sabido, y la quiero con todo mi corazón. Si de verdad pensara que te ama, daría un paso atrás…, pero la conozco demasiado bien: sé que no está enamorada de ti. Y si no te beso ahora mismo voy a explotar. —Florence le agarró el rostro con las manos y notó una ligera aspereza allí donde la barba dorada empezaba a brotar. Rozó los labios de Tristan con los suyos, al principio con delicadeza, hasta que no pudo contener el ansia y mordió el inferior, saboreándolo en su dulce perfección.

Él no necesitó más señales para dejarse llevar, e introdujo la lengua hasta encontrarse con la de ella y dar rienda suelta al deseo que se había estado fraguando casi desde aquella primera vez que agarró su mano en el vagón de tren. No entendía por qué su cuerpo reaccionaba como el de un colegial cuando Florence estaba cerca; no obstante, había ciertas cosas que eran innegables: su olor a jabón de jazmín se le metía dentro hasta hacerlo estremecer; saborear su boca era como paladear un néctar embriagador y único; las curvas y redondeces de ella encajaban a la perfección contra cada uno de sus ángulos y, si la memoria no le fallaba, esto se hacía aún más notable cuando sus cuerpos se entrelazaban desnudos en una geometría perfecta y armónica.

—Aquí no —dijo él con la respiración entrecortada cuando por fin tuvo la voluntad suficiente para separarse de ella.

—¿Por qué no? —preguntó ella ansiosa, echando un vistazo al húmedo suelo de tierra que él señalaba—. Tenemos mantas y el calor del fuego, no necesitamos nada más.

Y, sin darle tiempo a reaccionar, le quitó la chaqueta y volvió a besarlo con igual o mayor intensidad que antes. Tristan estaba tan satisfecho como sorprendido por el curso de los acontecimientos, pero necesitaba estar seguro de que era eso lo que ella quería.

—Flo —susurró mientras ella le mordisqueaba el lóbulo de la oreja—, no quiero que te arrepientas.

—Te aseguro que solo me arrepentiré si no lo hago.

Tristan asintió complacido y le bajó la chaqueta de punto por los hombros para luego empezar a desabotonar la blusa con destreza. Metió la mano por la abertura y acarició uno de sus grandes pechos, aferrándose a él como si le fuera la vida en ello.

Florence intentaba ahogar sus jadeos; sin embargo, no podía evitar estremecerse cada vez que notaba aquellos ardientes labios sobre su cuello y aquellos diestros dedos recorriendo cada centímetro visible de su piel desnuda, preguntándose en qué se diferenciaban aquellas caricias de las demás que había recibido en su vida para que consiguieran encender sus sentidos de aquella manera.

Se tomaron unos instantes para montar un lecho improvisado y, acto seguido, los dos pares de manos corrieron a desprender al otro de las prendas restantes.

El sol, que hacía poco que había empezado a dejarse ver entre las nubes, descendía lentamente sobre el horizonte, cada vez más henchido y rojizo, tiñendo el cielo de preciosos tonos veteados de rosa cuarzo. El calor de la hoguera les arrebolaba las mejillas y, cuando se tumbaron sobre las mantas, a pesar de que tenían los pies helados, la fricción de sus cuerpos generó tal temperatura que les pareció factible llegar a combustionar en cualquier momento.

Tristán puso la mano en la húmeda entrepierna de Florence, ahí donde ella tantas noches se había tocado evocando el rostro del hombre que ahora la cubría con su sólido cuerpo. Frotó con delicadeza y firmeza hasta que ella gimió contra su boca, momento que aprovechó para introducir un dedo en su interior, que fue recibido por un pequeño y complaciente espasmo.

Quería que Florence disfrutara de cada segundo y que el tiempo se alargara hasta el infinito; deseaba observarla llegar al límite, tocar el

cielo y volver a empezar… una y otra vez. Estaba tan excitado que temía que, si entraba demasiado pronto en ella, el placer no duraría mucho, así que se deleitó con cada caricia y cada beso, decidido a no dejar que aquel paraíso se le volviera a escapar entre los dedos.

Ella ahogó un grito cuando Tristan enterró la cara entre sus pechos y comenzó a besarlos y succionarlos ayudándose de la mano que aún tenía libre. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que, si quisiera gritar de placer, nadie la oiría. Ellos eran los únicos habitantes de aquel islote, a excepción del fantasma de aquel cuyos huesos habían desenterrado.

Sin saber muy bien por qué, este pensamiento le provocó ganas de echarse a reír.

—¿Algo te hace gracia? —preguntó él llegando hasta su cuello para depositar pequeños besos en sus clavículas.

—Créeme, no te gustaría saberlo. —lo atrajo hacia sí, con el ansia pintada en el rostro y la intención de devorar su boca. Después lo apartó hacia un lado y se sentó a horcajadas sobre él—. No puedo aguantar más. Ya he esperado bastante.

Al verlo ahí, tumbado bajo ella, Florence no pudo evitar sobrecogerse. Seguía siendo tan hermoso como la primera vez que lo vio, a pesar de las finas arrugas del contorno de sus ojos turquesa y del mechón de pelo blanco que le nacía en el flequillo y le llegaba hasta la sien; o quizás lo era aún más gracias a ellos. Había conocido hombres más bellos, más altos y refinados, aunque durante todos esos años siempre los había comparado con Tristan. No sabía explicar por qué lo había convertido en la vara de medir a todos los demás, pero así era. Le gustaba su mirada pícara, su enorme nariz e incluso la forma en la que escondía el labio inferior cuando estaba concentrado. La volvía loca la forma apasionada que tenía de defender sus argumentos; el gesto atento al escuchar a los demás, aunque estuviera en desacuerdo; la vivacidad casi adolescente que lo poseía cuando se embarcaba en una aventura… No podía apartar la vista de aquel hombre que le sonreía ufano a pesar de encontrarse subyugado entre sus piernas.

Ella ya no era la joven ingenua de veinte años de la primera vez. Y, a pesar de que su experiencia era bastante menor de lo que le gustaría, tenía muy claro lo que quería.

Lo quería a él. Dentro de ella. Y pronto.

Ese último encuentro debía saciarla lo suficiente para que, cuando cada uno tomara su camino y la boda de Tristan se anunciara en las páginas de sociedad, Florence tuviera un nuevo recuerdo con el que guarecerse por las noches y calmar su soledad. Y no lo haría desde la pena, sino desde la satisfacción de haber conseguido que nada le impidiera dar rienda suelta a su deseo.

No atinaba a comprender qué había cambiado en ella, qué se había despertado en su interior al tocar aquel libro… Fuera lo que fuese, la había ayudado a pensar más en sí misma y a poner en orden sus prioridades.

Y eso le gustaba.

Deslizó la mano hasta el miembro, firme y caliente, para después tantear hasta conseguir introducirlo en su interior.

El sol ya se había ocultado tras el horizonte y, mientras la luna y las estrellas todavía no hacían acto de presencia, solo las llamas de la hoguera revelaban las luces y sombras de sus cuerpos.

Tristan no podía apartar la mirada de Florence. El fuego conseguía sacar reflejos cobrizos a sus rizos, que estaban sueltos y alborotados tras los primeros toqueteos. Los ojos oscuros, fijos en él, parecían contener toda la magia del universo y no deseó otra cosa que no fuera perderse para siempre en aquellos fosos insondables. Incluso con tan poca luz era capaz de distinguir la vena azulada que descendía por su blanco cuello hasta los pechos colmados, que se bamboleaban con la cadencia del movimiento de sus caderas y cuya visión lo llevó hasta el límite del delirio.

La agarró por los fuertes y pálidos muslos, acompasando el ritmo de sus acometidas al de ella. Se obligó a cerrar los ojos, en un último intento por postergar el momento y, privado del sentido de la vista, fue capaz de olerla, oírla, sentirla y saborearla aún con mayor intensidad. Al fin, el fuerte jadeo de Florence rasgó la noche y él volvió a mirarla para no perderse ni uno solo de sus gestos. Era una imagen que quería atesorar para siempre.

Aumentó la velocidad de sus envites y, cuando el cuerpo de la mujer comenzó a derretirse como mantequilla en sus manos, víctima de las últimas sacudidas de placer, Tristan por fin se permitió derramarse en ella, cobijado, apretado y extasiado entre sus piernas.

Tras el último resuello, ambos se dejaron caer exánimes y él estiró el brazo para protegerla del relente, tapándola con su chaqueta, no sin

antes fijarse en algo que no recordaba haber visto ocho años atrás: una marca rojiza sobre el hombro izquierdo, parecida a una quemadura reciente, con una forma similar a la de un nudo gordiano.

Así permanecieron un buen rato, recobrando el aliento e intentando fijar el recuerdo de aquella noche eternamente en sus memorias, mientras esperaban a que las aguas volvieran a abrirse.

-23-
Siguiendo al hada verde

—«¿Qué ángel me despierta en mi lecho de flores?» —recitó la voz áspera—. ¡Arriba, dormilona! —Daisy la identificó como la de Phinn antes incluso de reunir el valor necesario para abrir los ojos. Lo primero que percibió al recobrar la consciencia fue un desagradable hedor a humedad. También sentía un fuerte escozor en la cara, a causa de las abrasiones producidas al arañársela contra el suelo de tierra. Tenía los dedos ateridos e insensibles por culpa de las ataduras que le mantenían las manos a la espalda, y le ardía la garganta de tal modo que no creía posible conseguir articular ni una sola palabra—. ¿Crees que no sé que hace rato que estás despierta? He observando con atención el momento exacto en el que el ritmo de tu respiración ha cambiado. Tu pecho subiendo y bajando a una velocidad vertiginosa —afirmó deleitándose en cada palabra.

—Phinneas, ¿qué te ha pasado? Tú no eres así —acertó a decir la muchacha entreabriendo los ojos. Tenía el rostro hermoso y risueño de él sobre ella—, ¿por qué nos haces esto?

—¿Phinneas? ¡Ah, claro! El señor Van Ewen sigue por aquí…, en alguna parte. —Se abrió la chaqueta e hizo el cómico gesto de rebuscar en los bolsillos.

—No entiendo nada —sollozó ella.

—Permítame que me presente, señorita Lowell. Daisy —pronunció relamiéndose—, creo que, a partir de ahora, deberíamos tutearnos. Mi nombre, al menos para los mortales, es Araziel y estoy deseando que seamos buenos amigos. Al fin y al cabo, fuisteis vosotras las que me invocasteis y me trajisteis de vuelta. Os estoy muy agradecido. —Sonrió y, aunque en apariencia era la misma sonrisa franca y perfecta de Phinn, a ella se le antojó lobuna y peligrosa, así que se arrastró por el suelo valiéndose de la fuerza de sus piernas, intentando poner la mayor distancia posible entre ellos—. Te lo ruego, no huyas de mí.

—Eras tú. Lo que estaba dentro de Millie.

—Tuve que utilizar a la pequeña Millicent como vehículo. Ella fue una anfitriona encantadora y te aseguro que disfruté del viaje —dijo

arrastrando las palabras con satisfacción—. Y ahora se me ha proporcionado un cuerpo más acorde a mis expectativas.

—¿Qué eres?

—Eso depende de a quién le preguntes. Pero ahora no es importante. Lo que me interesa saber es… ¿Estás dispuesta a hacer un trato conmigo?

Con bastante esfuerzo, Daisy volvió a arrastrarse hasta llegar a la pared y se sentó apoyando la espalda. Miró a su alrededor y comprobó que se encontraban en un lugar oscuro y sin ventanas. En algunas paredes había anaqueles repletos de botellas y barricas, por lo que supuso que se trataba de la bodega. Debían de hallarse en el sótano.

Desde donde estaba sentada, divisó la escalera de madera que ascendía hasta su libertad y la identificó como objetivo; aunque Phinn, Araziel o como quisiera que se llamase se interponía entre ella y la única salida. Entonces, un gruñido seguido de un golpe metálico desvió su atención. Al girarse hacia la zona de la que venía, vio una especie de pequeño almacén con la puerta entreabierta.

—¿Alix? —gritó, bastante segura de haber identificado aquella voz.

—¡Daisy! —respondió la muchacha desde la otra habitación.

Araziel se acercó con parsimonia y se puso en cuclillas frente a ella, sonriendo.

—¿Estás bien? —volvió a gritar Daisy, ignorándolo. Necesitaba saber la respuesta.

—Sí. Dolorida y encadenada a una tubería, pero bien. Aunque me temo que Millie no tiene buen aspecto.

—Ambas están perfectamente —afirmó él, haciendo aspavientos de hastío con las manos—. Os necesito a las tres en plena forma. Sobre todo a ti. —Se acercó aún más a Daisy y la cogió por la barbilla.

—¿Nos necesitas? —preguntó temblorosa—. ¿Para qué?

—Llevo muchos años intentando volver… y no lo he conseguido hasta que tú y tus amigas me habéis invocado. Puedo notar la magia burbujeando en tu interior. Siento cómo te irradia a través de la piel. —Se relamió como un animal hambriento—. Supongo que te viene de familia.

—Eso es una locura —susurró Daisy conteniendo un sollozo—. Déjanos salir de aquí —rogó, pero él continuó aproximándose.

Con cada centímetro que rebasaba, aumentaban las náuseas de la muchacha. El repugnante perfume que emanaba aquel ser, a humo y a

huevos podridos, amenazaba con ahogarla. Empezó a olisquearla rozándole el rostro con la nariz, por lo que la joven tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para controlar el vómito y las ganas de llorar. Cuando se detuvo y le miró con ansia los labios, Daisy se armó de valor, preparada para lanzarle una patada al estómago antes de permitir que aquella cosa la besara.

Aunque sabía que aquello no lo detendría.

En el mejor de los casos, tardaría un par de segundos en reaccionar e ir tras ella. Tal vez fuera tiempo suficiente para escapar por la escalera, pero sería imposible liberar antes a Alix y Millie. Y no se marcharía de allí sin ellas.

Se lamentó por no ser lo bastante lista, por ser solo una estúpida atolondrada incapaz de encontrar una solución con la suficiente rapidez. Toda su vida había deseado en secreto parecerse más a su hermana mayor. Florence sabría con exactitud qué hacer.

Florence.

«Por favor, Dios, que no le haya pasado nada a Florence», rezó mientras cerraba los ojos y esperaba el inevitable beso.

Entonces se oyeron pasos al final de la escalera y aquel ser se puso en pie y se alejó de ella.

Daisy soltó el aliento, aliviada, abrió los ojos y vio a Geneva descender hasta ellos, seguida muy de cerca por la señora Woodgate.

—¡Tengan cuidado! —alertó a gritos la muchacha—. ¡Se ha vuelto loco!

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Geneva con curiosidad notable. De fondo se oían los gritos de Alix y el golpeteo metálico de sus cadenas. Al parecer, ella también intentaba advertirlas de la situación de la única manera que podía.

—¡Salgan de aquí! ¡Vayan a pedir ayuda! —chilló Daisy con la voz ronca y ahogada entre sus propios sollozos. A pesar de eso, creía estar siendo lo bastante clara; sin embargo, ninguna de las dos mujeres se movió de su sitio.

—Convinimos en que había que reservar a esta para hacer que la hermana cooperase, pero pensaba que a estas alturas las otras dos ya estarían muertas. —La respuesta de Geneva la tomó por sorpresa, silenciándola de inmediato—. Necesitas alimentarte, querido. —La última frase salió de sus labios con una ternura infinita.

—Yo puedo encargarme de ellas, si así lo deseas. —Se ofreció la

señora Woodgate, servil y devota.

—No será necesario, Emilia. Ha habido un cambio de planes. Las necesito a las tres de una pieza. —El comentario de Araziel se granjeó un gesto de disconformidad por parte de las dos mujeres, si bien ambas agacharon la cabeza, sumisas.

Daisy se había quedado pálida y muda. Apenas oía ya las reiteradas quejas de Alix. Parecía que su voz se alejaba más y más. La realidad a su alrededor se distorsionaba de forma grotesca, como si contemplara los espejos trucados de una atracción de feria. Sintió deseos de gritar.

En ese preciso instante, todo pareció quedar suspendido en el tiempo y tuvo una revelación: Araziel, por el motivo que fuera, las quería vivas. Y, mientras así fuera, mantener distraído a aquel demonio —pues a la muchacha ya no le quedaba ninguna duda acerca de su naturaleza— se había convertido en su única esperanza.

***

Hicieron el camino de vuelta despacio y en silencio.

En cuanto la marea comenzó a bajar, recogieron todo y colgaron la linterna del pescante del calesín. Tristan no quiso azuzar al caballo pues, a pesar de que aún no era noche cerrada y contaban con algo de luz, temía que este se desbocara y acabaran volcando en el fango. Florence iba sentada a su lado con el cuerpo recto, la vista fija al frente y las manos dentro de los bolsillos de la chaqueta. Si los miedos que la torturaron a la ida volvían a hacer mella en ella, desde luego no estaba permitiendo que la dominasen. Su postura tensa y su gesto impaciente no variaron ni un ápice cuando por fin llegaron a la otra orilla.

La principal herramienta de trabajo de Tristan eran las palabras y, por lo general, solía recurrir a ellas en todo momento; no obstante, y a pesar de que deseaba hablar con ella sobre lo que acababan de compartir, decidió respetar su mutismo e introspección. Además, estaba tan confuso que ni siquiera sabía con exactitud qué decir, aunque estaba convencido de que no podía permitir que sus caminos volvieran a separarse. Él, que había recorrido medio mundo en busca del riesgo y la aventura; al que sus amigos calificaban como osado, imprudente incluso; en realidad, siempre se había embarcado en aquellas experiencias para suplir muchas de las carencias de su vida.

Una búsqueda constante de su lugar en el mundo. Y, no sabía muy bien por qué, estar con Florence le hacía sentirse pletórico.

No quería renunciar a eso. Salvo que…

Salvo que ella no sintiera lo mismo y el gesto adusto de su cara fuera algún tipo de contrición.

—Qué silencioso está todo —apostilló Florence cuando comenzaron a bordear la casa para entrar en las caballerizas.

—Quizás hayan servido la cena temprano y ya estén todos en la cama —dijo él, bajándose de un salto y ofreciéndole la mano—. Hasta el mozo debe de haberse ido a dormir, harto de esperarnos.

—¿Crees que estarán preocupados por nosotros?

—Claro que no. Dejé dicho a dónde me dirigía y nos vieron irnos juntos. Incluso nos cruzamos con el señor Woodgate, ¿recuerdas? — Ella asintió de forma casi imperceptible.

—Será mejor que accedamos a la casa por la entrada de servicio. Seguro que el mayordomo o Emilia podrán avisar a Geneva de nuestro regreso para que no esté preocupada. Ojalá haya sobrado algo de la cena, ¡me muero de hambre! Y espero que Phyllis aún no esté dormida, porque necesito un baño caliente —dijo tomándole ventaja mientras él se ocupaba del caballo.

—¿Flo?

—¿Sí? —preguntó ella girándose hacia él con gesto cansado.

—Nada —mintió. Deseaba decirle que quería darse ese baño con ella, que esperaría lo que hiciera falta hasta que estuviera tan convencida como él de que estar juntos era la solución perfecta para ambos. Pero no lo hizo—. Es tarde. Tengo que quitarle los arreos y guardarlo en su cuadra. Hablaremos por la mañana. —Él miró con curiosidad el morral en el que guardaron el libro, que ahora ella llevaba a su espalda y del que no se había separado en todo el camino.

—Buenas noches, Tristan.

—Buenas noches, Florence.

La observó alejarse y deseó haber enredado una vez más la mano en su pelo, haberla atraído hacia sí y haberle dado un beso de despedida. Le concedería todo el espacio que necesitara porque, si ella quería, tendrían tiempo más que suficiente para besarse cada noche.

Si ella quería.

—Aquí tienes, Chaussettes. —«¡Qué nombre tan estúpido para un caballo!», pensó—. Te has ganado una buena cantidad de heno.

Una vez que dejó acomodado al animal en su cobertizo, fue directo a la puerta trasera. Le pareció raro que el pestillo no estuviera echado, aunque imaginó que quizás Florence, que había entrado un rato antes, habría dejado dicho que lo esperaran. Sin embargo, no había nadie para recibirlo, como tampoco había nadie en la cocina, donde los fogones estaban apagados y fríos; ni tampoco en la sala del servicio, y eso sí que era realmente extraño, ya que a esas horas solían reunirse allí para acabar sus tareas de forma distendida, y aún no era lo bastante tarde para que todos se hubieran retirado a sus habitaciones.

Inexplicablemente, toda la planta estaba a oscuras y reinaba un silencio sepulcral.

Avanzó a tientas hasta una de las puertas, golpeó con los nudillos y abrió esperando encontrar allí a Carmichael, el mayordomo, o al ama de llaves, pero también estaba vacía. Escudriñó la oscuridad en busca del interruptor de la luz para conseguir que llegara algo de claridad al pasillo, con tan mala suerte que, mientras tanteaba la pared, volcó un recipiente con el brazo y este reventó contra el suelo provocando un estallido de cristal.

Para cuando consiguió encender la lámpara, la fetidez que emanaba del viscoso líquido derramado ya le había llenado las fosas nasales, transportándolo al instante a un remoto pueblo de la sierra mejicana de Oaxaca, en el que un chamán les dio a probar un brebaje alucinógeno a base de toloache. Se agachó, rozó el mejunje con las yemas de los dedos y se lo llevó a la nariz, tras lo que tuvo que reprimir una arcada. Sin lugar a dudas, se trataba de un preparado hecho con semillas de manzana espinosa.

Estramonio.

Una sola gota diluida en cualquier otra bebida bastaría para que quien la consumiera sufriera malestar y alucinaciones. No pudo evitar pensar que los efectos de aquella planta se correspondían a la perfección con algunos de los episodios inexplicables que había experimentado Florence esos últimos días.

«¿Es posible que alguien haya estado suministrándosela? Y de ser así…, ¿con qué propósito?», se preguntó aún agachado frente al pestilente charco. «¡Florence! ¡Tengo que encontrarla!». Aquella idea apenas consiguió plantarse en su cabeza, puesto que, antes de que se dispusiera a ejecutarla, sintió un dolor lacerante en la espalda, a la altura del hombro.

Una puñalada.

Después llegó otra, que entró por el costado derecho y lo dejó sin respiración.

Y acto seguido otra, que pasó rozando una costilla, y posiblemente la astilló.

Antes de poder averiguar si habría una cuarta, cayó al suelo y perdió el conocimiento.

***

Cuando Florence entró en la casa algunos minutos antes, también se sorprendió al encontrar toda la planta baja vacía y en penumbra. Por suerte, la había visitado un par de veces con anterioridad y se vanagloriaba de tener buena memoria, así que no le resultó complicado encontrar el camino hasta las escaleras en la más absoluta oscuridad. Antes de ascender, introdujo la mano en el interior del bolsillo de la chaqueta, asegurándose de que lo que había guardado en su interior siguiera allí.

En la planta principal sí que había algunas lámparas encendidas, aunque reinaba la misma quietud que abajo. Estaba a punto de subir a los dormitorios en busca de Daisy cuando le pareció oír risas y el tintineo del cristal en uno de los salones, así que dirigió sus pasos hacia allí.

Al entrar en el salón rosa, vio una alta y femenina figura solitaria de espaldas a ella. La identificó de inmediato. Se trataba de la señorita Adelaide Woodgate, que se giró hacia la puerta al oírla llegar y casi derramó la copa de líquido verdoso que tenía en la mano.

—¡Florence! Me has asustado —exclamó llevándose la mano libre al pecho y soltando una risita nerviosa.

—No era mi intención, señorita Woodgate.

—Oh, por favor, llámame Della. ¿Quieres que prepare otra copa para ti? —preguntó alzando la suya.

—En realidad, lo que querría es saber dónde está todo el mundo, en especial mi hermana.

—Todos se han ido a la cama temprano. Demasiadas emociones en un solo día. —Dio un trago a su copa—. Mmm…, maravillosa. Te prepararé una. Insisto. —Se puso a trastear en la mesita hasta colocar el terrón de azúcar que sostenía entre los dedos sobre la cucharilla

perforada que descansaba en el borde de la copa de absenta.

—No se… No te molestes. En realidad, lo único que necesito ahora es un baño.

—Sin duda, esto te ayudará a entrar en calor. —Le acercó la copa y Florence acabó aceptándola.

No era la primera vez que veía al hada verde y tenía que reconocer que, en esas contadas ocasiones, la bebida la había ayudado a conciliar un magnífico sueño reparador. Así pues, asumiendo que no podía ser tan mala idea, dio un sorbo.

—¿Sabes una cosa? No te imaginaba así en absoluto —dijo Della observándola con atención.

—¿Y por qué habrías de imaginarme? —preguntó escéptica.

—Llevo oyendo hablar de ti toda mi vida. Sabía que eras una dama adinerada, una señoritinga de Belgravia. Aunque te imaginaba más delicada, menos… indecente. —La miró de arriba abajo con desdén, y entonces Florence fue consciente de su ropa llena de barro y del pelo alborotado y trenzado por ella misma de cualquier manera.

—Será mejor que me vaya —anunció devolviéndole la copa, a lo que la otra mujer respondió agarrándola con fuerza de la muñeca.

—No puedes irte, al menos no de momento. Nuestra reunión familiar no ha hecho más que empezar. ¿No es así, querido? —preguntó mirando de pronto por encima del hombro de Florence. Esta giró la cabeza y vio a Sterling apoyado en el marco de la puerta. Llevaba la camisa blanca remangada bajo un chaleco oscuro y se frotaba las manos manchadas de sangre con un paño, en un vano intento por limpiárselas.

—Claro que no —contestó él—. Llevamos esperando esto mucho tiempo.

-24-
Reunión familiar

—Llévala con las otras dos —ordenó Geneva a Emilia mientras señalaba a Daisy con la mirada dejando claro que, a pesar de todo, la jerarquía entre ambas seguía vigente.

—La muchacha se queda donde está —rehusó Araziel—. Es más, quiero que desatéis a Millicent y a Alix. Son mis invitadas y a los invitados no se les trata así. —El ama de llaves obedeció al instante y se dirigió al almacén con el manojo de llaves en la mano.

—Pero… no harían más que estorbar para el ritual —se quejó Geneva —. No hemos esperado tantos años para que tres mocosas estúpidas lo echen todo a perder.

—Y os recompensaré por la espera. ¿O acaso no cumplí mis promesas en el pasado?

—Claro que sí. —Se acercó a él en una actitud temerosa que sorprendió a Daisy, le puso la mano sobre el pecho y lo acarició con los dedos—. No puedo creer que estés aquí otra vez después de que la sucia rata de Diana…

—No pronuncies su nombre, querida —la interrumpió—. Esa desagradecida ya no es más que pútrida carne bajo tierra, no puede volver a hacernos daño.

—Todo será igual que antes. Mejor que antes.

—Eso te lo aseguro —afirmó él, satisfecho.

Daisy asistía a ese momento tan íntimo aún agazapada en el rincón, intentando no moverse ni hacer ruido al respirar, temiendo que si Geneva volvía a ser consciente de su presencia intentara tomar represalias. Justo entonces vio aparecer por la puerta a Alix, que, con su menudo cuerpecillo, era capaz de cargar el peso de Millie, que apenas se mantenía en pie. Tuvo que reprimir las ganas de correr hacia ella y ayudarla, de abrazarla y decirle que todo saldría bien, porque no sabía si eso era verdad y lo último que deseaba era mentirle. En cuanto estuvieron lo bastante cerca, se levantó, las tomó a ambas de las manos y las atrajo hacia sí, intentando ejercer algún tipo de protección con su propio cuerpo, por muy inútil que resultara

en realidad.

—Miradlas —dijo Araziel en su acostumbrado tono apacible que todas las presentes identificaron como una orden—, ¿no os recuerdan a vosotras cuando teníais más o menos su edad? Tan jóvenes y bellas. La carne prieta y el espíritu vigoroso. —Pareció relamerse—. Ese cariño entre ellas, ese vínculo… Mmm… E incluso algo más —añadió lanzando una mirada curiosa a Daisy—. Decidme, ¿qué anhelos ocultos albergan vuestros jóvenes y palpitantes corazones? Contádmelos y yo haré realidad todos vuestros deseos.

—Mi señor —intervino Geneva—, ellas no se han ganado el favor de tu gracia.

—¿Ah, no? —repuso él—. Hasta donde yo sé, fueron precisamente estas tres muchachas las que me invocaron. ¿Estoy equivocado?

—Por supuesto que no, pero… —intentó replicar ella.

—¿Estoy equivocado? —repitió él espaciando las sílabas.

—No, Araziel. —contestó Geneva, y a Daisy le resultó extraño ver a una mujer a la que consideraba formidable en una posición tan sumisa, como una niña pequeña a la que acababan de regañar; aunque era evidente que estaba conteniendo su enfado—. Es solo que Emilia y yo llevamos años esperando este momento. ¡Hemos planificado y sacrificado tanto! Y tú nos prometiste que nos sentarías a tu lado, en tu trono.

—Y que nuestros hijos, tus hijos, gobernarían sobre todos los demás —añadió Emilia.

—¿Eso dije? Supongo que me dejé llevar por la euforia del momento. ¡Nos lo pasábamos tan bien! ¿Acaso no os concedí cuanto deseabais? Mi preciosa Geneva, tú querías ser bella para siempre, admirada, querida por todos…, y que te librara de esa escoria de marido que tenías. La dulce Emilia —continuó, acercándose a ella con la cabeza ladeada— solo quería que mi semilla germinara en ella y no volver a albergar niños muertos en su vientre. Tuviste a tu pequeña, ¿no es así? —Ella asintió—. ¡Y a la pérfida Diana le llené las arcas para mantener esta casa y que se bañara en oro si así lo deseaba! ¡Y, sin embargo, siempre quería más y más! Nunca era suficiente. Al final resultó ser una alimaña traicionera. ¡Os lo di todo! ¿Qué más queréis de mí?

—Tú nos prometiste… —acertó a decir Emilia antes de que él la interrumpiera.

—¡Promesas, promesas, promesas! Estoy cansado de dar sin recibir

nada a cambio.

—Sí que recibirás —afirmó Geneva—. El mejor regalo está en camino. Nuestros hijos se encargarán de traerla hasta ti para que puedas hacer con ella lo que quieras.

—Geneva, querida, ya deberías saber que no soy fácil de complacer.

—Sabemos cuánto deseabas tener para ti a la hija de Diana, mi señor —anunció con la mirada febril—. El bebé que engendraste con ella antes de que os traicionara.

Araziel entornó los ojos y alzó la ceja, al tiempo que Daisy sentía un escalofrío por todo el cuerpo y reprimía un grito.

—Estoy deseando conocerla —manifestó el demonio con regocijo.

***

—¿Qué está pasando, Sterling? ¿De quién es toda esa sangre? —preguntó Florence preocupada, sin ser del todo consciente de que Della aún la tenía agarrada de la muñeca.

—No es mía, si es eso lo que te preocupa. Aunque ya me has dejado bastante claro que no —contestó él, tirando el trapo al suelo sin ningún miramiento. Se acercó más a las dos mujeres y Florence pudo ver salpicaduras de sangre en el cristal de sus gafas y por toda su ropa.

—Deduzco por tu aspecto que ya te has ocupado de que no nos interrumpirá nadie que no haya sido invitado —le dijo Adelaide cuando se situó junto a ella.

—¿Dudabas de mí? —preguntó él, quitándose las lentes sucias y dejándolas sobre la mesita.

—Por supuesto que no, amor —afirmó ella, tajante. Sterling cogió la cara de Della entre las manos ensangrentadas y la besó con fiereza. Florence tuvo que apartar la mirada, sintiéndose asqueada por el baile de lenguas y el sonido que producía aquel intercambio de saliva. También intentó desasirse del agarre de Della, pero era tan férreo que le fue imposible—. Parece que a nuestra pequeña florecilla le desagradan nuestras muestras de afecto.

—¿Es verdad eso, Florence? No parecías tan mojigata cuando eras tú la que recibías mis atenciones. Y estoy seguro de que tampoco lo has sido con el señor Hamilton.

—Me trae sin cuidado lo que haya entre vosotros. Solo quiero ir a buscar a mi hermana para marcharnos de este maldito lugar, ¡así que

haz el favor de devolverme mi brazo! —exclamó enfadada y pegando un tirón.

—Pobrecilla. No se entera de nada —continuó Della, divertida y sin soltarla, sino todo lo contrario, apretando con mayor fuerza.

—No reconoce a los de su propia sangre ni aunque los tenga delante —se burló él acercándose más y quitándole la bolsa que llevaba al hombro—. Creo que voy a quedarme con esto.

—¡Devuélvemela! —gritó ella, forcejeando.

Sterling le rodeó la cintura con el brazo y al mismo tiempo usó la otra mano para posarle la punta de un cuchillo cerca del ombligo para así obligarla a dejar de resistirse. Della le retorció ambos brazos hacia la espalda y se situó tras ella, agarrándola con cada vez menos delicadeza para dejarla expuesta ante él por completo.

—Ni te imaginas lo difícil que ha sido para mí contenerme —susurró Sterling acercando el rostro hasta rozarle las mejillas con la punta de la nariz. Florence arrugó la frente y contuvo las ganas de escupirle para que se apartara. Entonces él metió la mano libre entre sus piernas, explorando con vehemencia y, cuando ella gritó pidiéndole que parara, le colocó el cuchillo en la garganta—. Quería confesarte la verdad, que tú también supieras del maravilloso vínculo que nos une. Deseaba hundir mi carne en la tuya y que nos fundiéramos en uno, tal y como estamos destinados.

—Los tres —apuntilló Della.

—Los tres —confirmó él poniendo por un momento los ojos en blanco, exasperado, como un niño pequeño que acepta compartir sus juguetes a disgusto.

—Sterling, por favor —acertó a decir Florence, intentando sonar calmada a pesar de sentir la punta del acero arañándole la piel del cuello—. Yo solo quiero coger a Daisy y llevármela de aquí. Suéltame y vosotros podréis seguir haciendo lo que sea que estéis haciendo. No me importa. No me voy a entrometer. Somos amigos, ¿verdad?

—Somos mucho más que eso. —La mano con la que antes tanteaba entre sus muslos ahora la agarraba del pelo, aunque la del cuchillo permaneció imperturbable—. Somos amantes, somos hermanos, somos uno…, y nuestro padre nos va a conceder un poder más allá de lo imaginable. —Paseó la lengua por la comisura de los labios de Florence. Ella reprimió una arcada. Después levantó la cabeza y se encontró con la mirada ansiosa de Della, que se aproximó para

besarlo, dejando a Florence, asqueada, en medio de ambos.

—¡Niños! ¿Se puede saber por qué tardáis tanto? —El ama de llaves apareció en el marco de la puerta con los brazos en jarras. Ellos se separaron de inmediato reprimiendo la risa.

—¡Señora Woodgate! Por favor, ayúdeme —suplicó Florence. La mujer la ignoró.

—¡Os estamos esperando desde hace un buen rato! —continuó con la regañina en un tono más afectuoso que severo, como si se dirigiera a un par de críos que han robado algún dulce de la cocina—. Luego podréis seguir con vuestros jueguecitos…, aunque antes tendréis que limpiar el estropicio que habéis montado en mi salita. —Dio media vuelta y se fue por donde había venido.

—Ya lo habéis oído. Es hora de reunirnos con nuestro padre —dijo Sterling, a todas luces frustrado—. Y tú no intentes ninguna cosa rara —le advirtió a Florence, bajando el cuchillo hasta uno de sus costados y apretándoselo contra la carne para reafirmar sus palabras—; no dudaré ni un segundo en clavártelo si es necesario.

Salieron del salón y se encaminaron hacia la misma escalera de servicio por la que ella había subido apenas un rato antes, solo que esta vez la tuvo que bajar a trompicones, acorralada entre Della y Sterling. No había ni rastro de la señora Woodgate, por lo que supuso que los habría adelantado con toda la velocidad de la que eran capaces sus cortas piernas. Las luces del pasillo del piso inferior estaban encendidas y las bombillas emitían un perturbador zumbido, que solo era perceptible en un momento como ese, cuando el trasiego del personal de servicio había cesado.

Lo primero que llamó su atención fueron las pisadas color borgoña que manchaban la madera del suelo y que, al seguirlas con la mirada en dirección contraria, desembocaban en un pequeño charco oscuro que atravesaba el umbral de una de las habitaciones. A medida que se acercaba, distinguió cómo asomaba un botín embarrado y la pernera de un pantalón de fina lana gris que Florence reconoció en el mismo momento en el que tuvo que cubrirse la nariz a causa del desagradable olor.

—¡Tristan! —Se zafó de Sterling y empujó a Della para llegar hasta el cuerpo tendido a lo largo de la salita. Estaba bocabajo, con la cabeza de lado y la camisa empapada de su propia sangre—. Tristan, despierta, por favor. ¡No, no, no! —Se dejó caer de rodillas a su lado,

con cuidado de no clavarse los cristales que había esparcidos por el suelo, y le tocó el rostro con delicadeza, pues lo último que quería era agravar aún más sus heridas. Él estaba inconsciente y su respiración era agitada y muy débil, aunque al menos aún tenía resuello—. Tristan, no te mueras, por favor —suplicó—. Aquí no. Así no… ¡Has sido tú! —gritó mirando a Sterling, que la levantó del suelo agarrándola sin miramientos de la trenza—. ¡Pagarás por esto, hijo de Satanás!

Las lágrimas le escocían en los ojos, en parte por ver el cuerpo inerte de Tristan, pero también por el dolor que le había producido el tirón; y aquello la enfurecía aún más, ya que no quería mostrarse débil ante ellos.

Intentó agarrarse al marco de la puerta. No quería dejarlo allí, desangrándose. No quería que exhalara su último aliento solo y tirado sobre el suelo, sin una mano amiga que lo reconfortara.

Fue inútil. No tenía suficiente fuerza para resistirse a ambos. Se revolvió, arañó y pataleó hasta que un fuerte puñetazo le estalló contra la mandíbula. La visión se le nubló y, de pronto, perdió todas las fuerzas.

—¿Ves lo que has hecho? Me has obligado a golpearte —siseó Sterling junto a su oído justo antes de cogerla en volandas para bajar por la pequeña trampilla que llegaba a la bodega desde la alacena.

En cuanto comenzaron a descender, notó la humedad y el aire enrarecido. Y también algo más, una mezcla de olores desagradables que le revolvieron el estómago. Barrió el lugar con la mirada y se encontró con que Geneva, Emilia y Phinn estaban de pie en el centro de la estancia y, arrinconadas en el suelo, se encontraban Alix, Millie y Daisy.

Daisy estaba viva.

Y lo seguiría estando mientras a ella le quedara un solo hálito de vida.

—¡Florence! —Su hermana corrió hacia ella, olvidándose de todos a su alrededor, justo cuando esta se deshizo del agarre de Sterling. Las dos muchachas se abrazaron durante varios segundos, hasta que la mayor se apartó un poco para comprobar por sí misma que la pequeña no estaba herida.

—¿Estás bien? ¿Te han hecho algo? —preguntó ansiosa recorriéndola con la mirada y las manos.

—No me han hecho ningún daño —mintió Daisy—, no te preocupes. Aunque Millie sigue muy enferma —dijo echando un rápido vistazo a su amiga—. ¿Y Lance? ¿No estaba contigo?

—Él… —titubeó, incapaz de controlar el temblor de su voz ni de saber qué contestar. En ese momento, alguien empezó a aplaudir de forma pausada, con golpes sordos. Se giró y comprobó, extrañada, que se trataba de Phinn.

—¡Qué encuentro tan conmovedor! —Se aproximó a ellas con parsimonia, sonriendo satisfecho—. Así que eres tú —dijo deteniendo su mirada en Florence, que no pudo evitar sentirse examinada incluso en lo más profundo de su ser—; eres la viva imagen de Diana.

—Tú no eres Phinn —afirmó Florence sin un ápice de duda en sus palabras. El hombre que estaba ante ellas tenía el cuerpo y el rostro del músico; sin embargo, sus ademanes eran muy distintos y no quedaba rastro alguno de su melodioso acento criollo—. Eras tú, ¿verdad? Aquel del que hablaba Diana en sus grabaciones.

—No tengo ni idea de qué me hablas —respondió con sorna—. Permíteme que me presente —añadió haciendo una arcaica y exagerada reverencia con el propósito de burlarse de ella—. Mi nombre es Araziel. Tal vez deberías dirigirte a mí como «padre».

—¿Qué eres? ¿Un demonio?

—Me habían dicho que eras inteligente, pero además también eres observadora —se enorgulleció—. Permíteme creer que he tenido algo que ver en ello.

—¡No voy a permitirte nada! —espetó indignada mientras interponía su cuerpo entre él y Daisy.

—¡Estúpida descarada! —la increpó Geneva—. No tienes ni idea de con quién estás hablando. Debes mostrarle respeto. —Él la acalló con un simple gesto de su mano.

—Déjala. No me importa que muestre su carácter. Es testaruda y deslenguada. Se parece demasiado a su madre. A su verdadera madre. —Miró a Florence a los ojos y ella vio que había mucho más allá de sus iris negros, una oscuridad fría y viscosa que se le metía dentro y exploraba rincones de su alma a los que ni ella misma tenía acceso.

—Eso no es verdad —susurró ella. Aunque sus convicciones habían empezado a flaquear.

—En el fondo sabes que sí. —Le agarró el rostro con firmeza, apretando los dedos y clavándolos en la carne pálida y suave de sus

mejillas. Florence aprovechó que él parecía tener toda su atención centrada en ella para adelantar el brazo y clavarle en el vientre un trozo de cristal que había recogido del suelo junto a Tristan y que había mantenido oculto en la palma de la mano.

Araziel la soltó y se llevó los dedos a la herida para extraer el fragmento de vidrio. Geneva y Emilia emitieron un gritito ahogado y corrieron a auxiliarlo, aunque él ni siquiera parecía dolorido. Florence se apartó cuanto pudo, con Daisy protegida tras de sí, hasta reunirla con sus amigas frente a la pared.

—Esto no me lo esperaba —confesó el demonio lamiéndose los dedos manchados de sangre—. De momento, no te lo tendré en cuenta.

—Está confusa, mi señor. No sabe lo que hace —la excusó Geneva—. Cuando conozca los planes que tienes para ella y para sus hermanos, se someterá a ti.

—Eso nunca pasará —replicó Florence sin dejar de mirarlo.

—¿Dónde está el libro? —preguntó él con un gruñido descontento.

—Aquí lo tienes —dijo Sterling adelantándose y ofreciéndoselo—, padre. —Araziel ni siquiera se dignó a mirarlo ni contestarle antes de quitárselo de las manos.

Acarició la cubierta de piel con deleite, e incluso se lo acercó a la nariz para aspirar su olor, extasiado.

—Al fin estamos todos juntos —afirmó Emilia emocionada cogiendo de la mano a su hija y a Geneva—. Ahora seremos una familia y tendremos todo lo que nos merecemos.

—¿Ella también? —preguntó Della mirando hacia Florence con desdén.

—Me temo que ella tiene tanto derecho como vosotros —respondió Geneva—. Aunque no sé hasta qué punto será necesaria una vez que realicemos el ritual. Eso deberá decidirlo vuestro padre.

—En realidad, no la necesito —anunció Araziel pasando distraído las hojas del libro—. No os necesito a ninguno de vosotros.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Geneva con el semblante descompuesto.

—¿De verdad creíais que mi intención era pasar la eternidad con dos viejas y un par de bastardos? —Levantó por primera vez la cabeza de su lectura—. Me habéis servido bien, eso no lo pongo en duda; sin embargo, no necesito una familia. ¡Ya tengo familia! Cientos de hermanos, de hecho. Lo que necesito es sangre fresca. Una nueva

tríada con la que empezar de cero. Y os agradezco que las hayáis traído hasta mí. —Dirigió la mirada hacia las muchachas.

—Pero… no puede ser —añadió Emilia, confusa. Se acercó a él en actitud suplicante—. ¡Hemos hecho todo cuanto nos pediste! ¡Te hemos servido durante años!

Araziel la observó y enarcó la ceja como quien se siente molesto por el incesante y fastidioso zumbido de un insecto. Movió la mano que tenía libre con una rapidez sobrehumana y le atravesó el pecho con ella. Los ojos de Emilia parecieron salirse de las órbitas y la boca se le abrió en un quejido mudo, mientras él permanecía imperturbable. Tras los primeros instantes de conmoción, Della chilló y Geneva se llevó la mano a la boca. Florence sintió cómo Daisy emitía un gemido de horror parecido al que ella misma sentía en su interior. A pesar de todo, fue incapaz de apartar la mirada.

Apenas unos segundos después, el demonio sacó la mano del interior de la caja torácica de la mujer, con el voluminoso y sanguinolento corazón, aún palpitante, sobre ella.

-25-
El poder de tres

En apenas un instante, el miedo se adueñó sin excepción de todos los mortales congregados en aquel sótano.

El cuerpo de Emilia se desplomó de tal forma que el suelo retumbó, así como las carnes trémulas de la mujer. Della, todavía conmocionada, intentaba llegar hasta su madre cuando Sterling la frenó y le tapó la boca con la mano, sofocando sus gritos, sin perder de vista a Araziel, que se dedicó a lamer el órgano aún caliente que sostenía en la mano.

—¿Por qué? —quiso saber Geneva, visiblemente afectada y dejándose caer de rodillas muy cerca del cadáver—. Emilia lo dio todo por ti. Ambas lo hicimos. Dijiste que nos amabas, que seríamos tus reinas para la eternidad —le recriminó—. Tienes que cumplir tu promesa. —Él ni siquiera se dignó a mirarla, y se dedicó a dibujar extraños símbolos en el suelo con la sangre que exprimía del corazón empapado.

—No creas que no estoy agradecido —afirmó Araziel sin levantar la vista—; no obstante, me sorprende que de verdad creyerais que lo decía en serio. En el pasado me gustaba teneros contentas, tan ávidas y ansiosas que siempre veníais a por más. ¿De qué me ibais a servir ahora? Ni siquiera fuisteis capaces de invocarme, y los dos sabemos que Diana era la única de las tres con verdadero poder. En cambio, esas tres muchachas de ahí —dijo señalando con el dedo a Daisy, Alix y Millie, que parecía un poco más repuesta—, ¡ellas rebosan vigor y juventud! Son justo lo que necesito. Respecto a mis vástagos…, si no arman mucho alboroto, podrán permanecer a mi lado, seguro que les encuentro alguna utilidad.

—Pero nosotros… —comenzó a decir Geneva.

—¡No supliques, madre! —bramó Sterling, interrumpiéndola una vez que hubo dejado a Della sentada a los pies de la escalera, con los ojos fijos en el cadáver de Emilia y el rostro desencajado—. Ya lo has oído: si no es embaucando a jovencitas, su poder no sirve para nada. Marchémonos, no lo necesitamos. Su sangre corre por mis venas…,

puedo sentirla. Buscaremos a otro como él. ¡A otro mejor que él! Y reclamaremos nuestro lugar.

—¡Maldito desagradecido! —farfulló Araziel, disgustado—. No hagas que me arrepienta del día que decidí otorgar a tu madre el obsequio de mi simiente. ¡Quería hijos que lucharan por mí, no gusanos traicioneros que lo hicieran en mi contra!

—No te tengo miedo. Te he sentido en mi interior cada noche desde que tengo uso de razón. Yo también soy poderoso —afirmó el abogado con una expresión en el rostro que no dejaba dudas de su enajenación —. Nos necesitas tú más a nosotros que nosotros a ti. Ahora mismo no eres más que un despojo atrapado en un cuerpo humano.

—¡Cuidado con tus palabras, muchacho! O te las haré tragar… — amenazó el demonio con una sonrisa torcida.

Su advertencia no se quedó en una simple amenaza. Sterling se llevó la mano a la garganta e intentó tomar aire entre ruidosos y agónicos jadeos que a Florence le pusieron la piel de gallina. Parecía querer hablar, pero la voz moría en su boca antes de encontrar el camino hacia el exterior. Geneva salvó corriendo los pocos pasos que la separaban de su hijo y lo sujetó mientras la piel de Sterling se iba amoratando y los ojos se le inyectaban en sangre.

—¡Hijo mío, respira! —ordenó su madre, como si el mero hecho de articular la frase pudiera obrar el milagro. Como si él no pudiera osar a llevarle la contraria ni siquiera en un momento así.

—¿Qué le pasa? —preguntó Della con un quejido lastimero desde la escalera, agarrándose el cuerpo con los brazos cruzados.

—Es la lengua —contestó Geneva metiéndole a Sterling los dedos en la boca, intentando sacarla—. ¡Se está tragando su propia lengua! ¡Araziel, basta! ¡Es tu hijo!

—De donde salió ese puedo sacar muchos más. No sé por qué debería preocuparme por uno que ni siquiera me guarda un mínimo de respeto.

—¡Adelaide, por favor, ven y ayúdame! —rogó Geneva. La muchacha, tras echar un último vistazo al cuerpo inmóvil de su madre, subió corriendo las escaleras y huyó—. ¡Adelaide! —gritó desesperada mientras aún se oían las pisadas de la muchacha en el piso de arriba y el cuerpo de su hijo apenas se movía más que para convulsionarse.

Florence sopesó la idea de quedarse donde estaba y dejar que Sterling

se asfixiara entre los brazos de su madre; sin embargo, había algo en su interior que no se lo permitía, así que se aseguró de dejar a su hermana junto a Alix y atravesó la habitación para auxiliarlos.

—¡Túmbalo en el suelo y ponle la cabeza de lado! —exhortó a Geneva. Recordaba vagamente algunas de las directrices que les dio el médico cuando a su hermana Felicity empezaron a darle los ataques —. Será más fácil sacarle la lengua. —Nada más acercarse a él y ver el rostro azulado, así como el nulo esfuerzo que hacía por respirar, supuso que quizás ya era demasiado tarde.

Arrodillarse junto a él y tocar su piel le resultó desagradable, aunque se obligó a hacerlo. Le asqueaba pensar que tan solo un par de días atrás había disfrutado de sus caricias y sus besos, que había sopesado la posibilidad de entablar una relación íntima con él. Estaba tan absorta en tratar de salvarle la vida que no se dio cuenta de que Araziel había terminado de embadurnar el suelo con la sangre de la señora Woodgate y, tras dejar el libro en el suelo, se había lanzado directo hacia las tres muchachas, que gritaron asustadas.

—¡No la toques! —chilló Alix lanzándose contra el demonio al verlo agarrar a Daisy del brazo y estrecharla contra él. Araziel no necesitó hacer gran gala de su fuerza para lanzar a la muchacha contra uno de los anaqueles. Varias botellas se estrellaron contra el suelo y lo tiñeron de burdeos.

Daisy sintió que el corazón se le fragmentaba en mil pedazos, al igual que el vidrio al caer, al ver a Alix malherida y tendida en el suelo. Forcejeó con todas sus fuerzas, clavándole la puntera de la bota una y otra vez a Araziel allí donde acertaba a golpearle, aunque no parecía valer de mucho, ya que él no pretendía soltarla, sino todo lo contrario: fingía bailar con ella. Dio varias vueltas por la habitación hasta llegar a la zona que había pintarrajeado. Una vez que la arrastró con él hasta el centro, las velas, diseminadas por toda la habitación, se encendieron de repente. La temperatura aumentó varios grados y el ambiente se volvió aún más sofocante.

Florence echó un último vistazo a Sterling; ya hacía rato que había dejado de boquear y ahora permanecía completamente inerte junto a su madre, por lo que no le costó tomar la decisión de abandonarlos para ir a proteger a su hermana. Sorteó la distancia que la separaba de ella en apenas dos zancadas y agarró con todas sus fuerzas el brazo del demonio.

—¡Suéltala ahora mismo! —bramó con una voz que ni siquiera reconoció como suya mientras tiraba de él. Para su sorpresa, Araziel la soltó—. Úsame a mí en su lugar.

—Veo que no tienes ni idea de cómo funcionan las cosas. Necesito un poder tan potente como el que fueron capaces de generar juntas la noche que me trajeron de vuelta. Y ellas se entregarán a mí por voluntad propia, solo tengo que averiguar sus deseos y ofrecérselos. Y en el caso de estas dos —dijo alternando la mirada entre Daisy y Alix —, creo que me ha quedado bastante claro de qué se trata.

—Nunca conseguirás que accedan. No son más que unas niñas asustadas. —Se acercó más a él, distrayéndolo mientras su hermana iba a auxiliar a Alix—. Si es verdad lo que decís, que tu sangre corre por mis venas…, eso tiene que servir para algo, ¿no? También hay un gran poder dentro de mí. Puedo sentirlo —afirmó Florence y, a medida que pronunciaba las palabras, fue consciente de que no las decía solo para convencerlo: estaba diciendo la verdad.

—Quizás tengas razón. Tu ayuda podría resultar más que conveniente —admitió él, rodeándole el cuello con la mano y usando el pulgar para acariciarla en el punto justo en el que los latidos de su corazón eran más evidentes—. Aunque no sería tan divertido. —Apretó y clavó la uña en la pálida carne. El dolor fue tan repentino que le cortó la respiración. Sintió una explosión en su interior. Empezó en la ingle derecha y se extendió por cada pulgada de su piel hasta exudar energía a través de cada poro. Apenas un segundo después de que el grito de Florence muriera en su boca antes de ser proferido, Araziel aulló de dolor y se miró la palma chamuscada y cubierta de ampollas. Automáticamente, se echó a reír.

—Chica lista —dijo señalándola con el dedo de la mano sana sin dejar de sonreír, mientras la otra cicatrizaba con rapidez —. Llevas una runa de protección.

—¿Una qué?

—No te hagas la tonta conmigo. Desde luego, eres digna hija de Diana. —Avanzó hacia ella, intimidante, obligándola a retroceder algunos pasos—. Tal vez no pueda dañarte, pero existen otras maneras de mantenerte a raya. —Con un ágil movimiento de sus manos, Florence sintió que el aire a su alrededor cambiaba.

Fue una variación leve y casi imperceptible, aunque de pronto parecía que todo se hubiera silenciado, como si hubiera perdido la

capacidad de oír a los que estaban con ella en aquel sótano. No oía los lastimeros gemidos de Geneva, que acunaba la cabeza de Sterling entre sus brazos; tampoco los sollozos de Millicent ni las palabras de aliento que Daisy dedicaba a Alix para reanimarla, a escasos pasos de ella. En cambio, sí que podía oír el sonido de su propia respiración y los latidos apresurados de su corazón, que le golpeaba el pecho con tanta fuerza que parecía querer escapar para correr la misma suerte que aquel que descansaba seco y cubierto de tierra sobre el suelo.

Estaba en una jaula.

Florence golpeó insistentemente con los puños las paredes invisibles que la rodeaban, sin obtener ningún resultado. Su mente voló hasta el recuerdo de un mimo al que había visto en París y que, con la cara enharinada, simulaba estar encerrado en una caja de cristal. Se le escapó una risotada que, por supuesto, nadie oyó. Esa risa dio paso a un grito frustrado y a un desgarrador aullido de rabia. Entonces vio cómo aquel demonio volvía a agarrar a Daisy para arrastrarla a su círculo de invocación. Una furia vibrante, que había permanecido aletargada en su interior esperando su momento, se apoderó de ella. Posó las palmas de las manos sobre las paredes de aire de aquella prisión y volvió a gritar, esta vez mucho más fuerte, desde más adentro y, en el momento en que sintió que el hombro izquierdo le ardía como si le estuvieran aplicando un hierro candente, las yemas de los dedos fueron las primeras en notar que los muros desaparecían.

Aquel nuevo poder que emanaba de ella la sorprendía y aterraba a partes iguales, pero no tenía tiempo para detenerse a reflexionar sobre ello, pues el único pensamiento que era capaz de articular era el de salvar a su hermana, fuera como fuera. A cualquier precio.

Estaba a punto de lanzarse de nuevo contra ellos cuando alguien se aferró a su muñeca, frenándola. Miró hacia abajo y vio a Alix, que, tras haber recuperado la consciencia, había conseguido arrastrarse hasta ella.

—No tenemos mucho tiempo, ayúdame a levantarme —dijo la vidente sin un solo atisbo de su habitual acento, lo que hizo que ella le dedicara una mirada de extrañeza mientras la aupaba hasta conseguir que se pusiera en pie—. Lamento mucho todo esto, pequeña. He tratado de advertirte una y otra vez, aunque no ha sido fácil. —La muchacha le puso entonces una mano sobre el rostro y Florence notó cómo su cuerpo era atravesado por un intenso escalofrío al entender

que quien estaba frente a ella no era Alix.

—¿Tía Diana? —acertó a preguntar, balbuceando.

—Siento no haber podido ser sincera contigo —declaró aquella voz familiar a través del cuerpo de la médium, tomándola de las manos—. Tu padre…, mi hermano, decidió que lo mejor era que nunca supieras la verdad. Él era la única persona a la que podía confiar tu cuidado. Y no me arrepiento de mi decisión. Al menos pude verte y saber de ti mientras crecías y te convertías en la mujer poderosa que eres ahora. —Florence emitió un sonido que era en parte carcajada y en parte sollozo; sin embargo, no se apartó ni retiró las manos, pues en su interior sabía que quien estaba dentro de Alix era la mujer que la había albergado en su vientre.

—Yo… —titubeó— no sé qué decir.

—No hace falta que digas nada. Solo quería que lo supieras… —Las lágrimas de Diana surcaron el rostro de Alix—. Debemos darnos prisa, no sé cuánto tiempo podré aguantar.

—Pero —vaciló Florence— no tengo idea alguna de qué hacer.

—Sí lo sabes. Eres muy lista. Por eso te la guardaste en el bolsillo. —Sonrió bajando la mirada hasta la hendidura en su chaqueta—. Y yo estaré contigo. —La agarró con fuerza y Florence sintió un dolor punzante que no le era ajeno. Se miró el dorso de la muñeca y vio un nuevo símbolo grabado a fuego en su piel, muy parecido a la marca de nacimiento de su cadera y a la que unas horas antes había aparecido en su hombro. Aquella que solo Tristan había llegado a ver y que le había otorgado el poder suficiente para destruir su prisión invisible.

Araziel permanecía ajeno a la escena que había tenido lugar entre ellas, centrado como estaba en el ritual que había comenzado a llevar a cabo. A medida que elevaba su cántico, todo cuanto los rodeaba comenzó a temblar. El suelo sobre el que estaban pasó de vibrar de forma sutil a resquebrajarse entre sacudidas. La casa entera crujió con el rugido de un monstruo hambriento, amenazando con desplomarse sobre sus cabezas y devorarlos. Florence sorteó una grieta que serpenteaba bajo sus pies y observó la aparición de otras tantas con epicentro en el lugar en que el demonio se dedicaba a recitar palabras ininteligibles y se relamía tras haber pasado la lengua por el pequeño corte que su hermana tenía en la frente.

—Aléjate de ella —le ordenó intentando no mostrar miedo ni debilidad.

—Has conseguido escapar —advirtió Araziel sin poder ocultar su fascinación cuando al fin reparó en ella—. Creo que te he infravalorado. Creo que voy a tener que reconsiderar tu oferta. Al fin y al cabo, eres mi hija.

—¡Yo no soy nada tuyo! —gritó Florence por encima del estruendo. Daisy había aprovechado la distracción del demonio para saltar por encima de la hendidura y reunirse con su hermana, que la recibió entre los brazos.

—Como prefieras —añadió él con un encogimiento de hombros. Si le importó lo más mínimo que Daisy hubiera huido de su lado, no lo manifestó. Se agachó a recoger el libro que descansaba a sus pies y se dedicó a pasar las páginas, ignorando a las dos mujeres. De pronto paró y alzó la mirada hacia ellas. Ya no había rastro de burla en su sonrisa y los ojos se le habían tornado negros por completo.

—¿Buscabas esto? —preguntó Florence fingiendo inocencia mientras sostenía entre los dedos la página que había arrancado del libro mientras Tristan había ido por leña, y que había permanecido oculta todo ese tiempo en el bolsillo de su chaqueta—. Es el hechizo que usó Diana para desterrarte, ¿no es así?

—No te servirá de nada —escupió él—. No tienes suficiente poder.

—Lo tengo. Siempre lo he tenido. Y, además, dispongo de una ventaja con la que mi madre no pudo contar. —Con la hoja desdoblada agarrada entre los dedos, enlazó una mano con la de Alix y la otra con la de Daisy—. Yo no estoy sola.

-26-
Bienaventuradas las de corazón puro

El rostro de Araziel se deformó en una mueca iracunda que nada tenía que ver con los amables y agraciados rasgos de Phinn.

—Vais a lamentar esto. Me tomaré toda una eternidad para hacéroslo pagar. Y os aseguro que será lento y doloroso. —Soltó el libro y levitó por encima del agujero del suelo en dirección a ellas.

Alix dio un paso al frente y alzó la mano que tenía libre para detenerlo. Quizás en realidad fuera Diana. O tal vez ambas, conviviendo en simbiótica armonía para proteger a sus seres queridos.

—¡Rápido, leed el hechizo! —ordenó la médium con una voz que era la mezcla de ambas.

Florence comenzó a recitar unas palabras que le eran desconocidas y al mismo tiempo conseguían salir de su boca con una naturalidad pasmosa. A Daisy le costó un poco más coger el tono, aunque no tardó mucho en unírsele. Diana las conocía de memoria y comenzó a pronunciarlas con una entonación grave, sin detenerse siquiera cuando Araziel llegó hasta ella y la cogió por el cuello.

—Tenía tantas ganas de volver a encontrarme contigo, Diana. Te estuve buscando en el infierno —aseveró en un tono que les erizó la piel—. Ahora veo que te quedaste escondida por aquí, como la arpía traicionera que eres. ¡Y yo que creía que me amabas! O al menos así me lo hiciste notar tantas y tantas noches… —Se relamió—. Ahora podremos volver a estar juntos. Y te prometo que esta vez no seré tan delicado. —Apretó, pero ella cerró lo ojos y siguió recitando con el poco resuello que le quedaba.

Florence elevó la voz para compensar los silencios de Diana y le apretó aún más la mano para hacerle notar su presencia y ayudarla a aguantar. En su interior sabía que no eran lo suficientemente poderosas para enfrentarse a él y que, de un momento a otro, aquel ser acabaría con ellas.

Entonces Araziel la sorprendió profiriendo un grito desgarrador y dio varios pasos hacia atrás. Se detuvo al borde mismo del abismo, mientras intentaba quitarse de encima el delgado cuerpo de Millie,

que se había encaramado a su espalda de un salto y le abrasaba la cara con una vela encendida. El demonio, ciego por unos instantes de un ojo, trastabilló varias veces y estuvo a punto de caer. Pero no lo hizo. Con no poco esfuerzo, consiguió deshacerse de la muchacha y la empaló contra uno de los travesaños de madera de los anaqueles destrozados.

Daisy cesó su salmodia e intentó desasirse para ir en auxilio de su amiga; sin embargo, Florence no se lo permitió. Y, a pesar del dolor que sentía en el pecho y las lágrimas que empezaban a emborronarle la vista, supo que su hermana mayor tenía razón. Si paraban en ese momento, el sacrificio de Millie habría sido en vano.

Florence miró hacia Diana y esta, con un simple movimiento de cabeza, le insufló fuerzas. Las tres avanzaron hacia un Araziel malherido, cuyas quemaduras no sanaban lo bastante rápido, y empezaron a acorralarlo mientras repetían su conjuro cada vez con mayor convicción. Las quejas de él se tornaron en una risa maliciosa y la masa de carne informe en la que se había convertido parte de su cara observaba su avance con sorna.

—Nunca podréis deshaceros de mí —clamó—. No del todo. —Alzó el dedo índice y lo depositó con suavidad en el pecho de Florence, justo entre sus senos; ella contuvo el aliento y, por un breve instante, se quedó sin respiración, rompiendo levemente la cadencia del salmo.

En ese momento supo que era el fin. Sintió aquella podredumbre penetrar en ella a través del punto exacto en el que él la había marcado. Culebras reptando por sus venas y creando nidos en sus recovecos. Aun cuando consiguieran vencerlo, él nunca desaparecería del todo. Había ganado.

Estuvo a punto de rendirse, de dejarse caer al suelo, cuando un grito desesperado consiguió despertarla de su letargo.

—Si no voy a reinar contigo sobre la Tierra —proclamó Geneva apareciendo de repente por detrás de Araziel y poniéndole un cuchillo de mango blanco y hoja en forma de cuarto creciente sobre la garganta—, seré tu reina en el infierno. —Apretó el afilado filo hasta que la sangre brotó y consiguió que el demonio perdiera el equilibrio, momento que Geneva aprovechó para dejarse caer con todo el peso de su cuerpo por la grieta, arrastrando al demonio con ella.

De pronto, todo el sótano se iluminó con una luz cegadora que procedía del interior de la brecha y que obligó a las tres mujeres a

cerrar los ojos, aunque no cesaron su cántico hasta que el destello desapareció. El cuerpo de Alix se dejó caer sobre las rodillas, exhausto, y Daisy corrió hasta Millie, que, con un listón asomando por su vientre, hacía tiempo que había expirado su último aliento.

Florence, por su parte, se asomó al hoyo para comprobar que ya no había ningún abismo que condujera de manera directa al infierno; solo tierra, piedras y cascotes. Ni rastro de Geneva ni del cuerpo de Phinn.

Dio media vuelta y se agachó frente a la muchacha morena que aún trataba de recomponerse.

—¿Diana? —preguntó esperanzada. Necesitaba un sinfín de explicaciones. Se las debía.

—Ya no está —contestó Alix con su marcado acento de vuelta—. Me abandonó para ayudar a Geneva y desapareció en cuanto se cerró el portal. —La otra mujer asintió resignada y la ayudó a ponerse en pie.

En ese momento, la casa volvió a crujir y una nube de polvo se filtró desde el piso superior.

—Será mejor que salgamos de aquí —señaló Florence—. No sé si este techo aguantará sobre nuestras cabezas mucho más. —Se dirigieron hacia donde se encontraba Daisy, que lloraba desconsolada mientras intentaba recuperar el cuerpo de Millie.

—No podemos dejarla así —sollozó la menor de las dos hermanas.

—Millicent no está aquí, *chérie*. Esto solo es una carcasa —señaló Alix consolándola con un abrazo.

—Tiene razón, Daisy. Debemos marcharnos cuanto antes —advirtió Florence abrazándola desde el otro lado—. Cuando estemos a salvo, nos ocuparemos de que descanse como su familia desearía.

Las tres unidas sortearon los cadáveres de la señora Woodgate y de Sterling para llegar hasta las escaleras, cuya consistencia no parecía ser tan fiable como antes. Florence se adelantó a las otras dos, intentando ocultar lo aturdida que se sentía por la desolación que dejaban en aquel lugar y haciendo caso omiso al dolor que se le había instalado en el pecho y al pinchazo de culpabilidad que le atenazaba la garganta.

No podía permitirse el lujo de llorar. No en ese momento. Lo haría cuando las tres estuvieran a salvo y ella pudiera dedicar un minuto a la autocompasión.

Solo un minuto.

Una vez en la cocina, pudo comprobar que el deterioro de la

estructura de la casa también había afectado a aquel lugar. Una enorme grieta había destrozado los fogones, y los cacharros de cobre estaban esparcidos por el suelo.

Alix y Daisy se dirigieron hacia la salida, pero Florence cogió el camino contrario.

—¿A dónde vas? —preguntó su hermana, preocupada. Por fin parecía más serena y había dejado de llorar.

—Coged un vehículo y esperadme en la puerta. —Un fuerte chasquido sobre sus cabezas las interrumpió y las tres miraron hacia arriba. En algún punto de la casa se oyó cristal reventando contra el suelo—. Solo será un momento, te lo prometo. ¡Alix, sácala de aquí!

La otra muchacha obedeció y Daisy se dejó arrastrar poco convencida. Florence corrió por el pasillo hasta la sala de estar del ama de llaves, temiendo la imagen que se encontraría al llegar allí.

Tristan estaba boca arriba, tumbado sobre un charco escarlata, inmóvil y ceniciento. Se arrodilló junto a él y le posó una mano temblorosa en el pecho, al tiempo que se inclinaba para acercarle el oído al rostro, que estaba manchado de sangre seca. «¡Respira, maldito seas! ¡Respira!», repitió para sí misma. Justo en el momento en que lo hacía, se dio cuenta de algo: cuando lo había dejado allí, estaba boca abajo. Su mano notó una leve palpitación, era un latido débil y lastimero, que hizo que a ella se le acelerara el corazón.

—¡Estás vivo! —exclamó sorprendida, dejando por fin que las lágrimas se desbordaran con libertad y pegando la mejilla a la de él para sentir el contacto de su piel, que, a pesar de la palidez, aún conservaba algo de calor.

—No es tan fácil deshacerse de mí —balbuceó Tristan con un hilillo de voz contra su oído. Florence rio y se separó para mirarlo. Sin duda, era muy buena señal que aún tuviera fuerzas para intentar hacerla reír, aunque ni siquiera podía abrir del todo los ojos.

—Voy a sacarte de aquí. ¿Crees que podrás ponerte en pie?

—No estoy seguro. Me he girado para tratar de taponar las heridas todo lo posible, pero temo que si me levanto…

—No te muevas, buscaré trapos y manteles.

—Aquí te espero —bromeó.

Florence volvió corriendo a la cocina y, tras revolver en casi todos los cajones, se hizo con varias piezas toscas de algodón, un mantel de lino y una botella de *cognac* que milagrosamente había sobrevivido al

estropicio. Al salir de nuevo al pasillo, se dio de bruces con Alix, y del susto casi soltó todo cuanto llevaba en las manos, al tiempo que tuvo que reprimir un grito.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó sin poder ocultar su preocupación—. ¿Y Daisy?

—Está esperando fuera, en el automóvil.

—¿Alguna de las dos sabe conducirlo?

—No puede ser tan complicado —dijo Alix encogiéndose de hombros —. Al menos hemos sido capaces de arrancarlo y traerlo hasta la puerta. —Florence suspiró, escéptica.

—Tristan está herido —sollozó—. Ven y ayúdame a ponerlo en pie.

La muchacha no solo obedeció con diligencia, sino que resultó de lo más útil a la hora de vendar las heridas; era evidente que tenía más experiencia que Florence en esas lides. Además, a pesar de su delicado tamaño, el fibroso cuerpo de Alix era mucho más fuerte de lo que se adivinaba, y no les costó demasiado conseguir que Tristan se incorporara.

Él trató de poner de su parte pero, con cada paso hacia la salida, su rostro parecía cada vez más macilento y la respiración se volvía más irregular y sofocada.

Una nueva sacudida tambaleó el piso y perdieron estabilidad. Florence no recordaba haber rezado en toda su vida pero, después de lo vivido en las últimas horas, no atinaba a decidir si empezar a hacerlo en ese momento era acertado o absurdo; no obstante, deseó que, si había algo en alguna parte que tuviera el poder de protegerlos, ese algo los ayudara a llegar al umbral antes de que el suelo se desmoronara bajo sus pies.

Y lo hicieron.

El ruido del motor perturbaba con su estruendo la quietud de la noche, y aun así se quedó en nada cuando la *manoir* Des Bienheureux lanzó un último estertor agónico y se combó, dibujando en su fachada una mueca malévola.

—Daisy, ayúdanos a meterlo en el coche —demandó Florence dándole la espalda a la casa, notando cómo el cuerpo de Tristan perdía fuerza y se le escurría entre las manos.

—¿Ese es Lance? —preguntó Daisy. Bajó de un salto y lo cogió por los pies—. ¿Está herido?

—Tiene varias cuchilladas y ha perdido mucha sangre —contestó

Florence mientras se introducía en la parte posterior del vehículo y tiraba de él por debajo de los hombros hasta colocarle la cabeza sobre su regazo. Acto seguido, lo acarició con delicadeza y afecto. Él solo balbuceaba palabras inconexas y mantenía los ojos cerrados. La frente le hervía—. Yo… tengo muchas cosas que contarte —admitió mirando a los ojos dulces y comprensivos de su hermana.

—No tienes que darme ninguna explicación, a menos que así lo desees. —Daisy cerró la portezuela y se subió al asiento del conductor. Alix se acomodó a su lado.

—¿Sabes al menos lo que haces? —le preguntó.

—Es pan comido —alardeó su hermana.

—En ese caso, conduce tan rápido como puedas sin salirte del camino e intenta que lleguemos al pueblo de una pieza —la aconsejó Florence, asustada por el estado de Tristan y al mismo tiempo henchida de orgullo por el arrojo de Daisy.

Florence no se permitió suspirar de alivio hasta que el coche dejó atrás la deforme figura de la casa y atravesaron la primera verja. Sostenía con firmeza el cuerpo que acunaba entre los brazos, intentando amortiguar cada bache para evitarle un mayor sufrimiento. Inspiró hondo para calmar su corazón desbocado y, mientras lo hacía, contempló cómo Alix colocaba su mano sobre el muslo de Daisy y la prevenía de cada curva o cruce de caminos. También vio que recostaba la cabeza sobre el hombro de su hermana en las partes más fáciles del recorrido. Florence se permitió una leve sonrisa y apartó la vista, pues se había sentido testigo involuntaria de un momento íntimo.

Volcó su atención en Tristan, que ardía de fiebre y respiraba con dificultad. Le abrió la camisa y le puso la mano helada sobre la frente, ya que no se le ocurría nada más para calmar su sufrimiento.

—No te mueras, ¿de acuerdo? —suplicó en un susurro—. No vuelvas a marcharte de mi lado, ¿me oyes?

Él no la oía.

Y tampoco oyó ninguna de las palabras que ella le dedicó durante aquel agónico trayecto. Hacía rato que había perdido el sentido y no era consciente de nada de lo que sucedía a su alrededor.

Los minutos pasaban y aún no había ni rastro de La Ramée-en-Auge, como si no estuvieran más cerca de llegar al pueblo que al principio. Florence sentía el cuerpo de Tristan cada vez más laxo y pesado sobre

ella. No quiso intentar notar sus latidos, temerosa de lo que pudiera descubrir.

—¿No podrías ir más rápido? —exhortó a su hermana.

—Voy lo más rápido que puedo. Apenas veo el camino.

Nada más decir esto, el coche dio una sacudida. Florence no supo distinguir si había sido a causa de un socavón o si habían perdido una rueda pero, por más que intentó evitarlo, el cuerpo de Tristan se le escapó de entre los brazos y cayó a sus pies mientras ella daba bandazos de un lado a otro y se golpeaba con fuerza contra la ventanilla. Finalmente, el coche chocó con brusquedad contra algo.

Tras algunos segundos en los que no estaba segura de si había permanecido consciente, parpadeó varias veces antes de darse cuenta de que aún tenía la cara dolorida pegada contra el cristal. Una fuerte luz la había deslumbrado desde el exterior y necesitó usar la mano para eliminar la capa de condensación y ver que varias personas con linternas intentaban llegar hasta ellos.

Al parecer, sí que habían conseguido llegar al pueblo. Al menos hasta las afueras.

—*Le docteur* —acertó a decir en el mejor francés que pudo cuando consiguió abrir la portezuela—, *appelle le docteur*.

Los hombres que habían acudido en su auxilio, alarmados por el ruido del accidente y por los bocinazos que Daisy había dado para llamar su atención, sacaron a Lance casi en volandas y, por lo que Florence pudo entender de su conversación, lo llevaron a casa del médico siguiendo las raudas instrucciones de Alix.

—¿Estás bien? —le preguntó Daisy al llegar hasta ella—. ¡Siento mucho haberme estrellado contra el cercado! —se disculpó nerviosa.

—Estoy bien —jadeó—, no te preocupes por mí.

Daisy continuó hablando, aunque Florence solo la veía mover los labios, pues un potente zumbido se había instalado en sus oídos. Acertó a vislumbrar la consternación en el rostro de su hermana cuando las piernas le fallaron y cayó desmadejada sobre el adoquinado. La vio arrodillarse junto a ella mientras le daba suaves palmadas en las mejillas para despabilarla, pero la luz de los faros del coche le hacía tanto daño que Florence solo deseaba cerrar los ojos.

Así que lo hizo.

Y las sombras danzaron a su alrededor hasta que se quedó dormida.

Epílogo

Mi muy querida Florence:

Te escribo mientras contemplo por la ventana de mi habitación el bullicioso ajetreo del gran canal. Intento atesorar cada recuerdo de mi estancia en Venecia, que ya llega a su fin. Por eso ayer me senté junto a Alix frente a la preciosa majestuosidad de la laguna mientras el sol se ponía y nosotras sentíamos en el rostro el cosquilleo de sus tibios rayos.

¡Esta ciudad es impresionante! Sé que ahora te estarás burlando de mí, porque te he dicho lo mismo de todos mis destinos anteriores. No me lo tengas en cuenta, ya sabes que no me resulta difícil encontrar belleza en cualquier lugar.

Mañana emprenderemos un nuevo viaje, aunque todavía no hemos decidido hacia dónde. ¿No te parece emocionante? Seguro que tu respuesta es negativa, porque te conozco y sé cuánto te gusta tenerlo todo bajo control.

Prometo escribirte tan pronto como esté instalada, tal y como siempre hago.

No tengo palabras para expresar lo feliz que soy, y pienso seguir siéndolo durante todo el tiempo que me sea posible. Solo espero que tú también lo seas.

Tu amantísima hermana,

Daisy

Florence estrechó la carta primero contra su pecho y luego la llevó hasta su rostro para ver si era capaz de identificar el perfume de su hermana, a la que no veía desde hacía casi tres meses. Era imposible. Aquel papel estaba impregnado de cientos de olores y llevaba consigo parte de la esencia de cada lugar y persona que la había ayudado a llegar a su destino. Aun así, Florence la besó. Era su ritual particular para devolverle su cariño y otorgarle sus bendiciones, ya que la mayoría de sus respuestas le llegaban devueltas al no haber podido localizar a la destinataria. Daisy no permanecía en ninguna dirección el tiempo suficiente para recibirlas.

Volvió a meterla en el sobre y la guardó en un cajón del escritorio junto al resto. En el preciso momento en que lo hacía, oyó la campana de la puerta principal y se levantó para vestirse.

Mientras se deshacía del batín y del camisón, de pie delante del espejo ovalado de nogal de su habitación, observó fascinada su reflejo.

Primero rozó con la punta de los dedos la marca encarnada que albergaba entre los pechos, allí donde Araziel había posado su dedo a modo de despedida, preguntándose, como hacía cada día, por su significado.

Temía conocer la respuesta.

Después deslizó la mano hasta el abdomen abultado, en el que hacía apenas unos días había comenzado a sentir un extraño burbujeo, como si albergara en su interior a un pequeño pez dentro de una pecera.

Y sintió miedo.

Le pasaba cada vez que pensaba en el bebé desde el primer día en que se confirmaron sus sospechas sobre un posible embarazo.

¿Y si la parte demoníaca que había dentro de ella le había afectado de alguna forma? ¿Y si Araziel había tenido algo que ver en la milagrosa concepción? Ella ya no era tan joven y jamás, ni en las contadas ocasiones con James ni en sus escarceos posteriores, había sido capaz de concebir.

Desterró todos esos agoreros pensamientos de un plumazo.

Al menos por el momento.

Alguien golpeó tímidamente con los nudillos contra la puerta.

—Adelante —dijo ella en respuesta, esperando ver el rostro vivaracho de Phyllis asomando por el vano de la puerta.

No era ella.

Phyllis había sido una víctima inocente más en Des Bienheureux. Había fallecido en el derrumbe de la casa tras un pequeño terremoto que removió la tierra inestable bajo los cimientos.

Esa era la versión oficial.

Los cuerpos fueron recuperados, algunos de ellos en condiciones lamentables, y las autoridades no hicieron muchas preguntas. Por fortuna, la mayor parte del servicio de la casa tenía el día libre. Una suerte, decían.

—Señora Morland, el vizconde Artherton ha llegado. La espera en el salón —anunció su nueva doncella.

—Gracias, Louisa. Estaré lista en cinco minutos. Puede hacérselo

saber.

—¿Necesita que la ayude?

—No será necesario.

—Como quiera —dijo la muchacha antes de marcharse con la nariz arrugada. No estaba muy contenta con la decisión de Florence de ocuparse ella misma de arreglarse cada día. Tardó casi diez minutos en hacerlo, aunque sabía que a Tristan no le importaría.

Cuando llegó al salón, el corazón le dio un vuelco al verlo sentado en la butaca leyendo el periódico, enfundado en un elegante traje gris y con el mechón canoso y rebelde sobre la frente. Llevaba solo un brazo dentro de la manga de la chaqueta y el otro en cabestrillo, por lo que resultaba gracioso verlo esforzarse en tratar de pasar las páginas. Se había recuperado de sus heridas casi por completo; sin embargo, su hombro había necesitado varias cirugías de las que aún estaba convaleciente.

—¿Quieres que te lo lea yo? —preguntó ella en tono de burla.

—Eso me encantaría —respondió él con una radiante sonrisa, levantando el brazo sano e invitándola a sentarse sobre él. Ella lo hizo y, una vez acomodada, Tristan le puso la mano en la mejilla y la atrajo hacia sí para besarla como si llevara varios días en el desierto y Florence fuera la única fuente de agua del planeta.

—¿Alguna noticia interesante? —quiso saber ella con curiosidad una vez que hubo recobrado el aliento.

—Nada que me importe en estos momentos. —Volvió a besarla, esta vez de forma más delicada pero no menos entusiasta—. Tal vez debería ser yo quien te lo preguntara; al fin y al cabo, tú eres el genio de las finanzas. Gracias a tus consejos, mis inversiones van viento en popa.

—Es lo mínimo que podía hacer. Después de todo, perdiste el dinero de tu herencia por mi culpa.

—Y lo recuperaré con creces. El viejo debe de estar rabiando en el infierno.

—Te agradecería que no mencionaras ese lugar. No delante de mí, al menos. —Él la estrechó con su único brazo operativo y le plantó un beso en la punta de la nariz.

Florence había tratado de contarle todo lo que había pasado en aquel sótano; no obstante, al ver que él no estaba del todo predispuesto a asimilar la verdad de sus palabras, no había sido capaz de ser del todo

sincera. Para Tristan, Geneva, Sterling y los demás pertenecían a un culto satánico y cometieron sus crímenes obnubilados por el consumo de drogas. Y ella no lo sacó de su error.

Solo Daisy y Alix conocían la verdad tan bien como ella.

—Ha llegado una nueva carta de mi hermana —comentó Florence para cambiar de tema—. Seguía en Venecia cuando la escribió, aunque a estas alturas ya deben de estar en un nuevo destino. Dice que es muy feliz.

—Eso es maravilloso. Daisy es toda una aventurera y me alegra que haya encontrado a alguien que sea capaz de seguirle el ritmo. Pero, si siguen así, no llegarán a tiempo a la boda.

—¿Boda? ¿Qué boda? —preguntó ella imaginando cuál sería su respuesta.

—La nuestra, por supuesto.

—No recuerdo haber aceptado ninguna proposición.

—Bueno, creo que es el momento de formalizar lo nuestro, antes de que la situación —dijo él remarcando la palabra y posando la mano sobre el vientre ligeramente henchido— se haga más evidente.

—Todavía tenemos tiempo.

—No mucho más antes de que empiecen a circular los rumores.

—¡Me importan un rábano las habladurías! —exclamó Florence, divertida—. Además, para tu información, media ciudad ya está al tanto de que pasas aquí la mayoría de las noches.

—Dime que sí y pasaré también la mayoría de los días.

—Es extraño —dijo ella ganándose un leve gesto de asentimiento por parte de él, que la conminaba a continuar hablando—. Siempre he valorado mi independencia; me niego a renunciar a ella. Y, a pesar de todo, esos ojos que pones cuando me miras me tientan a responder que sí.

—Acepta ser mi esposa y firmaré lo que haga falta. Conservarás tu independencia, tu apellido, tus posesiones… ¡Viviremos cada uno en su propia casa si es lo que deseas! —añadió entre risas para después ponerse serio de repente—. He visto la muerte de cerca en más de una ocasión, Flo, pero nunca he pasado tanto miedo como aquella noche: tumbado sobre mi propia sangre, incapaz de moverme y temiendo que hubieras corrido mi misma suerte.

—Estamos aquí. Hemos sobrevivido para contarlo.

—Y quiero celebrarlo compartiendo contigo todo el tiempo que me

quede en este mundo. Te quiero —confesó. Y era la primera vez que lo decía en voz alta.

—Nada como estar al borde de la muerte para aclarar las prioridades —bromeó ella, intentando quitarle hierro al asunto.

—No te burles de mí. Sabes que no lo digo a la ligera.

—Lo sé. Yo también te quiero. —Lo besó con ansias para corroborar sus palabras e intentar disipar todos los miedos que aún no había sido capaz de compartir con él.

—Además —añadió él cuando apenas habían colmado una pequeña parte de la necesidad que tenían el uno del otro—, me salvaste la vida. En muchas culturas eso significa que ahora soy de tu propiedad.

—En ese caso, creo que es momento de que haga uso de mi privilegio. —Le agarró la cara con las manos y volvió a besarlo porque, si había algo de lo que nunca se cansaba, era del sabor de sus labios.

Al caer la noche, Florence volvió a desvestirse frente al espejo de su habitación, y esta vez no lloró. Al igual que no lo había hecho desde que Tristan recobró la consciencia y Daisy la hizo partícipe de su felicidad.

Estaba asustada. Sí.

Ahora conocía uno de los múltiples nombres del mal y sabía que era capaz de permanecer oculto detrás de cualquier rostro.

Del suyo propio, incluso.

Ahora tenía más claro que nunca que su deber era seguir protegiendo a su familia. Como siempre había hecho.

Tenía miedo, sí, pero no lloró.

Ni siquiera un único minuto.

Agradecimientos

Cuando empezó el confinamiento, mi intención era empezar una nueva novela…, pero fue imposible. Tenía miedo, lloraba cada día y era incapaz de encender el ordenador. Admiro a aquellas personas que consiguieron ser creativas y productivas, pero no fue mi caso. Sin embargo, cuando pasaron los meses y pudimos ver una pequeña luz al final del túnel, me di cuenta de que necesitaba escribir la novela que en ese momento me gustaría estar leyendo; una historia que aunara muchas de mis obsesiones y que, mientras la fuera sacando de mi cabeza, me ayudara a no pensar en todo lo que estaba mal.

Así nació el libro que tienes ahora mismo entre las manos, y, por eso, la primera persona a la que quiero darle las gracias es a ti, por darnos una oportunidad a mí y a esta historia.

Gracias a Jaime y a Vera, por la casa sin recoger y la comida rápida, por ser pacientes y quererme sin condiciones. Mientras estéis a mi lado, sé que todo irá bien.

A mis padres, por su sacrificio y por los valores que me han transmitido. Por su faceta como abuelos y por brindarme su ayuda aunque a mí me cueste pedirla.

A mi familia, porque no puedo imaginar una mejor. Y por ser un club de *fans* tan entregado.

A mis amigas, por aguantar mis pódcast infinitos (sí, soy ESA amiga). Gracias por ser parte de mi familia desde hace casi veinte años, por estar a mi lado y permitirme estar al vuestro.

Gracias al poder de tres brujas extraordinarias que la leyeron antes que nadie: a MJ, por tener siempre las palabras correctas para evitar que me hunda; tú me hiciste sentirme escritora por primera vez. A Mercè, a la que admiro tanto y es una beta tan dura que me dolía la barriga cada vez que me mandaba un audio, pero que me dijo que era una buena historia, y sé que no lo diría si no lo pensara de verdad. Y a Nia, que es implacable detectando fallos, pero que me dio la confianza que me hacía falta al querer volver a leerme, y además la disfrutó.

A Helena y a Raúl, por ser los primeros en apostar por mí. Eso no lo olvidaré nunca.

Al equipo de Versátil: Cris, que después de leer dos capítulos quiso más; Esther, cuya llamada me hizo ponerme a dar saltos por la playa; y Eva, que ha ido paso a paso conmigo para conseguir que la novela brille más. Es un sueño trabajar con vosotras.

A todos los que me habéis leído y apoyado. Sois un aquelarre maravilloso sin el que esta historia no habría sido posible.

Y, por último, a Jane Austen, las hermanas Brontë, Ann Radcliffe, Shirley Jackson, Libba Bray y muchísimas otras autoras a las que admiro y que me han inspirado a lo largo de los años. Gracias por haberme traído hasta aquí.